EDUARDO VAQUERIZO

DANZA de TINIEBLAS

minotauro

Felipe II muere en vísperas de la batalla de Lepanto y su hermano Juan de Austria, que vuelve victorioso de la guerra, ocupa el trono. A partir de ahí la historia deja de ser tal como la conocemos y, en un siglo XX alternativo, el cabo Joannes Salamanca investiga una serie de asesinatos que lo llevarán a descubrir cosas que quizá habría preferido que permanecieran ocultas.

Mientras recorre un Madrid poblado de cabalistas, carros a vapor, nobles disolutos, monjes inquisitivos y varios individuos de dudosa catadura, Salamanca descubre las oscuras raíces de un misterio que podría hacer tambalearse todo el Imperio.

Lectulandia

Eduardo Vaquerizo

Danza de Tinieblas

ePUB r1.0
Rov 18.04.2013

Título original: *Danza de Tinieblas*
Eduardo Vaquerizo, 2005.
Editorial: Minotauro
Diseño de portada: Diseñador

Editor digital: Rov
ePub base r1.0

Finalista del Premio Minotauro 2005
Ganador del Premio Ignotus a la Mejor Novela 2006
Ganador del Premio Xatafi-Cyberdark a la Mejor Novela 2006

Introducción

Vuestra Majestad debe mandar se den por todas partes infinitas gracias a nuestro Señor por la victoria tan grande y señalada que ha sido servido conceder en su armada, y porque V.M., la entienda toda como ha pasado, demás de la relación que con ésta va, embio también a D. Lope de Figueroa para que como persona que sirvió y se halló en esta galera, de manera que es justo V.M. le mande hacer merced, signifique las particularidades que V.M. holgare entender; a él me remito por no cansar con una misma lectura tanta: veces a V.M.

DON JUAN DE A USTRIA

Lepanto, ocho de octubre del año del Señor de 1571

Don Juan de Austria bajó la vista al escrito que acababa de culminar, aún sin saber qué decir, menos aún qué pensar. El pliego, en el mejor papel disponible, todavía con la tinta fresca y sin pasar el secante, permanecía encima de la mesa, enmarcado por la espada y el tintero, perfectamente inútil, superfluo. Levantó la vista y se detuvo unos segundos interminables en el demacrado rostro del hidalgo que, de riguroso negro, con la espada al cinto, altas botas y capa española cerrada, sudaba en su presencia.

Don Juan dejó la pluma sobre la mesa y se levantó. Soplaba una fresca brisa desde el mar, que hasta ese momento había estado en calma. El aire hizo bambolearse a las muchas galeras que, hasta donde llegaba la vista, sembraban de arbotantes, palos y velas toda la superficie de la bahía. Una ráfaga de viento arrastrando avena, penetró en el entoldado alborotando papeles y removiendo las sedas que protegían al bastardo real y a su pequeña corte de las inclemencias del sol griego.

—La bilis que habría de tragar mi hermano a la lectura de esta carta, se la va a ahorrar. Téngalo Dios en su gloria. Explícame otra vez lo sucedido.

—El rey murió veinte días atrás, los mismos que han tardado los vientos en traerme hasta aquí. El rey Felipe, amantísimo monarca de todos los hombres de buen jaez, rey emperador de la cristiandad, sufrió una herida de caza; un venablo rebotado le hizo fea herida en la pierna diestra. Los médicos aconsejaron amputarla, tras unos días de postración en que la herida no dejó de supurar. Él se negó con tanta furia y vehemencia que nadie osó contradecirle, ni siquiera en los momentos en que perdió la conciencia. Se relataba en la corte que grandes eran los gritos y las maldiciones en las cámaras reales; que, líbrelo Dios de pecado, el rey Felipe, en su agonía, llegó a maldecir al propio Dios Nuestro Señor por haberlo elegido a él como objeto de su

cólera. Cinco días después de abrirse la herida, la gangrena le subió por las venas hasta el corazón, y murió entre grandes dolores, arrepintiéndose de sus pecados y recibiendo la extremaunción de manos del arzobispo de Toledo.

Don Juan, mudo, aún tenía la mente llena de los estampidos de los arcabuces, del chapaleo constante de los remos en el agua, de los terribles alaridos de los heridos y del olor picante de la pólvora. Veía la playa de arena blanca, la gente de mar y la gente de guerra moverse de un lado para otro, bebiendo vino, descansando bajo entoldados o junto a los árboles, y no concebía otra realidad. Se oía una guitarra tañer lejana y los martillazos de herreros y carpinteros reparando galeras. Nada de lo que contaba aquel hombre parecía cierto. No lograba ver muerto a su hermano Felipe, al que nada, salvo su padre, le unía; ni imaginar la sombría corte de Madrid, los lutos, los canónigos y las ceremonias eclesiales, las tiesas gorgueras y los murmullos entre tinieblas. Sin embargo, aquel hombre consumido por la pena, amargado por la derrota de la muerte, yacía ya en el catafalco, enterrado en piedra.

—¿Quién tomó la corona?

—Vine muy rápido, su excelencia. Cuando dejé la corte, se hablaba de un consejo de estado; el duque de Alba y el cardenal Tavera iban a asumir las funciones de gobierno y a buscar un sucesor. No obstante, los ánimos estaban crispados. Los nobles iban y venían de la corte, unos por miedo, otros con deseo. Las gentes de armas se movían en las afueras, regimientos de lanceros, caballeros…

—¿Y quién te mandó traer la mala nueva?

—La duquesa de Éboli, su excelencia.

Don Juán volvió la vista al interior del entoldado. Se llegó a donde una bota guardaba buen vino de San Martín. Echó un largo trago, incapaz, no obstante, de colmar el abismo de sequedad que se le había abierto en el estómago.

Caminó arriba y abajo con las manos a la espalda. Nadie osó hablar ni romper el silencio de forma alguna. El rumor del mar lamiendo la playa contrapunteaba los pasos regulares de don Juan. Había pensado antes, durante y después de la refriega, que aquellos iban a ser los más grandes días de su vida, que se le recordaría por aquellas aguas infestadas de turcos muertos, los centenares de orgullosas galeras arruinadas, los esclavos libertos y el orgullo del imperio y la Santa Liga vencedora de los infieles. Si le hubieran preguntado, así habría contestado. Y podría ser así; aún podría no regresar a la corte, no aprestar sus hombres y los de sus leales a una carrera de vuelta a España, Mediterráneo arriba; no mover sus influencias en Europa y en España, tomar posiciones y evitar una guerra de sucesión que nadie, y menos que nadie el imperio, necesitaba. Quizá sólo se le recordaría como el vencedor de Lepanto, único héroe de aquella jornada, injusto título entre tanto esforzado combatiente, entre tanta sangre noble derramada en las aguas de aquel golfo lejano.

Una gaviota, graznando, voló sobre el campamento. Los hombres gritaron

sacándolo del ensimismamiento. Salió del entoldado y miró al cielo haciéndose visera con la mano. El pájaro llevaba algo en el pico. Alguien, uno de los soldados que esperaban audiencia, gritó con voz ronca.

—¡Hideputa, gaviota maldita, heraldo de Satanás! Es un ojo lo que cuelga del pico.

Sonó un disparo de arcabuz y el pájaro cayó al mar, deshecho por la metralla.

Don Juan se volvió a los hombres a la entrada del entoldado. Los que podían se irguieron sobre muletas con brazos temblorosos, desde parihuelas y asientos. Se acercó a ellos. El primero de la cola aguantaba en pie, tambaleándose, un hombre con grandes heridas en el pecho. Un brazo le colgaba a un costado, completamente inútil. Le acompañaba el capitán de su compañía. Ambos hicieron una reverencia cuando se aproximó.

—¿Su nombre, hidalgo?

—Miguel, Miguel de Cervantes. Luché a bordo de la *Marquesa*.

—¿A qué espera audiencia?

—Yo, Diego de Urbina, su capitán, le avalo la bravura de no querer permanecer bajo cubierta estando enfermo de calentura y buscar un puesto en la delantera del esquife, donde se distinguió luchando y matando mucho turco, tanto que gracias a él pudimos conquistar el navío para su majestad.

—¿Y vos qué decís?

—Quise algo más que morir de fiebres, quería pelear por Dios y por mi rey.

Don Juan posó su mano sobre el hombro sano del herido. Luego miró a la larga fila de hombres que esperaban relatar, o que otros relatasen, sus valentías. El calor apretaba fuerte al mediodía. En la fluctuación del aire caliente creyó ver que la fila crecía, y crecía, se hacía interminable pasacalles de mutilados, antesala de la muerte, espera final de los muchos soldados del imperio que irían a morir, unos cantando, otros dolientes, todos con la mirada vuelta hacia él.

Sacudió la cabeza hasta volver a ver nítido. Ya no había multitud, sólo la playa y cerca aquel valiente de mirada cansada y orgullosa. Gritó con voz fuerte:

—Señores, ésta, siendo grande, no es la más grande ocasión que vieran o verán los siglos. Nos quedan muchas aún, y habrá grandes discusiones de eruditos, pláticas sin final, sobre cuál de ellas será la más honrosa y llena de gloria. Volvemos a España a seguir escribiendo la historia.

Y volvieron, don Juan y sus huestes, a una España que comenzaba a desgarrarse en una guerra sucesoria en la que las principales casas reales de Europa se disputaban el imperio, o alguna de sus partes, anteponiendo sus peones enjoyados. Muchas jornadas amargas hubo aquel invierno de 1571, y alguna batalla, como la de los llanos de San Martín, saqueos, quemas y asesinatos. Don Juan de Austria con unos

pactó, a otros derrotó, a los más encandiló hasta ganar derecho a portar la corona, al coste de perder los territorios europeos y la benevolencia del papa.

En la primavera de 1571 el nuevo emperador restauró el orden y comenzó a gobernar. A partir de ese momento, la historia del mundo se escribió de modo muy diferente a como hubiera sido escrita de no haber sido herido el rey Felipe en un desafortunado accidente de caza, una fría mañana de otoño en la sierra madrileña.

1
El teatrón

Hacía calor aquella tarde al final de mayo. El cocido que la dueña les había servido al mediodía había sido de padre y muy señor mío. Las natillas del postre aún se le atravesaban en el gaznate haciendo cola detrás del tocino y la cecina para entrar en el horno del estómago. Joannes Salamanca, cabo de alguaciles, veterano de los tercios, hijo de emigrantes holandeses y más conocido como Mascaburras, suspiró audiblemente. Era un hombre grande, ancho de hombros; un muro serrano construido para vencer al viento y la nieve hubiera tenido las mismas proporciones. El pecho, al respirar, parecía hinchársele hasta casi reventar los lazos de la camisa, por lo demás ya forzados por las lorzas excesivas del talle y la anchura de espaldas. En medio de su cara, ancha y rubicunda, dos ojos pequeños, dos cabezas de alfiler de color azul, observaron el comedor del cuartel, las mesas repletas, el aire cansado de humo, los hombres de uniforme apoyados en las paredes, charlando, fumando, esperando a que la tarde se hiciera noche.

Interrumpió la calma un muchacho morenito, mezcla de mil razas, huérfano empleado como correveidile en el cuartel. Resbaló en la entrada al comedor intentando detener la frenética carrera, gritando con su voz aún infantil:

—¡El teniente requiere un cabo de guardia! ¡Salamanca, Gonsálvez o Marquina! ¡Urgente!

Joannes miró en derredor y maldijo, había estado lento: Gonsálvez, Marquina y los otros habían huido escaleras abajo nada más oír los pasos apresurados por el pasillo. Viernes a medía tarde, mal momento para una visita al teniente.

De mala gana inició el camino al torreón norte. Pasó por el amplio patio de armas oculto tras altos muros de piedra y vigas vistas. El sol de mediodía hacía relucir el empedrado y cegaba al reflejarse en los bronces pulidos de los coches de asalto aparcados bajo los aleros. Buscó entrecerrando los ojos. No había ningún mozo haraganeando al que darle un par de gritos y un pescozón. Suspiró, Todo el mundo había iniciado la desbandada, esa noche irían de farra o aun mejor, de verbena. Acudirían a apostar a las peleas de gallos o, al antropódromo, a bailar a Cuatro Caminos, a pelear con matasietes en la ribera. Algo le decía que él no los acompañaría.

Resoplando, inició la ascensión hasta la noble planta cuarta. La piedra dio paso a los tapices y a la madera, a las armaduras en los rincones, a los grandes jarrones de porcelana talaverana sobre soportes de hierro, y a los enormes cuadros de batallas en las que el cuerpo había participado. Se detuvo involuntariamente ante un gran lienzo que adornaba un salón de recepciones: las revueltas del 17 en Madrid, diez años antes. Se veía la ciudad en escorzo. De muchos lugares incendiados ascendían negras

columnas de humo. Calles, casas, plazas ardían por las barricadas de fuego que los anarcolistas habían prendido. La turba, una nube de hormigas multicolor, rodeaba el Palacio Real, escalaba sus rejas y tiraba abajo las puertas. La Guardia Real disparaba, pero era superada. En medio de tanta confusión, se veía, extrañamente magnificada por los colores, una cuña de uniformes negros, las fuerzas de choque de los alguaciles avanzando para defender al rey y al imperio. Ante su empuje, los anarcolistas huían o morían bajo sus botas y las ruedas de sus blindados.

¡Qué bonitas las pinturas! Él había estado allí, había visto enormes charcos de sangre espesarse al sol, había oído los gritos, había luchado contra hombres y mujeres enloquecidos por el miedo, borrachos de sangre y dolor. Habían pasado diez años y muchas noches se despertaba oyendo el eco de las ametralladoras y el golpeteo sordo, pac, pac, de las balas percutiendo contra los adoquines, estallando en pequeñas nubes de polvo o mordiendo la carne con sus picotazos mortales. Siempre tardaba un par de cigarros en dejar de oler la carne quemada y volverse a dormir.

Se deshizo de las visiones con una sacudida de cabeza y continuó. El despacho estaba ya cerca, olía a tabaco cubano.

—¡Malditos sean los desuellacaras y valentones del imperio todo! ¡Me cago en sus muelas, y en las de sus abuelos!

Joannes se detuvo un segundo. Nunca había oído maldecir al teniente. Aquello no pintaba nada bien. Siguió adelante, pero ya sus botas no arrancaban ecos sonoros del embaldosado catalán, más parecían pasos de gato a la emboscada, Se asomó discretamente…

—Usted dirá, mi teniente.

—Pase, Salamanca, pase.

El despacho era amplio y sombrío. La luz de atardecer resultaba escasa para iluminarlo. Sólo un viejo candil de aceite —que brillaba poco y atufaba mucho— alumbraba el escritorio, una gruesa tabla de roble barnizado, taraceado en hueso y reforzada con tiras de hierro. Joannes ya había visitado en otras ocasiones aquel lugar. Se mantuvo cerca de la puerta, sombrero en diestra y siniestra sobre el cinturón, como mandaban las ordenanzas.

—Pase, hombre, venga aquí a la luz, que aunque es poca nos tiene que valer para vernos las caras. El intendente hace economías con los candiles ajenos, que seguro que los de su casa derrochan luz.

Joannes hizo lo que le ordenaban y se mantuvo en silencio y de pie. El teniente era hombre escuálido, de mirada encendida. Largos y engomados bigotes le adornaban la cara. Por la piel, de oscuro tono cetrino, más parecía otomano que cristiano. Las malas lenguas decían que era hijo de turco y sevillana. Movió las mangas de la camisa y extrajo de ellas unas manos delgadas y nervudas que cruzó sobre el legajo que había estado leyendo.

—Me acaba de llegar un recado de la corte. El muy ilustre petimetre, pelafustán, y alcahuete del duque de Mier, va al teatrón.

Joannes se removió imperceptiblemente, conocía la fama del de Mier.

—Se imaginará que, tras ofender tanto orgullo madrileño, el de Mier tiene muchos enemigos. Si por mí fuera, que se viera con ellos y con sus aceros en cualquier esquina oscura de las muchas que proporciona la ciudad, pero es favorito real. Tiene que acompañarle al teatrón, de incógnito, sin que él ni otros le supongan alguacil, y protegerlo si algo le fuera a suceder.

—Pero teniente…

—Joder, ¡Salamanca! Ni una palabra, que llevo el día entero bregando con expedientes de indeseables tramando informes y peleando con gazmoños funcionarios de cien secretarías. A mí también me revienta hacer de niñera de nobles lindos y de lengua ligera, pero no nos queda más remedio. Retírese.

El teniente no esperaba más de la conversación, fijó de nuevo la vista en los legajos, apartando sus ojos vivaces y furiosos de la ceñuda mirada de Joannes. Se volvió y, aun antes de abandonar el despacho, ya maldecía en voz baja. No pasó por la sala de guardia por no aguantar las chanzas y risas que, sin duda, le tocaría oír si les contaba cuál era su misión. Cruzó el patio y subió por el torreón norte hasta su camarera, que compartía con otros dos alguaciles solteros. Allí mudó la sobreveste del uniforme por una ropilla orillada que era su único vestido de diario. Dejó en una percha el sombrero de cuero y plumas, y tomó otro de fieltro que en un tiempo fue verde. Se ajustó la capa al cuello y bajó las escaleras a furiosos taconazos. Antes de salir a la calle por el portalón norte, el que daba a la plaza de Barajas, sacó el Villegas, comprobó que el tambor tenía siete balas del 32 y lo devolvió a la sisa, dentro de la faltriquera de cuero, donde habitualmente dormía.

Las calles de Madrid en viernes por la tarde, casi noche ya, zumbaban llenas de gentes. Regresaban unos del trabajo, partían otros a la ribera alta del Manzanares, donde se prodigaban merenderos regentados por moriscos y mulatos y abundaba la cumbia, el ron de caña, el té, los pinchos morunos, la guitarra, el yembé y los cascabeles. Grupos variopintos se cruzaban en las calles. Las criadas y modistillas, los cocheros, mozos, escoberos, artesanos y aprendices caminaban en tropel, riendo y gritando. Pasaban al lado, sin ni siquiera verlos, de hombres y mujeres ataviados de luto riguroso, beatos cristianos acudiendo a misa de novenas. Tenían éstos el gesto adusto, las carnes flacas, el cuerpo mortificado y dispuesto a oír pláticas con abundancia de paisajes infernales, menciones al papa negro de Roma, llamadas a la moral y exacerbadas diatribas contra el pecado. Con su verbo los predicadores intentaban mantener en la buena senda a sus feligreses más píos. Joannes los miró con algo de asco y también de miedo. Vigilaban la pureza del cisma que apartó al imperio y sus aliados de la nefasta influencia de los católicos, anglíticos y otras

gentes contrarias a la recta moral. Nunca se sabía cuándo uno de ellos era un familiar de la Inquisición o un confidente de alguna conchabía u orden principal.

Consultó el reloj, casi era la hora.

Caminando de prisa llegó a la Plaza Mayor. Unos globos de luz potentísima iluminaban el empedrado y hacían resaltar el mal estado de los estucos en las fachadas de los edificios. Aquélla era la iluminación eléctrica que había inventado un aragonés llamado Goya que decían genial. Joannes pasó de prisa bajo la luz fulgurante esquivando restos de hortalizas y despojos podridos que aún no habían sido recogidos tras el mercado de la mañana. Enfiló luego hacia la Puerta del Sol, pasó por ella casi corriendo y saludó con un tocar del sombrero a la Mariblanca, que dicen que siempre da suerte. Bajó luego, la capa ondeando al viento, por la carrera de San Jerónimo y la calle del Príncipe. Aún había luz en el aire, el horizonte ardía en morados y azules más allá del palacio real. El gris de la noche se imponía poco a poco y contaminaba ya el cielo por el este.

Joannes se acercó despacio, estudiando el terreno. Un poco más adelante los numerosos edificios del centro se apretaban unos contra otros como asustados, cediendo el espacio a una amplia plaza empedrada. Allí la mole del teatrón se alzaba desafiante muy por encima de los tejados de Madrid. El edificio original, que databa del tiempo del primer imperio, había ardido a principios de siglo. El padre del actual rey, el rey Jorge, había sido muy aficionado al teatrón. Gil de Alcalá, el arquitecto al cual se debía mucha de la grandiosidad de la capital, había aprovechado ese hecho para proyectar aquella máquina de asombro arquitectónico. Grandes parábolas de latón pulido, alimentadas por magnesio incandescente, iluminaban con deslumbradora potencia altos lienzos de roca lisa. Enormes columnas listadas recorrían toda la altura del edificio hasta un frontispicio que parecía clásico en una primera mirada pero no lo era. Los capiteles, a más de cincuenta metros de altura, sostenían el ala de un tejado en suave curva al modo oriental. Estatuas y adornos en oro, hierro y bronce ascendían por la fachada, entreverados en las columnas y lienzos pétreos, como una legión de hormigas escultóricas. Miraban desde la fachada los bustos de los inmortales Calderón, Pereira, López-Reina, Ayaia; los dramaturgos del teatro judío, Maímónides, Salazar e Isaac Lubino, y muchas otras desconocidas caras de grandes actores del pasado, de libretistas antiguos y representativos que Joannes desconocía.

Olía a magnesio, a latón requemado, el olor del teatrón para todos los habitantes del imperio.

Había ruido de risas y gritos. En un lateral, controlada por ujieres de uniforme, esperaba la canalla animándose unos a otros entre voces, tragos de limonada y carcajadas, camino del paraíso desde donde podrían ver el espectáculo entre las nubes de yeso y los soles de latón que adornaban el techo. La plaza estaba aún vacía, las

puertas del teatrón abiertas e iluminadas por pebeteros ardientes.

El alguacil se apostó en una esquina en sombras. Sus ojos, ágiles y entrenados, Rieron volando por encima de la multitud, posándose aquí y allá, viendo quién llevaba espadas o indicios de armas de fuego y quién no; quién era militar de paisano, quién trotona, quién pechero, quién criado filipino sin librea, quién mulato, quién norteño, quién con indicios de hereje católico, quién con traza de anarcolista dinamitero.

Al poco comenzaron a llegar las personalidades. Una brigada de mozos había despejado un tercio de acera y habilitado un lugar donde los cocheros pudieran esperar a sus amos. Relucientes como enormes escarabajos de charol, movidos por motores de hulla de mucha potencia, limpios y sin más ruido que un ronroneo profundo fueron llegando los autocoches. Apenas olían a hulla sin quemar y las nubes de los escapes eran mínimas. Se abrían sus puertas blindadas dejando ver maderas y terciopelos rojos en el interior, de donde salían, caminando airosamente, nobles de cuño viejo y capa bordada con los símbolos de órdenes y ministerios, a los que acompañaban damas cubiertas por amplias capas de seda y toquillas caladas que reservaban la blancura de su piel y el brillo de las joyas para lucirlos en el palco.

El obispo principal de Madrid, y por ende del imperio, bajó de un autocoche sobrio y anticuado, igual que él. Su mirada de águila vieja y poderosa brilló con todo el poder de su cargo, a un solo paso de la cabeza de la Iglesia, el propio rey.

Tras él arribaron los Moses, gránalas familia del secretario del Banco Imperial que desembarcaron de una flotilla de pequeños y articulados gomeznarros imperiales. Les siguieron la marquesa de Cádiz, propietaria de la más grande naviera del imperio; el duque de Sestao, cabeza de la poderosa conchabía industrial del norte; el cátedro Tullides, presidente de la Academia de Ciencias; el jefe del Estado Mayor en uniforme de gala y cientos de personajes menores, nobles, granaras, bellas, vividores y arrimados al sol que más calienta, mostrando la opulencia en los gestos y los adornos, en la calidad de telas y joyas, en la belleza de sus mujeres.

—Cuánto pisaverde, lechuguino, ocioso y chupón.

Joannes, de peor humor a cada minuto que pasaba, se apoyaba alternativamente en los píes. De los últimos en llegar fue el autocoche de don Diego de Mier, duque de Mier, quizá el más lujoso de cuantos habían aparcado en la ya repleta orilla de la calle. Era un Arriate de doble cuerpo con juego de dirección hidráulica y motores delantero y trasero. Largo como un día sin pan y negro como la noche, por dentro se decía que era casi tan grande como una casa, que disponía de cama, mesa, y acomodo para diez personas, y que, en movimiento, apenas se notaba el bamboleo gracias a los enormes muelles dobles y amortiguadores viscosos en cada una de las seis ruedas del ingenio. Se abrió la puerta y bajó el duque con una copa de vino catalán en la mano. Era el de Mier hombre alto y de huesos prominentes, delgado, fibroso y de expresión

y figura siempre relajada, elegante y desenfadada aun en la más solemne ocasión. Miró alrededor y volvió adentro, donde se oía una voz femenina. Salió ya sin copa y del brazo de una mujer alta, de guardainfante bordado en oro, descubierto su hermoso rastro y desafiante la mirada garza y los cabellos azabache sueltos al aire de la noche. Entraron en el teatrón mientras el Arriate resoplaba y maniobraba haciendo temblar los adoquines de la calle.

Joannes, medio embozado, los siguió adentro. El portero le dio el alto y el alguacil le miró fulminante antes de enseñar la pistolera bordada con el escudo del cuerpo, suficiente insignia de su empleo. De inmediato le franquearon el paso. Intentó no perder al de Mier en la multitud, cosa bastante fácil dadas las risas y aspavientos que exhibía. El vestíbulo principal del teatrón ardía de luz, focos de magnesio alumbraban el techo de espejos que devolvía los brillos al mármol, a las telas, las joyas y los ojos febriles de los que charlaban antes del inicio de la función. Aquel espacio no era para la chusma, que subía por una escalera lateral sin pisar aquellas alfombras de Oriente, ni admirar el brillo del magnesio en perlas y diamantes.

De vez en cuando, camareros de librea y tez oscura paseaban entre la masa de tela cara y carne alimentada, de los mejores manjares del imperio, portando bandejas de golosinas, bebidas frías, y rapé.

La confusión de brillos, de oros, joyas, espejos y los olores violentos de los perfumes exóticos, las fragancias mezcladas de la lavanda varonil y la azalea, el jazmín, la rosa y el palosanto le llegaron como una ola de sensación mareante.

—…y entonces le dijo ella, con tamaña cosa, poca violencia, señor…

Sin dejar de reír, el duque miró un par de veces en dirección a Joannes, que disimuló ocultándose detrás de una estatua de Apolo. Siguieron sus ojos discerniendo entre la multitud, en las escaleras y pasarelas, cualquier señal de peligro.

En eso estaba cuando sonó una campana de plata. Los nobles, ricos y poderosos iniciaron la emigración a palcos y butacas, Joannes siguió de cerca al duque, que se paraba a saludar a unos y otros.

—Adiós, Montoya, querido, que hablar habernos. Muchas cosas sé que tú disfrutarías conocer. Adiós, bella Mariana, quién pudiera nadar en el lago calmo de tus ojos.

Sonó otra vez la campana, Joannes había seguido a duque y séquito por un pasillo guarnecido de alfombra roja que cada vez quedaba más vado. Había pensado emboscarse en las sombras, cerca de la entrada del palco. Si nadie entraba, nadie podría hacerle daño a su protegido. Sin embargo, sus planes quedaron truncados cuando el duque, justo antes de entrar, se volvió hacia él y le hizo una seña. Joannes trató de ignorarla y arrebujarse tras una estatua, pero el duque insistió.

—Usted, el alguacil, por favor.

No tuvo más remedio que acercarse. El duque, tan alto como él, le miró

directamente a los ojos con una mirada divertida e inteligente, a la que Joannes respondió con un entrecerrar de sus ojos diminutos.

—No se preocupe, que sé quién le manda y cuáles son sus órdenes. No voy a dejarle a la puerta de mi palco como perro guardián. Al menos disfrute de la representación.

—Se confunde usted, señor duque.

—No me obligue a dar parte y sea obediente, hombre, que es por su bien.

El duque señaló la puerta abierta. Joannes se quitó el sombrero con más presteza de la que hubiera sido necesaria, resopló, agachó la testuz y precedió al duque al interior.

Nunca había estado en un palco, los había vislumbrado muchas veces desde el patio de butacas, cuando le había tocado guardia, o desde el paraíso, cuando había ido al teatrón por gusto de alguna mujer. Admiró el brocado rojo con que estaban forradas las paredes y se asombró de la comodidad de los asientos y de la mesa con golosinas, limonada, ginebra y pastas en un rincón. También le sorprendió ver tan de cerca a la cortesana que había acompañado al duque al teatrón. Era una mujer grande, nada frágil, de atractivos ojos levemente rasgados, mandíbula cuadrada y sonrisa perfecta. Vestía sedas color hueso bordadas en oro y perla que ceñían un talle estrecho y ocultaba amplias caderas tras el guarda infantes. El pecho se abría para mostrar, tras un bordado de holanda muy calado, un amplio escote y un cuello largo, sin gorguerilla, deliciosamente enjoyado. Era la mujer desenvuelta de tal modo que ninguna mirada malgastaba en recatos, todas eran frívolas, picaras y calientasangres.

—Mira, Dorotea, saluda al gentil guardacuellos que me han mandado mis amigos. Siento no poder presentarte a los matasietes que habrán enviado mis enemigos, estarán por ahí emboscados y espiando. Siéntese y tome una limonada antes de que empiece la representación.

Joannes dio un salto y la mano se le fue sola a la sobaquera. De las sombras había surgido un criado de movimientos sutiles, oriental e imperturbable. El duque dio un respingo y puso la mano en el brazo armado de Joannes.

—Tranquilo, sólo es el camarero del palco.

Joannes se sentó de nuevo mientras el criado llenaba las copas de fino cristal y las ofrecía. Rechazó la suya a pesar de que sentía el paladar pastoso. No quería tener nada que ver con aquel criado hieratico. Los orientales le sacaban de quicio, era incapaz de leer sus expresiones, de adivinar qué estaban pensando y qué iban a hacer a continuación.

El criado regresó a las sombras de las que había surgido y el duque, sin prestarle ninguna atención, en seguida se puso a cuchichear y acariciar, con un leve toque, el dorso del brazo de la cortesana. El alguacil, por no mirar donde no debía, volvió la atención primero al camarero, que permanecía mudo y casi invisible, y luego al

exterior del palco.

En la platea crujían sedas y tafetanes cual tempestad furiosa. El rumor de las conversaciones ascendía como el de una rompiente marina, bullía allí un mar de maledicencias, risas falsas y graves voces masculinas punteando esto y aquello. En agudo contraste el proscenio permanecía vacío y tranquilo.

Alguien en el paraíso gritó un improperio, al que siguieron otros. Patalearon con ganas los soldados y ganapanes y, para demostrar plante a sus parejas de criadas y costureras, arrojaron basuras que chocaron contra la malla metálica que impedía llegar las coles, tostones, migas y demás desechos hasta la platea.

Joannes sonrió. Se impacientan, pensó. Mirando a la izquierda vio, en el centro del teatro, que el palco Real permanecía vacío y con las cortinas echadas. Siguió la amplia curva de aterrazados balcones moldeados en yeso y cubiertos de latón brillante. Miró por último a su derecha, en el palco contiguo había luz y movimiento.

—Se impacienta el populacho, Dorotea. —El duque se asomó al balcón casi arriesgando una caída—. Los Ferruziel están aquí al lado.

Joannes miró de reojo. El ángulo no le dejaba ver a los ocupantes, pero sabía quiénes eran: banqueros, prestamistas, corredores de Bolsa, granatas judíos adinerados y muy influyentes.

Sonó una campana, y casi sin demora se apagaron los focos de magnesio y comenzaron los fuegos de apertura con una fuerte explosión que resonó contra las paredes del teatrón. Joannes se sobresaltó. La entrada ígnea era antes más comedida.

—Mi buen alguacil, no se sorprenda. Estas entradas infernales son la moda ahora que los autores se han hartado de torturar oídos con innovaciones de la rima.

Hubo molinetes de fuego, algún petardo, mucha chispa de colores brillantes que caía en el foso de agua entre el proscenio y la platea. El gallinero rugía alborozado; y la platea se encogía temerosa de quemarse con alguna pavesa. Los artificieros catanitas y valencianos que se ocupaban de tal arte se movían tras planchas de chapa pintada en negro mate, encendiendo mechas, apagando pequeños fuegos, controlando otros. Grandes ventiladores situados en el techo del teatrón absorbían la mayor parte del humo, y sin embargo a Joannes se le llenaron las narices del acre olor de la pólvora quemada. Siempre le había sorprendido esa afición por los ingenios ardientes. Él, en veinte años de servicio, había tenido suficiente pólvora para dos o tres vidas.

La traca final duró un par de minutos y se cerró el espectáculo con una enorme y silenciosa mariposa ardiente, de alas batientes y vida efímera, Joannes miraba de vez en cuando a su protegido. El duque había parecido más interesado en el interior del escote de su acompañante que en el inicio del espectáculo. Sólo la mariposa le sacó de su embelesamiento.

—Aún tengo esperanza, Dorotea, todavía se sabe lo que es mesura. Esa mariposa

tan bella es, sin duda, de maese Shan. Sí, míralo aquí en el programa.

Sin esperar apenas a que se apagase la última chispa, se alzó el telón y los focos volvieron a encenderse. Proyectaban, esta vez, tonos de colores como de vidriera. Era otro arte para el teatrón, menor pero necesario: la transparencia, las sombras, las sutiles transformaciones de color que se operaban en contenedores planos de cristal y de doble pared, que se iban llenando de líquidos coloreados, espesos y llenos de burbujas unos, límpidos otros, y que la luz potente de los focos traspasaba para bañar el escenario, una lisa pared pintada de blanco.

En esta ocasión Joannes no adivinó siluetas, añadidos pegados, personajes mitológicos, alusiones a la gloria imperial ni paisajes remotos. Eran únicamente juegos de colores y formas, ahora rectas ahora redondeadas, ahora nubosas masas de color, luego rectos rayos de luz.

—Notable el abandono de las formas clásicas. Puede que en este campo menor se llegué a más que en los llamados mayores, llenos de ceporros en busca de la fama.

Joannes sobre eso no podía opinar; sí sobre las turgencias que cada vez parecían más evidentes en la cortesana, pegada al duque como lapa a la piedra.

Salió, en medio de ese jardín de luz, la actriz principal. Vestía una túnica clásica orlada de oro y plata que relucía a cada envite de la luz cambiante. La acompañaba una rondalla de guitarra, koto, yembé y un gamelán pequeño y sonoro. La música comenzó suave, y la actriz cantó a la andaluza, sentada, reconcentrada en ignorar el escenario, el espacio y el tiempo. La voz era pura, aguda y muy limpia, le pareció al alguacil. La letra era sencilla, un romance serrano: ella esperaba el regreso del amado sin casar y el amado, tendido en los campos submarinos del Caribe, se pudría y luchaba con las algas, que son el cabello de sirenas, por liberarse y volver, acudir al canto y la llamada de su amada. De eso sí entendía, había visto muchos muertos en tierra de nadie como para que no le resultase muy sencillo evocar esos paisajes submarinos sembrado; de cadáveres medio comidos por los peces.

—Buena voz, pero lo mejor es el sentimiento. Dorotea, aquí no, me haces cosquillas. ¡Déjalo ya, mujer!

Tras el cante triste, vino un repique de yembé y una alegría-cumbia. La actriz, a la voz potente y oscura del tañedor que declamaba un sincopado ritmo cubano, se despojó de la túnica y quedó vestida con un velo de seda cruda, descalza y con las formas de su cuerpo sensualmente dibujadas mientras se movía con gracia especial, dibujando los pasos de la danza.

Terminó el cante y se encendieron los focos de magnesio. El público aplaudió enfervorizado, la artista saludó un par de veces y cayó el telón. Mientras un trío de púa rascaba sus instrumentos, la gente se levantó y recomenzaron las conversaciones, las risas entrecortadas, los cigarros de nuevo encendidos. Se levantó el duque a por limonada, que le sirvió el lacayo, circunstancia que aprovechó la cortesana para

acercarse a Joannes. El perfume no ocultaba su olor personal, fuerte, en el límite entre lo desagradable y lo tentador; olía a campo, a suave piel mojada por la lluvia de primavera. Joannes se sorprendió, olía como una campesina recién lavada en un río de agua helada y secándose en un fuego de haya.

—Un hombre tan grande como usted debiera ser grande en todos los aspectos, ¿no?

La miró de reojo, la vio bella y deseable, los labios húmedos y la mirada trémula. La supo cruel, un gato que juega con el ratón antes de atraparlo. El duque vino en su rescate y volvió a sentarse entre ambos sin dar importancia a los escarceos de Dorotea. Traía un vaso de limonada fría y un platito de boquerones en vinagre.

Tras tres avisos, se calmó de nuevo la tempestad, se sentó Dorotea, de nuevo formal, al otro lado del palco, y volvió la oscuridad. De repente, algo apareció en el fondo del escenario. Joannes no había visto nada igual en su vida. Parecía una habitación con muebles, una ventana desde la que se veía el mar, pero… estaban en el teatrón y la habitación parecía enorme y plana. ¿Era una pintura? No supo decidirlo.

—No se asombre, es la técnica nueva del camaroscopio.

En la habitación hubo un resplandor y un espanto esquelético entró caminando.

—Santo Dios. Esto es cosa de cabalistas y demonios.

El duque sonrío de medio lado, sin despegar los labios.

—No, sólo de ópticos y ciencia, mi buen amigo. ¿Ve ese ventanuco brillante, allí, tras el paraíso? Detrás hay un aparato lleno de lentes, prismas y mecanismos. Dicho aparato recoge la luz de una habitación cerrada y decorada donde los actores deambulan y dicen sus diálogos. Y esos prodigios de muertes andantes son marionetas que se interponen en el hilo de luz de tal modo que parecen reales. ¿No veis la insinuación de los hilos?

El público parecía tan asombrado como él, absorto en las maravillas de la nueva técnica. Una vez se hubo repuesto de la sorpresa, contempló cómo se desarrollaba la acción, una comedia de enredo en la que la muerte acude equivocada al mundo de los vivos a por un joven doncel en vez de a por su señor padre y los líos que esto produce. Hasta el fin de la representación abundaron los efectos visuales. Hubo muertos que volvían a la vida, mudando facciones cadavéricas en otras sanas; tormentas, barcos en la mar, escenas bucólicas. La técnica permitía cambios veloces de escenarios, mostrar cosas imposibles, y el público del paraíso, menos comedido y digno que el de plateas y palcos, estallaba en regocijo ante cada nueva sorpresa visual.

Terminó la comedia entre grandes risas y asombros.

—¡Bah!, tanta innovación… Lo importante sigue siendo el texto, y éste es mediocre.

Joannes oyó al duque y no pudo por menos que darle la razón; los efectos habían

enmascarado lo anodino de la narración. Gustaba más de los argumentos con lógica y de los diálogos agudos.

Siguió otro intermedio. Vino a ver al duque un marqués al que Joannes no conocía, acompañado de un guardacuello celoso. Se miraron ambos mientras sus protegidos conversaban de naderías. Era el otro un hombre brutal, de brazos largos y frente estrecha. Joannes, frente a él, sacó pecho. Superaba por una cabeza en altura al otro y terminó por amilanarlo al medio enseñar, en estudiado descuido, la cacha de cuerno del Villegas colgado en el sobaco. Al finalizar el entreacto el otro noble se fue cojeando medio borracho de limonadas y Joannes volvió a sentarse. El duque inició escarceos poco decorosos con la cortesana y el alguacil, por no molestar, dio en mirar afuera. La vio asomada al balcón, seguramente tan necesitada de salir de allí como lo estaba él mismo. Era una mujer de raza judía y velada en rico crespón negro. Tenía un cuello largo y desnudo, de piel blanca, y el pelo recogido en un moño al estilo de los de su raza. Se levantó el velo y lo sujetó con una cadenita de piara. Volvió entonces la cabeza hacia Joannes y lo miró un poco sorprendida. Tenía los ojos grandes y muy negros, la boca pequeña y entreabierta, la mandíbula firme. Aguantaron la mirada más de lo que el decoro hubiera considerado adecuado, los dos un poco asombrados, un poco divertidos, un poco azorados por tender una mirada cómplice en el vacío entre los palcos. Alguien dijo algo y la mujer vaciló, desvió la mirada, volvió un momento a los ojos de Joannes, sonrió como en una disculpa y regresó al interior del palco.

Ya comenzaba a subir el telón y se apagaban de nuevo los reflectores. Los Ferruziel, había dicho el duque. Miró a la cortesana y ella le miró a su vez. Era más mujer, más sensual, pero carecía de misterio alguno, era lo que se veía. Sin embargo, aquella otra…

—Comienza la tragedia. Esto es lo bueno, hoy actúa la Sigüenzana.

Joannes volvió la vista al proscenio. La tragedia exigía un escenario vacío, sin artificios, túnicas teatrales sin adornos y el maquillaje blanco en cara y brazos. Ahí era donde se valoraba el talento de los actores. La tragedia era siempre la misma obra, un texto clásico elaborado por siglos de representaciones, con cientos de variedades según la época y los gustos de los actores y el público. En realidad el argumento no era lo importante: una sencilla historia de dos amantes, Silvela y Riocoro, de cómo él debe ir a la guerra por el rey, muere en ella mientras el monarca intenta seducir a su enamorada y no lo consigue, logrando que se suicide. Luego los fantasmas de los dos amantes vuelven para atormentar al rey y llevarlo a la locura. Ése era el canon; sin embargo, dado que el texto rimado debía ser improvisado, cada actor, cada representación, le daba a la obra un carácter diferente. Se cargaban tintas en la tragedia del rey enamorado, o la mujer sometida, o en el deber del soldado, todo según gustos y elecciones.

—Mira, Dorotea, ya sale, la Sigüenzana, dicen, ha compuesto una Silvela rebelde, que se reduce con dificultad al papel de secundaria. Eso le ha calentado los cascos a más de uno, que cree que sus mujeres aprenderán de ella.

Había mudado de sitio Dorotea, y ahora se sentaba casi en las rodillas del duque, cerca del asiento de Joannes. No había sitio en el palco donde pudiera huir, y notó los roces de los pies colgantes y malintencionados de la cortesana, buscando la caña de sus botas y más arriba. Los rechazó echándose hacia delante. La Ferruziel del otro palco no asomaba ya.

Abajo, la tragedia se desarrollaba en silencio. Se movían los actores cambiando sutilmente de postura, los rostros hieráticos y tensos. Se entendía en sus gestos la locura, la pasión, el ansia, la mezquindad, mientras el plectro arrancaba acordes sincopados al arpa de acompañamiento. Un poco más tarde surgió el diálogo versado e improvisado. A Joannes no le fue difícil quedar embelesado: los actores eran muy buenos.

Terminó la representación y los aplausos amenazaron con derrumbar las paredes. Los actores bailaron y cantaron para agradecer la ovación y terminó ahí la sesión, pero no los problemas de Joannes.

—Acompáñenos y protéjanos hasta el autocoche, señor alguacil.

—Dorotea, déjale ir que le estamos hastiando.

—Mi misión termina cuando usted suba a su vehículo, señor.

Salieron los tres al pasillo, que bullía de gentes que recogían capas, se ponían velos, charlaban a voces, fumaban y reían. El duque fue a saludar al de Riofrío, otro petimetre de su misma edad y parecida calaña, circunstancia que aprovechó la cortesana para asirse al brazo de Joannes. El alguacil se envaró al notar el contacto de las manos pequeñas y fuertes de aquella mujer que se vendía al placer de otros. Intentando desembarazarse de ella sin resultar brusco, su mirada se cruzó con los ojos negros que había visto antes. Se reconocieron al instante, y los dos desviaron la vista para volver a buscarse de reojo. Sin embargo no hubo ocasión, arrastrados ambos por la aglomeración.

Continuaba la sorda batalla contra la cortesana cuando llegó el duque de sus saludos. Ella volvió al redil sin cejar en las miradas lánguidas y sesgadas.

Avanzaron lentamente entre la multitud. Joannes sabía que ése era el momento más favorable a un ataque. Sus ojos saltaban de uno a otro, buscaban movimientos bruscos y miradas decididas. No los hubo, aquélla no era la noche elegida para un atentado, y llegaron sin incidentes a donde esperaba el enorme Arriare. Acompañó a la pareja hasta la misma puerta del autocoche. Un cochero abrió la puerta. Con un siseo descendió una pequeña escalera. Subió primero el duque y la cortesana se demoró un instante.

—Podría venir con nosotros. Esta noche hay más espectáculos, íntimos y mis

sabrosos, se lo aseguro. ¿Verdad que podría, duque?

—Dorotea…

En eso la mano izquierda de la cortesana rozó el muslo de Joannes a la par que su cara se acercaba a la de éste todo lo que la diferencia de alturas permitía. Con poco esfuerzo, el alguacil la sujetó del brazo y, en volandas, la apartó hasta casi hacerla chocar contra el autocoche. Luego frunció el ceño y habló entre dientes.

—Mi señora, si quiero putas, las elijo y las pago yo.

Vio mudar la cara de la cortesana del suave bermellón al lívido de la furia. Lanzó la mano libre tan rápido que no pudo entreverla y le abofeteó con energía.

Joannes la miró sin un gesto mientras ella regresaba al interior. Allí el duque se reía a mandíbula batiente. Se despidió con un saludo de la mano y una sonrisa. El criado cerró la puerta y el autocoche.

El alguacil, plantado en mitad de una calle que iba quedando desierta muy de prisa, maldecía su suerte, la lengua demasiado rápida y la incontinencia que había heredado de su madre. Puta era, pero cortesana, y más podían en palacio dos muslos que dos secretarios, se decía de la corte, y sin duda era verdad.

Disgustado, ciñó capa, sombrero y pistolón, y comenzó la vuelta al cuartel en busca de una cama que su orgullo había ganado fría y vacía. Pero la noche no había terminado para él ni para ninguno de los alguaciles del cuartel. Según llegaba a la plaza del Conde de Barajas le pareció oír ruido de motores. El portón principal estaba abierto. Dentro había pasos apresurados, órdenes ladradas, muchos motores de hulla calentándose.

—Noche de viernes, ¡maldita sea!

Entró en el patio renegando. En efecto, todas las fuerzas del cuartel se estaban movilizando. Los novaros, jóvenes y con cara de susto, cruzaban el empedrado a grandes zancadas, entraban en el arsenal, de donde salían portando armas, escudo, porras de madera, casco y petos. Luego formaban en filas de a dos, siempre dirigidos a gritos en un vano intento por galvanizarlos frente a lo que les esperaba.

Joannes se cruzó con El Valenciano, un compañero de su mismo rango, viudo, sin hijos y sin dinero, que también vivía en el cuartel. Al principio no entendió qué le decía, gritándole desde muy cerca, sólo miraba el bigote de amplias alas que se agitaba delante mismo de su cara como sí fuese a salir volando. Luego desapareció junto a su dueño, perdidos los dos en la algarabía. Sólo entendió una frase: «Revuelta en la ribera baja». Joannes imaginó vívidamente el cuadro: viernes, a los obreros, tras beber vino rancio en las tabernas, les había empezado a urgir la necesidad de soltar toda la rabia acumulada el resto de la semana. Un agitador brindándoles un objetivo era todo lo que habían necesitado para quemar una fábrica o asaltar alguna dependencia oficial. Lo de siempre.

Suspiró y se encaminó a la armería.

2
Crimen en Lavapiés

Con sólo cerrar los ojos, unas horas después, ya amanecido, sentado en la churrería de San Gínés en compañía de Pedro (un colombiano bajito, renegrido y cholo), Santaluña (un mexicano que tenía algo de pedante y literato) y El Valenciano, Joannes comenzaba a olvidar toda la confusión en que se había resuelto la noche pasada: una espuma de hombres de negro y dril, una tormenta de brazos armados con porras de madera y gestos terribles, el brillo del bronce bruñido de los cascos reflejando las llamas del incendio. Sacudió la cabeza para ahuyentar los recuerdos y se concentró en la luz del sol, que ya comenzaba a hacer relumbrar las fachadas y el empedrado de la calle.

Era festivo y muy temprano, sábado, día de mercado mayor, y ya estaban verduleras, meloneros, carniceros y especieros peleando, como tenían por costumbre, por un espacio donde colocar carros y toldos. Los gritos llegaban allí desde los soportales de la plaza de San Ginés.

Miró en derredor. Sus compañeros fumaban en silencio, sentados en los gruesos bancos de madera. Flotaba en la penumbra el denso aroma del chocolate que se derretía en grandes baldes. Hacía calor, se desprendió de la capa en cuanto advirtió que aún no se la había quitado. Tras un tiempo indeterminado, vino el mozo con una bandeja de churros, una enorme jarra de chocolate, otra de agua clara, vasos y tazas de proporciones bíblicas que se apresuró a colmar con un líquido humeante y casi negro, poco azucarado, denso y oloroso.

Comieron en silencio, mojando los churros de dos en dos, moviendo los bigotes con hambre atrasada, resoplando cuando el chocolate les quemaba la lengua. Cuando terminaron, ninguno tenía ganas de hablar. Bebieron agua y anís en silencio mientras a la chocolatería llegaban algunas familias en traje de fiesta, a desayunar antes de ir a la estación y coger un autocoche a Sierra Nevada, que les llevase a pasar el día entre pinos y peñas.

Joannes entornó los ojos y mudó de postura para evitar un rayo de sol que había terminado por caer dentro de la churrería. Fuera lucía un sol cada vez mas intenso, pura luz de primavera. Mejor si se van todos, pensó Joannes, así dejan Madrid más despejado para los demás.

Muchos años atrás el también había acudido con su familia a las romerías serranas de junio, a reír y bailar pisoteando la hierba al lado de alguna antigua ermita. Miró de nuevo a la calle. El pedazo de empedrado que se veía más allá de la puerta parecía arder al toque de los rayos solares. Imaginó el tiempo como una sustancia dorada que se derramaba sobre las calles de Madrid, una miel oleosa, ardiente de sol, que corría lenta cuando la mirabas, pero que se escapaba de entre los dedos como la

más fina arena de playa cuando no se la prestaba atención.

Habían pasado ya cuatro décadas desde que a sus padres, piadosos campesinos flamencos, los repobladores del rey les habían ofrecido escrituras de asentamiento en la sierra madrileña devastada por las pestes. Muchos otros les acompañaron en el viaje, todos aquellos dispuestos a abandonar las sombrías tierras amenazadas por las constantes razias de los católicos alemanes y los sangrientos ataques por mar de los ingleses y su flota encomendada a la Virgen María. Buscaban poder practicar su fe en el corazón de la Reforma hispana, allí donde las amenazas de Roma y sus siervos no iban a llegar nunca, y donde el cisma de la corrupta Roma había abierto un futuro de esperanza para la raza humana. Buscaban un porvenir, aunque fuese uno estrecho y sacrificado, de trabajo y sudor lejos de las hogueras y las horcas.

Joannes había nacido a mitad de camino en un enorme carro movido por vapor y lleno de esperanzados centroeuropeos. La caravana de colonos había cruzado toda Francia camino de Madrid, y había descargado a sus pasajeros en asentamientos de Soria, de Palencia, de Valladolid y de la sierra norte de la capital.

En el monte, Joannes se había criado fuerte, taciturno; entregado al trabajo y a los ritos religiosos; al temor de pecar y a la amenaza indefinida y constante del infierno. Sus padres le habían inculcado la devoción y lealtad ciega hacia la nueva Iglesia Reformada hispana y su cabeza terrenal, el rey, a un tiro de piedra de la sierra y tan lejos, en realidad, como la mismísima Luna.

Volvió a centrar la atención en el momento que vivía. Se habían acabado el chocolate y los churros. Al rato abandonaron la chocolatería y volvieron al cuartel, trastabillando escaleras arriba, luchando contra el sueño. Joannes los abandonó camino de los baños. Se lavó la cara con agua fría. Había un solo candil en el cuarto embaldosado. A su luz, un espejo roto y con el azogue medio desprendido le devolvió su rostro, una cara de un blanco macilento, profundas ojeras y el pelo largo, rubio, mojado, lacio y pegado a la frente. Los ojillos eran más pequeños que nunca, azules y perdidos en los párpados entornados. Se miró las manos, tenía alguna herida producida por el roce de la porra, dedos gruesos y nudillos encallecidos por años de peleas y trabajo. Cuarenta y pico, en poco tiempo encanecería y el músculo se le volvería grasa, la espalda se encorvaría. Casi pudo ver la transformación en el cristal del espejo, aparecer las arrugas, caérsele los dientes, enturbiársele la mirada. ¿Qué había conseguido en aquellos años? Se miró las manos vacías. Luego se fue a la cama.

Durmieron hasta la hora de comer y luego, sin sueño ya, jugaron a naipes a la hora de la siesta. Pedro y El Valenciano no tenían guardia, por lo que se acicalaron y fueron a los bailes de Cuatro Caminos, famoso coto de amas de cría y sirvientas donde habitualmente cazaban militares y alguaciles solteros.

Al contrario que sus compañeros, Santaluña y Joannes tenían guardia, sinónimo

de languidecer en el cuartel a la espera de una emergencia que nunca llegaba.

Joannes acababa de encender un cigarro y la esencia del humo le circulaba indolente por tas venas. Tenía las grandes botas sobre la mesa, y el paladar aún saturado de los recientes sabores de la comida. La tarde se había llenado de nubes, llovía de un cielo muy gris. Ocupaban, él y Santaluña, un largo galpón, con más de establo que de habitación, que daba al patio del cuartel. Por las ventanas, de cristales sucios, se colaba una luz triste y amarillenta, y por la puerta, un viento desapacible pero aún escaso para encender la chimenea, Joannes volvió la vista hacia Santaluña, que dormitaba con el sombrero sobre la cara y apoyada la silla contra la pared. Justo encima de él, los correajes, las capas y sombreros colgaban de una percha.

—Que calma.

No bien hubo terminado de susurrar la frase se oyeron pasos apresurados. Miguelillo, uno de los correveidiles, le entregó una nota a Joannes. El alguacil le dio un coscorrón cariñoso y le sujetó por el hombro.

—¿De quién es?

—Del jefe.

Durante un momento la duda le atenazó, miró al dormido mexicano, y luego soltó al chaval y leyó la nota. Al Ínstame se le mudó el semblante.

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Un muerto.

—Ah… bueno.

El mexicano se recolocó el sombrero y en un tiempo sorprendentemente corto reanudó los ronquidos, la nota, manuscrita por el teniente, decía que tenía que acudir al servicio de un funcionario religioso y asistirle en la resolución de un crimen. Se le citaba inmediatamente en la calle Olivar.

—¿Para qué me querrá un religioso?

Leyó de nuevo la hora: sí, no había errores, era la letra del teniente y también su sello. Siguió extrañándole esa petición. Un religioso, citaba. Sólo podía tratarse de un inquisidor, la élite de la Iglesia, y del imperio mismo, sólo ellos reñían tratos en asuntos como aquél.

Joannes, taciturno, tomó su capa, se ciñó el revólver y el sombrero. Cuando ya estaba pertrechado y se disponía a salir, se quedó mirando un momento al feliz durmiente. Con malicia, pateó la silla que sostenía a Santaluña, arrojándolo al suelo con estrépito. Joannes apresuró el paso y salió rápido entre una sarta de insultos y maldiciones. Aún sonreía en mitad del patio, mientras se calaba el sombrero y se guarecía del chaparrón. Al otro lado del parió, alineados, los autocoches se refugiaban bajo los soportales. Los conductores estarían entre ellos, como siempre, jugando al salto. A alguno le iba a hacer la puñeta, pensó casi con pena.

Cuando estaba llegando, gritó a voz en cuello.

—Salazar, hala, que vamos al tajo.

Un hombre pequeño y grueso, de cabeza calva y guedejas despeinadas, se levantó de entre dos autocoches. Allí, un círculo cerrado de hombres rodeaba un pequeño ingenio de manivela.

—Joder, Salamanca, que voy ganando.

—¡Venga! Recoge, que esos ganapanes te aguantan la puntuación.

El cochero, vestido de hule encerado, como todos ellos. Se apresuró a sacar la puntuación de la máquina de salto y la anotó en una libreta.

—Quinientos doce, apuntadlo, que luego seguimos.

Joannes se metió en el primero de los autocoches de la fila. El cochero fue a la parte de atrás e hizo girar el volante de inercia, que zumbó al aumentar de revoluciones. Subió hasta el pescante y desde allí abrió la espita del depósito y presionó el botón de la magneto. El motor tosió, se agitó y al fin exploró en una nube de cenizas y arrancó asmáticamente.

—¿Adónde?

—A la plaza de Lavapiés.

—Pues vamos, a ver si no necesitamos un barco para llegar.

Joannes debía acudir a la judería, a la calle que llamaban del Olivar, eso decía la nota. Llovía en Madrid como si el cielo se hubiese hartado y quisiese lavar la mugre que se acumulaba en calles y fachadas y que el municipio no hacía por retirar. Salieron a la calle de la Colegiata, vacía de tráfico a aquella hora de la siesta, y arribaron sin percance a la plaza de Justo Maqueda, el inventor del motor de ciclo Écija. Rindiendo homenaje a su inventor, el autocoche cruzó raudo la plaza buscando una calle por la que pudiese entrar cómodamente. No era fácil, de ahí hasta el río se extendía el barrio judío, que siempre construyen retorcido, o así maldecía el cochero Salazar.

—Tira por Embajadores y llégate a la plaza por abajo.

Y así hizo, bajó por Embajadores y cortó a la izquierda, hasta la piaza, por Tribulete. Buscó allí un sido donde parar y lo encontró en la parte baja.

Seguía lloviendo a mares. La plaza, en forma de triángulo isósceles, se desdibujaba por la lluvia y hasta parecía disolverse en ella. Varios edificios abigarrados y de pórticos abiertos cerraban dos lados por el sur. De la base, orientada al norte, salían tres calles. De la derecha subía una pequeña cuesta por la que se llegaba a una sinagoga tan antigua como el mismo barrio, un edificio de adobe, pequeño y desgastado por el tiempo, el auténtico corazón de la judería. Comprendía ésta, en su apretada geografía, una gran parte del corazón mismo de la ciudad. Antes, en tiempos anteriores a la revolución y posterior restauración, durante el imperio viejo, había sido un barrio periférico, pero la ciudad había crecido mucho superando

por el sur la ribera del Manzanares, y por el norte alcanzando el pueblo de Barajas y aún más allá. El núcleo de la judería, aun antiguo, nunca había sido ilustre, y las calles eran estrechas y sucias, el adoquinado irregular, sin ni siquiera faroles de carburo —y mucho menos los nuevos eléctricos— que hiciesen huir la oscuridad de sus rincones. Allí vivían y tenían el negocio los judíos más pobres, artesanos, zapateros, relojeros, talabarteros, armeros, orfebres y pasteleros. En la parte baja, en las casas que desde la plaza se extendían hasta el río, abundaban las fondas, las tabernas, los figones miserables, las vinaterías donde se bebía mal vino y se jugaba mal juego; las tabernas, las carnicerías judías y gentiles; los prostíbulos, las casas llanas y las de reala. Allí se refugiaban mucho de lampantes, descuideros, matasietes, o simplemente soldadesca arrufianada, que Joannes y su gente preferían dejar al cuidado de la Alhama y sus levitas en un acuerdo tácito sin queja hasta el momento.

No era, sin embargo, zona segura. Medraba allí también otra ralea de maleantes, a menudo de la misma racha, y mismas costumbres, pero cuya jurisdicción no correspondía a alguaciles ni a judíos. Funcionarios silenciosos, informadores, miembros de conchabías secretas se ocupaban de esos delincuentes políticos —espías católicos anglíticos, saboteadores y anarcolistas antimonárquicos, martillos de gránalas y asesinos de personalidades— convirtiendo el barrio en un silencioso campo de batalla donde el arma más terrible era la información.

Joannes, dejado su autocoche al cuidado del conductor, se ajustó el sombrero por el que empezó a resbalar la lluvia, echó un vistazo en derredor, chistó con la lengua y emprendió el ascenso de la empinada calle del Olivar.

La lluvia corría abundantemente cuesta abajo arrastrando un caudal de barro de sospechosos aspecto y olor, que le manchó las botas y le hizo renegar.

—Malditos sean los herejes y el papa negro de Roma, ¿pues no me he puesto perdido?

De nuevo se caló el sombrero de ala ancha que remataba su uniforme y, haciendo aspaviento de la capa y pistolón, siguió ascendiendo hasta llegar a un ensanchamiento de la calle, donde gente arrumbada en un montón confuso cuchicheaba.

—A ver, paso a un alguacil, en nombre del concejo. ¡En nombre del concejo de la ciudad!

Los judíos se apartaron a su paso con profusión de tirabuzones y salmodias en su lengua.

—*Misquen, ish Misquen, kol-kaj tzair. Yesh lesaper al kaj larav, levaquesh mimeno hagana. Kevar i-efshar latzet me´habait.*

Cuando hicieron hueco, lo primero que pensó fue que la causa de la muerte era evidente: ahogo. La víctima, un judío joven, de negra barba y pelo crespo, descansaba en el suelo, completamente empapada. Regueros de agua sucia entreverada de sangre corrían calle abajo. Joannes suspiró, le dio una patada al cuerpo, para ver si

respondía, y luego miró a los balcones y terrazas, molesto por el agua que le resbalaba por la cara.

Descubrió, en ese momento, a dos funcionarios de la judicatura junto a un carretón desvencijado un poco más arriba de la calle. Duros veteranos de los tercios, aguantaban el chaparrón con cara de circunstancias. Le miraron aguardando las órdenes mientras el cuero de sus uniformes relucía húmedo, y las barbas chorreaban goterones de agua al suelo.

—Está claro, se ha tirado de la azotea. Suicidio, pecado de lesa majestad, la vida de los súbditos no es suya sino del Estado y del rey, por lo tanto, llevadlo a una fosa y…

—¿Está seguro, alguacil?

—¿Quién…? —Joannes se volvió, indignado.

Claro que no estaba seguro, pero no se iba a poner a investigar en aquel barrio la muerte de un judío. ¿Quién era aquel fraile chupado, de hábito lacio y empapado, para decirle a él qué había sido aquella muerte?

—Soy fray Faustino Alhárquez, inquisidor especial de la oficina nona del santo gobierno imperial, para servirle —le dijo aquel hombre de voz profunda, sin ni siquiera dejarle hacer la pregunta.

Fastidiado, Joannes contempló la cara escuálida y angulosa de fray Faustino, mientras luchaba contra la furia que le subía a la cara en forma de rubor en las mejillas. Sí, aquél debía de ser el funcionario religioso que citaba la nota del teniente, nada menos que un inquisidor con su hábito de dominico reformado oculto por una capa negra. Bajo las telas, el fraile era pequeño y delgado. No sabía si por edad o carácter, tenía el gesto lánguido. No usaba sombrero eclesiástico, tan sólo la capucha de la capa que, empapada, se le pegaba al cráneo pequeño y alargado. Los ojos, grandes y acuosos, parecían observarle desde dentro de la capucha con la indiferencia de un ave posada en una atalaya. El fraile, aparentando no dar importancia al arrebato del alguacil, distrajo su mirada y, sujetando el borde de la capa con las manos, le dio la espalda y se agachó junto al muerto. En un principio, a los funcionarios no les hizo mucha gracia que un cura se acercase al muerto, tenían ganas de llevárselo y dejar de mojarse a la intemperie, pero se resignaron a esperar bajo la incesante lluvia. Joannes se recogió la capa, para no enlodarla, del mismo modo que el fraile, y se agachó a su lado.

De cerca el cadáver era aún más insulso: un rostro como el de tantos judíos, nariz algo ganchuda, cutis blanco, pelo crespo y barba larga y trenzada. Aquel cadáver podía llamarse Ibrahím, Peres, o Sha'm, tanto daba. Fray Faustino levantó un poco la levita del muerto. Debajo, la camisa estaba empapada de sangre. Una maraña de huesos rotos, de costillas astilladas y removidas, convertía el pecho en un bosque roturado. Aquí y allá sobresalían de la carne y la tela, los tocones infames de los

huesos rotos.

—Eso no lo produce una caída.

Joannes se calló. Había visto muchos muertos, y conocía los efectos de un cuchillo o una bala, de una caída o un estrangulamiento. Aquello era diferente. Podía imaginar a dos tipos con martillos pilones machacando al pobre judío hasta dejarlo en ese estado. Lo grotesco de la situación le hizo torcer el gesto. Cerró la boca esperando a que el otro se explicase, porque intuía que lo haría, quisiese o no.

El fraile se levantó e hizo una seña a Joannes. Éste, intrigado, se acercó.

—Dígales que lo lleven al juzgado y que avisen al médico de guardia para que examine el cadáver.

—¿Al muerto? ¿Para qué, si ya no respira?

Fray Faustino simplemente insistió en su mirada aviar. Joannes, resignado, acudió a donde los veteranos aguantaban el chaparrón y les transmitió las órdenes. Los sufridos funcionarios —resoplando, expeliendo gotas de agua con cada movimiento — acercaron un carro de mano donde cargaron el cadáver con la facilidad que da la práctica. Después empujaron con fuerza, resbalaron con las piedras y, a duras penas, comenzaron a alejarse traqueteando con gran esfuerzo, dejándoles allí, bajo la lluvia, mientras los mirones se dispersaban.

Joannes hizo ademán de irse a poner bajo cubierto, el fraile le siguió a un amplio alero cercano. Nada más resguardarse del agua, el fraile sacó una encomienda del hábito. Joannes mal leyó, en el latín oficial del gobierno, una carta que, sancionada por el secretario real del Interior, don Agustín de Alba, requería al inquisidor general para que don fray Faustino Alhárquez, inquisidor especial, fuese asignado a una investigación bajo sus órdenes directas, y asimismo autorizaba a dicho inquisidor especial a solicitar y disponer de cuanta fuerza estatal y municipal fuese necesario reclinar de entre las fuerzas imperiales todas.

A poco de conocerlo ya le parecía insufrible. A Joannes le consumían las ganas de coger el papel aquel y romperlo en mil pedazos, pero se detuvo, una firma como aquélla no era cosa baladí. Bufó ruidosamente, se removió como un búfalo arrapado en un marjal, y al fin le devolvió la encomienda al religioso. Este la tomó con manos blandas y la hizo desaparecer en su hábito.

—Lo que no entiendo es por qué necesita usted un simple cabo de alguaciles como yo.

—Hay cosas que un religioso puede hacer con más dificultad que un hombre de armas.

Joannes se removió jurándosela al que le había hecho aquella trapacería. Pero no le duró mucho el enfado. Eran ya muchos años de servicio, de aguantar órdenes, de misiones anodinas o peligrosas. Una más, aunque fuera fastidiosa como aquélla, tampoco iba a ser tan grave.

—Usted dirá, pater, ¿nos resguardamos de la lluvia en el autocoche oficial? Está abajo, por aquí…

—Hay que esperar.

—¿A qué? ¿A resfriarnos?

No respondió. Se le veía un cura cultivado, el acento era salmantino, sólo así podría estar en la oficina que ocupaba. Un cura viejo, cultivado, de buena familia o que había meditado lo suficiente para ser nombrado inquisidor, un cargo cuyo mismo nombre era pronunciado siempre en voz baja. Un dominico de Salamanca. Un embrozador de esos listillos que teorizan sobre cómo tienen que hacer su trabajo los demás y ellos nunca crían callos. Joannes maldijo para sí. Mejor le hubiera ido embarcando a México, a luchar contra borgoñones e indios por defender la comunidad de reinos de las Columbias, que aguantando a frailes de verbo plomizo. Esperar… ¡a mojarnos y que el pecho se nos llene de flemas y echemos el bofe a toses!

El inquisidor le hizo una seña discreta con la mano. Joannes atendió a la calle. Varias mujeres subían la cuesta trabajosamente, enredándose con negras y gruesas faldas, toquillas y velos empapados. Llegaron al lugar en que había estado el cadáver y se pusieran a llorar y dolerse a grito pelado. Eran plañideras contratadas por la familia, expertas en herir los oídos con sus lamentos desgarrados, no por fingidos menos sobrecogedores.

Conocía a los judíos y, al parecer, también fray Faustino. La tradición hebrea mandaba llorar diez *cualhs* en el lugar en que el muerto había pasado a mejor vida. Esa misma noche tendrían que enterrarlo para luego, toda la familia, encerrarse en la casa paterna, velar los espejos, prescindir de todo contacto carnal y cualquier cosmética mientras durase el *Shiv'ah*. Una de las plañideras ya había comenzado a recitar el Kaddish, el lamento sagrado que sería oído durante los siete días que duraría el primer período de luto.

Entre las mujeres había una que no gritaba, apenas se movía. Caminaba despacio, con el gesto lánguido, las manos caídas a los costados, la cara pálida y descubierta. Miraba sin ver el lugar en el que aún quedaban restos de sangre. Joannes reconoció los ojos oscuros y grandes, las cejas pobladas y aun así de dibujo perfecto, la nariz estrecha, la boca muy pequeña, fruncida de dolor, y la mandíbula ancha, y todo ello antes de poder ubicar en su memoria dónde había visto aquellas facciones adorables.

—La Ferruziel.

Fray Faustino se volvió y no dijo nada.

Alguien, una criada, guiaba la comitiva. La criada explicaba, señalaba a derecha e izquierda, al fin indicó el suelo y la Ferruziel se concentró en mirar el lugar donde había yacido el cadáver. El alguacil —intimidante bajo su capa negra y el sombrero de ala ancha— y el escuálido fraile se acercaron a ellas. Sólo cuando las botas de

Joannes pisaron los adoquines que miraba ensimismada, la mujer levantó la vista y enfocó sobre ellos unos ojos profundamente negros. Indudablemente bella, pensó Joannes. Bella y algo más: serena hasta la exasperación, los rasgos lisos, sin expresión, y la mirada extraña y compleja, como los miles de reflejos de una vela traspasando un juguete de cristal.

—¿Es usted familia del muerto? —Joannes, sin saber qué hacer con las manos, había enganchado los pulgares en el cinturón y se balanceaba levemente. Seguía lloviendo.

—Sí, mí nombre es Rebeca ben Ferruziel. Él era mi hermano, Yosef ben Ferruziel, llamado en casa Cidello. —Los ojos de Rebeca, como cansados, volvieron al suelo. El agua corría por la ropa empapada, goteaba del sombrero de Joannes, resbalaba trabajosamente de la nariz picuda de fray Faustino, sin embargo parecía no tocar el manto de terciopelo que la judía tenía tendido sobre la cabeza. Joannes volvió a balancearse. Iba a preguntar quién había sido, qué hacía, si tenía enemigos, como procedía siempre en casos así, pero cerró la boca, ridículo de pronto frente a aquella niña frágil a pesar de su corpachón vestido de negro, la espada y el pistolón terciado en el sobaco. El fraile tomó la palabra.

—Dime, niña, eres hija de Nahmánides ben Ferruziel, ¿verdad?

—Sí —asintió aún mirando al suelo. La voz era apenas un hilillo tenue de sonido que arrastraba el estruendo de la lluvia—, su única hija, él era el primogénito. ¿Adonde han llevado a mi hermano?

—Al juzgado. Hay que examinar el cadáver. Luego os será devuelto.

—Eso es contrario a nuestra religión, el cadáver debe ser velado esta noche.

—No os preocupéis, esta noche reposará en la casa de vuestros padres.

Se abrió entre los tres un silencio parecido a un abismo. Caía la lluvia y repiqueteaba sobre los paños, la recia capa y el sombrero de Joannes. Las mujeres plañían.

Joannes, sin saber muy bien qué hacer, se inclinó en una reverencia mortuoria. Hizo con el sombrero el complicado aleteo que se usaba en los pésames más sentidos. Ella asintió levemente. El alguacil y el fraile se retiraron. Atrás quedaban las plañideras, mojones de velos negros empapados, gritando, elevando las manos a un cielo que no dejaba de desatar una lluvia que parecía haberse almacenado durante siglos. En medio permanecía aquella mujer, empapada y rodeada de las lamentaciones más intensas, una astilla de negrura en medio de una noche que crecía ya por doquier.

—¿Tiene transporte, Joannes?

—*Sí*, abajo.

—Vamos a ver más de cerca ese muerto.

Salazar descansaba dentro de la cabina, arrebujado en su capa. No bien les vio

llegar, salió como una exhalación y comenzó a hacer rodar el volante de inercia. Luego, mientras Joannes y el fraile se acomodaban, subió al pescante y pulsó el arranque.

—¡La puta que la parió! Se ha debido de mojar la magneto. ¡Rediós! Joannes y fray Faustino oyeron al cochero maldecir y luego se miraron el uno al otro. La lluvia redoblaba sobre la capota de chapa. El interior del autocoche permanecía en penumbra. Fray Faustino, una vez quitada la capucha de la cabeza, tenía un inquietante parecido con un pájaro pelado, un pollo de águila extrañamente inmóvil. Manoseaba la cadena de un reloj de plata, enrollaba y desenrollaba los eslabones sobre un dedo de forma metódica y obsesiva, tic, tac, con la regularidad de un péndulo.

—¿Me va a contar algo de lo que sucede?

El fraile pareció salir de su ensimismamiento. Se detuvo el tictac Tardó en volver la vista de las profundidades ignotas que enfocaba y en concentrarse sobre Joannes.

—No, sólo obedezca y ayúdeme y veré de dar una buena recomendación cuando terminemos.

Joannes no entendía nada, pero la ira le estaba tintando la piel de un rosa súbito. La madera del autocoche crujió cuando descargó un puño enguantado sobre ella.

—Por Dios que me dice quién es usted y qué está pasando o ahora mismo lo echo a patadas.

AI momento Joannes se arrepintió de sus palabras. No se habla así a un recomendado del secretario real, a un inquisidor de poderes desconocidos. La lengua demasiado larga y la furia demasiado pronta, ésos habían sido siempre sus problemas. Sin embargo, los astros parecían girar de su parte, y aquel fraile, que no cesaba de sorprenderle, sonrió, lo cual hizo tensarse la piel del cráneo y dulcificó las facciones angulosas de su cara. Hasta le pareció a Joannes que el color de la piel se le volvía más vivo, más cercano al de una persona normal.

—No le voy a contar todo, sólo lo que necesita saber. Es éste un asunto de altas incumbencias y saber de más no puede traernos más que perjuicio.

El fraile volvió la vista afuera, la tarde seguía gris. Algo explotó, el motor de hulla se puso a traquetear. Ambos, callados y mirándose, oyeron a Salazar maldecir cien veces más mientras el traqueteo del motor se estabilizaba.

—Concierne esta muerte a la política del imperio, aunque pueda parecer sólo un asesinato más de los muchos que en Madrid suceden. No ha sido la única muerte del mismo carácter, al menos cinco cadáveres, entre judíos y gentiles, han sido hallados en similares circunstancias estos días en Madrid.

Joannes recordó la sangre corriendo calle abajo, el pecho roto del judío, y se estremeció ligeramente.

—He sido comisionado para esta investigación con plenos poderes, ya que nadie

en la casa de alguaciles parecía encontrarle sentido. Verá, Joannes, de qué le habló cuando lleguemos a nuestro destino, verá.

Como el fraile no parecía animado a seguir hablando, y Joannes no quería rebajarse a parecer ansioso por saber más, decidió mirar las calles por la ventana fingiendo indiferencia.

Habían llevado el cuerpo a la judicatura de la plaza del Carmen, sita al lado de unas dependencias municipales con mezcla de cuartel de alguaciles y archivo. El autocoche callejeó por la judería vieja y les transportó traqueteando calle Embajadores arriba hasta llegar a la Puerta del Sol. Dejó de llover cuando dejaron atrás a la Mariblanca. Subieron por la calle Montera hasta la plaza del Carmen. Allí había muchos autocoches municipales con el escudo del oso y el madroño pintado en las puertas, aparcados en filas. Alguaciles y funcionarios de la judicatura entraban y salían en un flujo incesante por las altas puertas del edificio, cuero desgastado, miradas cansadas y ropas húmedas.

El cielo se abrió levemente. Para cuando se bajaron del autocoche, el sol hacía brillar los charcos hasta cegar los ojos.

Entraron en la judicatura por unas escaleras desgastadas y un alto portón de dos hojas. Joannes no se sentía cómodo allí, aquél era ámbito de tenientes y capitanes, no de un simple cabo. Joannes temía que a la mínima les dieran el alto, sin embargo la carta del inquisidor, y sin duda también el hábito, obraba maravillas y les abría paso por oscuros pasajes de cal desconchada y piedra sin desbastar. Cruzaron estancias donde mugrientos detenidos esperaban, encadenados, a ser registrados y les fuera tomada declaración; otras llenas de archivos y legajos amontonados hasta el techo donde habitaban funcionarios amarillentos como los mismos papeles que manejaban. Recorrieron pasillos que parecían abandonados a la desidia muchos años atrás, y otros lujosamente embaldosados, y al fin salieron a un patio pequeño, con puerta al exterior. Había un pequeño camión aparcado sobre el empedrado y un zaguán abierto que daba paso a una estancia de ventanas sin cristales que llamaban habitación de muertos. Allí guardaban los despojos humanos antes de llevarlos al cementerio. El olor era suficiente para confirmar su uso. Un tanto prevenido, Joannes entró. El techo del lugar tenía lucernarios de cristal que iluminaban las superficies embaldosadas. Sobre gruesos estantes de mármol descansaban varios cuerpos muy pálidos, como trozos de pescado podrido moldeados con forma humana. Joannes hizo con los dedos un signo aprendido en sus tiempos de soldado, que decían conjuraba el contagio de la mala suerte.

Fray Faustino parecía habituado a la presencia de los que ya no respiran, al igual que el hombre de ropas elegantes y protegido por un delantal de cuero grueso, parecido al de los carniceros, que en ese momento se afanaba sobre uno de los cadáveres. Fumaba un enorme puro habano. Joannes entendió para qué y, diligente,

sacó el saquito y el papel y comenzó a liarse un cigarro.

—¿Es usted el médico de guardia?

—Sí, señor. ¿Tengo el gusto de hablar con…?

—Fray Faustino Alhárquez.

—Ah, sí, viene por el judío. Le hemos hecho un examen minucioso, un caso interesante, pero se lo han llevado ya.

—¿Cómo?

—Sí, la familia llamó a no sé qué funcionario principal de la judicatura, el juez honorario de la corte o algo así, no pude decir que no.

—Ajá.

Con el cigarro encendido apenas se olía nada. Joannes se animó a acercarse a lo que el médico manipulaba. Había sido una mujer, joven y quizá hermosa, pero no quedaba mucho de ella. El médico tenía abierto el esternón y se aplicaba en sacar las vísceras, que luego pesaba en una báscula. En una pizarra marcaba los datos obtenidos. Había visto cosas parecidas en la guerra, su recuerdo no le era muy grato, pero había contribuido a insensibilizarle: aquello no era ya un ser humano.

—Y ¿qué me puede decir del muerto en cuestión?

—La causa de la muerte parecía evidente, aplastamiento del torso, los pulmones en la boca, el corazón desgajado, todas las costillas hechas añicos.

—Ajá.

—No obstante, no había muerto de eso.

—¿No?

—No.

El médico extrajo un juego completo de pulmones y tráquea que depositó, con un chapoteo siniestro, en una pila. Abrió un grifo y comenzó a lavar la casquería que chapoteaba sobre el granito.

—La sangre en los pulmones y el corazón estaba coagulada. Mire, mire. —El médico mostraba el interior del intestino, una pálida cinta sanguinolenta—. Si esta mujer hubiese muerto por aplastamiento la sangre habría inundado todas las cavidades, las pleuras y demás. No sucedió así. Y hay más.

—¿Sí?

—¿No se fijó en que no tenía color en la piel?

—Ajá.

—Sucede en algunos casos de muerte por pánico, por ejemplo en los ajusticiados, en los que mueren de un susto, o por amenazas. La sangre se va de la piel, desaparece, se quedan pálidos y contraídos los músculos superficiales, cortando el aporte de sangre.

—Ya veo.

—Hay más. Tuve que romperle los dedos para sacar aquello. Supuse que le

gustaría verlo.

El médico señaló algo sobre una larga mesa colocada en el centro de la estancia, Joannes, contento de apartar la vista de la carnicería, siguió al fraile hasta allí. Era un reloj, un pequeño reloj de bolsillo de apariencia bastante vulgar, tapa lisa y brillante, seguramente de latón. El fraile lo tomó con delicadeza. Los dedos, que parecían cortos y torpes, encontraron en un instante el pulsador que abría la tapa. Dentro, una esfera lacada en blanco mostraba muchas agujas, varias complicadas escalas, números romanos y diagramas móviles.

—Si no le contraría, me lo voy a llevar para estudiarlo.

—Adelante, adelante. Esta investigación está en sus manos.

—En sus manos, quizá, pero eso no le autoriza a retirar lo que le apetezca de nuestras dependencias.

Alguien había entrado en la habitación de los muertos, un hombre grande, nada delicado, pelo corto, erizado y entrecano, bien entrado en la cincuentena, de hombros anchos y cubiertos por una llamativa capa azul oscuro, prominente barriga, brazos larguísimos y manos casi tan cortas y gruesas como las de Joannes. Aquella capa y la sobreveste lila oscuro eran el uniforme de judicatario real. Con la barbilla alta y el gesto adusto, parecía apuntarles con una gorguerilla afilada, lustrosa, reluciente, que luchaba por sobresalir del cuello hinchado.

—Soy García de Grandes. Ya me han contado de su autoridad, pater.

Joannes midió al otro con la vista. Se le veía en seguida de qué cojeaba: furia fácil, la vena del cuello estaba hinchada y palpitaba. Joannes, justo antes de que la prudencia le aconsejase callar, estaba hablando con desdén.

—Mire bien todo lo que quiera, pater, que, como ha sucedido con el muerto completo, perderán también las partes que aquí han dejado y luego no habrá manera de encontrarlas.

El médico sonrió mientras seguía manipulando órganos. Fray Faustino miraba inocentemente al judicatario. García de Grandes enrojeció. Dio un paso adelante echando mano al mango de la espada, Joannes apoyó la suya sobre la funda del pistolón y ahí quedó la cosa.

El otro bufó, se movió a donde reposaba el reloj, lo arrebató de la mesa de una manotada y, caminando a grandes trancos, desapareció.

—Un hombre vehemente, sin duda. Morirá de mal de corazón si sigue así.

—Gracias por su ayuda, doctor.

Salieron de la habitación de los muertos y de ahí directamente a la calle Rompelanzas por el portón trasero de la judicatura. Regresaron desde allí al autocoche. Salazar no había parado el motor, temeroso de volver a tener problemas para arrancar. Subieron y el vehículo comenzó a moverse.

—Usted dirá.

—Por hoy ya hemos trabajado mucho.

—Quizá tenga un rato para examinar esto.

En la ancha palma de Joannes, el reloj del muerto parecía una moneda de plata. El fraile sonrió mientras lo tomaba en su mano y lo hada desaparecer en el interior del hábito.

El monje vivía en un convento dominico al sur de la ciudad, entre tierras de labranza. Mientras el autocoche traqueteaba por caminos de tierra, se hizo de noche. Se detuvieron unos segundos a que Salazar encendiera los faros de carburo. La lluvia había durado poco pero había bastado para sanear el aire. Por la ventanilla abierta, desde el paisaje oscurecido, entraba una brisa húmeda, fría y limpia que lavaba los pulmones de todo el hollín que se respiraba en la ciudad. Joannes disfrutó del aire en la cara durante todo el trayecto. El fraile parecía sumido en sus pensamientos, no hablaba y parecía indiferente al mundo mientras sus dedos, tic, tic, enrollaban y desenrollaban la cadena del reloj.

Llegaron al monasterio cerca ya de las nueve de la noche. Era una serie de edificios tras un alto muro y un denso bosque de pinos. Una basílica, almacenes, campos cultivados, residencias a las que se accedía por un camino de grava que el autocoche transitó hasta llegar a una pequeña plaza porticada.

El fraile se bajó.

—Vengan a cenar con nosotros, nos honrará ser sus anfitriones.

Joannes y Salazar no se pudieron negar. Cenaron sopa de ajo y pescado en el oscuro refectorio, sin cruzar palabra, como era costumbre, mientras un novicio leía la Biblia sobre un atril. Luego fray Faustino le condujo por el edificio de nuevo a la salida y los despidió desde la puerta.

Joannes se le quedó mirando inquisitivo, esperando. El fraile examinó el reloj en su palma mientras la campana del monasterio tocaba a completas y le dijo:

—Mañana es domingo, reposaremos, pero el lunes, sin falta, vamos de caza.

3
Madrid, nido de intrigas

Joannes había pasado un domingo anodino, paseando con Santaluña y los otros, tomando vino y aguardiente en las tascas que frecuentaban. Por la noche había soñado con judíos que caían del ciclo. Llovían y las gentes de Madrid se guarecían bajo los aleros para evitar el granizo de barbas, tirabuzones y levitas negras. El lunes se había presentado plomizo, sin novedad ni relevo en su misión.

—Siete y media, como estas mismas que ves.

—Mexicano, estás hoy intratable.

—Calla, pendejo, que hoy la suerte es mía. Al fin recupero el crucifijo de mi abuela que me ganaron estos muertos de hambre. Mírate, ahí embutido en la silla, tú, sin embargo, siempre estás así, como desganado, que nada haces con fiebre, pinche Salamanca.

Joannes jugaba como siempre, mecánicamente, un naipe tras otro, sin mucho interés en el resultado. Sólo había accedido a sentarse a la tabla de juego por acelerar el paso del tiempo. El reloj del cuartel dio la hora. Se levantó bruscamente mientras Santaluña, haciendo una pausa en su mesar continuo de bigotes y con el brillo particular en la mirada de los jugadores sin tasa, barajaba de nuevo los naipes.

—¿Nos dejas? ¿Ahora qué gano? Eso no es de cristianos, más bien de anglíticos del demonio.

—No me tires los tejos, Mexicano, que te veo venir aun antes de que tú sepas que vienes. Tengo servicio.

—Eso, a hacer de niñero.

Y efectivamente, a eso iba, quizá por eso no replicó, recogió su pistola, la capa y el sombrero y fue a buscar a Salazar, que era bueno conduciendo y no mareaba con la conversación como el resto de los cocheros. Entre que el cochero preparó y arrancó el autocoche, salieron del cuartel cuando ya sonaban las once en el reloj. Era lunes, un día de primavera sin apenas nubes, fresco y luminoso. Nadie sabía si a la tarde se pondría a llover de nuevo, pero mientras tanto el auto-coche traqueteaba por las calles de un Madrid que se hubiera confundido fácilmente con una ciudad distinta, blanca y dorada, luminosa, lejos del invernal cúmulo de pavimentos grises y fachadas manchadas de hollín que era su habitual presencia. Hasta el tumulto del tráfico madrileño había cedido y se circulaba fluido.

Según el reloj del cochero —Joannes había perdido el suyo con la jugarreta del sábado anterior— llegaron puntuales a la puerta del monasterio. Preguntó por el fraile y le condujeron a través del claustro y las dependencias hasta un torreón donde tenía su celda fray Faustino. Allí esperaba ya el inquisidor. Ni siquiera la luz del día había logrado mudar la seca presencia del hábito blanco y negro, que intimidaba aun tras

las buenas palabras de su habitante.

—Buenos días, alguacil. Estaba ya preparado.

Joannes saludó con el sombrero y siguió al pater de vuelta al exterior. El fraile, a pasos ágiles, se acercó al vehículo, subió y se acomodó en uno de los asientos de cuero. El alguacil le imitó.

—Usted dirá.

—Vamos de caza, mi buen amigo, de caza. Tengo que hacer una visita en la Secretaría Real del Interior y luego daremos un paseo por la ribera baja.

—¿La ribera baja? Si allí sólo hay putas y cabalistas.

—Precisamente, mi buen amigo, precisamente.

Arrancaron. El autocoche rodaba por una carretera de tierra acercándose a Madrid. Salazar, en el pescante, silbaba contento, y la fresca brisa que evaporaba el rocío de los herbazales entraba por las ventanillas abiertas llenándolo de aroma. El fraile pareció ensimismarse en el paisaje. Joannes miró afuera, a los campos saturados de margaritas, caléndulas, milenramas. Luego recordó brevemente el sueño de la noche.

—Cinco muertos ya.

—¿Cómo?

—Cinco muertos en similares circunstancias, mi querido amigo.

Joannes se encogió de hombros e hizo ademán de seguir mirando por la ventana. Incómodo, volvió la vista y se encontró con dos ojos grandes y secos, fijos en él con una intensidad febril.

—De entre los expedientes de fallecidos en circunstancias sospechosas en los últimos meses todos eran judíos o relacionados con ellos. Aparte de nuestro amigo de ayer, son Ismael Abelcasís, Yosef Belincha, Alberto Toledano, y Maimónides Amzalag. Desenterré los informes de los archivos un par de meses atrás.

«Ismael Abelcasís era un cabalista de baja estofa. Murió quemado en un incendio que consumió la manzana entera en la que vivía, en la ribera baja. Quizá usted se acuerde.

Y Joannes se acordaba, un incendio pavoroso que había prendido en la numerosa y grasienta mugre que crecía como cosecha natural en la ribera del Manzanares.

—Quemado y, según dice el informe, aplastado por una viga, ya que tenía todos los huesos del cuerpo rotos. Se archivó el caso achacando la causa del siniestro al polvo de hulla almacenado en el sótano.

«Yosef Belincha era un hombre importante, el secretario real adjunto de la Subsecretaría de Consejeros Imperiales de Haciendas Extrapeninsulares. Un mendigo encontró el cadáver en la orilla del río, cerca de la glorieta del Marqués de Vadillo. Presentaba síntomas de aplastamiento, como si un gran peso le hubiese caído sobre la mitad inferior del cuerpo y el pecho. Sin embargo, no se encontró piedra ni viga en

las cercanías. El médico de los alguaciles lo abrió. Por dentro los órganos internos habían estallado, rebosaron sangre hasta expulsarla por boca y nariz.

»El tercer cadáver era de Alberto Toledano, el único gentil del grupo, inspector de procesos en la Secretaría de Haciendas Imperiales. El cuerpo, encontrado a altas horas de la noche en una zona de arrabales, había sido atropellado por un camión de gran tonelaje o similar, ya que presentaba aplastamiento generalizado, particularmente en la cabeza, que hallábase reventada como un melón maduro. La familia no se explica qué hacía el inspector Toledano a esas horas de la noche en aquella zona, ya que no se le conocían malas compañías ni frecuentaba rameras, ni cabalistas, ni fumaderos de opio, ni casas de reala. El alguacil que hizo las primeras investigaciones declaró que quizá se tratase de una venganza por parte de otro miembro del ministerio y que se dieron casos parecidos en el pasado de muertes entre miembros de la raza judía que presentaban similar aspecto.

Joannes pensó en el cadáver que habían visto el sábado. Bufó y volvió a mirar por la ventana. El autocoche continuaba traqueteando, los primeros edificios de Madrid ya encajonaban la ruta como altos desfiladeros corroídos de ventanas. El tráfico se hacía denso por momentos. Miró de nuevo al fraile en cuanto éste siguió relatando.

—Maimónides Amzalag era un encargado de negociado en la Secretaria de Asuntos Extrapeninsulares. Presenta la misma pauta: aplastamiento, de noche, no hay testigos. Y por último, el muerto del sábado, Yosef ben Ferruziel, oficial cabalista en la Secretaría de Haciendas Imperiales.

»¿Qué tienen en común todos ellos? Hay una mayoría de judíos, cuatro contra uno. No he podido encontrar algo que los uniese, ni vínculos familiares, ningún negocio oscuro, nada, pero es evidente que alguna relación debe existir.

«Resumiendo: judíos, altos funcionarios, cabalistas o relacionados con las haciendas imperiales. El único que no encaja es el cabalista adivinador, ¿qué tiene que ver con el grupo? Al parecer sólo la Cábala y ni siquiera, dado el tipo de cálculo que hacía. Por eso vamos a empezar por él, tiene que haber algún hecho que lo una a los demás.

—Quizá no tenga nada que ver y de verdad le cayó una viga encima.

—Bueno, en ese caso debiéramos saberlo cuanto antes para descartarlo, ¿no le parece?

El fraile sacó el reloj que Joannes había birlado el día anterior. Abrió la capa pulsando el resorte. La esfera era tan grande como dos doblones antiguos. Joannes se asomó a echarle un ojo. Había muchas agujas danzando, diales por doquier, escalas en varios colores, extrañas letras hebreas, pero en ningún sitio la hora tal como el común de los habitantes del imperio estaban acostumbrados a leer.

—¿Qué demonios es eso?

—Sí, a mí también me sorprendió mucho. Aún estoy tratando de determinar para

qué sirven todas estas agujas y algunos otros dispositivos que tiene el reloj. De momento sé leer la hora en él y poco más. Se nos hace tarde, hay mucho que hacer. Como le decía antes, voy a la Secretaría del Interior. Allí tengo asuntos que despachar con el secretario. Después iremos a la ribera baja, a ese nido de cabalistas y mujeres de moral relajada, como bien dice.

—¿De día?

El fraile pareció extrañado, luego se le iluminó la mirada.

—Claro, tiene razón. Esperaremos entonces a la noche.

El trayecto no era largo, pero el autocoche encontró tráfico denso en el paseo de El Prado. Mucho tiempo atrás las afueras de Madrid había sido un vergel, todo huertas, arboledas y conventillos pobres. El Estado había demolido todo aquello para construir inmensos edificios de formas herrerianas, todos ellos tocados por el águila imperial, cuyas alas, se decía, daban sombra a tres continentes. Allí estaban el Palacio de Justicia, el Abasto Mayor de Compraventas, los Archivos Imperiales, el Consejo de los Cuatrocientos y el Mausoleo de los Grandes del Imperio. Las monumentales construcciones, los acuartelamientos y archivos seguían hasta casi el pueblo de Fuencarral, en el norte. No cabía allí duda alguna acerca del esplendor y poder de la muy Santa Liga de las Comunidades de Reinos de las Columbias, en lo nominal delegación del poder imperial y en lo político un protectorado económico y militar. Legiones de religiosos, funcionarios y militares habitaban aquellas moles que movían en sus tripas de papel, timbre y membrete la memoria, el pensamiento y a veces la acción de la más vasta organización que vieran los siglos, a las que se accedía por una vía empedrada de más de cien metros de ancho, adornada por grandes árboles, bulevares, quioscos, fuentes y hasta pequeños auditorios para teatros de títeres.

La jornada laboral de la mañana acababa de terminar. Cientos de autocoches con el escudo imperial en la puerta, como el que ocupaban Joannes y el fraile, se movían sobre los adoquines llevando a escribanos principales, religiosos de rango y a todo aquel que tenía derecho a transporte. Se avanzaba a trompicones, oyéndose a menudo los bocinazos de unos y otros, las imprecaciones de los conductores, subidos en los altos pescantes, y aun las chicharras de algunos alguaciles intentando poner orden en el caos. Por si fuera poco, sobre la algarabía de motores petardeando, bocinazos y chirridos de las suspensiones, se oían los insultos de los conductores, las llamadas al honor, los cuernos y la familia de los ocupantes.

Joannes bufaba, contrariado, tenía ya hambre y eso no le ayudaba a sentirse más cómodo. El cielo se nublaba con lentitud mientras la columna de autocoches vibraba al compás de sus motores y lanzaba al aire vaharadas de humo negrísimo. Llevaba diez minutos sin moverse. Toda la calle permanecía bloqueada por un vehículo que había intentado, sin éxito, el giro a la izquierda en un paso, y se encontraba bloqueado por los cuatro costados. Había arreciado la algarabía, llovían insultos y

blasfemias tales que el cielo temblaba y se negaba a realizar el milagro que hubiera liberado el atasco. El conductor del pequeño autocoche de transporte atorado no sabía ya qué hacer, y, nervioso, no acertaba a engranar la marcha atrás para maniobrar y dejar paso. Del autocoche que iba justo delante al que ocupaban el fraile y Joannes se bajó un hombre recio y bigotudo, capa negra y roja. Descubrió el acero de un golpe. Votando a dios y al demonio, que por su honor habría de ensartar a tanto felón que les hacía perder el tiempo a todos, se fue para el vehículo atascado. No hizo falta mucho insistir para que surgiese del otro autocoche un similar y caliente funcionario, también de capa abundante y haciendo alharaca de acero toledano. E iban a ensartarse uno al otro sin remedio, más duchos en el arte de la pluma y el pliego que en el de la espada, cuando Joannes, fastidiado, salió del autocoche, apoyó manos en jarras y miró a los contendientes hinchando el formidable pecho en cuyo lateral abultaba, malévolo, el revólver de reglamento Villegas.

—¡Eh!

La voz de Joannes, cuando quería, era un berrido ancho, aprendido de cuando apacentaba vacas en Guadarrama y había que hacerse oír de cañada en cañada. Los contendientes pararon un momento las torpes fintas y arremetidas y le miraron como comprendiendo de una sola vez que estaban en un círculo de miradas y haciendo el ridículo sin remedio.

—¿Saben ustedes que el rey prohibió los duelos e hizo de ellos un delito que la autoridad, o sea yo, ha de castigar?

Ambos contendientes gastaron una última mirada en el contrario, más para la galería que como demostración de rabia, agradecidos en el fondo de ser reconvenidos, ya que el acero desnudo asustaba mucho a sus espíritus de chupatintas avezados, y volvieron a sus autocoches.

Joannes se aplicó a ordenar el tráfico a grandes voces y palmetazos en las chapas, insultos y mientes a las madres y familias de los cocheros. Sólo así los conductores se avinieron a razones. Una vez deshecho el atasco, consiguieron avanzar hasta la Secretaría del Interior.

A lo largo de la mañana el ciclo se había ido cubriendo. Mientras llegaban a la secretaría, rompió a llover en grandes goterones de agua limpia, abundante. Era ya pasada la hora de comer. Ambos sabían que no iban a encontrar a nadie dispuesto a atenderles durante un par de horas, por lo que buscaron una taberna, que no faltaban en la cercanía de tanto edificio imperial. Encontraron una con fama de buenas viandas, llamada de El Maño. Antes de salir de nuevo a la calle, Joannes había dado cuenta de un cocido completo, jarra de tinto aragonés, cecinas de Burgos, chorizos de Salamanca, y de postre, natillas y arroz con leche. El fraile apenas comió, se mantuvo encorvado sobre la mesa, pellizcando pan y queso, bebiendo agua clara. Pidió, al terminar, algo de fruta. Tan desusada costumbre hizo a Joannes mirarle de medio

lado.

—No es sana costumbre la de comer tan abundante, y dejar de lado el agua de manantial y la fruta de campo.

—Deje usted el cuidado del cuerpo a cada cual y ocúpese del cuidado del alma.

El fraile no respondió. Mientras Joannes bebía el orujo digestivo que le habían servido tras el postre, extrajo de su hábito una cajita de madreperla. Aspiró de su interior un polvo blanco y anónimo. Luego se levantó y acudió a sus menesteres en la secretaria. Joannes y el cochero se acomodaron para echar una cabezadita, el uno en el interior del autocoche, el otro en el pescante. Ambos tenían práctica en dormitar en los lugares más insospechados. Dio tiempo a que lloviese, a un par de cigarros y a una contemplación larga y tranquila del atardecer de primavera tendiendo rayos de sol paseo de la Castellana abajo.

Cuando Joannes comenzaba a desesperar, volvió el fraile. Sin decir una palabra, con la misma cara de pájaro indolente de siempre, se sentó a su lado. El cochero arrancó, esta vez sin contratiempos, y comenzaron a avanzar hacia la ribera baja atajando por Bravo Murillo, Fuencarral, Sol y Embajadores.

Joannes, sin decir palabra, sacó el revólver y comprobó el tambor, siete balas calibre 32, el estado del percutor, el mecanismo del gatillo y el ánima.

—¿Y qué buscaremos en la ribera baja?

—Lo más valioso del mundo, Joannes, información.

Salazar detuvo el autocoche oficial cerca de la Puerta de Toledo, enfrente de los altos lienzos de ladrillo del matadero del Rastro, en un descampado medio encharcado y lejos aún de la ribera. Cerca, piscinas de desechos que se secaban lentamente lanzaban sus efluvios al aire. El tufo de sangre seca, orín de cerdo y vísceras podridas era tan intenso que se imponía a los otros sentidos, nublando la vista, amortiguando el oído. Habían decidido acercarse a pie para evitar problemas con el autocoche oficial. Bajaron del vehículo tapándose las narices con pañuelos. Camiones innumerables entraban y salían del gigantesco matadero, que no dejaba nunca de trabajar. A un lateral de las largas naves se erguían hileras de barracas desvencijadas ocupadas por los más míseros de los obreros de la capital, filipinos y asiáticos, contratados como mozos, matarifes y demás personal. Más adelante comenzaban las fábricas y talleres, una ancha franja industrial de tejados planos. Tras ella, pegada al río, se extendía su objetivo, la ribera baja, una zona enorme llena de calles de mala fama y peor aspecto que se extendía más allá del río, y con ello contradecía su nombre, y se extendía muy al sur.

El fraile, con un gesto lento y metódico, se quitó el hábito por la cabeza. Debajo iba vestido de calle, pantalones de dril, camisa, jubón, y holandesas sencillas. Todo de aspecto limpio y humilde. Joannes dio un respingo y se miró: si se abría la capa le iban a calar en seguida por la sobreveste y el coleto de piel de búfalo. Se quitó ambos

con gran esfuerzo y se quedó en camisa y ropilla. Escondió la faltriquera con el revólver lo más hondo que pudo del sobaco y la camufló con los pliegues de la capa. En otro, el enorme pistolón hubiera sido difícil de esconder; en et corpachón de Joannes quedaba disimulado razonablemente.

—Salazar, regresa al cuartel. Ya buscaremos transporte de vuelta.

El cochero saludó con un dedo en el ala del sombrero y arrancó. El autocoche patinó un poco en el barro, al fin encontró asidero y se alejó traqueteando.

Echaron a andar. Las calles estaban llenas de silenciosos obreros que iban o venían de los almacenes, fundiciones, acerías, talleres, fábricas, cocedurías y demás industria. Eran casi todos orientales, indios, portugueses, alemanes tan manchados de grasa y hollín que se igualaban todos en una misma raza infernal de piel negra y grandes ojos blancos que arrastrando los pies caminaban de vuelta o de ida hacia las agotadoras jornadas de doce horas.

El fraile no se inmutó, y Joannes supuso que ya conocía aquello: las puertas de las fundiciones, los hornos como bocas del infierno, los vapores de tintes, de hulla y bencinas que salían y se multiplicaban en el aire.

Siguieron bajando, dejaron atrás la zona industrial y entraron en un barrio de pecheros. Ya era de noche y descendieron por calles estrechas, sin empedrar, iluminadas tan sólo por las luces amarillas y débiles que salían por las ventanas, muchas de ellas sin cristales ni postigos. Había bultos rápidos y peludos, niños que correteaban y jugaban en la oscuridad acostumbrados a ella desde que habían nacido. Se veían también mujeres con brazados de ropa, camino de los lavaderos al lado del río, o con sacos de botas o ropa para coser en casa, muchas de ellas embarazadas.

Dejaron también atrás esa barriada que se extendía antes de llegar al río y entraron de lleno en la ribera baja. Los edificios eran igual de pobres que los de los pecheros —adobe, calles estrechas—, pero había más luz y mucha más animación. Multitud de locales flanqueaban las calles iluminándolas con lanzas de luz tintada por vidrieras de diseño irreconocible por la mugre y las roturas; la mayoría de ellas representando escenas de juerga, bebida e incluso procaces representaciones de mujeres de amplias caderas y senos como melones maduros. Circulaban por las aceras, chapoteando en los inevitables albañales, muchos hombres y algunas mujeres. Sólo se les veían las facciones al cruzarse con ellos delante de algún ventanal iluminado. Eran rostros hoscos, o demacrados, o tensos, o desaforados por una alegría salvaje, o rabiosos o, los menos, indiferentes, soñolientos por el opio o la hierba. De todo ello, de las gentes y los edificios, se desprendía un aroma acre, mezcla de vapores de hierba; vino, orujos y coñacs de garrafón; grasa requemada de los infectos figones; bencina de hulla de las lámparas y sudor de hombres y mujeres.

A ráfagas caprichosas, se oían rasgares de guitarras, algún cántico, voces e imprecaciones teñidas de los mismos colores sucios de las vidrieras.

Joannes no se sentía cómodo del todo entre aquella mezcla humana, no frecuentaba la zona más que por motivos profesionales, a diferencia de otros compañeros que hacían muchas excursiones recreativas a los prostíbulos y casas de juego. Movía los ojos sin torcer la cabeza, estudiando las reacciones de todos aquellos con los que se cruzaban, mirando las caras pinta trajeadas de las mujeres que se ofrecían en las sombras de las esquinas. Buscaba siempre el brillo de un cuchillo o el cañón de un arma. Sin embargo fue el fraile quien le advirtió.

—Alguien nos sigue.

—¿Cómo?

—Sí, desde que dejamos el autocoche en la Puerta de Toledo, pero no he estado seguro hasta entrar en estas calles. Actúe como tenía previsto, ya habrá ocasión de hacerle una encerrona.

Joannes miró con disimulo a su alrededor. Podría haber sido aquel viejo delgado, la puta que disimulaba un bostezo, el pechero con aspecto de borracho… Al fin se encogió de hombros levemente.

—Vamos a ver si localizamos a un confidente, al Chinche, viejo amigo mío.

Se dirigieron a una taberna muy concurrida, tan sórdida como el resto pero famosa por ser más amplia, la Casa los Jamones. Entraron los dos. Era temprano, el humo del tabaco aún no formaba niebla y había muchas mesas libres. El local era grande, no muy luminoso y de techo alto. Espaciadas columnas de fundición sostenían la techumbre de zinc. Al fondo se extendía una larga barra de madera tan oscura y picada como la del suelo. Sobre la tarima deslucida abundaban las mesas de roble sin desbastar, clavadas al suelo y rodeadas por taburetes de espadaña. La escasa y amarillenta iluminación provenía de los candiles que colgaban de las columnas.

Algunas mozas y mozos se movían sin mucha prisa, sirviendo las mesas. Pidieron cerveza de maíz, una de las bebidas más populares en la ribera. Era lo que bebían los cholos, que abundaban por allí. Las malas lenguas decían que en la trastienda filas enteras de viejas fabricaban la cerveza masticando el maíz y luego escupiéndolo en grandes cántaros donde la mezcla fermentaba y se volvía alcohólica.

Se veían muchos indianos de piel oscura y pelos largos y lustrosos, algunos rasgos moriscos, otros tantos orientales —a veces puros, a veces mezclados— y también pieles pálidas de alemanes o polacos y un poco más oscuras de castellanos viejos o gallegos.

Joannes no respondió. Mientras fingía buscar un camarero, observaba de reojo cómo alguien vestido de oscuro se acurrucaba en un rincón.

—Lo he visto, tres mesas a la derecha.

—Si nos acercamos saldrá corriendo, hay que dejarlo, pronto llegará la ocasión oportuna.

—El Chinche aparecerá en cualquier momento.

Tardó dos jarras en asomar su morro hundido y desdentado por la puerta del local. Antes de que pudiese husmear quién estaba y quién no, y huir en caso de que no le interesase la compañía, Joannes se había puesto a su lado y, sonriendo, lo había abrazado como a un viejo amigo. Con el brazo al hombro lo acompañó a donde esperaba el fraile.

Joannes hizo presión y las rodillas del Chinche se doblaron con brusquedad hasta hacerle caer sobre el taburete. Quitó Joannes su cepo y lo observó alerta, esperando que saliese corriendo. Y quizá calibró esa posibilidad, porque miró a derecha e izquierda y luego a Joannes. Cruzó, al fin, las manos sarmentosas y sucias como un juez que fuese a dictar sentencia y habló en un tono chirriante y desagradable, saltándose sílabas enteras y pronunciando con una mezcla de acentos irreconocible.

—¿Qué tal. Salamanca, cómo va todo?

—¿Te he tratado yo mal alguna vez, Chinche?

—Bueno, he perdido la cuenta, Salamanca.

—¿Eh?

—No, Salamanca, nunca. Vosotros, los de la madera, nunca dais coma chunga a naide.

El fraile lo miró con sus grandes ojos de pájaro. El Chinche aparró la vista.

—No me seas turrito, Chinche, que te salto los pocos sirios que te quedan de una manguara.

—No me ajáis Salamanca, que finto a todos por ti siempre y tú nunca estás fino conmigo.

Joannes metió mano al sobaco logrando que el Chinche se agitase nerviosamente. Sólo se tranquilizó cuando el alguacil sacó la manaza, la abrió y le mostró un puñado de cuartillos de plata. Se le abrieron mucho los ojos para ver aquella mísera fortuna.

—Andas sobrao de guita, fandurrón.

—No es tuya aún, pinche otario, carbufón.

—¿Qué quieres que te raje?, está todo como facilón y plano.

—Pues quiero saber de un gilastrón que finó poco de un mes atrás.

—Aquí finan todas las tardes cien.

—Un cabalista viejo al que se le arrimó la lumbre a los rizos.

El Chinche volvió la vista de la plata a Joannes, que tenía los ojos pequeños y concentrados en él, y los músculos listos para aplastar al Chinche contra la mesa de un manotazo. El fraile parecía de madera, sólo escuchaba y miraba con parsimonia.

—Asuntos de anarcolistas, de padrecitos, bendecidos y espíritus, no quiero saber de ésos, ni con guita quiero saber de arrunfaos aparecidos ni de anarcolistas mafunqueros.

Joannes le puso de nuevo el brazo sobre el hombro, que acusó el peso doblando aún más la encorvada espalda.

—¿Qué sabes del tema?

—Nada.

Joannes tomó una moneda y la hizo brillar a la lumbre del candil de bencina.

—Bueno… poco. Pero yo no he rajao nientes, que me juego una chirla en la barriga.

Joannes separó dos monedas y las puso del lado del Chinche.

—Dicen que el viejo era confidente de granatas, se vendió a los anarcos y les pasaba informes changos de la bolsa, judíos ricos, duques y eso.

—¿Y para qué querían los anarcolistas informes?

—Para achantar, para huelgas y para ganar pecheros que los sigan. Hay una huelga, el patrón no quiere dar más trabajo, no quiere pagar lo que debe, ellos llegan y dicen: «Si no pagas, tus socios sabrán que eres un garrafón y estás vendiendo por chinabo sus papelas». El granata paga y los obreros, garrufos, se apuntan al síndico anarco.

Joannes corrió al pequeño montón del lado del Chinche. Éste volvió a quedarse hipnotizado por el brillo del metal. Luego miró al local y después, ansioso, a Joannes.

—¿Con quién del síndico podría haber hablado?

—Con cualquiera, fiero seguro que alguno sabe rufo del tema.

Joannes conocía el local donde tenían la sede los del síndico. Levantó el brazo, y el Chinche, como si el alguacil hubiese estado presionando un resorte cargado, pegó un bote, agarró las monedas, y desapareció.

—Ya ha oído.

—Sí.

—Puedo pedir una redada, las hemos hecho otra veces, y ese local siempre está lleno de anarcolistas. Son como la mala hierba, no hay Dios que los elimine.

—Desaparecerán el día que también se acaben esas fábricas y esos hombres rotos.

—Entonces, nunca. Es una pena, pater, pero así siempre tendrán trabajo en la inquisición. ¿Qué hacemos?

—Meternos en la boca del lobo, para contarle los dientes, aunque sea.

—¿Y nuestro socio en la sombra?

—Quizás un clavo saque a otro. Además, conozco a alguien entre los anarcolistas. Quizá pueda ayudarnos.

4
Anarcolístas

El local era un galpón largo y destartalado, chapa vieja y rota, madera y pasquines de muchos colores pegados a las tablas de las paredes unos sobre otros hasta formar una costra de papel y engrudo que parecía lo único con consistencia suficiente para lograr mantener unido el edificio. Una farola que parecía a punto de apagarse iluminaba la puerta a medio abrir. Corría una brisa fría desde el río.

Joannes se arrebujó en la capa, se recolocó el Villegas y le ofreció el paso al fraile.

—Vamos, pues.

Cruzaron el umbral. Detrás había mesas, sillas, gente sentada leyendo, pocas luces. Al fondo algunos hombres se afanaban sobre una imprenta manual. Joannes arrugó la nariz. Olía a pescado podrido, un olor leve pero persistente. Probablemente el olor estaría enquistado en las tablas; aquello había sido una barraca de pescado demasiado tiempo.

—¡Salud y República, compañeros!

Se les había acercado un hombre pequeño y de tez color caramelo. Joannes se sobresaltó al oír el saludo de los anarcolistas nostálgicos de la Tercera República.

—Buenas noches.

El fraile tomó la palabra.

—¿Está el Cura?

—Sí, creo que al fondo.

Al fondo era el otro extremo del local. Había allí tres o cuatro filas de sillas ocupadas por pecheros de ropas polvorientas. Un hombre enjuto, de cierta edad y de pelo largo y encanecido, escribía en una pizarra. Según se acercaban, el tono de voz, alto y vibrante, se oía más claro.

—Montante —el orador dejó de escribir y se volvió a su público, que escuchaba con cara de no comprender mucho—, esa es el arma de los gránalas, de los bolsistas y los fabrícios. El montante, la diferencia entre lo que os pagan y lo que cobran por lo que fabricáis. Sobre ese concepto han edificado su poder; sus cadenas no son de metal, son de leyes y de codicia.

»Limpurnio, en el principio del siglo, fue quien dijo que había que acabar con ese círculo vicioso: si eliminamos la ley, eliminamos el poderío del montante y por tanto la esclavitud, la monarquía y la opresión.

El conferenciante detuvo su discurso y se quedó mirando fijamente al fraile. Al final los ojos se le abrieron mucho y se acercó con grandes zancadas mientras gritaba.

—¡Faustino! ¿Eres tú? ¡Bribón!, ¡hijo de mala madre!

—Sigues igual, Contreras.

—Calla, ¡hijo del demonio, fraile del infierno, sofista impenitente! ¿Y éste quién es?

—Ah, vaya, pues bienvenido ¿No me digas que os vais a apuntar al movimiento? Sin Dios, sin patria, sin emperador.

—No, sabes bien que no. Necesitamos información.

—Información, eso trataba de inculcar a estos compañeros, información, lo más difícil y el arma más poderosa. Esperad un momento. —Se volvió a los pecheros, que con cara de cansancio, esperaban sumisos sentados en las sillas—. Coged este panfleto, el número uno, que os lo dé Alfredo, lo leéis en casa y mañana seguimos, así, venga, ¡Salud y República!, hasta mañana.

Los trabajadores, algunos arrastrando los pies, otros aún sin comprender mucho de lo que habían oído pero intentando escudriñar el texto escrito en el papel, fueron levantándose y caminando hacia el otro extremo del galpón. Joannes aparentaba calma, los brazos relajados, la postura tranquila, pero los ojos le traicionaban, azules, diminutos, saltando continuamente de un lado a otro.

—Venid a mi despacho, por llamarlo algo.

Caminaron detrás del hombrecillo esquivando sillas, mesas, cajas de contenido indeterminado, montones de panfletos y pasquines. Pegada a la pared, donde era más fuerte el olor a pescado rancio, había una pequeña escalera de metal herrumbrado que amenazó con partirse y precipitarlos cuando comenzaron a subir.

A salvo ya en el piso de arriba, se encontraron en una oficina con ventanales de cristales tan sucios que apenas dejaban ver la calle. Contreras encendió un candil y se sentó a un escritorio atestado de papeles. Fray Faustino hizo lo propio en un desvencijado sillón de mimbre. Joannes se quedó de pie, no había mas asientos.

—Viejo amigo, ¿qué te trae de visita?

—Como bien sabes, estoy en la Seccional ahora.

—¿Con el viejo pater Augustinus?

—El mismo.

—Maldito hijo de puta; pero me cae bien, no lo puedo negar, a pesar de que esté vendido a todos los poderes de montante y a algunos otros que ni tú ni yo conocemos.

—Luego me acusas a mí de sofista.

—Aún me acuerdo de la discusión aquella, dos días con sus noches, en la sierra, en que supuestamente estábamos discutiendo la naturaleza del alma.

—Viejos tiempos aquéllos.

—Viejos, sí, sin duda.

Joannes, apoyado en la pared del galpón, miraba a los dos hombres hablar. Contreras se echaba encima del escritorio, se recostaba, gesticulaba y movía el corro bigote como si al pronunciar regurgitara las palabras; fray Faustino permanecía silencioso, con su cuello de pájaro retraído, un ave dormida y recostada contra el

mimbre del nido.

Hubo un segundo de silencio, que el fraile aprovechó.

—¿Qué sabes de Ismael Abelcasís?

El hombrecillo entornó los ojos y el bigote dejó de moverse.

—¿Por qué te interesa ese hombre?

—Mira, Contreras, no te voy a ocultar cuál es mi trabajo, lo sabes mejor que yo. También sabes que, si tuviera algo que ver con vosotros, o no lo hubiera aceptado o te habría avisado de alguna manera. Además, la respuesta a esa pregunta tuya es, siendo totalmente preciso, «no lo sé». Estoy investigando algunas muertes, entre ellas la de ese judío, y me ha llevado directamente a vosotros.

Contreras se recostó, abrió un cajón del escritorio y sacó una botella de coñac y tres vasos que procedió a limpiar con una manga de la camisa. Sirvió lentamente el líquido y comenzó a beber del suyo. Su voz se hizo menos nerviosa, relajada por la aspereza de la bebida.

—Faustino, lo que te diga entre estas cuatro paredes aquí debe quedar. Puedes usar la información, pero no de modo que nos perjudique a nosotros.

El fraile miró un momento a Joannes, luego se volvió a su amigo. —Venga.

Joannes miró hacia fuera, el callejón estaba vacío. Montones de escoria requemada y basura se acumulaban contra las paredes. Un gato rijoso cazaba ratas entre las sombras.

—Granatas, montistas, fabricíos, gentuza que se lucra con el sudor de esta gente.

Contreras hizo un amplio gesto con la mano, luego vació su vaso de un trago. Joannes se acercó a la mesa, tomó otro e hizo lo mismo. El fraile no probó el suyo. Contreras volvió a llenar su vaso y el de Joannes.

—Y la gente… cuesta despertarla. El asunto es sencillo, algunos de esos granatas forrados acuden a los cabalistas de la ribera a que les adivinen las fluctuaciones de la bolsa. Teníamos a ese judío cogido por donde más les duele, la bolsa. Uno de los nuestros descubrió, por casualidad, dónde guardaba la plata. Total, que llegamos a un acuerdo. El nos pasaba información sobre los granatas, qué chanchullos montaban, cómo iban sus empresas, y nosotros usábamos esa información para chantajearlos y que aceptasen subir los sueldos de los obreros, que no contratasen a niños, que se redujesen las jornadas y algunas cosas más.

»El día que ardió el edificio ese, habíamos quedado con él, nos había prometido una información muy importante a cambio de que le devolviésemos sus cuartillos. Pero no fue menester, ardió toda la manzana. Y el hijo de puta del alcalde no mandó a los bomberos más que cuando las llamas amenazaban pasarse a los edificios contiguos, casas de renta de algún montista.

El vaso volvió a vaciarse. Fray Faustino se mojó los labios con el licor y paladeó su sabor largo raro.

—¿Crees que el incendio pudo ser intencionado?

—¿Quién sabe? Periódicamente hay incendios, la gente amontona hulla para las calefacciones, la junta con papel, pasa alguien con un candil, se le cae y ya tenemos montado el follón. Sí, pudo haber sido intencionado, pero es imposible saberlo con certeza.

Fray Faustino, inmóvil, contempló a su amigo. Joannes, incómodo por esa inhumana mirada de águila, apartó la vista y la distrajo en pasear por el callejón en sombras.

—Bueno, gracias por todo. Nos vamos.

Fray Faustino se levantó, extrajo el reloj de dentro de su bolsillo y lo consultó.

—Por cierto, ¿aquí no cerráis nunca?

—No. Los obreros trabajan de sol a sol, esto está abierto para ellos de luna a luna. Es la única manera. Es como un bar, pero con más servicios.

Cuando Joannes ya se volvía para encaminarse a la escalera, atisbo algo moverse en el callejón, apenas una sombra pero demasiado voluminosa para ser un gato y demasiado rápida para ser un hombre. Mantuvo la mirada a pesar de que el fraile ya se levantaba de la silla. Nada se movía. Quizás una nube pasajera, pensó, mientras seguía a Contreras y al fraile. Descendieron por la tambaleante escalera y de ahí fueron hasta la calle.

—Bueno, Faustino, si alguna vez cambias tus ideas sobre el Estado, ya sabes dónde estoy.

—Lo mismo te digo, Contreras.

—¡Salud y República!

—¡Salud y justicia!

Fuera las nubes habían oscurecido aún más la noche. Joannes se arrebujó en la capa y bajo ella desenfundó el revólver y lo movió lentamente, cubriendo toda la calle, mientras fingía andar despreocupadamente. Aquél era un truco que había aprendido en los tercios. Cuando los católicos se infiltraban en el campamento buscando unas cuantas gargantas que cortar, apenas les hacía falta disfraz y sombra, tan sólo una capa y fingir perfectamente los andares y ademanes de alguien confiado que pasea.

Avanzaron sorteando chatarra y basura, buscando calles menos sórdidas. Doblaron una esquina particularmente sombría y Joannes se abalanzó contra el fraile aplastándolo contra la pared. Le hizo un signo para que no hiciera ruido. Esperaron unos segundos hasta que una silueta delgada y sombría entró en la calle. Iba de sombra en sombra, con grandes y ágiles saltos. Tras cada avance se detenía en la oscuridad, totalmente invisible hasta el siguiente movimiento, Cuando Joannes calculó que podía acertarle a pesar de la poca luz, gritó a voz en cuello.

—¡Alto, no se mueva o le dejo tieso de un balazo!

La sombra se detuvo.

—Pater, yo le cubro, acérquese por la derecha.

Sin fijarse en dónde pisaba, arrastrando los pies por charcos e inmundicia, Joannes encañonaba continuamente al espectro mientras reducía la distancia que los separaba. Lo miraba, aquel hombre lo miraba directamente, sabía que unas pupilas negras, en el fondo de aquel pozo de tinta, estaban fijas en las suyas. No había miedo en ellas y eso le preocupó. Se detuvo justo antes de que el mundo estallase. Hubo un destello como de relámpago fortísimo y sintió los ojos golpeados por un puño de luz sólida. Se llevó las manos a la cara, estaba ciego, no había ya luz en el exterior, pero sus ojos, deslumbrados, sólo registraban destellos multicolores.

—¿Pater? ¿Está bien?

—Sí, no veo nada pero estoy bien.

A tientas lograron acercarse a una pared y recostarse contra ella.

Al rato la visión pareció regresar. Los ojos les lagrimeaban y dolían, pero podían ver. El callejón estaba completamente vacío.

—¿Qué ha pasado?

—Luz de magnesio.

Polvo de magnesio con un fulminante por presión. Qué truco tan estupendo, pensó Joannes mientras se limpiaba las lágrimas que le corrían por las mejillas. Al poco ya veían lo suficiente para no tropezar. Lentamente lograron escapar del barrio industrial dejando atrás fabricas fantasmales, llenas de ignotas bestias de fuego, enormes hornos que no cerraban nunca sus fauces, maquinarias traqueteantes que machacaban metal, hilaban, tejían, forjaban, cepillaban, bruñían, engastaban y producían otras máquinas.

—¿Vio usted algo?

—No, Joannes, sólo el destello.

—Yo creo que distinguí…

—¿Qué?

—Nada, seguramente nada.

—Bueno, está claro que tenemos ya a alguien siguiéndonos los pasos. Eso no es en absoluto negativo, estamos en el buen camino.

Joannes no dijo nada. Recordaba aquella mirada desde las sombras, pero podía estar más en su imaginación que en la realidad.

—Entremos en esa taberna.

El local estaba en la frontera entre la ribera y el barrio del centro, cerca ya de Lavapiés. No era tan lúgubre como los de la ribera baja —el serrín del suelo era limpio y olía bien, los camareros llevaban algo parecido a un uniforme, y a través de las ventanas se podía ver el exterior—; sin embargo, tampoco era un cafetín o una casa de té del barrio de Salamanca.

—Es de madrugada, ¿tiene hambre, pater?

—Sí, pídame un chocolate con churros.

—Camarero, un chocolate con churros y para mí *unas fabes* regadas con tintorro.

En cuanto llegaron las *fabes,* Joannes se aplicó a ellas con furia homicida. El fraile mordisqueó un par de churros y bebió la mitad del chocolate antes de hartarse. Joannes le echaba un vistazo entre cucharada y cucharada. Parecía mirar a algún limbo privado, extasiarse en alguna infinitésima mota de polvo. La mirada de águila se había vuelto líquida, más fluida y ausente a cada aspiración de los polvos blancos que guardaba en la cajita de madreperla.

Clientes variados entraban y salían continuamente de la taberna. Con las luces del alba cerrarían, y los últimos de la noche se apresuraban en obtener un último trago o un desayuno madrugador. Uno de esos clientes era un anciano de pelo largo y ensortijado, tocado de bonete y con levitón negro y Heno de lamparones. Tenía sobre los hombros algo parecido a un chal de lana tejido con símbolos cabalísticos. Cargada a la espalda iba una mochila de cuero. El anciano entró en el local y se quedó mirando a la concurrencia, nadie parecía hacerle mucho caso.

—Cábala, ¿quiere conocer su futuro?, ¿el de su amante?, ¿quiere saber a quién apostar en el antropódromo?, la Cábala se lo dirá.

La voz era extrañamente tranquila, sin las estridencias de otros voceros que vendían periódicos, Crínela, limonadas, o cualquier otra cosa en la calle. El fraile salió de su ensimismamiento y le hizo una seña al cabalista.

Joannes lo miró intrigado. El viejo llegó a su lado, se sentó a un extremo de la mesa y depositó sobre ella el pesado paquete que portaba a la espalda. Quitada la funda había una máquina cabalística portátil.

—¿Qué desea saber?

El viejo comenzó a manipular los discos. Joannes había visto alguna vez aquellas máquinas de adivinación. No entendía mucho de tales artefactos, pero por lo que había podido deducir, su interior contenía multitud de discos grabados con diversos signos cabalistas, las letras del alfabeto hebreo, las *sephiroth y* números. Algunos decían que dentro estaba escrito el Antiguo Testamento completo. Al ser la palabra de Dios era una fuente fiable de profecías. Dándole a la palanca y manipulando los mandos, los discos giraban y, mediante diversos engranajes, efectuaban operaciones combinatorias entre los símbolos. Luego el cabalista leía e interpretaba el resultado.

El fraile miró a Joannes, luego volvió la vista al anciano y habló a la vez que le lanzaba una moneda sobre la mesa.

—Sólo quiero conocer el curso del mundo.

El anciano lo miró por encima de su combinación de palancas y discos. Sus ojos, como puntas de alfiler, enfocaron al fraile, luego procedió a cargar los resortes de la máquina dándole a una pequeña manivela. Pulsó un botón y el mecanismo comenzó a

traquetear y a zumbar.

Joannes farfulló en voz lo suficientemente baja como para que no le entendiesen:

—Cosas del demonio y de judíos.

En un momento dado, la máquina se detuvo. El judío miró los resultados con una lupa en el ojo. Levantó la vista de los discos, entrelazados en una combinación particular de colores y signos, y miró a los dos hombres. Luego reinició el proceso de preparación, volvió a cargar el resorte, los discos funcionaron y se pararon.

—Jameshel hanetivim sep avtipus ha´adam. Ha´avtipus hantizji, devar hanevia, OLAM ha´yetzira, OLAM hait´havut udevar ha´asia, kulam que´ejad bemahalaj ha ´olam shenogea lajem, nojrim.

—¿Qué dice?

—No sé, entiendo hebreo, pero no ese dialecto.

—No puedo conocer el mundo, caballeros. La Cábala conoce el universo, está todo en el texto sagrado, pero los cabalistas somos falibles y apenas acertamos a comprender una parte. Sin embargo, puedo decirles que su búsqueda será una *sephiroth* de conocimiento. Pero nada es solo, todo se suma y se resta. Las letras sagradas construyen muchas palabras, que es tanto como decir que construyen muchos destinos, todos escritos en la mente de Dios.

El cabalista se levantó con esfuerzo, cargó su máquina y, sin olvidar su moneda, procedió a moverse de mesa en mesa ofreciendo sus servicios.

—Menuda estupidez.

—¿Cómo?

—Estos judíos con sus tonterías.

—Sí, Joannes, quizá sí, pero recuerde que es sano guardar siempre una duda. Quizás ese viejo cabalista esté más cerca de conocer el mundo, la mente de Dios, que nosotros mismos o que los astrónomos que escudriñan el cielo en el Retiro, o que los microscopistas que vigilan lo minúsculo, o que los teólogos y filósofos que diriman interminables polémicas en estrados de universidades y catedrales.

—Esas cosas, pater, son para gente de letras, yo soy un hombre de la calle, un soldado, y para mí hay pocas opciones. No hay más mundo que este que ven mis ojos, este que oyen mis oídos y sienten mis manos. Y mis ojos, oídos y manos dicen que ese hombre es un mentiroso y un estafador.

—No todo es tan sencillo. Mira. —El fraile extrajo de un bolsillo interior el reloj del muerto y se lo enseñó a Joannes—. Al menos creo que ya sé para qué sirve este reloj.

Joannes lo miró de cerca. Una de las muchas esferas de la máquina marcaba la hora, pero las otras eran un batiburrillo de indicaciones, de escalas y coronas móviles. Reconoció los signos multicolores, eran los mismos que tenía grabada la máquina de Cábala portátil del anciano.

—Esta máquina, en esencia, hace lo mismo que la que hemos visto. Los cabalistas creen que en la Tora, que corresponde a nuestros primeros cinco libros de la Biblia, está codificada toda la creación en palabras, combinaciones de letras que crean el mundo, que son el mundo. Si tomamos la Tora —texto que creo que está embebido en la construcción de esta máquina a la que ya no llamo reloj por respeto —, elegimos la primera letra y luego completamos la secuencia con la letra que aparece dieciséis posiciones después, y otras dieciséis posiciones después, así hasta completar el texto, obtenemos una ristra de letras que, si se saben interpretar, constituyen una parte del pensamiento de Dios, que dio forma al texto y al mundo como reflejo el uno del otro.

Fray Faustino manipuló pequeñas coronas que el reloj tenía repartidas en su canto, luego dio cuerda a una de ellas y pulsó un resorte. El aparato comenzó a zumbar. Al poco se detuvo y Joannes pudo leer una secuencia de caracteres hebreos aparecidos en un dial.

—Es un cacharro notable, pero aun así no son más que tonterías. ¿Cómo va a estar el mundo dentro de un texto?

—Pienso igual que usted, Joannes, pienso igual, no obstante siempre guardo mi duda, siempre.

En ese momento, en la calle se oyeron voces. Salieron afuera junto con el resto de presentes. Olía a quemado y las nubes en el sur tenían el color del hierro al rojo.

—Algo arde. Tengo un presentimiento.

Bajaron por las mismas calles que habían tomado a la ida. A medida que se acercaban al incendio, pues estaba ya claro de qué se trataba, había mis gente nerviosa, algunos recogiendo niños y pertenencias y poniendo pies en polvorosa; otros mojando fachadas y tejados con cubos de agua para evitar que el incendio se extendiese; otros aprovechando para reventar cierres de los talleres cercanos y correr calle arriba arrastrando herramientas robadas. Joannes tuvo que sobreponer su deseo de soltar un par de mamporros a los ladrones de oportunidad y seguir descendiendo.

Pronto llegaron al lugar del incendio. Una multitud de curiosos se agolpaba a una distancia prudencial retenidos por los alguaciles. Detrás ardía un edificio.

—Mucho alguacil hay aquí —le dijo Joannes al fraile mientras se abrían paso.

Y era cierto, una docena de hombres con corazas de cuero esperaban de pie detrás de los autocoches cruzados en mitad de la calle, las porras de madera desenfundadas. Los gritos comenzaron pronto.

—¡Farrunos, que los habéis quemado vosotros!

—¡Cabrones!

Joannes y el fraile llegaron, a base de la pura fuerza física, hasta los alguaciles que cerraban la calle. Eran conocidos de Joannes.

—Joannes, ¿qué haces aquí? Pasa, de prisa, que esto se está poniendo feo por

momentos.

Ardía el galpón de los anarcolistas. No quedaba chapa sobre chapa, ladrille sobre ladrillo, todo consumido en un horno de altas llamas amarillas. Un par de coches de bomberos hacían funcionar las bombas que resoplaban aspirando agua del río. Tuberías y caños de bronce la vertían sobre el edificio, que se obstinaba en no apagarse.

El calor era insoportable, el viento estaba lleno de pavesas y el humo pronto les hizo toser. Se taparon la boca con pañuelos mientras se acercaban al grupo que parecía dirigir aquello.

Había entre ellos un hombre grande, que se volvió mientras se acercaban.

—Hombre, los que faltaban: el padrecito y su perro guardián.

Habló a los que le acompañaban, hombres vestidos con camisas blancas y sobrevestes lila oscuro, lo suficientemente alto como para que le oyeran Joannes y el fraile. García de Grandes lucía una expresión furiosa, el sudor le resbalaba por la frente, goteaba de los grandes mostachos y el cuello y le manchaba la antes impoluta gorguera.

—¿Qué hacen aquí? Ésta es una situación complicada, no tengo mucho tiempo. ¡Garcés! Busca al teniente de alguaciles y dile que necesitamos más hombres. ¡Pero ya!

—¿Qué ha sucedido?

—Nada, que estamos jugando. —De Grandes pareció contenerse un momento, respiró hondo, tosió un poco y continuó hablando—. Un incendio, nos avisaron, cuando llegamos el galpón estaba ardiendo como el corazón del infierno, que es sin duda de donde vienen todos estos anarcolistas de mierda.

Joannes miró al judicatario durante un segundo. Los miembros de la judicatura eran hombres de superior jerarquía, los encargados de las investigaciones. Alguaciles como Joannes sólo eran la fuerza bruta y a menudo hombres de lila como aquél habían despreciado a los de la sobreveste de cuero. Los rencores eran viejos y fuertes. Joannes, conteniendo la furia, siguió a fray Faustino, que se acercaba al incendio. Le alcanzó ya muy cerca, donde el calor bufaba sobre ellos. Había allí, tirados sobre el empedrado, varios cuerpos abatidos y chamuscados. Unos se movían y eran atendidos por enfermeros, otros parecían definitivamente muertos. Los bomberos seguían arrojando agua sobre el edificio. El calor era asfixiante pero Joannes no se quitó la capa, sabía que era buena protección contra el calor extremo. El fraile se agachó sobre uno de aquellos cuerpos. Le dio la vuelta. Joannes reconoció en seguida a Contreras. Tenía la piel aún más negra que antes, por lo demás no había cambiado nada, escuálido y pequeño, el fuego lo había dejado casi íntegro. El fraile lo miraba con una expresión indeterminada. Joannes se retiró un tanto y estudió la situación. El incendio no sólo parecía haber prendido en el edificio; los alguaciles de las barreras

tenían problemas para contener a la creciente multitud. Comenzaron a volar adoquines y los carros temblaron por el embate de muchos cuerpos. Una algarabía ronca y desgarrada crecía por momentos.

—Pater, quizá debiéramos marcharnos.

—Sí. ¿Ha visto esto, Joannes?

Joannes se agachó. Comprendió en seguida a qué se refería el fraile. Del cuello a la rodilla Contreras había sido aplastado por un gran peso. Joannes miró a derecha e izquierda. No vio nada que hubiese podido rodar, un tanque de hulla o de agua, una piedra de molino. Sin embargo, notó en seguida algo extraño en el suelo. Muchos de los adoquines que el fraile y el habían pisado, sin notar nada raro cuando habían estado antes en esa plaza, ahora aparecían fracturados, convertidos en arenisca en algunos puntos, y saltados del terreno en otros.

—¿Un autocoche de cadenas?

—No lo sé, Joannes, no lo sé, pero le juro que voy a averiguarlo.

Un autocoche grande bajó bufando por la única calle que la multitud no ocupaba. De él salieron muchos alguaciles armados con porras. La refriega comenzó en seguida. Se oían los gritos, las órdenes ladradas, el escándalo de los carros despedazados por la multitud en huida.

Buscaron un escape en una de las calles pequeñas que corrían paralelas al río. Por primera vez Joannes se alegró de estar al servicio del inquisidor.

5
Luto judío

Tarde como era, sucios y cansados, acordaron continuar la investigación al día siguiente. El fraile tomó un autocoche de alquiler que le llevase a su monasterio y Joannes volvió andando al cuartel. Casi amanecía cuando cruzaba la plaza del Conde de Barajas. Se detuvo un momento a encender un pitillo y se sobresaltó; algo estruendoso avanzaba por la calle haciendo retumbar los adoquines. Zumbando los motores Écija potenciados por alcohol, un blindado con el escudo de los alguaciles avanzaba por la calle desierta. Sus grandes ruedas de caucho macizo aplastaban adoquines a su paso con ruido chirriante. Los dragones y gárgolas que adornaban sus flancos de hierro fundido ocultaban las troneras por donde los ojos de un pelotón asomaban al exterior. Arriba, asomando apenas la cabeza, iba el sargento Ramírez. No lo vieron, plantado bajo un soportal con el librillo aún en la mano y el cigarro a medio liar. Cruzaron plaza abajo y se perdieron en el silencio de la madrugada.

Antes de que Joannes llegase al cuartel, cuatro blindados más, la dotación completa, cruzaron la plaza en dirección sur. Joannes se encogió de hombros como respuesta cuando saludó al centinela y éste le preguntó que por qué no había ido con todos. El patio de armas estaba desierto y sucio, había marcas de rodadas en el suelo, arcones de madera recién sacados del polvorín se acumulaban, abiertos, vacíos y vertiendo serrín al suelo.

—Bueno, esta vez me he librado.

A Joannes el cuerpo le pedía sueño, los músculos cansados le impedían pensar mucho en lo que estaba sucediendo, de modo que se metió en el catre y sólo despertó cinco horas después, a las doce y media, y porque alguien lo zarandeaba por el hombro insisten tu mente.

—Salamanca.

—¿Qué quieres, Ruanillo? ¿No ves que estoy descansando?

—Hay un fraile que pregunta por usted.

Joannes se levantó rezongando, medio ciego de cansancio y legañas. Se acercó al baño. Llenó un barreño de agua fría y metió la cabeza dentro hasta que ya no pudo aguantar más. Cuando la sacó, el mundo seguía ahí, tan desabrido como siempre. Era un día gris, nublado. Se vistió y bajó al patio. Los blindados entraban lentamente y eran conducidos a sus cocheras. De ellos bajaban hombres sucios y cansados, algunos cojeaban, llevaban vendada la cabeza o algún brazo al cabestrillo.

—¿Qué hay, Joannes? De buena te has librado.

—¿Qué ha pasado, Santaluña?

—Los anarcolistas, los pinches arrastrados de la ribera y su puta madre nos la han liado buena. Claro que ellos también se llevaron lo suyo. Uno, cuando quiere, sabe

manejar esto.

El mexicano blandió una porra de madera mellada y ennegrecida por la sangre seca.

Joannes no dijo nada y el mexicano, tan cansado que no estaba para bromas, se marchó arrastrando los pies. El fraile le esperaba en la recepción.

—He aprovechado que el camión del monasterio venía a Madrid.

—Bien. Sígame.

Cruzaron el patio hasta llegar a las cocheras. No había allí ningún conductor. Joannes indagó y preguntó, sin resultado. Al final, el mismo puso en marcha uno de los coches, invitó al fraile a subirse al pescante y, traqueteando, abandonaron el patio de armas.

—Tomemos un chocolate tardío en San Ginés. Luego iremos a visitar a la familia del judío muerto.

—¿Los conoce?

—¿A los Ben Ferruziel? Son granatas famosos, como diría mi difunto amigo Contreras.

Joannes condujo el vehículo, a veces esforzándose con la dirección para hacer girar el autocoche por las estrechas callejuelas del centro, con la mente en otra parte. Granatas, judíos banqueros, montístas, bolsistas, el cerebro o mejor aún el estómago del imperio. Un cuerpo social cerrado y exclusivo que había sobrevivido a dos restauraciones, a guerras y desmanes, que había colaborado con emperadores, obispos y el Consejo de los Cuatrocientos, con el Estado. Y así continuaban.

Al fin aparcó en la calle Arenal, en sitio prohibido, y caminaron hasta la chocolatería. El fraile no había abierto la boca en el trayecto. Al llegar había consultado el extraño reloj y en ese momento pareció volver a la vida, aun antes de tomar el chocolate y los churros que Joannes tanto necesitaba.

—Se me olvidaba. Tome, Joannes, en justa reciprocidad.

El fraile le pasó un objeto brillante. Era un reloj de bolsillo. Lo tomó en la mano y pulsó el resorte que abría la tapa de oro repujado. Era un Patero, un Felipe Patero, fabricado en Salamanca, de esfera cerámica, segundero, fecha y campanería, una pieza cara y precisa.

—Es cincuenta veces mejor que mi viejo Ruiz Revuelto.

—El valor de las cosas es el que uno les dé; su viejo reloj seguro que le ha acompañado largos años y ahora no puede disponer de él. Disponga al menos de éste, que, en compensación, es algo mejor.

Joannes no dijo nada; tan incómodo le parecía aceptar el reloj como rechazarlo, por tanto lo tomó, hizo una pequeña reverencia con la cabeza y esperó saber cómo agradecerlo más adelante.

En poco tiempo volvieron al autocoche. Bajaron al paseo de El Prado, superaron

la glorieta de Carlos V y siguieron por la calle Delicias hasta el río. Lo cruzaron por el puente de la Restauración y entraron en una zona residencial bien conocida por Joannes. La había patrullado a menudo, largas avenidas y calles perpendiculares llenas de castaños de indias, plátanos, muchos robles y pocas encinas daban sombra a numerosas casas nobles, palacetes, sinagogas y casas de cultura hebrea. Era el barrio judío acomodado, adonde emigraban todos aquellos que hacían fortuna, o de donde partían aquellos que la perdían, bien distinto de la judería vieja de Lavapiés, tortuosa, sucia, humilde y cargada de historia.

El palacete de los Ben Ferruziel se ocultaba tras una alta tapia de adobe y unas puertas dobles de metal. Hubieron de enseñar sus sellos oficiales para poder ser admitidos. Traspasaron las puertas y avanzaron, precedidos por un sirviente envarado, por un sendero de grava flanqueado de césped y grandes árboles. Olía a jazmines, a huerta recién regada.

Algunos guardias soñolientos los miraron pasar desde sus casetas de madera. Casi oculto por la vegetación ornamental, el edificio principal era de nueva construcción. En vez de madera se había empleado el hierro colado para columnatas, barandas y soportes de la estructura. Las paredes parecían de ladrillo hueco, enfoscadas de yeso. El tejado de pizarra, muy negro y con escasa inclinación, remataba la construcción.

Les hicieron pasar a una salita, toda pespunte, papeles pintados, suelos de baldosa decorada, candelabros y porcelanas. Joannes, incapaz de sentarse en un delicado sofá tallado en madera blanca, daba vueltas y curioseaba por la habitación. Le llamó la atención que el gran espejo sobre la chimenea estaba velado por un gran tul negro.

—Costumbre judía. El *Shiv'ah*, el duelo.

Al cabo de poco tiempo la puerta se abrió y entró un hombre delgado de baja estatura, vestido con ropa tradicional judía, completamente negra, levita, sobrecamisa y calzas largas. Sin gorguerilla y con la kipá puesta, parecía una extraña versión de un pechero, muy en contraste con los trajes de gala de los gentiles, abundantes en calados y pespuntes, sombreros anchos, armas de plata y camisas de seda. Sin embargo, aquel hombre no era un cualquiera; la mirada era adusta, dolida, pero en nada humilde. La voz y el tono tampoco eran precisamente de alguien que temiese a un simple alguacil, ni siquiera a un inquisidor. El patriarca de los Ferruziel se paró delante de ellos.

—¿Qué les trae a mi casa en estas dolientes circunstancias, señores?

—*Hamakom inajen etjem betoj shear availai tzion veleirushalim.*

—*Baruj daian emet*. Gracias, reconforta oir el pésame en la lengua de David, a pesar de que usted sea cristiano, pater.

Joannes conocía el sonsonete del hebreo, pero apenas entendía sus inflexiones cultas. Fray Faustino se había adelantado ligeramente y Joannes, a cada segundo más incómodo en aquella casa, se alegró de que fuese el otro el que llevase la voz

cantante.

—No quisiera molestarle en demasía.

—No se preocupe, ya lo hizo el judícatario De Grandes de tal manera que es difícil superarlo. Ni siquiera nos permitió seguir la ley judía, lavó y manipuló el cadáver sin ningún respeto por nuestras tradiciones.

—Señor Ferruziel, hemos sido comisionados por altas instancias de la Secretaría del Interior para intentar profundizar en este asunto tan triste y desagradable.

—En su carta de pésame el secretario ya me indicaba algo, sí. ¿Qué desean?

—Sólo conocer algo de las circunstancias personales de su malogrado hijo, quizá visitar su rincón de trabajo, su despacho o vivienda.

—Sí, por supuesto, cualquier cosa que pueda ayudarles.

—Para empezar, podría decirme si este reloj le es familiar.

El inquisidor extrajo de su hábito el reloj de las múltiples esferas. Joannes observó el gesto suave del fraile adelantando la máquina hasta la mirada de Ferruziel, que apenas se inmutó antes de dar un breve paso e inclinarse sobre el objeto. Los modales pausados del financiero escondían una atención feroz, al igual que los del religioso. Los ojos del fraile brillaban y saltaban de detalle en detalle: el oscilar del pecho a cada respiración, el tamaño de la pupila, el pulso de la mano que se extendió para sujetar el reloj, el color de la piel, la sudoración, el tono de voz.

—No, en absoluto, no lo he visto nunca. Ahora, sí me perdonan, tengo que atender a mis obligaciones del *Shiv'ah*. Rebeca, mi hija, les servirá de guía para llegar a las habitaciones de su hermano. ¡Rebeca, pasa!

El fraile se volvió lentamente con el reloj aún en la mano. Mirando a Joannes, lo cerró y guardó mientras una leve sonrisa asomaba a la comisura de sus labios. Joannes también sonrió, había entendido. Advirtió en ese momento una leve marca disimulada hábilmente en la quijada angulosa del fraile, era una cicatriz fina y larga, más de cinco centímetros que sólo de muy cerca se podían apreciar. Le resultó muy extraña aquella herida en un hombre que, aparentemente, no se había curtido en ninguna lucha.

Desvió la vista y compuso la expresión. El granata abrió la puerta y en el dintel apareció una mirada. Sí, a Joannes sólo le pareció ver eso, una mirada, dos ojos negros grandes y encendidos que ya conocía. Hubo un silencio tenso, apenas un segundo en el que el brillo de las pupilas pareció retraerse. El alguacil vaciló, rebuscó en su memoria, enrojeció ligeramente. El resto del cuerpo, esbelto, elegante en las ropas negras y austeras, se materializó en la habitación al dejar atrás el dintel. El padre se echó hacia atrás para que la distancia entre él y su hija no disminuyese, hecho que no pasó desapercibido a los investigadores.

—Síganme, por favor.

Joannes y el fraile salieron de la biblioteca dejando solo al banquero. Joannes

miró atrás con disimulo. Había desaparecido el porte, el orgullo, el desafío, los hombros caían, las manos colgaban inertes y la mirada resbalaba sobre las cosas como lo haría el cuerpo sin vida de una mariposa sobre el agua de una fuente.

Rebeca era alta, no tanto como Joannes, más que el fraile. No vestía guardainfante, sólo un pequeño polisón adaptado a las ropas tradicionales judías. En cuanto salieron de la salita, se cubrió el rostro con un velo. Recorrieron un largo pasillo en penumbra, luego una serie de amplios cuartos decorados con cuadros y otras obras de arte y al fin dieron con la parte trasera de la casa.

—Mi hermano vivía en una habitación casi independiente. Por aquí.

Les indicó una escalera de caracol que ascendía abruptamente. Subieron por ella el equivalente a un par de pisos. Arriba, por algo parecido a una escotilla, se accedía a una habitación muy amplia. Las cuatro paredes estaban cubiertas de ventanales. En el centro de la estancia había una estufa apagada rodeada de mesas sostenidas por caballetes. Sobre las mesas, aparatos, máquinas llenas de engranajes, motores de cuerda, poleas, engrasadores, algún pequeño motor de ciclo Écija. En las paredes, estantes y panoplias llenas de herramientas delicadamente dispuestas. Sólo una pequeña cama en un rincón indicaba que aquel cuarto era también un dormitorio.

—Mi hermano era un estudioso de la Cábala. Tenía varios doctorados en la universidad judía y en la cristiana. Como saben, era un trabajador valioso de la Hacienda imperial.

Rebeca permanecía en medio de la habitación, una mano sobre la otra, el alto cuello y la frente muy blanca brillando a la luz entreverada de verde que se colaba por las persianas tendidas. El fraile se movió entre las mesas pisando levemente, como un fantasma, sin tocar nada, moviendo a velocidad de vértigo sus penetrantes ojos de pájaro. Joannes, al lado de la puerta, se sentía extraña mente grande y torpe, temía tropezar y desbaratar algo esencial. Evitó moverse, apenas respirar, sobre todo mirar a la judía, pero no lo consiguió y un par de veces atisbo el rostro sereno y firme tras el velo, los ojos negros y profundos siguiendo los pasos del fraile.

Fray Faustino se detuvo en una mesa cerca de la cama. Había sobre ella delicados mecanismos a medio construir, resmas de folios llenos de apretada letra hebrea, largas planchas de cobre calado por infinitud de pequeños agujeros cuadrangulares y una máquina perforadora.

—¿Enterraron ya a su hermano?

Rebeca se volvió a Joannes, sus ojos parecieron darse cuenta en ese momento de que el alguacil estaba en la habitación.

—Sí, tan pronto como nos lo devolvieron. La ley judía exige un entierro en el mismo día del deceso, pero no se pudo cumplir por las diligencias de la investigación.

Joannes no dijo nada. Rebeca repentinamente retiró la mirada y luego volvió a mirarle.

—Entiéndame, no sodios judíos tradicionalistas, pero hay cierta paz en cumplir los viejos rituales.

Fray Faustino levantó una de las planchas de cobre y preguntó:

—¿Le importa si me llevo esto?

—Mi padre quería que todo quedase en el mismo estado en que lo dejó mi hermano.

—Será sólo por un par de días.

Rebeca asintió con la cabeza.

—Bien, nos marchamos entonces.

Rebeca los acompañó a la salida, esta vez por un camino distinto. Desde el pie de la escalera les condujo a una puerta trasera por un largo pasillo en penumbra. Un criado esperaba al lado de la puerta. La abrió y la luz del mediodía pareció inflamar las sombrías estancias interiores de aquella casa enlutada. Joannes se volvió para despedirse, Rebeca entornaba los ojos para evitar el fulgor del sol; aun así, el brillo de las pupilas negrísimas titilaba detrás de las pestañas tendidas como barrotes que custodiasen un tesoro.

—Ha sido un placer.

Permaneció en silencio, sólo agachó la cabeza y tendió la mano. Joannes la tomó delicadamente y la besó. La piel estaba fría, extrañamente desprovista de olor.

Cuando el fraile ya caminaba senda adelante, buscando la salida, Joannes aún contemplaba esos ojos fascinantes. Bruscamente advirtió su embelesamiento, el fraile se había detenido sobre la grava y lo miraba y la mujer esperaba con la mano apoyada en el pomo de la puerta.

Hizo un saludo rápido con el sombrero y en dos zancadas alcanzó al fraile. Se dirigieron al autocoche: el fraile con sus andares de pájaro, delicados y precisos, con las planchas de cobre bajo el brazo; Joannes, a grandes trancos.

No volvieron a hablar hasta que estuvieron subidos al pescante.

—Vamos a ver a alguien que nos puede ayudar con estas planchas.

—¿No puede leerlas?

—No es un lenguaje fácil, es Cábala automática.

Joannes se encogió de hombros y condujo por donde el fraile le dijo mientras las tripas comenzaban a sonarle ruidosamente. Llegaron en poco tiempo, pasada la una y media, a una mansión al lado del paseo de la Castellana, margen oeste, cerca de la calle de Ríos Rosas. Era un edificio de paredes gruesas y monolíticas, un palacio antiguo con escudos labrados en la parte exterior que le resultaron familiares, lacayos con librea que les abrieron los portones y muchos patios estrechos y casi sin luz. Cuando se bajaron del autocoche oficial, en la cochera, Joannes se quedó mirando un Arriate de doble cuerpo con juego de dirección hidráulica y motores delantero y trasero que ocupaba casi todo el espacio disponible. Recordó entonces dónde había

visto el escudo: era el de don Diego de Mier. Iban a ver al duque, aquel afectado y libertino cortesano chupón e indolente. Joannes hervía por dentro; no tenía muy claro aún por qué, pero su humor había ido agriándose desde que arrancó el autocoche y dejaron el barrio judío. El hambre, se dijo.

Precedidos de un lacayo estirado en su librea cosida en hilo de oro, entraron en la casa hasta llegar a un recibidor tan oscuro y fresco que parecía haber anochecido. El rumor de la calle no traspasaba los gruesos muros y sólo el tictac de un enorme reloj de péndulo, pintado con motivos mitológicos, daba algo de vida a los mármoles, maderas oscuras, tallas, tapices y armaduras lúgubres que cubrían suelos y paredes. Un leve olor de pátinas viejas, de rancio polvo antiguo, lo dominaba todo.

—¡Querido amigo Faustino!

—¡Duque!

Fray Faustino sonreía ligeramente. A Joannes, una estatua que caminase le hubiera sorprendido menos.

Ambos hombres se abrazaron sujetándose los antebrazos. A Joannes no le pasó inadvertido aquel saludo militar. Luego levantó la vista y reparó en el alguacil.

—Ah, ahora que me fijo, conozco a tu amigo, fuimos juntos al teatrón. La dama que me acompañaba estuvo acordándose de él el testo de la noche. Espero que me sepa disculpar el sarcasmo, pero es que me fascinó su respuesta, nunca nadie la había puesto en su sitio con tanta, digamos, rotundidad.

El duque sonrió mientras estrechaba la mano de Joannes. Luego se volvió al fraile.

—¿Qué te trae por aquí, viejo amigo?

Fray Faustino le pasó las planchas.

—Aja, negocios. Bueno, lo primero es lo primero, la comida está ya preparada, y donde come uno comen veinte, o eso decía siempre mi madre. ¡Federico! Comeremos en la terraza. Por aquí, por favor.

»Cuéntame, ¿qué es de tu vida?

—Ya sabes, dedicado a mis libros, a mi pequeña huerta.

—¿Sigues con tus alquimias?

—Sí, más o menos. También me ocupo de los novicios, doy clase.

—Supongo que no les enseñarás todo lo que sabes. Pobres, si fuera así.

—No, aunque sí gran parte, aquello que no se puede aprender de los libros.

—Sin duda, sin duda. O sea, que es cierto que se creó al fin esa aula de Criminalística Aplicada. Sólo espero que nunca me vea escrutado por tus muchachos, y menos aún por ti.

Por una segunda vez fray Faustino sonrió. El rostro, estirada la piel sobre el cráneo, parecía forzado más allá de sus límites naturales.

Llegaron, a través de escaleras y pasillos monótonos de viejos oropeles, a una

terraza con balaustrada donde relucían al sol manteles blancos, palios para proteger del sol, fino cristal sueco y loza sevillana.

Sirvieron vino blanco para los entrantes, entremés de jamón frito con manteca, gambas, quisquillas, pulpo, queso de Extremadura, aceitunas redondas de Camporreal. Fray Faustino y el duque comieron con moderación, sin ganas, aumentándose de palabras, al contrario de Joannes, que, sin nada que decir, comió a dos carrillos.

—Las cosas en la corte están complicadas. El rey y el Primer Secretario enfrentados por culpa de esa ley nueva de recaudaciones. Comienza, además, el período de cuentas, sesiones parlamentarias en el Consejo de los Cuatrocientos para decidir presupuestos, asignar pagos y prioridades, un horror.

—¿Qué se sabe de los embajadores turcos?

—Que van a mandar una delegación dentro de unos días para regularizar las cuotas de viajeros y barcos en sus puertos. No sólo tenemos que cuidarnos de los italianos, sino que los otomanos nos limitan el acceso a Oriente. Claro que no hay mucho por aquellas tierras que nos interese. Algún día habrá que resolver el asunto del Mediterráneo, un mar que hemos dejado al arbitrio de católicos y otomanos contentos con nuestro Atlántico y el Pacífico. Necesitamos una quinta flota destacada en el mar de Ulises.

Sirvieron, luego de retirar los entremeses, sopa espesada con huevo y vino, y después un asado de cordero. Varios criados, casi invisibles, rellenaban copas y platos sin ser advertidos, por lo que Joannes nunca veía vacío su plato, cosa que lo espoleó a comer hasta que ya no pudo más y puso las manos sobre plato y copa cuando el criado se empeñaba en hacerlo reventar proporcionándole más líquido y sólido.

Joannes notó un silencio más largo que otras ocasiones. Levantó la vista de su plato y miró a los otros dos comensales. Ambos parecían abstraídos en el mar de tejados que se extendía por doquier. Joannes retiro la vista pero siguió mirando de reojo mientras sacaba su cuchillo de monte y, para horror de los criados, se pelaba con él una manzana que había elegido como postre.

Soplaba un suave viento que a veces refrescaba y otras traía vaharadas de hulla mal quemada.

—Vamos a ver esas planchas.

—Venga, Joannes.

—Si quieren les espero aquí, al fresco.

—No, mejor acompáñenos.

Los siguió un poco escamado. Volvió la danza de escaleras y pasillos. Esta vez bajaron y bajaron hasta pisos que no tenían ya atisbos de ventanas y cuya ligera humedad le indicó a Joannes que estaban bajo tierra. Al fin terminaron en una sólida puerta de madera roblonada con acero y que exhibía un curioso escudo. Joannes

frunció el ceño. Representaba una calavera estilizada cuya mejilla acariciaba la punta de una espada. Un águila imperial cobijaba el cráneo y extendía un ala para darle sombra. A los pies de los dos se exhibían un rollo oficial sellado, una pistola y una cadena. No preguntó por el simbolismo, a pesar de que el duque se detuvo un momento para que lo contemplase antes de abrir la puerta. Detrás ya no había lujo, ni antiguo ni moderno, sólo piedra y adobe de la vieja construcción morisca de Madrid. Bajaron por una estrecha escalera sin barandilla que se abría a una alta estancia abovedada e iluminada por brillantes arcos eléctricos. Sentados en bancadas de mesas había muchos oficinistas vestidos con un uniforme que cambiaba las gorguerillas por valonas cortas y el jubón por ropillas cortas grises y ornadas por el mismo escudo de la puerta.

—Poca gente ha visto esto, Joannes.

—¿Y? ¿Hay que rezar o algo?

Cruzaron la habitación. Joannes se fijó en los escribanos. Se ocupaban de mover grandes legajos, informes, cuentas. Escribían datos, cotejaban fechas. Abandonaron la sala abovedada. Tras una puerta metálica se extendía un largo pasillo. A derecha e izquierda había arcadas y tras ellas laboratorios, bibliotecas, algo parecido a celdas, algo también parecido someramente a un hospital. Al fin cruzaron una de aquellas arcadas y entraron en un largo taller repleto de maquinaria traqueteante. En la pared toda una bancada de motores, alimentados por tubos que se perdían en la tierra, movían poleas y engranajes enormes. El estruendo era insoportable. El duque tomó las planchas y se las dio a un hombre que vestía una toquilla verde y andrajosa. Le gritó algo al oído y les hizo señas para que le siguieran. Pasaron a una sala aneja. Cerrada la pesada puerta reforzada, el estruendo desapareció.

—¿Qué demonios…?

—Máquinas de Cábala, Joannes. Vamos a ver si nos dicen qué información contienen las planchas.

—¿Y todo esto?

—En este asunto hay muchos bandos, muchos intereses. Este edificio pertenece a uno de ellos, por fortuna son amigos.

El duque, largo y huesudo, recostado indolente contra una estantería, asintió cansinamente. La sala era un almacén. Las paredes, las estanterías, el suelo estaban repletos de bobinas de cobre cubiertas de extrañas perforaciones, muy parecidas a las de las planchas que fray Faustino había pedido prestadas.

Al rato, el hombre de la larga toquilla llena de manchurrones entró en la sala. El hombre no era pequeño, pero se movía como un ratón, a pequeños saltos que acompañaba de rápidos aleteos de los brazos. Levantó la vista de los legajos que leía y los ojos se le abrieron, sorprendidos, tras las gruesas lentes, Joannes supuso el tono de voz antes de que hablase, estridente, parecido al chirriar de los engranajes, de rata

agonizante, pero se equivocó, la voz era lenta y profunda.

—Aún es pronto.

—¿Pronto, Garcinuño?

—Sí, señor. Hay que cargar, correr, analizar, buscar los bichos.

—Entonces ¿es una lista de ejecución?

—Eh, sí, un programa, sin duda, una rutina recurrente para buscar algo, seleccionar, aún no sé el qué. Investigar, hay, que… primero estructurar, luego cargar y simular datos, cargar y correr, mirar primero variables, subvariables, bucles, y correr y buscar bichos.

—Garcinuño, ponte a ello, corre prisa.

Garcinuño desapareció tras la puerta con pasitos cortos y rápidos, cargado de hombros y acercándose los papeles a las gruesas lentes.

Alguien de uniforme gris abrió la puerta y habló brevemente con el duque.

—Parece que tenemos visita.

Le siguieron de vuelta a la mansión. Allí cruzaron la planta baja, pasaron por delante del gran reloj de péndulo, que les saludó dando los cuartos con aldabonazos que más parecían de ariete al asalto que de reloj, y al final llegaron a un cuarto anejo a las cocheras donde dos hombres retenían contra una silla, sentado de espaldas, a alguien vestido de negro. Cuando vieron al conde, tomaron al cautivo por los brazos y le obligaron a levantarse bruscamente. Joannes conocía aquella topa negra, esa silueta delgada y ágil.

—Estaba intentando colarse por la tapia.

Con un movimiento veloz y fluido, el prisionero golpeó en la cara al guardia que tenía a su derecha, y luego, agachándose y desequilibrando al otro, lo tiró contra el duque y fray Faustino. Joannes, que cuando actuaba por instinto era rapidísimo, se movió a la derecha para lograr ángulo mientras el prisionero saltaba con una pirueta de saltimbanqui hacia la puerta cercana. El Villegas tenía costumbre de salir fácil de su sobaquera. Disparó, el estruendo del revólver de gran calibre en una habitación tan pequeña reverberó salvajemente contra los oídos de todos. La gruesa bala cruzó la estancia rasgando el aire e impactó en la jamba de la puerta por la que iba a salir el intruso, destrozó la madera y provocó que parte de los ladrillos de la pared cayesen en el dintel. Joannes, sintiendo la picazón del humo de pólvora en la garganta, gritó a pleno pulmón.

—¡Si te mueves, te hago otro agujero en el culo!

El intruso se paralizó a medio camino de esquivar los escombros y seguir saltando.

—Date la vuelta lentamente.

Y lo hizo. La ropa era la misma ropa negra del perseguidor que les había deslumbrado la noche anterior: un jubón ajustado, pantalones de montar y botas. Aun

sin capa, sin sombrero, con el pelo recogido en un apretado moño, era fácil reconocer a Rebeca. Por un momento Joannes creyó estar viendo algo fundamentalmente erróneo en el mundo; aun así el pulso no le tembló ni un ápice, la parte de su cerebro que se ocupaba de apuntar el revólver permanecía al margen de todo, y el cañón no perdía su milimétrico alineamiento.

—¿Que hace usted aquí?

6
Rebeca

—¿Qué ocurre? ¿Es que una mujer no puede tener redaños para vengar a su hermano?

Habían pasado a uno de los muchos salones de la mansión. La luz que había en el cuarto se vertía desde altas ventanas que a intervalos regulares llenaban toda una pared. El sol traspasaba las persianas de madera y llenaba toda la estancia de listas doradas. Brillaban, iluminadas por el sol, las superficies pulidas del suelo, las maderas nobles con las que se habían construido sillas y mesas, los rostros que miraban hacia la mujer. Rebeca, con las manos libres pero vigilada de cerca por dos hombres vestidos de gris, estaba sentada en un sillón de anchas orejeras. Su cuerpo era una masa de tensas fibras, las piernas retorcidas una sobre otra, la espalda tensa y erguida, sin tocar el respaldo. El duque de Mier estaba repantigado en otro sillón, justo enfrente de la mujer. El brillo del sol relucía en sus ojos burlones y jugaba a reflejarse en las greñas largas y rubias que le caían sobre los hombros y en algunos de los brillantes botones de cristal de su casaca, Joannes, de pie a la derecha de la silla que ocupaba el fraile, apoyado en una alta escribanía de palisandro, no quitaba ojo a cualquier gesto.

—Sí, os seguí en varias ocasiones, en la ribera y en otros sitios donde no me descubristeis. Necesitaba alguna pista, un cabo de hilo del cual poder tirar y encontrar al asesino de mi hermano.

—La vengadora. Esto parece un folletín de tres al cuarto.

A Rebeca los ojos se le empequeñecieron al mirar al de Mier. El duque permanecía indolente, en silencio. Los penetrantes y vivísimos ojos del fraile parecían querer taladrar las facciones de Rebeca mientras los lacayos, tiesos y perfectamente inmóviles, miraban profesionalmente al vacío. Joannes se sintió fuera de lugar, viviendo una comedia del teatrón que no entendía muy bien. Las facciones cambiaban sutilmente. Sin palabras, se desarrollaba un juego de inteligencias, de simulacros y de verdades y mentiras sutiles. Se sintió impaciente, furioso. A él le habían enseñado a interrogar con los puños, pero esas tácticas no podían usarse con una hija de granata.

—No se trata de eso, señorita Ferruziel. Se trata del, peligro que ha corrido anoche, hoy mismo.

—Se trata de lo que se trata, de que somos mujeres y es mejor que nos quedemos en casa, a nuestras labores y esperando a que los hombres nos resuelvan los problemas. Pero en mi casa nadie parece tener interés por encontrar al que le hizo eso a mi hermano.

Por primera vez la máscara en el rostro de Rebeca pareció agrietarse. Se recostó

con los brazos furiosamente cruzados al pecho de modo que su mirada quedó en las sombras.

El fraile se levantó y deambuló con pasos constantes, milimétricos parecidos a las oscilaciones de un péndulo, los largos pasos de un ave blanca y negra. Joannes siguió su deambular, diez zancadas hasta el piano en el otro extremo de la sala y diez pasos de vuelta. Nadie habló, esperaban a que el fraile rompiese el silencio. Al fin pareció decidir algo, terminó su paseo metronómico, levantó la vista y se sorprendió de descubrir a todos mirándolo. En ese momento parecía una rapaz pendenciera capaz de arrancarle los ojos al que pretendiera robarle su comida. Bajó la vista y, cuando volvió a levantarla, había envuelto la frialdad de la mirada en una dulzura tensa, artificial.

—Está ya claro que este asunto tiene profundas raíces y algunas de ellas se siembran en terreno judío.

»Recapitulemos: hechos. Por un lado tenemos varias muertes violentas en Madrid, muertes que de no ser por un denominador común, el aplastamiento de los cuerpos, no hubiera sido fácil relacionar.

Joannes miró a Rebeca, se había vuelto a erguir en el sillón, pero esta vez no había desafío ni tanta tensión y sí mucho interés.

—Un cabalista de la ribera que pasaba informes de sus clientes, judíos ricos, financieros. El *principium* del crimen es sencillo, acabar con esa fuente de información. ¿Cómo se relaciona eso con la muerte del hermano de la señorita, oficial cabalista de la Secretaría de Haciendas Imperiales? Lo unen con el anterior muerto la Cábala y la raza. ¿Basta ello para identificar los *principia* comunes? Sigamos: el siguiente cadáver pertenece a un secretario real adjunto de la Subsecretaría de Consejeros Imperiales de Haciendas Extrapeninsulares. Suma y sigue: un inspector de procesos en la Secretaría de Haciendas y por último un funcionario menor de la Secretaría de Asuntos Extrapeninsulares. Cinco muertos a considerar, seis si contamos a mi malogrado amigo Contreras.

—¿Contreras? El mismo Contreras que…

—Sí, amigo Diego, murió. Todo el que roza este misterio sufre la suerte más vil. Sí a todo esto se le unen los rumores que circulan por la corte y los círculos de los consejeros, me hace pensar en dos posibilidades.

»Uno: los anarcolistas han estado chantajeando a altos cargos y personalidades con el fin de obtener algún objetivo político. Quizá se prepare una movilización. Otras informaciones, junto al ataque sufrido en el galpón a orillas del río, me hacen pensar que esa pista no conduce a ningún sitio. Dos: un escándalo financiero, algo está a punto de estallar: financiaciones no muy limpias, estafas en aduanas, fraudes en algunas de las vicesecretarios en países de la Liga, algo con implicaciones políticas graves, quizá relacionado con los anarcolistas, que lo han descubierto o que lo han

propiciado. Tres, y ahí es donde la señorita Ferruziel puede ayudarnos, una lucha de poder en la Alhama de Madrid, institución privada y a la que competen sólo los asuntos judíos, pero que todos sabemos influye y mucho en el imperio; equilibrios de fuerza, búsqueda de votos, viejas rencillas entre los miembros. No se inquiete, señorita, los trapos sucios se lavan en casa, lo sé, pero a veces la limpieza salpica.

Rebeca se removió en el asiento. Al fin, entrelazó las manos y contestó mirando al suelo.

—Mi padre no quiere hablar del asunto. Sé que es aspirante a miembro del Consejo, acude a muchas de las reuniones en la sinagoga vieja — Mi padre y mi Hermano discutían mucho, ni mi madre ni yo pudimos enterarnos de por qué.

A Joannes, desde unos minutos atrás, le habían comenzado a bailar los latinajos, las intrigas y las componendas. No atendió a mucho de todo aquello. Volvió a fijarse en Rebeca, sus pómulos altos y la tirantez de la piel que los recubría, en los grandes ojos oscuros y los rizos abundantes de pelo, recogidos en un moño y una redecilla.

El fraile volvió a sentarse y habló.

—Puede que haya maneras de enterarnos de todo.

—Faustino, amigo, me fío de tu criterio, aunque yo hubiera mandado a la niña malcriada con su papá, a que juegue a espías en el patio de su casa.

—Imbécil.

El duque reía a mandíbula batiente, carcajadas de delicado cristal francés que hicieron torcer el gesto a Joannes. Rebeca miró al fraile durante un parpadeo de furia explosiva, al instante los ojos perdieron su fuerza y se alejaron de la mirada de águila para vagar por la habitación como buscando asidero y terminar concentrados en el nudo de sus manos retorcidas una sobre la otra.

—Sólo quiero encontrar al que mató a mi hermano y hacérselo pagar.

—Joannes, si me hace el favor, acompañe a la señorita a su casa. Quizá mañana podamos tener un encuentro y hablar de todo esto e idear una estrategia eficaz. Debería cambiarse de ropa, señorita. Use el contenido de su mochila, Joannes la llevará a casa y volveremos sobre todo esto mañana por la mañana.

—¿Cómo sabe que llevo ropa en la mochila?

—Es evidente que no salió así de su casa, hoy en día los padres son permisivos, pero no tanto.

Joannes se separó de la jamba que le había servido de apoyo durante toda la conversación. Estuvo a punto de replicar si no sería mejor un autocoche de alquiler, pero al final se contuvo. En cuanto la joven fue acompañada a un cuarto contiguo por un guardia y una criada, fray Faustino se acercó a él.

—Lo del autocoche de alquiler sería más correcto, pero prefiero que la acompañe y le tire de la lengua.

—Pero… no sé si sabré.

—Tranquilo, amigo, déjela hablar, es probable que no le haga falta hacer preguntas, está deseosa de mostrar sus logros.

—Eh, bueno, de acuerdo.

Al instante, Joannes se sintió furioso. Hacer de niñera, de guardaespaldas, recorrer Madrid de arriba abajo persiguiendo absurdos crímenes de judíos, era lo último que hubiera deseado hacer en el cuerpo. El duque y el fraile desaparecieron. Él, mientras esperaba a Rebeca, se paseaba por un pasillo en penumbra, rodeado de sombras marmóreas y maderas de pátina secular. El gran reloj de péndulo dio las seis, media tarde, la hora de la partida de cartas en la taberna de Barajas. Se detuvo y sacó el reloj regalo del fraile; ambos estaban perfectamente sincronizados. ¿Buenos relojes o casualidad? ¿Importaba algo? ¿Importaba que hubiese acabado de correveidile de un inquisidor con cara de pájaro o que ya no siguiese tragando barro en las trincheras del norte? ¿Podría haber sido otro su presente, su pasado? (Visualidad o no, ¿era eso lo importante?

Rebeca salió de un cuarto perfectamente ataviada de señorita moderna, una falda lisa hasta los pies, corpiño y paño negro sobre el pecho, el pelo recogido bajo un ancho pañuelo. Lo miró desde cuatro pasos, la barbilla alta, desafiante.

—¿Vamos?

Le hizo seña de precederle y echó a andar por el largo pasillo al final del cual Joannes recordaba que estaba el autocoche. Un lacayo corrió a abrir las puertas. Fuera, ella se puso a su paso, sin decir palabra, las manos enguantadas sujetando la sombrilla.

—¿Su padre no dirá nada de esta escapada?

—Sí, estamos en *Shiv'ah*. Durante el luto no se puede salir de casa, sin embargo él ha ido al despacho esta mañana. Además, hace algún tiempo que ni me mira a la cara, sabe que no me puede engañar.

Joannes le dio unas vueltas vigorosamente al volante de inercia, abrió la espica del depósito y subió al pescante. Conectó la magneto y el motor traqueteó, escupió humo y al final se puso a ronronear.

Joannes esperaba que entrase en el habitáculo, pero ella, sin ayuda, se encaramó al pescante, un asiento de madera acolchada de cuero y lana. Joannes se encogió de hombros, estabilizó el giro dando un par de vueltas a la mariposa del chicle de alta. El asiento no era muy ancho, Joannes se esforzó por dejarle sitio, pero su ancho torso no se lo permitía fácilmente. Se agachó a soltar el freno de mano e inevitablemente le rozó la pierna.

—Perdón.

Rebeca lo miró sin comprender cuál había sido la falta. Fuera, en la calle, y libre de los lacayos del duque, había recuperado su aplomo. Sonriendo, se colocó el velo sobre la cara, abrió la sombrilla y se sujetó a la estructura del pescante mientras

Joannes maniobraba en el patio para dar la vuelta al autocoche y encarar la salida. El sol caía fuerte, no tanto como lo haría un mes después, en el insoportable fulgor de tas tardes de julio en Madrid, pero bastaba para hacerle sudar. Joannes se desprendió de la capa y la sujetó en el techo del vehículo. Aceleró y el autocoche enfiló por la avenida de justo Hernández, un largo paseo flanqueado de árboles frondosos. Había tráfico, abundantes vehículos de reparto, autocoches públicos, de alquiler, oficiales. Entre ellos se movían majestuosamente vehículos de lujo, grandes limusinas de marcas como Cigarral, Aznar Hermanos, Sorbo; imponentes estructuras de chapa lacada en negro y escudos estarcidos, cristales deslumbrantes, adornos de bronce y placa. Rodaban sobre altas ruedas de fundición movidas por potentes y silenciosos motores Écija.

—Usted es alguacil, ¿verdad?

Joannes no contestó, toda su atención puesta en la conducción.

—¿Me ha contado todo el fraile?

—Supongo. ¿No confía en él?

—¿Y usted?

Ésa era una buena pregunta. ¿Confiaba en él y en sus amigos? Joannes sacudió la cabeza. No era cuestión, no había confianza posible, eran hombres más poderosos. No podía elegir confiar o no. Cambió de marcha bruscamente y el vehículo dio un tirón y se puso a oscilar sobre las ballestas haciéndoles chocar involuntariamente.

Un par de calles más adelante, Joannes contestó:

—Yo no tengo que confiar o no confiar, sólo obedecer.

—Hay quien tiene libertad y quiere cadenas, y otros que tenemos cadenas y queremos libertad.

—Señorita, yo ni quito, ni pongo, ni juzgo sobre cómo viste o cómo vive. Aprendí mucho tiempo atrás a no hacer eso con nadie, le rogaría que hiciese usted lo mismo conmigo.

Rebeca pareció crisparse. Con la enguantada mano derecha se agarró al asa del pescante, mientras que con el cuerpo se inclinaba para ver la expresión de Joannes mientras ella hablaba.

—Es que no se da cuenta, el mundo está ahí y todo esto que nos rodea, mis vestidos, sus órdenes, las tradiciones, oran ahí para obligarnos a no tomar lo que es nuestro, a bebemos el mundo a tragos.

Joannes frenó bruscamente y se apartó del tráfico en la puerca de una finca elegante: ladrillo, baldosín y yeso formando dibujos geométricos en cinco plantas de balcones y ventanas profusamente decoradas.

—¡En nombre de la Virgen negra de Roma! No me toque usted más las narices. Viva como quiera o como la dejen y deje vivir a los demás.

Al instante, de las sombras de la entrada apareció un portero vestido con librea

gris y gastada y cara de malas pulgas.

—¡Eh!, usted, aquí no puede parar.

—Paro donde me sale de los cojones.

El portero se acercó al autocoche y golpeó la chapa con la palma plana gritando a pleno pulmón.

—¡Baja si tienes redaños, gilipollas, que te voy a decir yo dónde sí y dónde no se puede parar en esta calle!

Joannes descendió y dio la vuelca al autocoche hasta encarar al portero. Ambos eran de igual porte, el portero un poco más bajo, de brazos ligeramente más largos y macizos; Joannes más alto y de pecho y hombros más prominentes. No coincidían en la mirada: abierta y agresiva en el portero; fría, reconcentrada y peligrosa la de Joannes.

—Cazurro, vuélvete a conducir mulas a la sie…

No terminó la frase, el puño de Joannes le cazó en plena mandíbula, le dobló el cuello y le hizo trastabillar hacia atrás. Se recuperó pronto. Demostró agallas y ratería en la postura baja y con los puños alzados, Joannes se le fue encima y el portero le paró con un directo al hígado. Joannes lo acusó amortiguado por la sobreveste de cuero. El golpe, a pesar de la protección, había sido como de maza de picapedrero, la profesión del portero tiempo atrás. Sin aliento, el alguacil vaciló, ocasión que aprovechó el portero para lanzar una lluvia de mazazos destructivos. Joannes reculó, se afianzó mientras esquivaba unos puñetazos y encajaba otros y al fin volvió a echarse encima de la mula coceadora que ya le había partido una ceja. Le agarró de los laterales de la cabeza y desde su superior altura le descargó un cabezazo demoledor. El portero se tambaleó, pero no cayó. Estaba aturdido, pero de nuevo tardó poco en recuperarse.

Había ya, en ese momento, un corro de sirvientes, de transeúntes curiosos y de vecinos asomados a las ventanas que coreaban los golpes.

—¡Dale, que lo tienes ya vencido, Paco!

El portero pareció atender a los gritos de una mujer que arrastraba un carrito cargado de frutas, manipuló en la librea, y extrajo de su cintura una porra corta de madera lastrada con plomo. Joannes la vio y entornó aún más los ojos. El portero se abalanzó lanzando un porrazo de arriba abajo que le hubiera partido un hueso a Joannes de haberle alcanzado. En el arco bajo de la porra, antes de que el portero la volviese a elevar en su busca, Joannes, que ya había echado mano al Villegas, le sacudió con él en pleno rostro. Luego los vecinos exageraron, dijeron que vieron dientes volar, sangre salpicando al público, incluso alguno diría que el Paco había volado cinco metros hasta quedar desvanecido sobre la acera, que se lo iba buscando por farruco y que ahora a comer sopas de ajo. Entonces, en el corro de la pelea se hizo el silencio más absoluto. Sólo se oía el respirar agitado del alguacil. Joannes

recuperó la postura erguida, guardó el revólver y subió de nuevo al pescante. Mientras se agarraba y tiraba de su cuerpo hacia arriba notó que le dolía el costillar. Una vez arriba miró a la mujer; se sorprendió de que aún estuviera en el pescante, sonriéndole.

Joannes quitó el freno de mano y continuó su camino.

—Tiene que enseñarme a pelear así.

—Veinte.

—Si quiere llegar a los treinta, olvídelo.

—Usted ha llegado a los treinta y los ha superado.

Joannes se dio la vuelta. Rebeca miró aquel rostro donde los golpes se iban hinchando y volviendo tumefactos por momentos y volvió la vista a la carretera.

No volvieron a hablar en todo el trayecto. A Joannes el ejercicio le había sacado todo el cabreo; condujo sin tirones, apenas sin insultar a ningún otro conductor. Frenó a la puerta de la mansión de los Ferruziei.

—Supongo que tendrá que hacer, señorita.

—Clase de piano, pero ha sido suspendida por el *Shiv'ah*. Entre, que le daré algo para eso golpes.

—No.

—Sí.

Joannes volvió a ver aquel brillo salvaje en los ojos de la Ferruziel. Ella se bajó del autocoche de un ágil salto, nada adecuado dada la falda que vestía, que se arremolinó en un torbellino de encajes y pliegues innumerables. Luego echó a andar con largas zancadas por la grava. Joannes vaciló un segundo, notó la boca pastosa, el sabor de la sangre seca. Se bajó del autocoche y la siguió. Entraron en la cocina por la puerta lateral. Varios criados retrocedieron asustados. Joannes los miró un instante, aún más intimidatorio que de costumbre por la ceja hinchada y los moratones que le deformaban la expresión. Luego dejó capa y sombrero sobre el respaldo de una silla, se acercó al fregadero, abrió los dos grifos y metió la cabeza debajo. Dejó que el agua le empapara la corta melena, que le refrescara las heridas. Tomó un trago, se enjuagó y escupió un buche sanguinolento. Luego bebió hasta notar el estómago lleno. Mojado y salpicando como un perro al salir del agua, se irguió y después se desplomó sobre una silla. Aquél era el cuarto que la servidumbre usaba para pasar el rato entre llamada y llamada, entre deber y deber. Rebeca había desaparecido. Los criados —una matrona muy gorda, un delgado y viejo mozo de cámara y una niña apenas adolescente vestida con cofia y uniforme completo— le miraban con ojos muy abiertos y asustados, acurrucados en un rincón.

—¿Nunca habéis visto un hombre beber agua, o qué?

El viejo y la niña no respondieron, sólo miraron aterrados a la puerta que comunicaba con el resto de la casa. Joannes saludó con la mano. El anciano mozo de

cámara tenía una mirada desorbitada, fija en el alguacil chorreante.

—Cabo de alguaciles Salamanca, a su servicio.

—Hi bat ha´even, bat sep laila ben mea meot, shemeokm lo haya jayav et alot hashajar.

«Elohim shalaj lanu et sheva hamakot.¡shuv; anu mekulalim vejaya-vim lizom el hagalut. Baim hanefilim, baot hatzarot.

—¿Qué dice?

La matrona pareció recuperar la compostura. Aún sin abrir la boca, sacó un bollo de azúcar envuelto en un paño, una cafetera humeante y una taza, y los arrimó hada Joannes. El viejo terminó por huir corriendo de la cocina, sin dejar de mirar por encima del hombro hacia la puerta por la que había entrado en la casa Rebeca. La niña se quedó mirando fascinada cómo Joannes bebía a grandes tragos el café con leche y devoraba de dos bocados el bollo.

Rebeca entró en el cuarto y depositó sobre la mesa de madera un paquete de algodón, unas pinzas, tijeras, aguja, hilo, alcohol y yodo.

—¿Para qué es eso?

Joannes compuso una expresión a medio camino del desafío y el miedo. Mientras Rebeca comenzaba a preparar los útiles, se fijó en las criadas. Se mantenían pegadas a la pared, todo lo lejos que podían de Rebeca. Al final salieron silenciosamente de la cocina.

—¿Qué le pasa al viejo?

—¿A Abraham? Cualquiera sabe, está loco.

—No lo entendí muy bien. Dijo algo de las plagas, de la diáspora, creí que todo eso había acabado para ustedes, los judíos, aquí en España.

—No, este país está bien, pero la tierra prometida está en Jerusalén.

—Terreno de los turcos, tierra de salvajes.

Rebeca procedió a esterilizar una navaja quemándola en la llama de un mechero de alcohol. Con cuidado la usó para reabrir la brecha mal soldada. Joannes dio un respingo cuando el metal entró en contacto con la herida. Se abrió la tumefacción y la sangre semicoagulada resbaló por el rostro de Joannes.

—Tenga esta gasa, límpiese.

—No sabía que fuera enfermera.

—Dos años de Medicina en la Universidad de Salamanca. Luego se montó el escándalo y me expulsaron. Prefirieron perder la subvención del banco de mi padre que admitir a una mujer en el segundo ciclo.

Rebeca, con dedos rápidos y ágiles, secó la herida, la desinfectó y procedió a coserla con cinco puntadas rápidas y seguras. Cuatro veces la aguja penetró en la piel de Joannes. El hilo de seda se tensó sobre la herida, cerrándola.

Joannes, al terminar la cura, se sentía un poco débil.

—¿No tendrá un poco de coñac?, a ver si cojo ánimos para volver a conducir.

Rebeca sonreía.

—Me ha quedado perfecto.

Se sentó al lado de Joannes sin perder de vista su obra. Luego se levantó y puso encima de la mesa una frasca de grueso cristal y un vaso.

La tarde había caído bruscamente. El sol oblicuo iluminaba la cocina llenándola de luz de tal modo que era difícil distinguir nada del exterior. Un gato grande y blanco se paseó blandamente por la mesa, lamió algunas migajas que había sobre la madera e indolentemente saltó al suelo y desapareció.

Joannes se sirvió un vaso y lo bebió de un trago. Algunas lágrimas no llamadas acudieron a sus ojos.

—Es bueno.

—Es el que bebe mi padre.

Joannes miró a Rebeca a su lado, mirándole con atención, o eso creía, ya que la luz del sol no le dejaba verla bien. El calor del coñac comenzaba a comunicarse desde su estómago a todo el cuerpo. Se sorprendió moviéndose, incorporándose en su dirección. Se envaró al instante, recuperando todas las distancias.

—Bueno, gracias por todo, he de marcharme.

Se levantó bruscamente.

—Quizá nos veamos.

—Quizá no, seguro.

Joannes, nervioso, tomó su sombrero e hizo una reverencia con floreo. Luego fue a abrir la puerca de la cocina, pero alguien se le adelantó, un lacayo, tan joven como la doncella, febril e incoherente.

—Cabo Salamanca, ¿está?, ¿dónde?

—Tranquilo muchacho, soy yo.

—Ha llegado un mensaje urgente, tome.

Era un trozo de papel plegado y sellado, venía de la casa de alguaciles. Lo desplegó con prisa. Dentro alguien había escrito: «Fray Faustino atacado y herido. Reposa en el hospital Primero de Octubre y le reclaman. Firma ilegible y sello oficial.

Joannes levantó la vista, consideró un instante si dar explicaciones y luego salió por la puerta como una exhalación.

Cuando, ya arrancado el autocoche, escalaba hasta el pescante, notó una mano huesuda sobre su hombro. Se volvió airado, a punto de soltar una fresca o un bofetón. Era el anciano sirviente loco. Lo miraba con erráticos ojos de pánico, ojos de iluminado.

—Vuelven los viejos hijos de Israel, los viejos errores, los viejos espantos. Ellos los han llamado y emprenden de nuevo el camino de la diáspora, el adiós, el mañana sangriento. ¡Cuidado! Las hijas e hijos de Israel son más que las almas nacidas de

mujer.

—Déjeme en paz, viejo.

Joannes se desprendió de él, arrancó forzando el motor y girando tan bruscamente que el autocoche tuvo peligro de volcar. Al instante se perdió en las callejas de aquel barrio lleno de mansiones y casas lujosas.

El viejo lo vio desaparecer, luego contempló a su alrededor las sombras del atardecer espesarse con la consistencia de la tinta y, nervioso, volvió a la casa vigilando continuamente su espalda.

7
Sombras alargadas

El primero de octubre de 1870 había sucedido algo muy importante. ¿Qué era? Joannes no podía decirlo; de los escasos años que había acudido a la escuela apenas recordaba nada. Algo relacionado con la tercera Restauración del imperio, la instauración de la actual dinastía o algo así. Daba igual, el Primero de Octubre era un hospital en la parte norte de la capital, varias manzanas de edificios y patios, grandes pabellones de techos altos donde se alineaban filas y filas de camas separadas por biombos de tela. La última vez que había estado fue tras las revueltas del 17, para curarse de una pedrada en la sien que le hacía ver doble. Entonces los médicos le habían gritado, los celadores le habían empujado de una sala a otra, y hasta las monjas lo habían mirado como a un gran mueble mal colocado mientras autocoches enteros de heridos no paraban de descargar carne agonizante a la entrada del hospital.

Joannes conducía rápido. Tuvo que esforzarse con la dirección para esquivar el tráfico, que a esa hora era denso en la glorieta de Atocha, y callejear pasado el complejo de Cátedras Imperiales do El Prado. También tuvo que amenazar con embestir a un autocoche público que le bloqueaba el paso en una calle estrecha. En casi todos los atascos, hacer valer la sirena del vehículo fue suficiente. Llegó al hospital casi sin ver la carretera, sin pararse a encender los carburos. Paró el vehículo bloqueando los tambores de los frenos y haciendo oscilar toda la carrocería sobre las ballestas. Olió el hospital antes de verlo, el penetrante aroma mezcla de alcohol, desinfectante y medicina que domina todos los hospitales. Ya había oscurecido y la masa del hospital se destacaba como una caja de piedra gris contra el resplandor agonizante del cielo. Saltó del pescante, aterrizó sobre la grava y, súbitamente, le asaltó un silencio que no esperaba. La nota, arrugada en el bolsillo de la sobreveste, decía poco. Se dirigió a la entrada de enfermos urgentes. El inmenso zaguán tenía el ancho suficiente para dos coches uno al lado del otro que podrían descargar heridos a las muchas bocas de galerías que surgían de los laterales y el frente. El olor se intensificó hasta hacerse casi asfixiante.

Joannes parpadeó al pasar de la oscuridad exterior a aquel local iluminado por varios globos de cristal en cuyo interior ardían arcos eléctricos. El brillo doloroso se reflejaba en las superficies jalbegadas de los techos, los baldosines inmaculados, los uniformes blancos de enfermeras, monjas y médicos hasta hacerlos parecer ángeles deslumbrantes. Entre tanta blancura no tuvo que hacer muchas averiguaciones, en seguida advirtió las capas azul oscuro y las sobrevestes lila de un par de funcionarios judiciales armados de trabucos que montaban guardia en la puerta de una sala de curas. Fue directo hacia allí, tanto que los hombres se alarmaron al ver echárseles encima ciento y pico kilos de negra capa ondeante, ancho sombrero emplumado y

mirada ceñuda.

—Alto, no se puede entrar.

A Joannes no le dio tiempo a embestir, a insultar, a sacar el Villegas ni a lanzar los puños. De Grandes salía en ese momento de la sala.

—Hombre, aquí está el guardaespaldas que no guarda nada.

Joannes sintió arder los músculos inflamados de cólera explosiva. Miró a De Grandes detenidamente, los ojos convenidos en dos azules canicas de odio mientras la sangre le desaparecía del rostro y se le borraban las manchas rosadas que de continuo le coloreaban los pómulos. El alguacil no sabía que jugaba con fuego, y no supo nunca lo cerca que estuvo de acabar con los morros estampados contra la pared de baldosines inmaculados. Una voz del interior de la sala cambió el curso de los acontecimientos.

—Joannes, entre, estoy bien.

Y así lo hizo. El fraile estaba sentado sobre una camilla y una monja le vendaba el torso con vueltas de gasa blanquísima.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un pequeño encuentro sin importancia. Dos hombres, sin duda contratados para asustarme, me esperaron tras una esquina al dirigirme a tomar un autocoche de alquiler.

Joannes oyó la voz del judicatario atronar justo tras él, cargada de sorna reconcentrada.

—Un pequeño incidente… Todavía están buscando cachos de esos matasietes. El abuelo maneja bien el cuchillo. Esto sucede porque los de la Secretaría del Interior no nos dejan hacer las cosas a nosotros.

Fray Faustino se levantó de la camilla con un movimiento súbito, ágil. La mirada en lo alto de la cabeza alargada y casi calva volvía a brillar, y esta vez se concentraba en el alguacil.

—Supongo que habrán detenido ya a esos rufianes, señor judicatario real, tarea por lo demás sencilla.

—Eh, tengo a mis hombres en ello, sí, estarán entre rejas en menos de dos horas, ya verá, ya.

Excelente, excelente. Joannes, marchémonos, aquí ya nada nos retiene. Ayúdeme con el hábito.

Joannes tomó la toca del fraile, cuidadosamente doblada sobre la camilla, la desplegó y la hizo pasar por la cabeza pelada del religioso. Sólo entonces se dio cuenta de la magnitud de sus heridas: no podía levantar los brazos, alguna fisura en las costillas, o quizás un navajazo que hubiera cortado algún músculo, lo normal en una lucha con cuchillos. El fraile era un hombre mayor, un religioso. ¿Una lucha con cuchillos? Había muchas cosas que no comprendía, pero no era momento de

preguntar nada.

Joannes se encaminó hacia la puerta precediendo al fraile, sin intención de esperar a que le diesen paso. Les hicieron hueco y salieron al vestíbulo del hospital y luego a la calle.

—Veo que no soy el único que ha tenido un encuentro desafortunado.

Joannes se tocó el pómulo y la ceja tumefactos.

—Eh, bueno, lo mío no es nada importante, una discusión con un pottero.

—Lo cierto es que parece que alguien quiere asustarme. Siguen el procedimiento habitual, primero unos matasietes y luego… ¿qué? Habrá que esperar, habrá que esperar. Joannes, vamos a tomar un poco de vino, lo necesito.

En las cercanías del hospital no parecía haber más que viviendas, las calles lucían vacías y solitarias, muy diferentes a la abigarrada vitalidad del Madrid más antiguo, más estrecho y sucio, que Joannes frecuentaba. Tomaron el autocoche, que ya tenía el depósito de hulla bastante escaso, pero aun así les dio suficiente para llegar al centro. Joannes dejó el vehículo, a punto de agotarse su combustible, en el cuartel, y luego fueron caminando a un figón cercano sito en la calle de Cuchilleros.

Pasearon en silencio, Joannes observando el caminar del fraile, por si vacilaba, y el inquisidor, perdido en alguna profunda cavilación. La noche había descendido sobre la capital con una dulzura desconocida. Apenas soplaba ninguna brisa y las capas de oscuridad habían caído con delicadeza sobre edificios, plazas y personas, agrisando y ennegreciendo las siluetas y formas. Arcos eléctricos quemaban la oscuridad en algunos rincones, mientras que faroles de carburo intentaban competir con la nueva tecnología y perdían estrepitosamente.

En la calle de Cuchilleros aún no había luz eléctrica y la poca de carburo o bencina no mataba la acogedora oscuridad que llenaba de sombras soportales y recodos. Caminaron por el empedrado torcido e irregular y al fin llegaron al Gato Gris, un figón en el que los compañeros de Joannes siempre pedían un gris con pararas para cabrear al dueño, un vasco tripón y coloradote cuya especialidad era la liebre con guarnición.

Aquella noche el figón estaba casi vacío. Azpeitia se les acercó y sólo ya de muy cerca se hicieron visibles los mapas de manchas grasientas que le dibujaban un orbe en la panza hinchada, las cejas pobladas y levantadas y la sonrisa siempre dispuesta.

—Buenas noches, Joannes. ¿Qué quieres?, ¿mesa para cenar, pues?

—Sí, Azpeitia, a ver si comemos algo.

—Bien.

Los colocó cerca de una ventana de gruesas vidrieras. El alguacil se sentó con un resoplido. Le dolían los golpes del portero, estaba cansado y hambriento. Miró al fraile, parecía tranquilo, relajado. La mirada de águila había desaparecido y los ojos estaban vidriosos, enfocados a la nada. Joannes casi creyó oír girar los engranajes

dentro del cráneo pelado.

—¿Qué va a ser?

—Tráeme un jamón asado, o mejor, ¿tienes besugo?, sí, pues eso, un besuguito a la espalda con patatas.

—¿Y usted, señor?

El fraile se sobresaltó ligeramente y contestó titubeando.

—Un vino tinto, un aborgoñado o un montilla, y una ensalada.

—Para el señor tengo una botella de un tinto muy bueno, de un amigo que me lo trae del sur.

—De acuerdo.

El fraile permaneció silencioso y ausente mientras los camareros trajinaban con manteles, platos, vasos y botellas. Cuando trajeron besugo y ensalada, hubieron descorchado el vino y transcurrió algo de tiempo, pareció salir de su ensimismamiento lentamente. Volvió a cristalizarse la mirada, afilada como un instrumento quirúrgico. Sonriendo de medio lado, sacó la caja de madreperla de un bolsillo interior. Fray Faustino se llevó una pizca del polvo blanco a la nariz y la absorbió casi sin ruido.

—Bien, Joannes, esto parece que se complica.

—¿Quiénes eran? ¿Tiene idea? ¿Ladrones o algún matasietes a sueldo?

—No, nada de eso: eran agentes judiciales.

—¿Cómo?

—Nadie lucha tan mal con el cuchillo, están acostumbrados a las porras de madera o los trabucos. Además, actuaban en formación. ¿Cuándo has visto a un matasietes que cierre filas ordenadamente?

—Nunca, atacan a bulto, primero uno, luego otro, sin dar cuartel.

—Además, no querían matarme, sólo darme un susto.

—¿Cómo lo sabe?

—A pedradas, desde lejos, podrían haber acabado conmigo sin problemas. Y no te digo con cualquier arma de fuego.

—No lo entiendo.

—Es complicado. En principio, ¿sabe por qué está aquí, conmigo?

—Se lo he preguntado, ¿recuerda?

—Sí, y no se lo dije porque no le conocía aún lo suficiente. Está conmigo en esta investigación pero en realidad no me hace falta. Entiéndame, es un ayudante valioso, pero no imprescindible, de hecho llevo investigando varios meses sin ayuda.

—Señor inquisidor, ahora sólo le falta decirme que fue decisión del rey que esté con usted.

El fraile, recostado contra la vieja madera, miró a Joannes con una particular intensidad.

—No, a tanto no llegamos, pero algo de eso hay. Cuando encargaron al general de la orden que pusiese a uno de nosotros a trabajar donde había fracasado ya la Secretaría del Interior al completo, me eligió a mí. En este asunto han metido ya mano los alguaciles, la Guardia Real, la Judicatura Imperial y hasta la Secretaría de Periferias. Añada a eso que, de forma extraoficial, hay implicadas dos o tres conchabías de caballeros y alguna que otra organización de difícil ubicación, como la Alhama de Madrid.

«Como decía, tras haber descubierto algunas relaciones, sistematizado los asesinatos, tras empezar a rellenar un legajo con algunas conclusiones prometedoras, alguien dio una orden: debía trabajar en contacto con una rama de la Secretaría del Interior, con el judicatario mayor De Grandes.

Joannes había continuado comiendo, levantando la vista frecuentemente. Cuando oyó el apellido del alguacil detuvo el incesante trabajo de su mandíbula.

—Sí, es evidente que habían funcionado las influencias, yo necesitaba control, alguien que supiese por dónde respiraba, qué cosas hacía, así que dije que no, que si había que implicar a otra rama de la Secretaría del Interior, iba a ser a un alguacil, como siempre hemos hecho en el Santo Oficio, que nunca ha dispuesto de fuerzas armadas. Conozco de hace muchos años a tu teniente; le pedí un hombre de confianza.

—Sigo sin entender lo del incidente.

—Muy sencillo: me atacan, me hieren, queda demostrado que tú no me proteges, te relevan y me cuelgan al cuello a De Grandes.

—Vaya, y ¿por qué no lo hacen? Quiero decir, ¿por que no ha llegado un recado con mi relevo?

—Lo que no te contó De Grandes del encuentro es que a uno de ellos se le cayó el cuchillo.

El fraile se agachó y sacó de un bolsillo oculto bajo el hábito un puñal de hoja arañada y de poco brillo, Joannes lo tomó con las dos manos, sujetándolo con un dedo en el pomo y otro en la punta. Lo hizo girar, examinó el desgaste del puño, el óxido en la hoja, sufridora de múltiples melladuras y posteriores afilados. En cuanto hizo girar la hoja, al reflejo de la luz pudo ver el escudo del águila imperial cobijando a una balanza grabado en el centro de la hoja, muy cerca de la guarda. Levantó la vista moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Qué torpes, usar las armas reglamentarias para una cosa así —comentó.

—No creo que la cosa cambie mucho. Por otro lado, este incidente me preocupa. Hay gente de poder poniéndose nerviosa y eso nunca es bueno.

—Yo sigo sin ver nada claro.

—Tranquilo, las marañas hay que resolverlas nudo a nudo. De momento tenemos algunos cabos limpios a los que seguir. Termine de cenar, mientras voy mandar un

recado.

—Muy bien, ¡Azpeitia! Trae recado de escribir y llama a un correveidile.

Trajeron papel, pluma y tintero. Al rato, mientras el fraile escribía en una hoja, apareció un chaval vestido con un uniforme azul abotonado hasta el cuello con el escudo de Correos bordado en la manga. Terminado el aviso, le dio un par de monedas al niño y el papel. En cuanto el fraile le dijo la dirección y el destinatario, el chaval salió corriendo por la puerta. Joannes terminaba en ese momento su cena con un gran trago del vino que restaba en la jarra.

—¿Para quién era el recado?

—Para el de Mier. Deberíamos verlo, me interesa mucho el asunto ese de las planchas perforadas. Aún no hemos considerado suficientemente qué tienen que ver judíos, granaras y cabalistas en este embrollo.

»Hay muchos rumores en la corte y en los aledaños del Consejo, rumores de grandes poderes moviéndose, amenazas, peticiones, deudas que se cobran y chantajes que no se ejecutan pero que sirven para fijar estrategias.

Durante unos instantes no se oyó otra cosa que el ruido de la cuchara y el tenedor contra el plato. Los ojos del fraile miraban a Joannes como queriendo leerle el alma y éste agachaba la mirada, cada vez más incómodo.

El tono del inquisidor cambió perceptiblemente.

—Tenemos compañía.

Joannes tomó otra cucharada de sopa, más despacio, sin casi apreciar el sabor salado del caldo, conteniéndose para no volverse en la dirección que indicaba la mirada del monje.

Al fin, Joannes fingió recolocarse una bota para echar un vistazo a un rincón de la sala. Desde allí les miraban dos ojos muy negros, ocultos en la sombra. Joannes bufó, se levantó, sujetó los pulgares en el cinturón y se acercó.

—Señorita Rebeca, ¿tan tarde y aún despierta?

Rebeca, el pelo sujeto con una redecilla y el ala de la capa subida hasta la mitad del rostro, sonrió.

—No podía dormir.

Rebeca tomó el jarro de vino intacto que había en su mesa, y lo llevó hasta donde esperaba el inquisidor.

—¿Cómo ha dado con nosotros?

—Sé dónde está el cuartel de Joannes, supuse que dejarían el autocoche y luego querrían cenar.

Joannes miró a la judía con una media sonrisa en el rostro.

—No soy quién para decir esto, pero no son horas para pasear por la calle.

—Es cierto, no es quién para decir nada.

—Quizás a su padre le gustaría saber dónde para durante el *Shiv'ah* por la muerte

de su hermano.

Rebeca se volvió airada, Joannes sonreía con el rostro torcido. Aún le dolían los puntos en la ceja, y el pómulo lívido e hinchado era una masa palpitante. Sin embargo, para ver la furia de aquellos ojos negros encendidos valía la pena el arriesgar un tortazo.

El fraile miraba a la mujer con ojos mas allá del recato, extrañamente neutros, inhumanos ojos de rapaz que parecían penetrar carne y huesos y llegar al tuétano de la mujer. Después de retirar la furiosa mirada del inquisidor, Rebeca se topó con ellos. Intentó mantener la actitud desafiante, pero fracasó pasado el primer segundo.

—Bueno, quizá sea hora de que nos cuente qué es lo que sabe, así tendremos más cabos de los que tirar para desenredar la madeja.

—Sí, quizá sea lo más adecuado.

En ese momento un brillo y un estruendo lejano llamó la atención de Joannes. Levantó la vista y encontró la del mesero, igual de alterada. Fuera, en la plaza, sucedía algo. Joannes se levantó de la mesa y salió al dintel de la puerta acompañado de Azpeitia. A lo lejos, el cielo sobre Madrid brillaba con reflejos carmesíes. Lejanas detonaciones, gritos, algún estallido mayor punteaban el fresco aire nocturno.

—¿Qué pasa, Azpeitia?

—Nada, que el follón en la ribera y las fábricas persiste. Ayer los alguaciles cargaron contra los anarcolistas en la ribera. Hubo una batalla y tuvieron que retirarse. Esta mañana aún había grupos de exaltados por la zona industrial. En el tumulto, no se sabe aún quién prendió fuego a una fábrica de botellas, los depósitos de carburo estallaron, hubo muchos muertos. Unos acusaron a los otros y ahora las cosas están más tensas que nunca. Han movilizado a las divisiones de dragones motorizados de Sevilla la Nueva y Robledo de Chavela. Al parecer también han llamado a los destacamentos de montaña, mañana llegan de El Escorial.

Joannes sintió, por un momento, que la pesadilla del 17 se repetía. Pensó en sus compañeros, miró de reojo al interior, y volvió a preguntarse qué hacía allí. FJ impulso de marcharse creció como una marea; pero algo lo detenía: el misterio que planeaba sobre aquellos muertos, que parecía ser la sangre que alimentaba a ese fraile tan extraño y animaba la cautivadora mirada de aquella mujer loca y judía.

Las nubes reflejaban el palpitar rojizo de grandes incendios; hasta el aire olía ligeramente a ceniza. Joannes volvió a la mesa.

—Ya han oído a Azpeitia. Las cosas se están poniendo muy feas.

Se sentó y continuó comiendo. Rebeca y fray Faustino le imitaron. El fraile cruzó las manos e invitó a hablar a la mujer.

—No sé mucho; creo que alguien presiona la Alhama, de la cual mi padre es uno de los ancianos consejeros.

—Decir que alguien presiona la Alhama de Madrid es decir que alguien presiona

a los mayores poderes económicos y administrativos del imperio.

—Nadie habla, pero se nota el miedo, señor. Mi padre obligó a mi hermano a llevar un arma. Para lo que le sirvió…

—¿No tiene idea de qué naturaleza pudiera ser esa amenaza?

—No, nosotras, las mujeres, y más las judías, no contamos más que para bordar, para casarnos y llevar dote y velo y respetar las tradiciones. Sin embargo, nuestros padres y hermanos nos llevan a colegios, leemos libros, hacemos ejercicio, incluso esgrima y lucha, porque está de moda y es de buen gusto que las mujeres sepamos de literatura, de política, de arte y de ciencia. Más valiera que nos dejaran en la oscuridad, así no podríamos apreciar las dimensiones de la cárcel y nos creeríamos libres.

—Nadie es libre.

Joannes contempló cómo la mirada del fraile volvía a cristalizarse, perdía fuerza. La mano que había permanecido inmóvil y rígida sobre la mesa se fue a la quijada y allí pareció palpar algo, una arruga. Duró un segundo, luego el fraile volvió a estar alerta.

—Quizá debiéramos hablar largo y tendido con su padre, señorita Ferruziel.

—No sacarán nada en claro, es un hombre acostumbrado a la presión. Todos los judíos lo somos.

Joannes levantó la cabeza y miró a Rebeca mientras se mordía la lengua. Conocía la cantinela; los judíos siempre protestaban por lo mismo. Sin embargo, no protestaban por tener puestos reservados en la alta administración del Estado, por tener casi exclusividad en la banca y la industria, por sus enormes y lujosas mansiones ni por sus barrios cerrados a los gentiles.

Rebeca no advirtió la mirada airada del alguacil y Joannes, casi en seguida, olvidó su rabia. Miraba a Rebeca, cómo movía su mandíbula firme, cómo el suave acento desgranaba palabras sucesivas a las que no prestó atención. Le costaba fijarse en qué decía, y cada vez estaba más absorbido por cómo lo decía. Por eso se sobresaltó tanto cuando el cristal de la cercana vidriera estalló llenándolos de esquirlas. El susto se convirtió en movimiento, en medidos desplazamientos musculares mucho más rápidos que la comprensión de lo que ocurría. Agarró la mesa de roble por las patas herradas y, de un tirón, la volcó. Volaron todos los cacharros, los restos de la cena, la loza. Con un berrido salvaje, mientras Rebeca y el fraile se agachaban aturdidos, arrastró la pesada mesa y la colocó contra la ventana destrozada.

—¿Qué sucede?

El picoteo de las balas percutía la madera, saltaban astillas que volaban peligrosas por el aire. Joannes les hizo señas a Rebeca y al fraile. Le obedecieron y continuaron agazapados tras la mesa. En la mano del alguacil, como surgido de la nada, brilló el metal pavonado del Villegas. Por un segundo, varios furiosos latidos de corazón, todo

pareció detenerse. Luego las otras ventanas del local estallaron, una rociada de balas atravesó los dinteles y fue a estrellarse contra las paredes destrozando los adornos, arrancando leves nubes rojas de los ladrillos. El estruendo era ensordecedor. Joannes se acurrucó detrás de la madera. A su lado, la mujer y fray Faustino se tapaban la cabeza con las manos. Los picotazos de las balas percutían contra la ancha plancha de roble y Joannes tenía que echar encima de ella todo su peso para evitar verse desplazado.

—¿Quién demonios dispara?

—No es quién, pater, sino con qué. Suena igual que un cañón ametrallador del 42.

Una nueva ráfaga apagó la conversación; el ladrido del arma, un largo chasquear metálico punteado de secos puntazos de las balas al aplastarse contra diversos objetivos, era el único sonido posible. Joannes arriesgó un vistazo entre ráfaga y ráfaga. Fuera no se veía más que oscuridad. El cañón volvió a bramar y al resplandor de los fogonazos Joannes creyó atisbar algo, una masa oscura y maciza perdida en las sombras de la calle del Conde de Miranda. Quizás se tratara de un blindado o algo de similar tamaño. Retiró la cabeza cuando una bala silbó muy cerca de su oreja derecha. No les daban descanso.

Tras la mesa, ya casi destrozada por las balas, Rebeca cargaba eficientemente un pequeño revólver de tres disparos. El fraile, agazapado, tenso, parecía dispuesto a moverse con un propósito determinado e indescifrable.

Tan bruscamente como había comenzado, el tiroteo terminó. El silencio vibraba en el local, los oídos maltratados de los presentes zumbaban y aturdían a sus dueños. Azpeitia se levantó, sujetándose un trapo de cocina contra un hombro. El trapo y gran parte de su ropa estaban empapados de sangre. El figón era un caos de cascotes, polvo de yeso y ladrillo, loza rota y mesas despatarradas.

Joannes se irguió y, de una patada, abrió la puerta del local. Parapetándose en el dintel se asomó afuera. No había nadie, sólo algo de humo que el viento disipaba rápidamente. Corrió en dirección al lugar donde había visto la sombra y el resplandor de la bocacha escupiendo fuego. No había nada allí, ni siquiera quedaban casquillos, ninguna prueba de lo que había sucedido salvo un hombre tirado en el suelo. Joannes dio la vuelta al cuerpo mientras se acercaban corriendo fray Faustino y Rebeca. Se levantó, el revólver le colgaba inerte de la mano. Con la izquierda se limpió la frente barrosa de polvo y sudor mientras miraba al fraile. Éste le devolvió la mirada, y Joannes creyó ver en ella un reflejo de dolor. Luego se fijó en el muerto unos ojos metódicos y desapasionados, inhumanos. Rebeca esperaba de pie, con el pequeño revólver en alto y preparado, la ropa de montar y la ensortijada cabellera mudadas del negro al gris, cubiertas de polvo blanco.

8
En las Haciendas Imperiales

La oscuridad en la calle era completa. Joannes estaba apoyado en la mampostería horadada por las balas anónimas, manchándose la capa y el sombrero con polvo de piedra y cal. Se habían marchado los alguaciles, los médicos, los curiosos, todo el mundo. No podía quitarse de la cabeza la imagen del muerto en el carro de mano que se lo había llevado: cubierto de su propia sangre, los ojos desorbitados, el gesto crispado, los píes yertos colgándole en cada traqueteo.

Suspiró. Los dedos se le fueron solos al librillo, el yesquero y la bolsa de hierba. Sin necesidad de pensar en lo que hacía, en poco tiempo tuvo el cigarro liado y encendido. Aspiró el humo; el resplandor de la brasa y el leve chisporroteo del cáñamo consumiéndose parecieron espantar un poco la soledad que le acechaba el alma. Un relente frío y desapacible cruzaba las calles arrastrando polvo y papeles. Al viento le siguió una patrulla de alguaciles de la brigada norte pertrechados al completo, taconeando sobre los adoquines y charlando de trivialidades. En cuanto los oyó, escondió la brasa en el hueco de la mano y se refugió en la oscuridad que el amplio balcón superior creaba al pie de la pared. No le apetecía dar el santo y seña, y luego explicar por qué no estaba con ellos, sino allí, en medio de la noche.

Cuando pasaron, volvió a chupar el cigarro. Dentro, en los cómodos butacones de la salita reservada del figón, dormirían el fraile y Rebeca. Abajo, cerca del río, los pecheros exaltados por la violencia y la sangre quizá curasen las heridas y preparasen una nueva batalla para el día siguiente. Dormirían a pierna suelta los patrones, los granatas, los montistas de las empresas públicas, pues ya estaban ellos, los alguaciles, el ejército, para que los obreros no les molestasen demasiado.

En medio de aquel follón, escondido en algún sitio ignoto de Madrid, alguien, un noble, un granata, un revolucionario, un judío, un gentil, un morisco, una conchabía secreta, una secta filipina, anarcolistas, anglíticos, católicos, calabreses, romanos… uno de ellos conocía la identidad del misterioso asesino. Sólo él o ellos sabrían con certeza por qué habían muerto esos hombres, quizá porque ellos mismos habían dado las órdenes. Abrió y cerró la mano enguantada; necesitaba usarla de algún modo, quizá para agarrarse y salir de la marea extraña que arrastraba a la ciudad con toda su miseria y magnificencia y no terminar como el pobre recadero, el cabalista rubio y de andar extraño que el de Mier había enviado a la taberna. El duque, al que había mandado recado el fraile, había llegado en un autocoche pequeño y rápido, se había inclinado sobre el muerto y se había vuelto a levantar sin apenas un gesto. Luego había explicado con tono neutro que aquel hombre les traía las planchas y una explicación de su significado. La traducción la dio un poco más tarde, en el figón, Joannes apenas atendió.

El misterio permanecía, aumentaba incluso. Las planchas habían desaparecido; el cabalista a sueldo del de Mier había muerto aplastado; Joannes volvía a ver señales de un gran vehículo moviéndose sobre los adoquines que se había esfumado como por arte de magia. Encontrándolo al tacto, metió el dedo en el agujero de una bala en la pared. Debía ser grande si conseguía transportar un cañón ametrallador calibre 42.

Oyó a alguien trajinar desde dentro con la cerradura de la puerta. Se aplastó contra la pared. Abrió Rebeca, envuelta de pies a cabeza en ropas negras como la noche, pantalón, juboncíllo y capa de montar, masas de suave y cálido terciopelo. Supuso que no lo había visto y se equivocó, la judía tenía vista de gata. Miró en su dirección, cerró con cuidado la puerta y se acercó a él.

—¿No hay sueño, Joannes?

La miró, la piel pálida resaltando contra el marco negrísimo de sus cabellos nocturnos. Esquivó sus ojos y luego fingió relajarse apoyado en la pared y se llevó el cigarro de hierba a los labios. Rebeca, arrebujada en la capa, se acercó a su lado y miró hacia el sur, allá donde el cielo se teñía con los colores de un incendio aún no apagado.

—¿Adonde va?

—A casa, si mañana ven que no estoy en mi habitación tendré problemas. Si un chico se ausenta una noche, el padre le sonríe a la hora del desayuno y le llama gamberro o juerguista; si lo hace una chica…

—Puta.

—¿Cómo?

—Es lo que la llamarían.

—Sí. Posiblemente.

—De todos modos no podrá cruzar la ciudad, hay toque de queda y patrullas en todas las calles.

Rebeca sonrió.

—Sigue considerándome una niña traviesa jugando a las aventuras. Nunca juzgue a alguien por las apariencias, Joannes. Tengo más recursos de lo que parece.

Ella, con gestos suaves, le pidió el cigarro de hierba, al que dio una larga calada antes de devolvérselo, envuelta en el oloroso humo del cáñamo. No era capaz de mantener la mirada mucho tiempo, optó por recostarse de nuevo contra la pared.

—Mire, señorita, nací en la sierra norte, hijo de conversos holandeses emigrados que por no tener no tenían ni apellido propio, de modo que tuvieron que adoptar uno al llegar a este país, y me crié prácticamente solo, apacentando vacas entre las nieblas. Si me pregunta cómo suena el mugido de un ternero llamando a la madre en una mañana fría como el demonio y densa de niebla, se lo podría decir. Si me pregunta cómo es la gente, me callaré y a lo sumo miraré para otro lado. Allá no se juzga, no hay ocasión, cada uno vive como puede y le dejan. Juzgar es un lujo de

otros, normalmente los que pueden decidir en contra o a favor.

Rebeca dejó de mirarlo y dirigió los ojos a la oscuridad del cielo.

—Pero usted ha visto mundo; ¿los tercios, quizá?

—Sí, diez años, el contrato habitual.

—Mucho mundo.

—Y mucha sangre, también.

—Supongo que irá unido. Los mares del Sur, el Caribe, sangre, Centroeuropa, las tundras, sangre.

—Sí, incluso Madrid, en junio.

Rebeca dejó de hablar.

—¿Joannes?

—Sí.

—¿Por qué no me mira cuando habla conmigo?

Joannes podría haber dicho muchas cosas, pero no encontró palabras. Se volvió y la encaró.

—¿Así?

Los ojos de Joannes, en la oscuridad, no eran ya dos diminutas perlas azules perdidas en el ceño fruncido, eran una mirada franca y abierta, incluso vulnerable. Rebeca, sin embargo, en la noche era aún más difícil, sus facciones y su mirada componían laberintos de negrura, páginas de signos femeninos difíciles de interpretar. Esta vez fue Rebeca quien bajó los ojos, Joannes observó cómo se retorcía las manos una dentro de la otra.

—Mañana quiero continuar la búsqueda del asesino.

—Como desee.

En un instante, Rebeca había desaparecido de sombra en sombra con largos pasos elásticos y silenciosos. No había luna, la oscuridad se espesaba por momentos alrededor de los candiles de carburo encendidos en las esquinas. El cigarro le quemaba ya las puntas de los dedos. Lo tiró al suelo y volvió al interior del figón. Podría haber acudido al cuartel, a su catre, a pesar de ello prefirió la incomodidad desconocida de los butacones, no quería dejar de nuevo solo al fraile. Apenas había luz en el interior, encontró el camino al tacto. Cuando ya estaba sentado, brilló una cerilla, la luz de un candil rompió las sombras. El fraile, despierto, permanecía sentado en el butacón. A su derecha, el de Mier dormía profundamente. A Joannes le pareció que el fraile montaba guardia.

—Joannes.

—Sí.

—¿Vio marcharse a Rebeca?

—Aja.

—Curiosa mujer. Me pregunto dónde habrá adquirido sus habilidades.

—Yo sólo conozco un sitio, aunque dudo que haya pasado por ahí.

—¿Te refieres a alguna conchabía secreta?

—Aja.

Joannes se quitó sombrero, capa, sobreveste y botas; acomodó los pies sobre un taburete y se caló el sombrero hasta los ojos.

—Una vez, cerca de Dresde, a mi pelotón le encomendaron escoltar a una persona, un hombre taciturno y muy delgado, con la cara marcada por finas y largas cicatrices, hasta detrás de las líneas de los católicos. Nos emboscaron, alguien se fue de la húmeda, le pagarían, supongo, o quizá fue una trampa de algún caballero rival, no sé. El caso es que caímos en una emboscada. Nosotros nos parapetamos, pero estábamos entre dos fuegos, íbamos a durar poco. Él se escurrió, Dios sabe cómo, detrás de ellos y comenzó a diezmarlos. En menos de cinco minutos dejaron de disparar y huyeron. Luego volvió ensangrentado, con nuevas cicatrices en la cara, una por cada enemigo abatido.

—Un conjurado.

—Ajá, eso pensamos todos, un conjurado. Antes de aquello pensaba que no existían.

El fraile extrajo la cajita de madreperla que Joannes había visto en anteriores ocasiones, y esnifó un poco del polvo blanco que contenía.

—Sería una pena que esa piel tan perfecta tuviese que llevar cicatrices.

—Sin duda. ¿Dormimos?

—No es mala idea, aunque queda ya poco para el amanecer.

Joannes, cansado, tardó escasos segundos en dejarse arropar por cobijas de terciopelo muy negro y suave, guedejas, rizos oscuros, un mar de encrespadas olas de suavidad y unos ojos negros y gemelos que ascendían tras el horizonte como soles nocturnos y tristes. Se despertó con la luz brillando ya en el cielo, cegándole los ojos a través de la ventana emplomada. Ni el fraile ni el duque estaban en sus butacones. Aunque habían barrido el suelo, el salón parecía una ruina, las paredes destrozadas, el mobiliario repuesto a medias. La luz de la mañana iluminaba miles de motas de polvo añejo. A pesar de la destrucción Joannes encontraba todo aquello tranquilo, acogedor, y no supo por qué hasta que identificó el olor de café recién hecho y de pan tostado. El hambre creció en un súbito retortijón de tripas que le impulsó a moverse.

Se desperezó y acudió al corral, tras la cocina donde Azpeitia, curado de su herida, preparaba un abundante desayuno. Fuera, el fraile, en camisa, se aclaraba la cara en un balde de agua fresca. A su lado, el duque, tan elegante y sonriente como si acabara de levantarse de una cama de blandas plumas, estaba apoyado en la fuente.

—¿Buen sueño, alguacil?

—Al menos largo. Es tarde ya.

El fraile terminó de secarse con un paño y se dirigió a Joannes.

—No, es buena hora, tras desayunar tenemos trabajo que hacer y no podemos llegar allí demasiado temprano.

—¿Y adonde es menester ir?

—A la Secretaría de Haciendas Imperiales.

Joannes contempló cómo el fraile terminaba de asearse en silencio. Para un hombre de su edad y oficio, le pareció que tenía unos hombros demasiado redondos y fuertes. Luego recordó la pelea. El de Mier bebía de un botijo puesto en un rincón.

—¿Tiene que ver con esas planchas?

—Tiene que ver, mi querido amigo.

El fraile había terminado, Joannes se acercó a la pila, llenó de nuevo el balde, se descamisó y comenzó a restregarse el cuerpo con jabón y agua. Se enjuagó y terminó de secarse al sol. Para cuando se hubo vestido, el duque y el fraile ya desayunaban en una mesa inundada de sol que Azpeitia había dispuesto en el patio. Limonada, leche, té, pan candeal tostado, manteca blanca y roja, magdalenas, tostas, torreznos; un desayuno serrano, rematado por una copita de aguardiente blanco.

—¿Qué interés tenían esas roñosas planchas de cobre?

El duque dejó la raza con café que sorbía delicadamente y contestó a Joannes.

—Listas de ejecución.

—No entendí lo que explicó anoche.

—En las Cábalas se recopilan números, cientos de miles de legajos con las cuentas del imperio. Hay que ordenarlos, sumarlos, restarlos, hallar porcentajes, restar impuestos, calcular réditos, extrapolar tendencias.

—Y eso lo hacen las máquinas.

—Sí, pero no solas, hay que decirles cómo hacerlo.

—Las listas de ejecución.

—Sí, Joannes —respondió fray Faustino, untando de miel una tosta fina y crujiente—, eso es lo que hacían las planchas; no eran datos, era un programa para tomar números de aquí y allá y llevarlos acullá. El cabalista del duque no supo decirnos para qué eran esas transferencias, ya que le faltaba conocer la naturaleza de los datos, pero sabiendo dónde trabajaba el difunto Ferruziel, podemos tener eso claro.

—Dinero.

—Efectivamente, por eso vamos a ver al jefe de cabalistas imperiales esta mañana, para preguntarle en qué se ocupaba el Ferruziel muerto, qué hacía tan interesantes esas planchas robadas.

—Yo os abandono, tengo cosas que hacer en la corte. Mantenedme informado.

—Así lo haremos.

El de Mier se despidió con una alharaca del sombrero, no sin antes pagar con generosidad la cuenta. Joannes aún no sabía ni podía suponer qué hacía mezclado en

todo aquello, pero su labor no era preguntar cosas.

Al poco estaban de nuevo en marcha. Joannes fue al cuartel a por un autocoche. Esta vez Salazar sí estaba disponible, incluso deseoso de salir del cuartel. Joannes supuso que temía que lo asignasen a una escuadra de asalto, a conducir un blindado que quizá ardiese antes del fin del día.

Salieron con rapidez al paseo de El Prado. El final de la Gran Vía, Atocha, y la plaza de Cibeles estaban vigiladas por contingentes del ejército. Habían levantado pequeños campamentos parapetados. Lucían armas por doquier, pesadas ametralladoras de posición Villegas, fusiles de asalto con bayonetas caladas. El tráfico rodado en la Castellana estaba restringido a vehículos oficiales o de transporte público, que no circulaban debido a la huelga; por tanto, tenían la gran avenida libre para ellos solos, y hubieran recorrido su extensión sin detenerse de no ser por que tuvieron que enseñar las credenciales en un par de ocasiones ante sendas barricadas de sacos terreros. Parecía que el gobierno se había tomado en serio la revuelta. La larga vía de la Castellana aparecía tétricamente vacía, los grandes castaños y plátanos a derecha e izquierda daban sombra a un paseo soleado y casi desierto. Los edificios, cuadrados, monolíticos, como construidos para desafiar a todo y a todos, parecían indiferentes a esas actividades de hormigas.

Joannes, sentado enfrente del fraile, dentro del autocoche, rompió el silencio.

—Vuelve a pasar. Supongo que el rey no estará nada contento.

—Todo esto es el reflejo de los problemas que vienen acumulándose desde tiempo atrás. Hemos crecido mucho, demasiado rápido. La riqueza tiene que asentarse, distribuirse. Y las cosas podrían ponerse peor, hasta ahora no han salido a la luz los problemas con los inmigrantes filipinos o sudamericanos, las mafias colombianas y los dengues cubanos. Alguien debería pensar en todas esas cosas.

—Como decía, igual que en el dieciocho.

—Esperemos que no.

Llegaron a la altura de lo que antes se vino en llamar Cuatro Caminos, un pueblo que ya no era tal, arrasado por las revueltas del mil setecientos y aprovechado para construir palacetes de altas secretarías y embajadas imperiales tras la Restauración, casi cien años antes.

Y justo allí, donde la frescura azulada de la sierra casi se podía tocar, se erguía, a la vera de la carretera de adoquines y añosos castaños de indias, el que quizás era el edificio más importante y también el más imponente de toda la larga avenida. Era un bastión de casi cien metros de largo, cuadrado, de piedra traída de la sierra, tejados de pizarra, una sólida construcción de la escuela del arquitecto Herrera, esa que tanto magnífico edificio había dado a Madrid. Joannes sólo tenía una vaga noción de lo que dentro acontecía. Aquélla era la Secretaría de Haciendas, así como la Contaduría General del Imperio, de las Castillas, Vizcaya, Portugal, Aragón y las islas y la

Comunidad de los Reinos de las Columbias todas, así como centro de acometida y sede de los Colegios Comerciales de la Comunidad de las indias. Allí se contaban los dineros, las aljofacerías y los impuestos, los beneficios de las minas, y desde allí también se repartían los doblones y maravedíes que, tras mucho deambular y menguar, llegaban al bolsillo de Joannes y al de todos los funcionarios.

Mientras se bajaban del vehículo, densos nubarrones negros que amenazaban tormenta descendían desde la sierra rodando como enormes matas arrancadas y arrastradas por el viento.

Ya a lo lejos, desde donde habían aparcado el autocoche, distinguió Joannes las capas gualdas, la pose y el número de los guardias reales, cuatro soldados y un cabo de gorro emplumado. Protegían un zaguán amplio. Al llegar les indicaron una sala aneja. Había allí una mesa de madera y sentado a ella un funcionario de gorguerilla tiesa y mirada polvorienta.

—¿Desean los señores?

—Ver al maestro cabalista mayor Shlomo Benguiat.

—Las visitas están prohibidas durante los días de recuento general. Lo siento.

Joannes sintió la sangre hervirle de un solo borbotón súbito, y se fue hacia el funcionario sin considerar que los guardias tras él se movieron a igual velocidad. La mano alzada del fraile le detuvo a un paso de coger al funcionario por la gorguera y ajustársela un par de tallas. Sujetando a Joannes con un gesto, el fraile alzó la voz.

—Repito, queremos ver al maestro cabalista mayor, y si un inquisidor quiere ver a alguien, le puedo asegurar que tiene en su mano los permisos necesarios.

Con la mano libre, fray Faustino extendió sus credenciales delante del rostro afilado y lleno de arrugas del funcionario, que leyó el documento con rapidez y desprecio hasta que llegó a la firma. La voz con la que les habló después no era en absoluto la misma. La tensión se relajó y los guardias detuvieron su aproximación.

—Pacer, lo siento, la seguridad es importante, las normas me obligan a ponerles escolta.

El fraile hizo un gesto suave y sonrió a la vez que recogía la credencial. Uno de los guardias, al gesto del funcionario, se les acercó.

—Síganme.

Pasaron varios portones vigilados por guardias reales malencarados y recelosos, que daban paso a patios de luces estrechos entre altos muros cubiertos de ventanas. Por todas partes había patrullas armadas, puertas cerradas, controles y funcionarios dispuestos a examinar sus papeles. A Joannes le parecía que ni en el Cielo habría tanta dificultad de entrar, aunque se cuidó mucho de mostrar asombro delante de los pelafustanes de la guardia real. El fraile no mostró asombro alguno, ni siquiera curiosidad ante las puertas herradas, los pasillos helados y vacíos o las salas llenas de columnas de mármol. Se movía con la naturalidad de quien ya había estado muchas

veces en aquellas entrañas de hierro y piedra o en otras parecidas. También le sorprendió a Joannes los muchos escribanos de raza hebrea que vio, más que funcionarios, religiosos o laicos.

Al fin superaron otro control y se abrió para ellos una doble puerta de madera reforzada con hierro. Joannes se recolocó el pistolón, rehízo la compostura de la capa y volvió a sobar el sombrero mientas salían a un enorme patio en el centro de la estructura cuadrangular del edificio. Allí, protegida por una última línea de guardias que paseaban haciendo chasquear las conteras metálicas de sus botas contra el empedrado, se erguía una nave alta, grande y alargada, con lucernarios en el techo. Cruzaron el patio hasta una gran puerta, como de fábrica, construida con largas vigas ensambladas con roblones de hierro. Abrieron desde dentro una puerta falsa y el estruendo de mil martilleos metálicos les atacó brutalmente los oídos. Joannes jamás había oído bullicio semejante, ni siquiera comparable con las bombardas del tercio de Cádiz disparando a la vez.

Se tapó las orejas con las manos. Entraron; el soldado se quedó fuera y un ordenanza pequeño y sonriente les indicó que, justo tras el umbral, encima de una mesa de madera, había un montón de pequeñas pellas de cera amarilla. El fraile tomó dos, las amasó un poco y se las puso en los oídos. Joannes le imitó. El estruendo disminuyó hasta lo soportable. Se fijó, entonces, en dónde estaban. Era una nave de ciento cincuenta metros de largo, sin columnas y alumbrada por altos lucernarios cerca del techo de madera. En el suelo había plantadas a distancias regulares máquinas del tamaño de casas; masas de bronce, acero y latón que traqueteaban presas de una agitación frenética. Incansables, miles de brazos, de poleas, de engranajes y mecanismos complejísimos se movían aparentemente sin orden ni concierto. Olía fuertemente a aceite, a hierro recalentado y a bencina. Un ejército de operarios vestidos con delantales manchados de grasa patrullaba aquel infierno mecánico arrastrando enormes aceiteras, llaves, bidones, cintas de cobre, cables, cuerdas, cubos.

Joannes gritó una pregunta, pero era imposible hacerse oír. Siguieron al ordenanza, que les precedió por una alta escalera de metal que llevaba hasta una galería elevada, un ancho triforio que circundaba aquella nave inmensa. A cada paso les estorbaban fardos de papel, grandes rollos de cobre laminado y brillante; latas de aceite y montañas de legajos atados con cuerdas que crecían en montones inestables. El muro se interrumpía a trechos regulares por puertas, algunas de ellas abiertas. Tras ellas, hombres de raza hebrea rodeados de papel se afanaban sobre extrañas máquinas de escribir de las que salían largas tiras de cobre perforado. Anduvieron un trecho hasta llegar a una puerta más grande y lujosa que el resto. El ordenanza les hizo un gesto y entraron. La puerta daba paso a un pequeño recibidor atestado de trastos. Tras un arco de medio punto se abría a una habitación larga y alta, alumbrada por

tragaluces en el techo. Había grandes mesas ocupando la pieza. Altas estanterías, completamente abarrotadas, recorrían las paredes. Las estanterías, las mesas, incluso el suelo estaban cubiertos de complejas y extrañas piezas de maquinaria, rollos de cobre, alambre, latas de engrase, legajos manchados y casi arruinados. El efecto era de almacén caótico, una cueva de Alí Babá donde lo sublime se mezclaba con lo vulgar hasta ser indistinguible.

En el extremo opuesto a la puerta, tras una mesa de despacho alumbrada por un quinqué, trabajaba un rabino de barba poblada vestido con la chaquetilla judía y un guardapolvo grisáceo. Llevaba la kipá torcida, sujeta precariamente sobre una masa rebelde de pelo muy blanco de la que colgaban algunos tirabuzones. Se acercaron con pasos cautelosos.

Parecía un hombre mayor: la piel era arrugada, la barba, descuidada, al igual que el pelo. Absorto en la lectura de un largo rollo de cobre que descifraba con la ayuda de un aparato con lentes, exhibía una extraordinaria vivacidad: movía velozmente las manos sin despegarlas del cuerpo, voluminoso y casi inmóvil, como un enorme ratón blancuzco y barbado. Levantó la vista y pareció darse cuenta en ese momento de su presencia. Los ojillos, enrojecidos y pequeños, los miraron con malicia detrás de gruesas lentes de aumento.

El ordenanza gritó:

—Fray Faustino, comisionado real.

—Ya, hijo, ya, déjame con ellos. Vengan, fray Faustino y acompañante, siéntense ahí, sí, quiten los rollos de encima, ¡con cuidado!, ahí seguramente va su sueldo de este mes, señor alguacil; porque es alguacil, ¿verdad? Y el mío, mi sueldo me refiero, también está en un rollo de esos. Ustedes dirán.

Se sentaron como pudieron, intentando no tirar nada. El fraile tardó en hablar. Los ojos grandes y luminosos se habían vuelto hacia el judío como si hiera una presa y la estudiase antes de caer sobre ella con garras y pico. Los ojillos del cabalista saltaban inquietos de uno a otro. Cuando el fraile rompió el silencio, sufrió un pequeño sobresalto.

—Hace unos días muñó Yosef ben Ferruziel. No es el primero de sus empleados que fallece en circunstancias extrañas.

El judío se levantó con cierta brusquedad y fue hasta una ventana que comunicaba con la gran sala. Se quedó allí mirando hacia la planea baja.

—Sí, me preguntaba cuánto tardarían en venir.

—Con Ben Ferruziel han sido ya tres los empleados suyos que han encontrado la muerte.

—¡Cifras! —El anciano se volvió hacia fray Faustino, su perfil era notable, una nariz grande y ganchuda, nadie podría decir que no era de la estirpe de David—. Tres muertos en un colectivo de trescientos cabalistas y en menos de un mes, algo

reseñable, pero ¿quién comprende los designios del Señor? Los cabalistas lo intentamos un tiempo, no crea. Luego consideramos que para entender la lengua de Yahvé había que proceder más lentamente, de una forma más ordenada.

»No tengo respuestas. —Volvió a su sillón mucho más lentamente de como lo había abandonado. Las manos cayeron lacias a los lados—. La posibilidad es remota, sin embargo puede suceder. Tres muertos, todos violentamente. No hay peligro en nuestra actividad, no tenemos enemigos, no queda ninguno con vida. Como bien sabrán ustedes, la Guardia Real y la propia Inquisición nos tienen bien vigilados, en lo físico y en lo mental. Dentro de tres días cerramos el ejercicio de cuentas imperiales y comenzamos la campaña de recaudación de haciendas. Es un momento difícil. Las nuevas listas de ejecución están siendo terminadas. Ahora procesamos los bichos, perdonen, es jerga nuestra, quería decir los errores de listado en las cintas perforadas. Un ejército de contables organiza ahora mismo las resmas de cintas traídas de todos los rincones del imperio, las depuran y las cargan en las baterías de lectores. Todo se comprueba cien veces, todo se verifica; un fallo ahora puede ser catastrófico.

»Quizás baya alguien al que no le interese que todo funcione bien. A pesar de que nunca hemos tenido un error de importancia hay muchas voces críticas contra la mecanización. Entre los míos, que debieran guardar devoción a nuestro rey y máximo representante de Dios en la Tierra, hay quien considera herejía el usar máquinas para ocupar la tarea de hombres.

»Sí, hay mucho supersticioso, también entre mi gente, que desde hace tres siglos ha tratado con la lógica de la Cábala combinatoria intentando que el sentimiento no nublase nuestra inteligencia, lo que en última instancia condujo al pensamiento procesado. Creen ellos que la Cábala y su combinatoria, y la Cábala mecanizada no deberían profanarse con la materialidad de objetivos prácticos, ya que es pervertir lo divino. Pero somos hombres modernos, el rey Fernando más que ninguno, y sabemos que ya no hay marcha atrás. No se puede entrenar ya a los treinta mil contables que se necesitarían para hacer la labor de las máquinas. Eso sin contar con que cardarían cien veces más. No, no hay vuelta atrás. Sí, quizá pueda haber alguien que piense así, algún resentido, pero no le veo con el poder de idear un plan que nos fuese peligroso. Recibo muchas críticas en mí comunidad. A veces se les ha negado el acceso a la sinagoga a mis cabalistas, pero eso no pasa de ser una reacción, de viejos caducos. Nunca irá más allá de admoniciones efusivas, palabras duras, amenazas que mueren pronto.

Joannes daba vueltas al sombrero sobre su regazo. Miraba al viejo, ponía atención en sus palabras y en las del fraile, pero poco sentido tenían para él. Conocía la Cábala por los cabalistas míseros, como el que habían consultado él y el fraile en la ribera baja, que escondían sus cuellos de tortuga tras levitas mugrientas y que por cinco

perras, un cuartillo de queso o un pellejo de vino te adivinaban el futuro en los números que salían de sus Cábalas de manivela. Se removió inquiero al pensar en aquellos dragones de metal que rugían tras la puerta. ¿Qué no se podría adivinar con aquellas máquinas complejísimas que funcionaban día y noche?

—¿Qué me podría decir de su empleado, Ben Ferruziel?

—Ah, un muchacho notable, un buen organizador, sabía crear listas de ejecución con gran maestría, pese a su juventud.

—¿En qué se ocupaba?

—En lo que todos, creaba una parte de la locura que es todo esto.

—Más concretamente.

—Perdone, es que no sé cuándo hablo en un lenguaje que los demás no comprenden y por ello tengo tendencia a simplificar en exceso; déjeme hacer memoria. Sí, estaba asignado a crear un conjunto de subtareas de extracción de datos, búsqueda de patrones de defraudación en uno de los conjuntos de la masa de las declaraciones de haberes, creo que eran las aljofacerías industriales.

Joannes y el fraile le miraron. EÍ judío no paraba de jugar con un par de máquinas que tenía delante: el extraño visor plagado de lentes y soportes de latón, y una máquina de Cábala a manivela cuyo diseño Joannes no había visto nunca. Él hubiera jurado que seguía trabajando mientras hablaban, sólo una parte de su cabeza ocupada en un asunto tan trivial como el que ellos le planteaban.

Al fin levantó la vista y los miró durante un segundo que pareció una hora, luego estalló en una risita floja y ridícula que a Joannes le dio dentera.

—¿Ven? Quería decir que se ocupaba de buscar defraudadores entre granatas no muy deseosos de contribuir con sus impuestos al bien del imperio.

—¿Cree usted que esos industriales pueden haberlo amenazado, quizá pedirle que sabotease los registros?

—Eso sería absurdo; él preparaba una parte del gran listado de ejecución, y trabajaba con registros de ejercicios anteriores. La ejecución real, con los datos auténticos, se hace durante una noche, en presencia de cien notarios imperiales que vigilan cómo se introducen los registros y qué resultados se obtienen. No, no hubiera podido hacer nada de eso.

—¿Alguna idea de qué ha pasado?

—Ninguna, siento no poder ayudarles. Quizá podría, con tiempo, cuando pase todo este lío, hacer un análisis de todos los factores, procesarlos; quizá si preparo un listado recursivo estocástico, si se modelan los sucesos que han llevado a este trágico suceso y se les asignan valores numéricos, series, sucesiones incluso, y luego se corre buscando nodos, remansos, sucesos equiprobables y fuera de secuencia…

La voz del cabalista había ido descendiendo de volumen mientras hablaba y los ojillos se habían cerrado, volviendo hacia dentro su brillo convulsivo.

—Bien, señor cabalista mayor, tenemos que marcharnos.

El fraile extrajo el reloj lleno de complicaciones que habían rescatado del cadáver y miró la hora. Joannes observó al cabalista dar un respingo en su sillón. Inverosímilmente, se puso en pie. Era grueso y encorvado, quizá de nacimiento, y se movía con rapidez a pesar de que arrastraba una pierna deforme. Les dio la mano y acompañó a la puerta.

—Curioso reloj, muy curioso, señor inquisidor. ¿Dónde lo consiguió?

—Es materia reservada, siento no poder contestarle, señor Bengniat.

—Una pena, no me importaría tener uno igual. Si alguna vez quiere venderlo, hágamelo saber, por favor.

—Así lo haré, muchas gracias.

Regresaron en un camino inverso, cruzando el estruendo y la locura cartesiana de patios y pasillos rectilíneos.

Era ya la hora de comer. Joannes sintió un gran alivio al verse lejos de tanta piedra, madera y estruendo. El cielo seguía encapotado y una fuerte brisa anunciaba lluvia.

—Vayamos a comer por aquí cerca.

—No es mala idea.

Pero tuvieron que dejar la comida para más tarde. Cuando llegaban al aparcamiento, donde Salazar dormitaba sobre el pescante, les salió al paso un pelotón de guardias reales. No tenían cara de ir a saludarles, ni de ser un control casual. Joannes hizo hueco bajo la capa. Sin que se notase, sin apenas ruido, amartilló el Villegas.

—¡Alto en nombre del rey y el Consejo del Reino!

El fraile los miró llegar con los ojos muy fijos. Eran seis hombres de anchas espaldas, tensos, preparados; no podría con ellos, lo supo al primer vistazo.

—Señores, tienen que acompañarnos.

9
Las muchas sombras del águila

Los guardias tenían incluso un vehículo preparado. Nada que ver con el anticuado Urella monocilíndrico de los alguaciles; se trataba de un blindado ligero de origen militar adaptado al tráfico urbano, producido en la Real Fábrica de Armamento de Toledo, grande, pesado y difícil de conducir. Su única ventaja eran las planchas de tres milímetros de su carrocería, capaces de parar balas de grueso calibre.

El pelotón, vestido con las vistosas capas bermellón oscuro de la Guardia Real, los rodeó en su breve trayecto al vehículo, que los esperaba con las puertas abiertas y echando humo oscuro y denso por la chimenea superior.

Joannes se dejó llevar mirando de reojo al fraile, pendiente de la menor de sus señales, procurando que la tensión no le agarrotarse las manos, que el paso fuese fluido, como despreocupado; sólo así podría sorprenderlos si era necesario. Pero el fraile parecía aceptar la situación dócilmente, quizá también era una estrategia, a poco que los dejaran solos…; sin embargo nada sucedió, subieron al blindado junto a tres guardias que se sentaron frente a ellos, hombro con hombro en el estrecho recinto del compartimiento trasero, oscuro e incómodo, con ventanas que apenas eran rejillas ínfimas. El resto del pelotón montó en la cabina.

¿Estaban detenidos? Ésa había sido su primera impresión, seguramente falsa; nadie trata con guante blanco a un detenido, a no ser que sea de la nobleza o el clero. Miró durante un instante al fraile, tranquilo en su asiento. ¿Debería estar él igual de calmado? No tenía buenos recuerdos de la Guardia Real, recordaba con demasiada claridad las jornadas del 17 y cómo los alguaciles habían cargado con la peor parte mientras la guardia abandonaba la plaza protegiendo al rey en su retirada al sur. Al parecer la incomodidad era mutua. Viajaban sumidos en un silencio de hielo, punteado tan sólo por los traqueteos del vehículo sobre los adoquines. Si no estaban detenidos, ¿adonde los llevaban? A través de la rendija cada vez entraba menos luz. Incluso creyó oír un trueno. El aire zumbaba cargado de tensión.

Llegaron en seguida al Palacio de la Gobernación, justo en una esquina de la plaza de la Cibeles, frente al Consejo de los Cuatrocientos. Entraron en el jardín casi sin detenerse en el control de la puerta. Abrieron las suntuosas rejas forjadas lacayos vestidos con impolutas libreas y gestos tallados en mármol. Bajaron del autocoche mirando al cielo. Aún no llovía pero las nubes parecían espesarse justo sobre ellos.

Joannes vio muchos guardias, caminos de grava perfectamente rastrillada, árboles lozanos, umbrías entre parterres geométricos. Un estirado mayordomo les guió al interior. Dos hombres de la guardia les siguieron en silencio, las manos en las culatas de los fusiles de asalto. Joannes, intentando mantener la pose, miró de reojo las baldosas relucientes, los yesos y mármoles que parecían recién revocados. Se percibía

el poder de una forma ostentosa, directa, lo cual le hizo sospechar aquello tan manido de «perro ladrador…». Y así era: el gobierno del imperio siempre estaba constreñido por el Consejo de los Cuatrocientos, que lo elegía y, a menudo con presteza, lo destituía, el rey y las urnas, a las que se acudía cada seis años para elegir trescientos consejeros.

Cruzaron largos pasillos llenos de jarrones sostenidos por columnas labradas; brocados de vivos colores pendían de las paredes. En algunas estancias se exhibían raros tapices de luz, obras de arte antiguo tejidas con fibras de cristal que al toque del sol se iluminaban igual que si ardiesen. El fraile, a su lado, no parecía mirar a ningún lado; sus ojos habitualmente crispados y atentos parecían acuosos, sin vida, dedicados a navegar en oscuros mares interiores.

Se detuvieron en un saloncito: debían esperar. El suelo era de mármoles, malaquitas y demás piedras semipreciosas consteladas en dibujos geométricos. El techo, muy alto, aparecía saturado de volutas en escayola. Había una gran ventana que daba al jardín, dos butacas, un canapé y una mesita. En una repisa, un reloj con autómatas movía complejos engranajes de latón. El fraile se sentó y dirigió la mirada al exterior. Joannes deambuló por la pieza midiendo con las sucias botas los dibujos del suelo, diez pasos desde el reloj hasta la ventana, y vuelta atrás.

—Joannes, tranquilo, no le va a pasar nada.

—A usted seguro que no. De todos modos no tengo miedo, sólo que no estoy a gusto. Es como si me observaran continuamente.

—Nadie está a gusto en estos salones, ni con estos guardias, ni entre mármoles y lacayos que parecen hechos en la misma escayola del fecho. Todo está pensado para arropar a los grandes que siempre hacen esperar aunque estén desocupados. Es la retórica del poder.

—Yo sólo conozco la retórica del plomo y el acero.

—Créame, no van nunca la una muy lejos de la otra.

En ese momento, el mismo mayordomo entró en la sala y les anunció que serían recibidos. Si el salón de espera había sido suntuoso, el despacho parecía austero, simple, casi vacío, una gran habitación de líneas rectas, grandes librerías de madera cubriendo las paredes, dos ventanales abiertos al jardín, un sofá de cuero, dos sillones, una chimenea de hierro y una enorme mesa de caoba, Joannes apenas pudo fijarse en todo aquello, el Primer Secretario del reino los miraba desde la ventana. Joannes conocía su estampa por los lipograbados de los periódicos: un hombre delgado, estrecho de pecho, de estatura media, embutido en un largo levitón de fúnebre y perpetuo negro, sin gorguerilla, sólo estrechas holandesas caladas. Le agrandaba la cabeza el pelo abundante. Llamaban la atención la mirada ardiente y nerviosa y un gran mostacho a la alsaciana que le tapaba el labio superior y parte del inferior.

Les saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Fray Faustino. ¿Su acompañante?

—Mi colega, Joannes Salamanca, alguacil.

El secretario le miró rápido, como si no pudiera perder mucho tiempo en la tarea. Joannes nunca se había sentido tan expuesto como en aquel momento. El secretario pareció satisfecho con su breve examen. Se dirigió al fraile y le indicó el sofá al lado de la chimenea apagada. Fray Faustino le hizo una seña a Joannes, y éste se sentó en uno de los sillones. Sólo entonces reparó en algo que había a la derecha de la puerta, oculto en el rincón más sombrío de la estancia: un globo, una máquina de latón y estaño reluciente cuya función no era nada evidente, pero cuya complejidad lo hacía resaltar en la austeridad del cuarto.

El secretario no se sentó, parecía nervioso, caminaba arriba y abajo. Se detuvo al lado de la chimenea y las manos se le fueron automáticamente a una copa grabada que descansaba en la repisa. Miró al fraile con prisa, había ansia en esa mirada oscura y febril.

—¿Hay novedades?

—Estábamos en ello, señor secretario, cuando fuimos conminados a su presencia. Avanzamos poco a poco, como se avanza siempre en medio de estos graves enigmas.

—No tenemos tiempo, no tenemos nada de tiempo, la situación ha empeorado desde nuestra última entrevista.

Se detuvo a mitad de una zancada en dirección al escritorio, con la copa en la mano.

—Nuestro anónimo chantajista parece crecerse con el paso del tiempo. Se acerca el día, puede ser un gran desastre.

—¿Aún no han determinado si su amenaza es vana?

—¿Vana? Tenemos pruebas de que es muy capaz de arruinar la economía completa de todo el imperio. Ayer recibí una nota igual a las otras, escueta, impresa con tipos nuevos. Apareció encima de esta mesa. —Golpeó la caoba de la mesa con un puño colérico—. Decía que estuviera atento a las cotizaciones del algodón. Me pareció tan raro que estuve a punto de no hacer caso; sin embargo a última hora encendí la máquina esa.

Con pocas zancadas, el secretario cruzó hasta el rincón donde descansaba el globo. Pulsó una palanca y algo pareció moverse en el interior de la masa de mecanismos, el globo giró, dio la vuelta. Por la parte de atrás estaba cortado y en la superficie plana había una constelación de cuadraditos blancos. El secretario accionó una palanca lateral y Joannes contempló cómo algunos de esos cuadraditos giraban, eran rodillos con signos dibujados. Los rodillos se detuvieron bruscamente mostrando palabras y números incomprensibles grabados sobre ellos. Había oído hablar de aquello, lo llamaban el teletexto, creyó recordar el alguacil. No recordaba bien su

funcionamiento: había un cable, o varios cables, tendidos entre dos máquinas de aquellas. Mediante tirones de diferente amplitud, o sucesiones de ellos, giraban las ruedecillas, luego los rodillos, y se recomponía el texto. Mientras Joannes miraba, el secretario volvió a pulsar la palanca en un lateral y el texto volvió a reconstruirse.

—Bueno, pues la cotización del algodón subió y bajó entre los valores de 27 y 1.900 maravedíes de plata, un total de diez veces, en intervalos regulares. 27 más 1.900 es igual a 1.927, el año en curso. Y aún más, 10 es el día en que expira el plazo.

—¿Cómo pudo hacer algo así?

—Nadie se lo explica. Las cotizaciones fueron reales, esos valores fueron marcados en el parquet de la Bolsa. Los expertos dicen que la única manipulación posible es en las máquinas cabalísticas, pero hay cinco de ellas trabajando a la vez: si algún resultado no coincide entre todas, se elimina. Manipular las cinco parece algo imposible.

—Cuando se ha eliminado lo posible, lo que queda, por imposible que parezca…

—¿Decía, fray Faustino?

—Nada, murmuraba. Déjeme pensar… 27 en Cábala adivinatoria quiere decir «Deberá ser aconsejado o sumará más fracasos que éxitos»; 19, «La gran felicidad, el triunfo, dinero, amor, popularidad» y el 110, «El vacío, la nada, la muerte»; o sea, siga los consejos y llegará a tenerlo todo, no lo haga y…

—¿Y el 10? —Joannes había hablado antes de pensarlo, pero la pregunta ya estaba formulada y los otros dos hombres lo miraban.

Fray Faustino retiró la vista y pareció perderla en la claridad lechosa que se transparentaba desde los visillos tendidos.

—¿El 10? El 10 es el número «benéfico para los grandes proyectos». Sin duda es un gran provecto.

—No se imagina cuánto.

—¿Aún no puede concretar más, señor secretario? Me ayudaría mucho en mis investigaciones.

—No, lo siento, es alto secreto. Si algo de la naturaleza de sus peticiones llegase a hacerse público, llevará a cabo su amenaza, paralizar las haciendas imperiales. Sí, ya sé que eso parece imposible, pero yo ya no estoy tan seguro. Imagine el perjuicio, que causaría: las tasas no podrían cobrarse, los pagos del Estado no se podrían hacer efectivos y todos los mercados se hundirían. En un par de semanas la economía entera se iría al garete. Las fábricas cerrarían, habría paro, disturbios civiles, el fin del imperio. No, deberá seguir trabajando a ciegas. —El secretario se dirigió tranquilamente hasta el sillón libre y tomó asiento—. Como comprenderá, estoy altamente interesado en sus progresos.

—Señor secretario, hasta ahora sólo tengo hipótesis, no pruebas.

—Valdrá con las hipótesis.

—Bien, una de ellas, la más plausible tal vez, habla de un hombre, un financiero, un granara, como dicen los pecheros, un patrón o un banquero en relaciones con o perteneciente a la comunidad judía; alguien con recursos que protege ferozmente su identidad, capaz de eliminar brutalmente a los que podrían delatarle. Ese alguien ha creado una espesa trama sediciosa entre el funcionariado.

—¿Se refiere a una más de las muchas que trazan las conchabías secretas?

—No se trata de una vulgar comunidad de intereses, alguna corruptela de adjudicaciones o prevaricaciones en tribunales de oposición, no; hablo de una auténtica trama, oculta, bien diseñada, construida para funcionar como un reloj y que, aun así, en vísperas de su éxito final, ha comenzado a desmoronarse.

El secretario se inclinó en dirección a fray Faustino.

—¿Y cómo podríamos encontrar a los topos?

—Con tiempo podríamos ir cribando uno a uno, aislando, siguiendo, forzando un poco, pero no hay tiempo, usted mismo lo ha dicho. Sólo queda un método.

—¿Cuál?

Fuera había empezado a llover. Al silencio del secretario, respondió un relámpago que iluminó el interior del despacho, casi en sombras ya. El trueno resonó muy cercano, haciendo tintinear los cristales de las vitrinas.

—Remover la hierba para que salga la serpiente.

Mientras el cielo se desataba en un chaparrón de gruesas gotas que golpeaban con saña los cristales, el resto de la conversación se deslizó rápidamente hacia convencionalismos vacíos. Sentado en aquel sillón, mientras el fraile y el secretario comentaban cosas cada vez menos trascendentes, a Joannes le sobrevino todo el cansancio de una noche en vela. Pronto sus pies removían la hierba encharcada de un prado en donde las vacas pastaban chapoteando. Había pequeñas florecillas de montaña, amarillas y blancas, dedales de oro, violetillas y alguna amapola. Soplaba una brisa fría, no podía ser muy avanzado el verano, porque el pico de La Maliciosa estaba aún nevado. Joannes sintió el tacto nudoso del bastón en la mano y también la mirada de un toro pequeño y malencarado que le había estado siguiendo con la vista buena parte de la tarde. Se volvió y, sin saber cómo, el torito estaba encima de él, raspando el suelo con la pezuña. Joannes corrió prado adelante, buscando la valla de piedra, sabiendo que era un error, que había que pararse y plantarle cara. Así lo hizo, se volvió y… ya no estaba en el prado, todo era oscuridad pétrea, le rodeaban paredes de granito invisible, muros de sólida noche. Y el toro ya no era tal, su forma se había desdibujado, hasta los ojos, muy parecidos a los del secretario, habían huido a un pozo de volutas oscuras. La silueta, más negra que la propia negrura, se erguía por momentos. Joannes supo que tenía manos, enormes manos que le buscaban para atraparlo como se atrapa a un ratoncillo. ¿Podía hacer frente a aquello? Intentó moverse, huir, pero el suelo tembló, la sombra caminaba. Algo lo golpeó en el

hombro; abrió los ojos, fray Faustino le zarandeaba y le miraba desde muy cerca. Hubiera jurado que había una sonrisa apenas insinuada en su cara.

—Nos vamos, Joannes.

El secretario ya no los oía, había vuelto al escritorio y miraba fijamente a una resma de papel colocada sobre la superficie lacada.

Siguieron al mismo mayordomo por el laberinto de pasillos y salas y llegaron tras muchos vericuetos al jardín de entrada. Todo el camino Joannes había sentido fuego en las mejillas. De haberse parado delante de algún espejo, se habría sorprendido del uniforme tono rojizo de su cara. Uno de los guardias reales les indicó el blindado que ya esperaba con el motor encendido…

—No, gracias, caminaremos un poco.

—Su autocoche se quedó cerca de Cuatro Caminos, tienen un largo trecho.

—Te ha dicho que caminaremos, ¿estás sordo?

Joannes miraba al teniente desde arriba, en un tono helado. El otro, más bajo, más frío, le devolvió la mirada con tranquilidad, sin pestañear apenas, como si se enfrentara a la inocua cólera de un niño. Al final hizo un saludo con la mano enguantada y les indicó la salida. No obstante, en seguida fue consciente de que había cometido un error, aquel hombre era un oficial de la Guardia Real, no se le habla así a ninguno de ellos, y menos si se es un alguacil, que ellos consideraban chusma policial encargada de barrerles el suelo. Los caminos de la gente terminan por cruzarse más de una vez, para bien y para mal.

Había dejado ya de llover y el cielo se abría para dejar salir el sol último de la tarde, cálido y sin fuerza pero pleno de tonos dorados. Salieron a la Cibeles, la plaza que una vez había albergado la estatua de la diosa romana y ahora exhibía la estatua ecuestre del emperador Juan, hijo bastardo de Carlos V, vencedor de Lepanto y organizador de la Comunidad de Reinos de las Columbias. La estatua había sido erigida hacía menos de diez años, tras los sucesos del 17 en que Madrid, campo de batalla durante casi cinco meses, quedó arrasada y muchos de sus monumentos, como la propia estatua, destruidos. No obstante, todo el mundo continuaba llamándola así: plaza de la Cibeles.

Caminaron bajo los amplios palios de los plátanos. La temperatura era fresca, un aroma de hierba mojada hacía burbujear los pulmones, y de no ser por el continuo petardeo de los coches, hasta hubieran estado a gusto. El fraile caminaba con las manos a la espalda, la vista perdida en el dibujo de las baldosas, y Joannes le acompañaba a su derecha, como un enorme mastín sumiso y callado, haciendo chapotear el agua de los charcos con sus botas hasta que ya no pudo aguantar más la curiosidad.

—Eso de agitar la hierba, ¿a qué se refiere?

—Es una frase sabia, de un chino muerto hace mucho.

—Nunca se sabe qué saldrá de la hierba, una vez se pone uno a remover.

—Me voy haciendo una idea. No es eso lo que me preocupa.

Joannes no dijo nada; tenía su propia opinión de todo aquello, pero prefería no exponerla. Niñas malcriadas que se escapan de casa vestidas de negro, asesinatos nocturnos y sin fácil resolución, una revuelta en Madrid, judíos, cabalistas, el secretario en persona, todo le daba vueltas hasta marearle.

Un ruido le llamó la atención, una gran comitiva, grandes auto-coches charolados como grandes escarabajos zumbadores, relucientes al sol y escoltados por blindados del ejército, cruzaban Castellana arriba. Joannes creyó reconocer la bandera de uno de ellos, la media luna sobre campo azul, los otomanos. Los maldijo en silencio y escupió en su dirección.

—Todo consiste en hacer girar las esferas.

—¿Cómo?

—Sí, las esferas, los engranajes. Abra su reloj, Joannes.

Joannes así lo hizo. Ayudado de la punta de su enorme cuchillo de caza, le quitó la tapa al reloj que el fraile le había regalado. Dentro había multitud de engranajes, volantes, palancas, pequeños rubíes rojizos. Y todo se movía, giraba, oscilaba.

—Nada parece tener sentido, ¿verdad? Sin embargo, si logras encontrar el inicio, la fuerza motriz, sólo tienes que ir siguiendo su transmisión de una rueda a otra, por aquí, por allá, de una rueda a otra hasta las agujas.

Joannes forzó la vista inútilmente, aquello era un galimatías, la única máquina que le interesaba era el pistolón que guardaba en el sobaco, y ésa la conocía bastante bien.

—Sólo nos taita la fuerza motriz, el motivo, la *prima vis* que causa todo lo demás. —Fray Faustino hablaba más para sí que para Joannes. La voz se le iba en un hilillo débil.

—Ese chantaje, tenemos que saber qué es lo que piden. —El fraile elevó la voz y, sujetando del brazo al alguacil, lo miró febril. Y creo conocer una manera de hacer las dos cosas, enterarnos y llamar la atención.

En ese momento una columna de los tercios cruzaba a toda velocidad por la avenida, grandes vehículos blindados, algunos artillados, otros de transporte llenos de capas pardas.

—Y tendremos que hacerlo rápido. —El fraile dejó caer sobre Joannes su particular mirada de ave rapaz fría e implacable—. Como podrás imaginar, este procedimiento no es del todo legal y necesita de alguien eficaz y arrojado.

Joannes le devolvió la mirada, entornó los ojos y el azul transparente quedó reducido a una rendija mínima. Sí, Joannes entendía igual que había entendido en el 17, cuando las cargas intimidatorias se convirtieron en matanzas, y tampoco era legal. Entendía, pero distaba mucho de gustarle el juego de ahora estoy con la ley, ahora no.

El fraile siguió hablando sin dejar de mirarle.

—Y no sólo eso, también necesitamos la ayuda de Rebeca. Cojamos un autocoche de alquiler, tenemos mucho que hacer.

—¿Rebeca? Es una niña.

—¿Una niña? Veo que, a pesar de mi celibato, sé más de mujeres que tú.

El fraile sonrió levemente mientras se agachaba para entrar en el autocoche de alquiler. Joannes le dio la dirección al cochero de dónde habían dejado a Salazar y se acomodó en el interior del vehículo mientras aceleraba en dirección norte.

10
Remover la hierba

El preparativo de la emboscada había sido sencillo, el Ferruziel no era hombre en exceso desconfiado. A diferencia de los caudales de su banco, que viajaban en un furgón tan blindado como un acorazado y acompañado de un pequeño ejército, él se movía en un autocoche ligero y sencillo con el escudo del banco estarcido en la puerta. Le protegían un cochero y un guardaespaldas en el pescante. Joannes y Rebeca habían estudiado largas horas el Trayecto desde la mansión hasta el banco, en la calle del Duque de Riscal esquina paseo de la Castellana. El banquero circulaba normalmente por la glorieta del Emperador, subía por el paseo de El Prado, pasaba ante el Palacio de la Gobernación y la sede del Consejo, y subía por la Castellana hasta el banco. No había muchos lugares donde montar una emboscada, excepto la calle a la salida de la ribera alta, una pronunciada pendiente que en su parte inferior terminaba en un recodo donde la máquina se vería obligada a casi detenerse.

Justo allí, Joannes esperaba apoyado en una valla de piedra. El sol aún no lucía muy alto, hacía fresco y los árboles y la hierba de las mansiones olían a rocío. Joannes se recolocó la capa de hule encelado, rígida e incómoda. Echó de menos su desgastado y cómodo uniforme, abandonado en una habitación de pensión, esperando su regreso. La escopeta, que había comprado la noche anterior a un tratante de armas y confidente de los alguaciles, permanecía oculta por el hule. Era una escopeta de caza innominada, a la que habían limado el nombre del fabricante, aumentado el calibre barrenando el ánima y recortado los cañones, un arma de delincuentes que Joannes encontraba indigna de usar. Aun así, no tuvo elección, el fraile tenia razón, de haber sacado el Villegas cualquiera se habría dado cuenta de quién le estaba amenazando.

A Joannes el plan del fraile no le había entusiasmado, todo lo contrario que a Rebeca. Ésta, apenas se lo habían propuesto, había dado saltos de emoción. Una chiquilla, a pesar de lo que dijera fray Faustino.

Joannes se sentía contrariado. Nadie le había ordenado montar una operación clandestina pata ayudar al fraile; sin embargo, se sentía obligado a hacerlo, no sabía bien si por intriga de saber quién era el responsable de todo aquello o simplemente por necesidad de cumplir con su deber. Nunca había sido muy listo, conocía a muchos que en los tercios habían aprovechado para ascender, para saquear, para enriquecerse o para aprovecharse de la situación y obtener los favores de mujeres que de otro modo jamás se los habrían proporcionado. Los escrúpulos los había heredado y en gran cantidad de sus padres, que seguían los mandamientos de la religión con una severidad de otras tierras, de la Centroeuropa católica en donde los reformistas eran minoría y debían ser más estrictos que en ningún sitio para diferenciarse en

piedad y devoción de sus vecinos papistas.

Joannes miró el reloj; el autocoche parecía retrasarle. La vista se le fue involuntariamente a las ramas del inmenso castaño de indias que cruzaban la calle. Allí, oculta entre el follaje, distinguió una silueta esbelta. Joannes se preguntó qué haría Rebeca si su padre no quería colaborar. ¿Aguantaría que le sometiese a algo de presión? Guajiras más vueltas le daba, menos le gustaba el plan. Tenía muchos puntos débiles y las peores consecuencias siempre eran para él. Imaginaba con facilidad un juicio, expulsión del cuerpo e ingreso forzado en un batallón disciplinario destinado al peor agujero de todo el imperio, quizá las trincheras heladas del Cáucaso, un puesto avanzado en África, la selva de Bolivia o alguna isla del Pacífico llena de caníbales.

Joannes sacudió la cabeza intentando espantar los pensamientos sombríos. De algo hay que morir. Si daba pabilo a la imaginación pronto el miedo no le dejaría moverse. Joannes sabía que la fantasía era el peor enemigo del soldado.

Pasó un carro de estiércol conducido por un apático jardinero. Durante un par de minutos, Joannes se vio tentado de encender un cigarro, pero no lo hizo; era casi la hora. Luego oyó el ruido que había estado esperando, el bien ajustado pístoneo de un bicilíndrico de lujo, un Gomeznarro de líneas sobrias y elegantes, todo chapa lacada y plata. Joannes se ajustó el embozo de la capa, se caló el sombrero y pareció encogerse contra la barda de piedra. Miró de reojo cómo la máquina aparecía tras la cima de la pequeña colina moviéndose a buena velocidad. ¿Qué tal funcionarían los frenos de un Gomeznarro? Joannes deseó que fueran de la mejor calidad mientras se dirigía con grandes zancadas hacia el centro de la calle. Oyó primero la bocina, luego los gritos y el chirriar salvaje de las zapatas contra el tambor y las ruedas bloqueadas arrastrando por la gravilla. No levantó la vista, debía de parecer sordo o tonto, y desde luego eso le estaban gritando desde el pescante una vez detenida la máquina.

—¡Imbécil!, quítate de en medio, ¿o es que quietes morir?

Joannes se volvió lentamente. De entre los pliegues del hule asomó el cañón recortado, negro, malvado, inconfundible. Una descarga de esa arma y los hombres del pescante quedarían convertidos en morcilla de sangre. Joannes observó la expresión de sorpresa primero y luego de rabia. El cochero era delgado, fibroso; sus manos se movían como serpientes sin saber dónde detenerse. Por el contrario, el guardaespaldas lo miraba sin moverse, manteniendo las manos sobre el agarradero. Joannes contemplaba aquellos dedos, la tensión de los hombros. Tenía un arma debajo, en los pies, lo imaginaba, una escopeta como la suya de seguro. Sin embargo, confiaba en que aquel hombre supiese que el dedo de Joannes sería más rápido que él. Y era un buen profesional, porque no se movió ni cuando Rebeca saltó sobre la capota del autocoche. Apenas hizo ruido. Vestía ropa de montar, pantalones y juboncillo apretado, toda de negro. Tapaba sus facciones con un pañuelo y sujetaba el

pelo en una tensa redecilla.

Hubiera parecido un chico delgado y atlético de no ser por la rotundidad de las formas que la tela apresaba. Antes de que pudiera reaccionar, tenía un revólver apuntando a la nuca del guardaespaldas. Joannes se movió cubriendo al cochero.

La voz de Rebeca no parecía suya; sonaba hueca, amenazadora.

—Coge la escopeta por la culata y tírala al sudo.

El guardaespaldas lo hizo. Joannes la recogió sin dejar de apuntarlos. Luego se acercó al autocoche por la izquierda, haciéndole una seña al conductor para que bajase. Le obedeció al instante.

—¿Que sucede?

El Ferruziel se asomó por la ventana; Joannes estaba a un paso de la puerta que comenzaba a abrirse; todo se precipitaba. Le dio una parada a la puerta y envió al banquero al interior. Ese instante de distracción lo aprovechó el cochero para saltar del pescante. Joannes lo tenía a menos de dos metros, el dedo se le fue al gatillo pero se detuvo y lo dejó escapar. Rebeca no dejó de apuntar al guardaespaldas.

—Se escapa.

—Déjale. ¡Tú, abajo!

El matasietes se movió despacio bajando del pescante, Joannes lo miró a los ojos y supo al instante que si hubiera tenido la más mínima oportunidad hubiera hecho algo, pero era un hombre inteligente, no había ocasión, el cañón de la escopeta lo seguía sin titubear.

—Aléjate.

Mientras el matón se alejaba sin darles nunca la espalda, Rebeca tomó los mandos del autocoche. Joannes se sorprendió, ése no era el plan.

—Pero… ¿no ibas tú dentro?

Rebeca habló en voz queda. El matón los miraba de reojo mientras caminaba con las manos alzadas.

—No quiero arriesgarme a que me reconozca.

Cambio de planes, nunca le habían gustado los cambios de planes. Dio un tirón a la puerta y entró encañonando al judío, que se acurrucaba en el suelo del autocoche. El motor traqueteaba casi en silencio, suave y compensado. Joannes se sentó tratando de que su cara permaneciera en sombras, esperando que Rebeca pusiese en marcha el autocoche y saliesen de allí a toda prisa. Nada sucedió.

—Si quieren dinero…

—¡Silencio!

Joannes golpeó el techo del autocoche; la chapa resonó escandalosamente, pero no obtuvo ninguna respuesta. Asomó la cabeza por la puerta y se encontró con un cañón de pistola apuntándole a la nariz, era un revólver enorme, un Villegas militar. Lo sostenía un brazo unido a un cuerpo vestido con uniforme de la Guardia Real. Un

rostro tenso, de dientes apretados, le miraba con furia.

—Tira el arma y sal del autocoche con los brazos en alto.

Detrás de él había al menos diez guardias más, con fusiles de asalto cortos y de cañón cubierto por disipadores. Joannes salió moviéndose muy despacio. En el pescante del autocoche no había nadie. Cuesta arriba, un blindado del ejército bloqueaba la calle. Cuesta abajo un largo furgón de los guardias reales hacía lo mismo. Joannes sintió fuego en las venas. Se movió tan despacio como pudo mientras sentía florecer en su cráneo miles de planes, que eran desechados en décimas de segundo. El Gomeznarro era muy ligero, sin blindaje podía correr mucho, pero una descarga de esos fusiles de asalto lo convertiría en chatarra. Entre los fusiles y el autocoche estaba él con las manos alzadas, abriendo con lentitud la puerta del autocoche con su cuerpo al salir. Se convirtió en ojos, oídos, tacto y acción. No había terminado de formar la idea y ya estaba actuando. De una patada abrió el portón. El arco metálico de la puerta impactó contra el arma que le apuntaba. El revólver se disparó con un estampido sordo. Joannes lanzó el puño a la velocidad de una bala contra la cara del guardia que, conmocionado, trastabilló hacia sus compañeros. Impulsándose como un mono, Joannes subió al pescante sin pisar el suelo. Se acurrucó intentando mantener la menor superficie expuesta y casi arrancó el freno de estacionamiento al quitarlo. El pie del acelerador se hundió contra el suelo haciendo rugir al motor como una bestia enfadada. El autocoche se lanzó hacia delante, hacia el final de la cuesta.

Estallaron los disparos; Joannes esperaba el impacto de las balas contra su carne, el picotazo salvaje y luego el dolor, tal como le había sucedido cuando le hirieron en los tercios. Aceleró hasta que el aire le gritaba en el rostro. Algo pasó rozándole una oreja, silbaron más balas, rápidas y peligrosas como avispas de metal, pero por suerte la caja del autocoche le protegió. Llegaba ya al final de la calle, delante mismo un par de guardias se daban prisa por aprontar sus armas. Estaba casi encima de ellos, a punto de chocar contra la mole del furgón, vio sus caras de pánico, los bigotes erizados y los ojos como canicas grandes y redondas. En el último instante giró el volante, el autocoche se subió a la acera y embistió una valla de madera que saltó en el aire hecha pedazos. Las ruedas traquetearon en un jardín, arrasando plantones, rosales, arbustos, Joannes apretó los dientes pensando que si alguna rueda tropezaba en un agujero volcaría. El autocoche salió del jardín destrozando otra valla, saltó la acera y giró sobre dos ruedas encarando la avenida del Manzanares.

¿Dónde estaba Rebeca, rediós? Aquello olía a trampa, alguien les había traicionado. ¿Quién? El fraile, el único que no estaba allí. Si era así, acudir a la cita sería un gran error. El tráfico no era denso y condujo zigzagueando entre autocoches de todo tipo. El motor de hulla rugía llegando a su máximo de revoluciones. Viajaba a una velocidad de 80 kilómetros por hora, al menos el doble que lo que el blindado

que le perseguiría podría alcanzar. O eso creía Joannes. Se volvió y los ojos se le abrieron como platos al ver que el vehículo, grande, aparatoso, doblaba la esquina que acababa de dejar atrás moviéndose con agilidad sobre sus enormes ruedas. Un espeso penacho de humo negro ensombrecía la calle según su motor se revolucionaba para darle caza. Maldijo en silencio. Una trampa, había caído en una trampa como un niño estúpido.

El tráfico le obligaba a conducir a bandazos esquivando los pequeños triciclos de transporte, los coches oficiales, los camiones lentos y cargados hasta los topes. Tenía que desaparecer como fuera. Cruzó el río por el vado de Santa Catalina y se detuvo haciendo patinar las ruedas sobre los adoquines al llegar a la plaza de Legazpi. Como era habitual, la plaza estaba rodeada de tenderetes orientales, de Saipán, de Corea. Filipinas, las islas de Asia, de China y Mongolia. Los toldos eran de vivos colores, las ropas de las gentes, luminosas mezclas de túnicas y faldas. Al instante se arrepintió de haber tomado ese camino. Hombres arrastrando carros de mano transportaban fruta, cajas de mimbre, fardos. Había corrillos alrededor de los puestos, personas hablando, inclinándose, intercambiando cualquier tipo de sustancia imaginable. Joannes hizo sonar la bocina frente a un grupo particularmente grande. Los orientales miraron al pescante con cara de pocos amigos, desde luego no era la mejor forma de meterse en aquel barrio, pero no tenía otra opción. Aceleró sorteando montones de mercancía en el suelo, grupos de personas y pequeños triciclos que amenazaban con volcar de tan llena como llevaban la caja trasera. Saliendo ya de la plaza, miró atrás y vio llegar al blindado, que al frenar arrolló un puesto de especias. Los grandes sacos volaron por los aires; la pimienta, el clavo, la nuez moscada se mezclaron en una polvareda verde y marrón. No se detuvo; la gente comenzó a gritar, a correr sin saber muy bien dónde ocultarse. Por causa de la escasa visibilidad del blindado, con su visor en forma de tronera, o por precipitación del conductor, el vehículo volvió a tropezar con un obstáculo, esta vez un par de furgonetas aparcadas cerca del monolito que ocupaba el centro de la plaza. Los autocoches comenzaron a arder casi en seguida. El humo se hizo espeso, la gente se arremolinaba, corría invadida por el pánico. Joannes esquivó los últimos puestos en la salida de la plaza y aceleró por el camino de la Chopera adelante. Tan rápido iba que estuvo a punto de cometer un error fatal. Torciendo una esquina, casi se da de bruces con una patrulla de alguaciles, parados en una esquina al lado de sus bicicletas. Mientras frenaba bruscamente pensó en arrollarles, en tirarse al suelo, en dispararles desde el pescante, pero luego recordó que aún no había habido tiempo para que se lo comunicaran, sólo lo perseguían los guardias reales, no le convenía llamar la atención.

Redujo la marcha y guió el vehículo con calma mientras le chirriaban los dientes. Volvió a cruzar el río por el puente de Praga. Se perdió por la madeja de calles estrechas y sin asfaltar de la ribera pobre, cruzó de nuevo el río a la altura del puente

de la Reina y tomó el camino antiguo de la sierra, una senda estrecha y llena de baches que casi nadie usaba. Pronto se adentró entre muros de adobe mal encalados, huertas, majadas, vaquerías, almacenes, alguna posada pobre, campos labrados, zonas de matojos y malas hierbas. Madrid se convertiría en breve plazo en una trampa mortal. Condujo casi instintivamente, con la mente pensando furiosamente dónde esconderse. Cuando se dio cuenta se vio llegando ya al muro de El Pardo a su izquierda. El camino corría en paralelo al mismo durante unos kilómetros, luego se encaminaba a Colmenar Viejo y sus grandes eras. Joannes tomó un desvío, un camino aún peor, donde el autocoche traqueteaba salvajemente.

Sin habérselo propuesto, viajaba en dirección a la sierra, y quizá no era mala idea volver a los orígenes, olvidar toda aquella locura y recuperar las noches anchas y el aire como lanzadas frías en el pecho. El Gomeznarro era un autocoche de lujo, hasta tenía un indicador de carga, que marcaba cerca del cero: tendría que detenerse, pensar qué hacer. Tomó un pequeño desvío y condujo por un camino estrecho e irregular, cubierto de maleza a derecha e izquierda. Se detuvo cuando las ramas comenzaban a enredarse en la carrocería. Un poco más adelante, el camino terminaba al lado de un pequeño arroyo. En ese momento recordó al granata, al padre de Rebeca. Se bajó del autocoche de un salto, con el motor aún dando las últimas boqueadas antes de detenerse. La chapa estaba llena de agujeros, gruesos boquetes de balas militares con camisa de acero que habían atravesado la chapa del vehículo como sí fuera mantequilla. Supo lo que iba a ver aun antes de abrir la puerta. Dentro, despatarrado, confundido el color granate oscuro de su capa con el charco de sangre coagulada que cubría el suelo del vehículo, yacía el Ferruziel, muerto.

—Y tanto que hemos asustado a la puta de la serpiente. ¡Rediós!

Cerró la puerta con toda la fuerza que pudo. El metal resonó con el impacto y la puerta rebotó. Volvió a aferraría y volvió a cerrar, una, dos, tres veces; a la cuarta, la puerta se descolgó del gozne superior y quedó colgando torcida de su propio marco. Joannes echó a andar arriba y abajo del claro. No Conseguía centrar la mente, todo lo sucedido, Rebeca saltando en el techo, el guardia encañonándole, la persecución, el ruido de los motores, el acre olor de la hulla quemándose, eran piezas de un cristal roto que se movían a toda velocidad, giraban, caían, sin llegar nunca a tocar el suelo.

Era mediodía. El sol apretaba cada vez más. Aún quedaba algo de verde en la hierba, y el sol no forzaba su fuego sobre las llanuras desprotegidas, pero pronto lo haría. En la umbra se sentía fresco. Harto de dar vueltas a lo inevitable, se quitó las botas y metió los pies en el agua, que corría ligera en un pequeño salto entre piedras. Ni siquiera sentía hambre, o al menos no al principio, cuando su estómago era una masa de nervios tensos. A medida que el agua le refrescaba los pies, empezó a notar la comezón de las tripas vacías.

El hambre, con ese grito inarticulado de su cuerpo que le decía ¡quiero vivir!

Siempre había sido así, bajo la lluvia, anegado de barro esperando a que los holandeses o los ingleses saliesen del bosque para degollarlos; él y sus compañeros en los tercios siempre hablaban de comidas, de las pasadas, de las futuras, de las que nunca llegaban. Sólo esa necesidad imperiosa se imponía al horror de las trincheras, al hedor de la muerte, a la incertidumbre de un futuro que bien podía ser una cuchillada en la tripa minutos después.

El sudor se le secó en el cuerpo y el remolino que era su cabeza dejó de girar. Recordó la cita con el fraile en una casa en las afueras, con patio donde dejar el vehículo. Estaría metiéndose de cabeza en la boca del lobo si iba allí. Tendría que averiguar antes si era buscado, si el fraile había sido su delator. Quizá podría ir primero al cuartel, localizar a Santaluña, o alguno de los otros, y pedirle que hiciera las averiguaciones mientras él permanecía escondido.

Levantó la vista del agua que corría y los ojos se le llenaron con el espanto del vehículo agujereado. Un pie descalzo del cadáver, el calcetín manchado de sangre, sobresalía de la puerta. Tenía que deshacerse de aquello.

De repente sintió prisa, la acción volvía a apoderarse de él. Amontonó bajo el autocoche la hulla que quedaba en el depósito, manchándose las manos y la cara, junto con ramas secas recogidas de entre la maleza, dispuesto a prenderle fuego. Cambió de opinión al ver el barranco. Cruzando el arroyo, un poco más hacia el norte, el camino seguía, una senda apenas, y salía de la espesura dejando a la derecha un pequeño barranco, una hoya de cuarenta metros densamente cubierta de vegetación. Con dificultad, volvió a hacer funcionar el castigado motor. La ballesta delantera derecha estaba rota, un neumático había perdido el caucho. A pesar de ello, con mucho cuidado y evitando por poco quedar enredado en la vegetación, Joannes hizo avanzar el vehículo hasta el borde del barranco. Luego fue sencillo. Cerró la puerta y la aseguró con un pedazo de cuerda. No tocó al muerto, permanecía despatarrado, la mirada en blanco, perdida toda la elegancia, la arrogancia de un poderoso granara del imperio. Miró en derredor. Había tenido suerte: no se había cruzado con nadie, pero aquello podía cambiar. Se disponía a quitar el freno de mano cuando decidió mirar en los bolsillos del muerto. AI fin y al cabo, estaba en medio de una investigación, quizás era hora de que él también comenzase a hacerse preguntas, a reunir indicios.

Volvió a abrir la puerta y registró los bolsillos del Ferruziel. Encontró tabaco, una bella pipa de madera de boj que le incriminaría si se la quedaba, más de cien ducados en billetes, ésos sí que eran anónimos, y, por último, un reloj. Lo tomó en su mano mientras lo observaba, esfera de nácar perlado, caja de plata. En vez de las horas y minutos, aquel ingenio marcaba números, fracciones, porcentajes, cosas que a Joannes le sonaban a un lenguaje oriental y que sin embargo sabía que era cálculo, matemática. Un reloj, en definitiva, parecido al que habían encontrado en el cadáver

de su hijo. Joannes se detuvo un instante mirando el objeto: era de una artesanía funcional, más interesada en la precisión que en la belleza.

Al fin, lo guardó en el bolsillo, aseguró la puerta, y le quitó el freno al vehículo, tardó muy poco en despeñarse. Sin apenas estruendo, la maleza al pie del risco se tragó el Gomeznarro, un autocoche que valía lo que Joannes ganaría en diez años de trabajo, tal como la perca de río se traga a un mosquito: apenas unas ondas de perturbación en las copas de los robles y silencio de nuevo.

Joannes miró a su alrededor y suspiró. Le tocaba caminar hasta la ciudad a campo través, lejos de la carretera. Por suerte, conocía los caminos de Mesta que se usaban para acercar las vacas hasta los mataderos de Madrid. Quedaban aún unas horas de luz. Se quitó la capa, hizo un hatillo con ella que se colgó del hombro y echó a andar. En el primer cruce tomó la desviación sur. El camino era polvoriento y seco, las aliagas y brezos de las cunetas parecían reflejar el calor del sol, las hojas de las lavandas y el romero brillaban de aceite exudado, Joannes acercó la nariz a una mata; cerrando los ojos casi podía regresar a juegos infantiles, carreras entre bosquecillos, pedradas, los perros de su padre. Pero bastaba abrirlos para contemplar la desolación del paisaje. Nadie parecía interesado en circular por aquella zona de monte bajo y pedregales, válida sólo para alimañas.

A Joannes, paso a paso, se le fue llenando la cabeza con los recuerdos de los días pasados. Recordó al fraile, los muertos, las investigaciones, el estado de sitio en Madrid, que no sabía si se había levantado aún. Las cosas parecían ponerse feas, y él en medio, sin capacidad de maniobra. Siempre, siempre había sido así: las pestes, el ejército, la disciplina, el hambre, el trabajo, la Iglesia y sus curas de severos trajes negros. No había que decidir, todo en el imperio circulaba suave, llevándote. Desde que uno nacía hasta que moría las decisiones se tomaban solas, venían las muertes, los viajes, las matanzas, las heridas, los amigos, los jefes, los enemigos incluso. Y Rebeca, ¿también tomaría la decisión por él? Las putas holandesas la habían cogido con una mano mientras con la otra le buscaban la bolsa. Josefina lo había buscado muchas veces en la oscuridad de una posada del Camino Real. ¿Qué iría a pedirle Rebeca, una niña de familia rica, judía, tan lejana a los rubios y humildes antecedentes de la suya como alta era la luna? Quizá su cuerpo, cuyas formas cubiertas de terciopelo negro no había podido olvidar. Si así fuera, quizá bastase con eso para un par de noches, luego el olvido. No hubiera pedido más, de hecho no pediría nada, lo que le diesen tomaría, igual que en el teatrón alguien movería las marionetas de metal en un cuarto oculto, y en la pantalla aparecerían tierras, hombres y mujeres, traiciones, asesinatos, amor, odio, muerte y vida lejanos, fruto de la pasión y los artificios de otros.

Sus pensamientos fueron haciéndose más negros a medida que aumentaban el cansancio, la sed y el hambre. ¿Seguiría el toque de queda? Muy probablemente. No

quería pensar en ello. Sí le habían reconocido, si alguien había visto el pistolón, la capa y las botas de uniforme, le detendrían a la primera de cambio. O quizá no, y era aún libre de moverse por la ciudad, de llegar al cuartel y reportar tras dos días de no aparecer por allí, Joannes recordó los ojos del teniente cuando le asignó la misión. Ahora entendía aquella mirada; era muy probable que el fraile y él se conociesen, y le hubiera pedido alguien de confianza, incapaz de traicionar, de actuar por propia iniciativa, alguien como él, anodino pero eficaz cumpliendo órdenes. ¿Alguien a quien poder sacrificar en una emboscada si era pertinente? Joannes recordó la mirada avícola del fraile, esos ojos tensos y rígidos como el cristal, calculando siempre los músculos bajo la tela, los huesos bajo los músculos, los pensamientos bajo los huesos.

Joannes respiró hondo, el sol bajaba por el cielo más rápido de lo que él lograba avanzar. El estómago comenzó a moverse por su cuenta. Volvió a caminar hasta que oyó algo. Había una peña unos pasos más adelante, se ocultó tras ella y vio pasar de largo un viejo triciclo cargado hasta los topes con jaulas de pollos.

Siguió camino. Encontró al paso granjas protegidas por bardas de adobe, huertas donde los labriegos hacían subir el agua para el riego de la noche poniendo en marcha pequeñas motobombas. Joannes los evitaba si podía; si no, saludaba rápido, como un conocido, a ver si, con suerte, lo confundían con alguien del pueblo.

Se detuvo en la cima de una loma. A su derecha el sol alcanzaba ya el horizonte. De frente tenía la línea oscura de los edificios. Delante se adivinaba un pueblo, ¿Casasconde? ¿El Pardo? ¿O eran ya las estribaciones de Madrid? Recordó entonces dónde se encontraba, el norte, allí donde se asentaban los que llegaban a la capital del campo, gentes castellanas en su mayor parte, hartos de la esclavitud de los labrantíos, o que huían del hambre y las pestes tal como él había hecho al bajar de la sierra. Allí se asentaban hasta que encontraban algo mejor o partían hacia otras tierras más benignas. Pobres entre los pobres que ni siquiera podían aspirar a vivir entre putas y ladrones de la ribera, ni en la zona oriental de Legazpi, ni siquiera en los miserables barrios moriscos del este, pobres hacía ya muchos siglos.

Reconoció la acumulación de edificaciones precarias, tapias de adobe mal construidas, chozas de chamizo y madera, riendas de tela remendada: aquello era Ciudad Covacha, puras, ladrones, y sobre todo hambre, mucha hambre y desesperación. Había pasado allí dos años hasta que entró en los tercios y no se había acordado hasta el mismo momento de estar a sus puertas. Aún le quedaban cicatrices de aquella época.

Joannes se encogió de hombros. Algo bueno tenía haber parado allí, al menos no habría alguaciles, no se atreverían a entrar.

11
Ciudad Covacha

No recordaba aquella calle de tierra sin compactar, aquel albañal concreto donde se pudría un gato muerto comido de moscas, ni tampoco las roídas tapias de adobes precarios, apuntalados de ramas y desechos transportados desde las escombreras. Sin embargo, reconoció el olor, mezcla de orines, viejos, de ollas grandes donde apenas sobrenadaba la grasa, de basura quemada y sudor agrio, un olor que le hizo sentirse en casa.

El aire levantaba polvo que el brillo del sol, muy bajo ya en el oeste, convertía en nubes de oro flotando sobre los tejados miserables. Entornó los ojos para evitar que se le llenasen de tierra. Se sujetó el sombrero y echó a andar calle adelante. Volaron papeles, algún trapo viejo desprendido de un tejado, ramas secas.

Los vio en seguida, ocultándose en huecos y esquinas: perros famélicos que le rehuían mientras le miraban con esperanza de un trozo de pan y niños desarrapados asomándose a las puertas de las covachas, chupándose los dedos, con los mocos colgando tenazmente de sus naricillas. Algunos sonrieron a su paso, y los más valientes y mayores salieron a su encuentro con la mano abierta. Iba demasiado limpio y bien vestido, y sabía cuan rápido corrían las noticias en la ciudad de los pobres; por tanto, avivó el paso. Una o dos mujeres lo vieron pasar mientras se lo cruzaban con hatos o cántaros a la cabeza. Venían o iban a la fuente, el caño miserable que abastecía a toda Ciudad Covacha. Joannes también buscó su cercanía.

Creía haber olvidado muchas cosas; sin embargo, sus pasos no fallaron, torciendo por callejones y atajando por vericuetos laberínticos. Sólo una vez tuvo que volver atrás y desandar el camino debido a un muro que le bloqueó el paso.

Oyó el ruido del parloteo desde muchas esquinas antes. Cuando llegó a la plaza central era ya casi de noche. Como recordaba, había dos o tres casas viejas, antiguas majadas de pastores remendadas muchas veces. En el centro de las miserables construcciones había un pilón de cinco metros que había servido para dar de beber a un gran rebaño de ovejas. A su vera se reunían mujeres gritando, riéndose las gracias mientras los cántaros se llenaban al escaso caudal del caño. Por un momento, a la luz sesgada y borrosa de la atmósfera saturada de polvo, Joannes confundió esa escena con una plaza empedrada e igualmente llena de risas y chanzas, la plaza de su niñez. Una de aquellas voces aún la recordaba tan cristalina como la misma agua que llenaba el cántaro, había sido la de su madre.

Ese pensamiento le hizo avanzar de nuevo. Por un momento se le ocurrió una idea desagradable: quizá la taberna ya no estaba, y la Dolores había marchado a su Ronda natal o, siguiendo un camino mucho más ominoso, al estercolero donde los covachanos enterraban a sus muertos, ya que hasta los curas habían abandonado

aquel lugar a su suerte. Muchas caras se giraron a su paso. Al fin encontró la esquina apropiada y vio la puerta abierta en un muro de adobe, la viga que hacía de dintel pintada de rojo oscuro con grandes letras que una vez habían sido blancas: Taberna Dolores. Entró apartando las cortinas de cuentas de madera y no vio nada durante un instante. Pero le bastó el aroma; olía a tierra mojada y apisonada, a aceite viejo, a orujo destilado dos veces, a pan y a aceitunas espachurradas encima, a queso pobre y potente. No pudo esperar a que sus ojos se acostumbrasen, algo corrió en un flamear de faldas y grititos cortos y se le lanzó encima, a abrazarlo y sacudirlo.

—Joannes. Bandidoooo, déjame que te vea. ¡Dios, que grande, y qué gordo y qué guapo que estás!

Joannes comenzaba a ver en la penumbra. Era la Dolores, sin duda; cetrina, recia, de caderas anchas como el mundo y un pecho capaz de amamantar un regimiento. Apenas había cambiado, era la misma de quince años atrás, capaz de tratarte como si los años pasados en lejanía fuesen sólo días u horas. Joannes volvió a mirarla. Era ella, en su totalidad, pero la veía más oronda, la piel menos aceitunada y la sonrisa más oscura.

—¿Dónde has estado estos años? Te he echado mucho de menos, grandullón.

—Por ahí, haciendo de todo un poco.

Recordaba con nitidez las paredes encaladas, los bancos recios, el suelo de tierra, las columnas de madera sosteniendo una techumbre tan baja que él, con el sombrero puesto, rozaba las vigas al caminar. Comenzaba a sentirse un poco mareado; el estómago era un hueco infinito en mirad de su ser. Se apoyó en una columna y se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—No digas nada, ven a descansar un poco, que se ve que no has dormido en días.

La Dolores le llevó de la mano a la trastienda, tras las cortinas y los barriletes de vino rancio. Se escondía allí una cocina de adobes, una despensa de madera recia cerrada por un candado y, en un rincón, una jofaina desportillada, un camastro de madera, un arcón vetusto, una mesa coja y dos sillas de espadaña; todo deteriorado, sin pintar; todo limpio, casi ajeno a Ciudad Covacha. La Dolo le sentó a la mesa y sin decir palabra, los ojos brillándole febriles, volvió a la cocina y regresó con una bota de vino, queso, aceitunas, una barra de lomo y un cuchillo de acero gris, largo, mortal, el mismo que había usado como arma tanto tiempo atrás. Muchas memorias se le quedaban pegadas en el tacto helado del metal al pasar la mano por él.

—Corta un poco de caña, come algo, hombre, y bebe, pardiez, bebe. Mi niño grande, qué alegría que me das. ¿Cómo estás?

Joannes sonrió. Aquella voz, aquella jerga, eran un dulce olvido. Al lado de la Dolo ya no había peleas, no existían los problemas, sólo la amplia cama de sus pechos. Ni preguntas ni reproches. Quince años de ausencia y era el mismo día de hoy, sin interrupciones.

Joannes sonrió ampliamente mientras el rictus alrededor de los ojillos azules se le relajaba liberando arrugas que habían visto muy poco la luz del sol. La risa le aflojo los músculos tensos desde muchos días atrás.

La Dolo le tomó la mano.

—¡Uy! Estás que te caes. A descansar, una siesta, luego le damos a la húmeda una jartá de largo.

Joannes se dejó llevar a la cama, la Dolo le quitó las botas y colgó el sombrero y la capa de un clavo. Los ojos se le abrieron al ver el Villegas oculto en la faja, pero no dijo nada cuando lo escondió bajo la almohada. Lo besó en la mejilla. Antes de que saliese del cuarto, Joannes ya respiraba profundamente, los ojos fijos en el techo de madera. Los rumores de la taberna se fueron amortiguando. Llegó la inconsciencia y luego el sueño. Podía ver todo Madrid desde arriba, se había transmutado en una nube grande y blanca que, hecha de ojos y arrastrada por el viento, cruzaba el cielo de la ciudad. Los mil ojos de la nube percibían cada esquina, cada teja, cada brillo de acero y cada mirada torva de una ciudad hecha de sombras. Había barricadas en las calles cercanas a la ribera industrial; muchas tropas se movían arriba y debajo de los edificios oficiales y los palacios de los ticos. Cruzando el río, toda la judería nueva estaba cerrada, tomada por la policía. Hasta ahí todo normal, pero había algo más, a su lado otra nube, donde la suya blanca, la otra negra; en vez de ojos habitada por manos de acero. Grandes miembros mecánicos, al extremo de mecanismos extensibles, bajaban a la ciudad. Tocaban aquí y allá, ahora una farola, luego tomaban del cuello a alguien, enfadaban a un tercero, asesinaban a un cuarto. Nadie parecía verlas salvo sus mil ojos nubosos. La nube negra era inmensa como la ciudad; más aún, crecía hasta tener el tamaño del mundo, del imperio. Su pequeña nube cruzaba el cielo bajo ella, asediada por manotazos brutales. Una mano como una red descendió y la atrapó. Joannes se resistió, tiró hacia abajo, peto no podía huir. Se volvió, subía en dirección a la negrura, estaba cerca ya, y dentro de las volutas de humo oscuro vio algo; parecía una cara, sí, era una cara, dos, muchas, la nube entera era una madeja de caras, de ojos, de cuerpos fundidos que se movían al unísono. Joannes reconoció al instante a Rebeca, al fraile, pero había muchos más: el judicatario, el secretario, el granata Ferruziel, el cabalista. Todos lo miraban, como preguntándose que hacía fuera de la nube. Bajaron más roanos; unas acariciaban, otras golpeaban, otras aferraban y torcían sus miembros según su voluntad.

Despertó sudando; las sábanas se le habían enredado en el cuerpo y estaba a punto de caer al suelo. Oyó trajín en la otra habitación. Había oscurecido. Consultó la hora en el reloj de bolsillo: las diez de la noche, no había dormido mucho.

Se puso las botas, bebió un largo trago de vino y salió a la cocina. Allí había un hombre en mangas de camisa y con un grueso delantal anudado a la cintura. Lo miró un instante y luego siguió con su labor de preparar un gazpacho. En la taberna la

Dolo charlaba en voz baja con unos clientes, apoyada sobre su mesa. En cuanto vio a Joannes, corrió hacia él con los brazos abiertos.

—Mí sol, ven a esta mesa que vamos a largar un rato. ¿Qué ha sido de ti desde que te vimos por aquí? Hace ya… al menos tres años de eso.

—Sí, más o menos. Desde que vine a buscar a aquel anarcolista.

—Mal rayo le parta al resaborío ese. Ya serás al menos cabo, ¿no?

—Sí. Y tú, ¿cómo estás?

La Dolo rió a voz en cuello. Para ella no había más opción que la risa franca y ruidosa.

—Igual, mi niño. Me he acordado mucho de ti. Que sepas que ninguno ha sido como tú. Aún te recuerdo entrando en la taberna cuando estaba querellando con aquellos malnacidos. Eras una cuarta más chico entonces, y la mitad de ancho, pero bien que les diste con la silla en la cara. No volvieron por aquí, no.

—Sí, Dolo, pero vinieron otros.

—Y a todos les diste con la silla, que así me quedó el mobiliario, que antes eran muebles de marqueses. —Un borbotón de hirvientes carcajadas volvió a llenarle el pecho.

—Tengo que servir a estos borrachos, ahora vuelvo.

Joannes también sonrió. Recordaba perfectamente aquel día. Durante dos semanas había sobrevivido en Ciudad Covacha malcomiendo y maldurmiendo, peleando por un mendrugo de pan y un rincón al abrigo del viento. Había acudido a la taberna a buscar trabajo, y el trabajo le había venido directo en forma de pendencieros que la Dolo no había podido vencer más que a medías: se le había roto la botella con el primer cráneo, dejándola sin arma. Joannes aún era un mocetón serrano, virgen en más de un aspecto, que aún no había estado en los tercios, nunca había matado a un hombre y tampoco había amado a una mujer, pero bien capaz de partir un par de caras y poner en fuga a los de la gresca. Aprendió mucho aquel año y medio en que defendió la taberna y calentó la cama de la Dolo.

Joannes se echó al coleto un largo trago de vino. Comenzaba a verlo todo de otro color; estaba en el seno que le había defendido una vez y que parecía siempre dispuesto a acogerlo. Aun en el otro extremo de la sala, percibió perfectamente el perfume de la Dolo. No era una mixtura de botica —agua de azahares, violetas, lavandas—, era la familiar fragancia de su piel de aceituna madura que exudaba sol hasta en invierno.

Tomó un largo trago de la boca. El vino aquel, que sólo la Dolo sabía de dónde lo sacaba, tenía la virtud poco común de abolir la realidad en tres tragos. Al primero todo daba igual, al segundo se quedaba uno ciego, y al tercero comenzaban a verse cosas que salían de los rincones en sombras.

La Dolo, en su continuo deambular, recaló de nuevo en la mesa de Joannes. No

dijo nada, sólo lo miró de muy cerca.

—Dolo, creo que ahora sí que la he cagado bien.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, pero creo que me la han jugado. ¿Qué sabes de cómo están las cosas en Madrid?

—Yo de Madrid no sé nada, ni quiero saberlo. No se me ha perdido nada allí, mi alma, ya lo sabes tú.

—Sí, Dolo, bien lo sé, que llegaste aquí con una tropa real que puso aquí el campamento, se fueron, y te quedaste tú y unos cuantos.

—Eso mismo. Yo no sé nada de la capital y sus gerifaltes y sus damonas emperingotadas y con la entrepierna almidonada, pero si quieres algo de allí, habla con el Ciego, él sí lo sabe todo.

El Ciego. Joannes se golpeó la frente. El manotazo sonó a sopapo de mayores dimensiones. Hubo algunos que se volvieron interesados, Joannes les ignoró. ¿Cómo había podido olvidar al Ciego?

—Me voy a verlo. ¿Donde siempre?

—Sí, ¿vendrás luego?

—¿Aún hay un hueco aquí para mí?

—Mira qué hueco, todito para ti. —Dentro del escote hubiera cabido toda la población lactante de Madrid—. Toma, llévale un poco de vino, y cuidado con la patrulla.

Joannes, mientras salía de la taberna, pensó en la patrulla y su jefe, el rey de la mierda, como le gustaba que lo llamasen. Creía que había muerto ya y puede que así Riera y el de ahora fuese otro distinto, un sucesor del que él había conocido y padecido. Esperaba no verlo, ni a el ni a sus hombres, había cuentas pendientes aun después de tanto tiempo.

Joannes apartó las cortinas y salió de la taberna cuando ya la noche, arrastrada por un viento que olía a cereal y a verano, arropaba las calles de Ciudad Covacha. Se sorprendió de reconocer las costumbres. Mujeres y niños sentados a las puertas de las casas le miraron pasar. Se cruzó con varios hombres camino de la taberna o de regreso de algún trabajo miserable en la ciudad. Examinó los gestos, las miradas, eran los mismos signos de alegría y amargura que recordaba. Todos los rostros se fundieron en una misma cara sin afeites, sin guedejas, morena, dura, sentida, posiblemente ocultando el dolor y el hambre con gesto neutro; posiblemente con una sonrisa, un llanto o un insulto a flor de piel.

Oscurecía a ojos vistas. Algún farol aislado alumbraba ventanas construidas con cartones y maderas de embalajes. Nubes de chiquillos gritando y jugando corrían por doquier como sombras grises y casi invisibles.

Los reconoció por las grandes voces y las fanfarronadas. Se pegó a una pared y

los vio pasar, las estacas y las facas bien dispuestas al cinto. Incluso tenían un trabuco; mucho habían progresado. Cuando la patrulla se perdió en la oscuridad, siguió adelante. Los había evitado, pero nada quedaba mucho tiempo oculto al rey, y al rey hay que rendirle cuentas. De algún modo le apetecía hacerlo; era un asunto que casi había olvidado, pero con el regreso le pareció que aún estaba fresco. Desechó esos pensamientos; había más cosas en juego, no tenía tiempo para viejas venganzas.

Aun en la oscuridad no le costó mucho encontrar el camino hacia el pequeño montículo terroso al pie del cual el Ciego ocupaba un viejo chozo hecho de juncos mal unidos. Joannes avanzó más despacio, no quería que le oyese aún. Dio la vuelta al montículo, encima del cual crecía un olivo raquítico y maltratado, y llegó al habitáculo, una construcción en pirámide hecha con ramas, hojas y pitas uniéndolo todo. Siempre ardía una hoguera delante de su casa, en invierno y en verano; quizás era la forma que tenía el Ciego de distinguir su choza del resto de basuras que le rodeaban.

El Ciego seguía teniendo el aspecto que recordaba: un hombre enjuto, de piel pálida y largas melenas de pelo muy blanco y fino. No usaba gafas de ciego; los ojos eran dos pozos vacíos. A Joannes siempre le había dado miedo mirarlos de frente; parecía que ninguna luz podía penetrar allí, ni siquiera a pleno sol. Tenía las manos apoyadas en el bastón y el cuerpo cubierto por un capote de lana, una especie de cáscara de molusco, dura por la suciedad y el tiempo, que nunca se quitaba de encima. A sus pies había dos o tres chiquillos. Uno de ellos sostenía precariamente un enorme diario, quizás el *Madrid o* el *Semanario del Diablo*. Joannes se detuvo; ninguno parecía haber reparado en él. La voz del chiquillo era dulce, leía despacio y pronunciando correctamente.

—El secretario para la Defensa advierte que el Consejo debería aprobar el refuerzo de la flota del Caribe para evitar los saqueos de ciudades costeras a manos de los piratas borgoñones, organizados y pagados por nuestros enemigos de la Borgoña americana, cada vez más audaces. Y no sólo él se plantea esa cuestión; también en los mentideros de la corte se dice si no va siendo hora de acabar con ellos de un plumazo, conquistar esa parte tan problemática del continente a mayor gloria de la comunidad de las Columbias. Por otra…

—Silencio, Diego, que tenemos visita. Acércate, hijo.

Joannes avanzó unos metros sin decir palabra, la boca se le torcía en una mueca socarrona. El Ciego movió la cabeza, parecía un ratón aventando al gato.

—Esos pasos… ese olor…

Se acercó hasta el Ciego y se agachó sobre el, poniendo la cara entre sus manos levantadas. El Ciego recorrió sus rasgos con la punta de los dedos.

—Joannes. Hijo mío, cuánto tiempo… ¡A mis brazos!

Abrazó al Ciego. Percibió muy fuerte un olor inconfundible, el aroma a tiempo, a

seca experiencia macerada en espera, en sudor y tela nunca lavada; era parte también de sus recuerdos. Los niños los miraban desde el suelo, con la boca abierta y los ojos casi desorbitados.

—¿Me permites que termine con esto? Luego tienes mucho que contarle al Ciego, aunque algo ya sé.

—Todo, viejo bribón, todo lo sabrás, de seguro.

—Me sobrestimas, Joannes. Siempre lo has hecho. Niños, Diego, Ricardo, Alfata, éste es Joannes. En tiempos vivió aquí como vosotros y mirad qué buen mozo que se ha hecho.

Joannes se sentó sobre una piedra, retirado del fuego que sumaba bochorno a la noche, y contempló cómo el niño terminaba de leerle al Ciego las noticias del periódico. Al acabar, el anciano pareció caer en un sopor pesado, pero Joannes sabía que no era tal. Lo oía todo, lo leía todo, parecía tener cien ojos, y doscientos oídos; conocía los rumores, las noticias, las mentiras, los chismorreos, las verdades a medias, los secretos de casi todo lo que sucedía en Madrid. Salió de su mutismo con una voz arrastrada, seca y tan vieja como él mismo.

—A ver, Diego, tú apréndete la noticia esa del secretario del Interior del *Madrid y* la completas con la opinión del *Semanario*. Ricardo, los resultados del antropódromo para los casinos y los chismes esos que nos ha dicho el Lagartijo para las señoras nobles. Ya sabes dónde venderlos, en la cuesta de la iglesia de San Ginés, a la salida de la misa de doce. Y tú, Alfata, vas a ir a las cercanías de la sinagoga de La Luz, y cuentas eso que te he dicho sobre la Bolsa y lo de los turcos. ¡Hala, niños!, a estudiar, que mañana hay que trabajar.

Los niños se levantaron corriendo, arrastrando consigo los periódicos, y desaparecieron detrás del montículo.

—Diablillos. La mitad de las veces equivocan lo que les digo. Casi mejor, hay muchas noticias que más vale que no se sepan.

—¿Cómo estás, Ciego?

—Más viejo, más rancio, más avinagrado, tal que el vino que envejece mal. Joannes, ¿qué haces por aquí? Éste ya no es tu sitio.

—¿Y cuál es? Yo aún no lo sé.

—Nadie sabe cuál es su sitio, no está escrito en ninguna parte. ¿Te puedo ayudar en algo, o sólo vienes a ver a los viejos amigos?

—Quizá sí, a mí la cabeza ya no me da para tanto.

Joannes se detuvo sin saber cómo continuar. Las palabras tardaron en ordenarse en su cabeza, en hacerse algo coherente.

—Hay muchas cosas, asuntos de nobles, de granatas, de imperiales, muchos muertos y mucha gente importante. Sin ir más lejos, el otro día estuve con el secretario del Interior, en su despacho.

El Ciego se removió en su asiento. Era como un extraño cono de materia negra crecida del suelo. Sólo la cara y las manos, iluminadas en rojo por las llamas del fuego, parecían vivas.

—¿Tiene todo eso algo que ver con los judíos?

—¿Cómo lo sabes?

—Leo entre líneas, Joannes, ya lo sabes. La prensa no puede contar lo que quiere y, sin embargo, es muy difícil que la pluma no escriba lo que ella desea, muy complicado expurgar toda la letra escrita, y no digamos ya soterrar los rumores: ésos son un río grande, más parecido al Ebro que al Manzanares.

—¿Entonces sabes algo de los asesinatos?

—Algo, y quisiera olvidarlo.

El Ciego dejó de hablar en voz alta. Sin embargo, movía la boca, articulaba palabras inaudibles. Joannes le había visto hacerlo muchas veces, era su forma de pensar.

—Pásame la bota que traes al hombro, Joannes, tengo sed. El vino de la Dolo sigue siendo la misma sangre putrefacta de siempre.

El Ciego vaciló. Joannes nunca le había visto tan renuente a hablar. Con sorprendente precisión el grueso chorro de la bota le llenó la boca. Se limpió con la manga y comenzó a hablar.

—Joannes, ¿crees que hay cosas más allá de lo que se ve?

—No entiendo.

—Vosotros os fiáis de los ojos, el mundo es lo que se ve, no nada más allá, sin embargo… sí lo hay, muchas cosas.

—Pareces un viejo cabalista de la ribera.

—Ésos son pobres ignorantes que apenas conocen el alcance de la Cábala. Antes no era ciego, antes tenía ojos que veían las cosas y que sólo creían lo que tenían delante; ojos que no me servían para nada, porque lo que se ve es apenas una parte de lo que hay, y hay mucho, muchísimo.

›Por eso sé que hay muertos que se entierran en silencio; sé que hay alguien poderoso moviendo los hilos, o mejor, los engranajes, tirando de aquí y tirando de allá, y también sé que en ese juego un cabo de alguaciles tiene poco que ganar y mucho que perder. ¿Aún quieres saber?

—Ya estoy perdiendo; tengo que apostar más, a ver si remonto.

—No eres jugador, Joannes, y encima en este juego los naipes están marcados.

—Aun así.

El ciego respiró hondo, buscó con la mano la cara de Joannes. Éste le dejó hacer, sabía que recorrer sus facciones con las yemas de los dedos era su equivalente a mirar a los ojos.

—Ya eres un hombre, y no seré yo quien se interponga entre un hombre y su

destino, Joannes. Te lo resumiré en pocas palabras: en la corte, entre los granatas, en la Alhama y en las conchabías, en los círculos de poder de la ciudad, que es tanto como decir de todo el imperio, se mueven muchas fuerzas estos días. Alguien presiona al imperio, alguien con un poder que nadie había imaginado que poseía. Apenas adivino sus métodos, que son los antiguos, los poderosos y negros métodos antiguos, poderes sólo despertados en casos de extrema necesidad. Alguien está usando ese poder para pedirle algo muy importante al imperio, algo que le está costando dar. Creo saber que ni buscas a ese hombre que presiona, pero ten cuidado, porque si la presión se acepta, el imperio querrá negar que haya cedido en algo y él olvida con sangre y ruego, Joannes, con sangre y fuego.

Joannes entendió. El Ciego no hablaba con todas las palabras, pero él sabía poner las que faltaban.

El aire se levantó fuerte avivando el fuego. El cielo había estado despejado por la tarde y, sin embargo, en poco tiempo se había cubierto de nubes espesas.

—Joannes, ayúdame a meterme dentro, va a llover, lo huelo. Vio el resplandor de los disparos y lo confundió con relámpagos; la tormenta aún no había empezado. Al rato reconoció el sonido de las armas pesadas y el bramar de blindados.

—¿Qué sucede, Joannes?

—¡Dios!

—¿Qué?

—El ejército está aquí. Lo que llevan tanto tiempo diciendo que van a hacer, limpiar Ciudad Covacha; se han decidido.

—No supuse que estuviesen tan desesperados. Es el miedo. Los niños, ¿dónde están los niños?

Querrían hacer una purga, habrían rodeado todo el perímetro, preparado barreadas, bloqueado salidas, una operación tranquila, bien planificada y sin riesgos. Pero bastaba un dedo demasiado sensible apoyado en un gatillo, o una piedra que vuela de una mano anónima para que todo se desbaratase y comenzase la barbarie. Joannes tomó casi en volandas al anciano. Le sorprendió lo poco que pesaba. Mientras caminaba a grandes trancos pensaba con furia: ¿dónde ocultarlo? Joannes se detuvo paralizado. La Dolo, la Dolo era capaz de salir a luchar a sartenazos. La freirían a tiros.

Los disparos, matizados por alguna explosión, sonaban en dirección sur.

—Están aquí por mí, ¿verdad?

—Sí, Joannes. Sí, que Dios se apiade de nosotros.

—¿Dios? ¿Qué Dios?

12
Hostigado

La lucha había comenzado por el sur. Joannes, mientras avanzaba cargando con el Ciego, oía las estruendosas detonaciones de los trabucos y las afiladas de los fusiles de asalto. Supo, sin casi pensar en ello, que eran sus compañeros alguaciles, aquella estrategia, los disparos de las armas. Tenía una posibilidad, entonces.

—Buscarán en todos lados, reunirán a la gente en la plaza. Si esperas allí y no te mueves mucho no creo que te hagan nada.

El Ciego lo miraba sin ver, escuchando atento los rumores de la lucha.

—Sea como tú dices.

—A los niños diles que hagan lo mismo, quietos y sumisos, que ni se les ocurra tirar piedras o algo así. Con suerte, cuando lleguen allí ya no habrá resistencia, se habrán cargado a los hombres del rey. Lo malo sería que os cogieran entre dos fuegos.

Corriendo, arrastrando al Ciego por el suelo de tierra, Joannes llegó a la plaza central. Dejó al anciano al lado del pilón y, tras repetirle las instrucciones, se alejó sin despedirse, la cara transformada en una máscara. Se movió con seguridad, apartando a empellones a aquellos que le estorbaban. En pocas zancadas llegó a la taberna, pero ya era tarde. Abajo, en el callejón, un blindado avanzaba lentamente. Parapetados tras él, alguaciles vestidos de negro disparaban a diestro y siniestro. Desde un par de esquinas respondían a las balas hondas y tirachinas. Joannes sabía que aquellos muchachos tenían una puntería endemoniada, pero de nada les valdría.

Avanzó hacia la taberna con la espalda pegada a la pared. La oscuridad ayudaba a que no fuese fácil verle. Las balas silbaban en el aire y rebotaban contra las piedras con latigazos de furia o se incrustaban en el adobe con sonidos sordos, como picotazos de un ave hambrienta. ¿A qué inútil se le había ocurrido realizar la operación de noche? Era ilógico, a no ser que tuviesen mucha prisa. La oscuridad les daba ventaja a ellos, los asediados, que conocían aquel laberinto como la palma de su mano.

Llegaba ya a la puerta de la taberna, tensaba los músculos para apoyarse en el marco e impulsarse al interior en un solo movimiento, cuando algo colorido y febril surgió gritando de entre las cortinas de cuentas.

—¡Vais a meter en la trena a vuestra puta madre, malnacidos!

La Dolo, con las faldas remangadas y un pañuelo sujetándole el pelo, saltó a mitad de la calle. Las balas y los proyectiles silbaban a su alrededor. Joannes intentó moverse, actuar, saltó hacia ella. La Dolo disparó el trabuco que apoyaba en la cadera. El disparo iluminó el callejón en sombras revelando el brillo salvaje de sus ojos oscuros. Joannes volaba ya a su encuentro, a enterrarla contra el suelo, lejos de

las balas que surgían desde el vehículo. No llegó a tiempo; notó los impactos desplazando el cuerpo cuando ya chocaba contra ella y la derribaba. Sin pensar, la agarró del vestido y la arrastró contra la pared entre las nubes de polvo que levantaban las balas. Apenas había luz, no podía verla peto la sentía palpitar aún. Había humedad en sus manos, el vestido estaba empapado y la Dolo gorgoteaba dolorosamente. Le puso dos dedos en el cuello. El pulso se le iba rápidamente. De repente, una covacha construida con ramas y papeles, empezó a arder. El resplandor alumbró lo suficiente para ver la cara de la tabernera, de repente tan vieja como él suponía que debía ser. Aún sonreía después de muerta, los ojos vidriosos brillando con una chispa de sorna inmortal.

Se levantó de un salto, el Villegas en la mano. Apuntó a uno de los hombres al final del callejón. Durante un instante interminable el dedo del gatillo se afianzó milímetro a milímetro. El blanco era fácil, muy fácil. No disparó, bajó el arma y salió corriendo en dirección contraria.

Hacia el centro de Ciudad Covacha aún había cierto orden, cierta calma, pero eso no duraría. Sus pasos, largos, seguros se dirigieron al oeste, sabía que reforzarían las líneas en la salida del pequeño valle que ocupaba la ciudad, y en la entrada, y colocarían algunos hombres, no muchos, y quizás algún vehículo en los montecillos de los laterales, a este y oeste. Aquél era el punto más débil del cerco.

Se escurrió entre las sombras, y pronto estuvo en pleno campo, moviéndose agachado para que su silueta no destacase contra los fuegos que ardían en la Ciudad. Cuando calculó que estaba cerca de la línea se detuvo al lado de una gran peña. Temía que el respirar de fuelle del pecho alertase a todos los alguaciles en leguas a la redonda. Aguzó el oído todo lo que pudo. Continuaban los disparos, el crepitar de los incendios. Pronto oyó el ruido de botas rozando la maleza. Se movían muy juntos, cubriendo sectores contiguos, sin hablar y sin linternas que los delatasen. Se acurrucó aun más. Él mismo podría haber sido uno de ellos, estar ahí, en la oscuridad, con el dedo en el fusil y los ojos atentos a cualquier movimiento. Alguien caminaba despacio, muy cerca a su derecha. Largos latigazos de tensión le recorrían la espalda y las piernas, tenía la boca muy seca, empalagada de polvo. Los pasos hacían crujir la hierba reseca muy cerca ya. Bruscamente se detuvieron. Joannes contuvo la respiración. El fulgor de los incendios iluminaba las nubes bajas hasta que el resplandor súbito de un relámpago lo emblanqueció todo. El trueno retumbó en el valle como el bramido de un toro brutal, Joannes creyó que lo había visto al ser iluminado por el rayo; la tensión se hizo insoportable. Lo sentía a la derecha, erguido, quizás apuntándole con un arma a punto de disparar. Un ventarrón de tormenta agitó la vegetación. Vino un nuevo relámpago, un chispazo de luz que partió cielo y tierra con su intensidad, y que sorprendió a Joannes a mitad de su salto. Golpeó con el cuerpo al otro hombre. El trueno, un grito enorme y hueco, apagó el gemido del

alguacil. Se debatieron en el suelo: la tela y el cuero resbalaban; las manos de Joannes buscaron la garganta del otro, dos tenazas inmisericordes que nada podía detener. Vino otro relámpago y Joannes reconoció el rostro contraído que se debatía por respirar algo de aire. Gruesos goterones de agua caliente comenzaron a caer sobre la tierra reseca. Aflojó la presión.

—¡Santaluña!

—¡Arghh…! ¡Joannes, joder! ¡La puta que te parió, casi me rompes el cuello! Agáchate, que nos van a ver.

Llovía; el agua formaba una sustancia indisoluble con la oscuridad y el aire. El mundo era un continuo gris de lluvia. Un nuevo relámpago iluminó a Santaluña mientras se masajeaba el cuello, los ojos brillantes de dolor. A su vera, sobre el suelo, el fusil se empapaba.

—No vamos a por ti; tenemos órdenes, pero acordamos dejarte ir. Ahí, a la derecha, ¿lo ves?, está el Valenciano. Se le van a poner buenos los bigototes de morsa, compadre. ¿Qué has hecho, hijo de una pendeja? En Madrid te están buscando hasta las putas. ¿Te has cogido a la hija del secretario?

Joannes no podía hablar, miraba la oscuridad y olfateaba la dirección en la que iba a huir.

—No, no vayas por allí; tira al montecillo que hay allí abajo. En la base espera un blindado, pero si te escurres por detrás no te verán. Te hemos dejado ropa y el dinero acordado en la Taberna del Manco. Tómalo y desaparece, vete al norte o al sur, pero desaparece de Madrid. Tienen muchas ganas de echarte el guante, y si puede ser muerto, mejor. Pero tienes suerte, pinche pendejo. Ya dijo el Valenciano que, sí ibas a huir, tirarías al oeste, que no eras tonto, razón tiene el bandido.

Joannes se acercó más a Santaluña y éste se retrajo. Tuvo que contenerse; sus manos parecían poseer inercia propia, tenían ganas de hundirse en la carne, apretar hasta que las venas se endureciesen y culebreasen a su presión como gusanos de acero. Al final cambió el impulso, agarró los hombros estrechos de Santaluña y le musitó un gracias gutural, casi incoherente. En un instante se puso en pie y corrió. Ya no se veía nada; sólo los relámpagos revelaban el paisaje, las líneas de la lluvia, las peñas fantasmalmente blancas, los árboles, densas marañas de ramas y hojas.

El agua le picoteaba la cara. Se protegió el rostro y tomó la dirección que le habían indicado. Avanzó tropezando con piedras y ramas, orientándose en los resplandores de los relámpagos.

Superó el montecillo y desde la cima resbaló en el barro de una torrentera recién creada. Golpeándose con piedras y raíces, descendió hasta inmovilizarse. Había algo delante, luces, unas voces; era el blindado. Arrastrándose por el barro, con el sabor del agua de lluvia en la boca, se movió alejándose de aquella gente. ¿Por qué habían atacado de noche? No tenía sentido, ningún sentido. De día no hubiera podido huir, le

habrían cazado como a un conejo entre las hierbas y las zarzas.

Cuando lo creyó seguro, se irguió y caminó arrebujándose en la capa encerada. Aún era noche cerrada; no se veía apenas nada, pero continuó corriendo como pudo, huyendo del cerco. Sabía que si a la mañana no lo habían encontrado, empezarían a rastrear los alrededores. Para entonces debía estar lejos. Cuando dejó de llover, la noche se hizo fría y desapacible. Soplaba un viento de la sierra, fino y letal como un cuchillo, que se filtraba entre las junturas de aquella mala capa que le cubría y le helaba el pecho empapado. Sin embargo, tenía que estar agradecido, había escapado. Los últimos jirones de nubes tormentosas fueron arrastrados hacía el sur y la luna, alta y brillante, le hizo más fácil el camino. Avivó el paso, las piernas como dos máquinas entrenadas en el movimiento por terreno abrupto. Al poco ya había recuperado la peculiar marcha que había aprendido en muchas incursiones como soldado, a ratos al trote, a ratos a largos trancos, lo suficientemente rápida para avanzar a buena velocidad y no tanto como para agotarse en seguida.

Sabía cuál era el camino, Madrid era una nube de luciérnagas en el sur. Los tejados húmedos brillaban como mercurio al toque de la luna y las puntas de luz de las farolas oscilaban temblando al viento.

Llegó a una zona residencial, casas nobles, grandes y de espesos muros, con portones para el paso de coches amplios, haciendas antiguas o de nueva construcción. No era buena zona, seguro que había vigilancia, así que avanzó con cautela, buscando las esquinas oscuras. Aquello era el antiguo pueblo de Mirasierra. Aún estaba lejos del centro, pero sabía por dónde ir. Cruzó como pudo la carretera del Cardenal Diez y bajó por un barrio de callejas modestas, ni miserables ni ricas, propiedad de funcionarios de baja estofa, artesanos y obreros especializados, que se extendía hasta los altos muros de la Ciudad de Dios, el recinto de grandes conventos y colegios universitarios donde estudiaban los futuros religiosos, bachilleres y licenciados. A aquellas horas de la noche no había nadie por sus grandes avenidas porticadas, ni en sus glorietas ajardinadas y llenas de estatuas. Se detuvo un momento a la sombra de un gran tilo, muy cerca de la iglesia del colegio de la Trinidad y sus célebres cátedras de matemáticas y metafísica, una mole oscura repleta de bocas con dientes de cristal negro. Se apoyó en el árbol y sólo entonces notó lo cansado que estaba. El corazón le latía como queriéndose salir del pecho y las piernas le temblaban. Se sentó en el escaso suelo no embarrado que encontró, justo debajo de las grandes ramas del tilo. Ahora venía lo más difícil, llegarse a la Taberna del Manco. El centro estaría lleno de patrullas.

Se sobresaltó. Había dado una cabezada inconsciente y le habían despertado ruido de guitarras y risas de borracho. Muy cerca de allí, tras algunos setos, había gentes con faroles erráticos que reían y cantaban. Joannes se levantó y se palpó la bolsa; tenía el dinero del Ferruziel, suficiente para lo que quería hacer. Salió a la luz cuando

la parranda ya cruzaba la plazuela. Se detuvieron y dejaron de reír. La estatua del canónigo que presidía aquel rincón nocturno parecía mirarlos con reprobación. El más valiente, o el más borracho de los estudiantes se adelantó tambaleante.

—Si eres espíritu, aléjate que nuestro vino no lo puedes catar, si eres vivo, échate un trago y, si eres alguacil, enróscate el rabo y vete al infierno.

—Ni espíritu, ni alguacil. Venga ese vino, que por cada trago ahora devolveré invitación a diez.

Se acercó lentamente, haciendo tintinear la bolsa. Los estudiantes dudaron, algunos iniciaron la retirada, pero otros los agarraron de los faldones y los retuvieron. Cuando estuvo a diez pasos los faroles le iluminaron. Joannes se esforzó en sonreír, pero el resultado no debió de ser muy tranquilizador porque el grupo encero vaciló al borde del pánico y la huida. Se detuvo *y rezó* en silencio por que el vino les hubiera vaciado lo suficiente el seso.

— *Ad libítum*. Venga ese trago, fantasma.

El estudiante que había hablado luchaba por mantenerse erguido. La bufanda le oscilaba alrededor del cuello, que no paraba de moverse adelante y atrás. Le lanzó la bota con notable puntería para su estado y Joannes la cazó al vuelo. Con una sola mano, sin dejar de mirarlos, la elevó y retorció. El tintorro caliente, peleón, le cayó en la garganta duro como un taladro. Cuando ya la bota daba signos de agotamiento, dejó de beber y, al calor del vino en la barriga, se rió a carcajadas largas y terribles. Por un momento creyó que no podría dejar de reír. Al instante se vio rodeado por la turba de terciopelo negro, rictus demacrados y embelesados por la parranda. Quizás habían empezado hacía una hora, quizás hacía una semana; daba igual, él ya era uno de ellos y les dirigía a la Taberna del Manco.

Cruzaron largas calles desiertas, gritando a voz en cuello. Algunas patrullas les hicieron correr unos metros y luego los dejaron hacer; Joannes respiró aliviado. Había más horas cargadas que surgieron de no sabía dónde, igual que las bandurrias y las guitarras.

A ratos la marcha se hizo lenta, a ratos Joannes estuvo tentado de dejarles, y a ratos quiso beber con ellos y olvidar.

Sólo cuando entraron en la Taberna del Manco, que no cerraba nunca, Joannes se dio cuenta de que habían cruzado un buen trecho de ciudad. Era muy tarde, en la taberna no había más que los jugadores sin blanca ya, que bebían taciturnos, o los que esperaban fortuna en cuanto alguno de los jugadores dejara su puesto y ellos pudieran entrar en la timba del sótano.

El Manco le reconoció, pero el Manco conocía a todos, y nunca, había delatado a nadie. Hizo como que era un estudiante más, y les sirvió grandes jarras de barro llenas de su vino más peleón y barato. A Joannes le costó casi todo lo que llevaba en la bolsa lograr que lo olvidasen, que la parranda aquella se silenciase, cayesen uno a

uno en un silencio de ronquidos y vivas en sueños o que partiesen solos o en parejas, a dormirla en una esquina o en la cama, si lograban llegar. Era ya casi el alba, Joannes se había esforzado por permanecer en la penumbra y en una duermevela en que el cansancio, el vino y la angustia habían batallado incansables. Joannes estiró los largos brazos. Luego golpeó con la palma abierta la columna de madera más cercana. Le sorprendió el golpe sordo y que cayese algo de polvo del techo. Luego se levantó y fue a la cocina, detrás de la barra. Allí el Manco, al que nadie nunca había visto dormir, descansaba con los ojos abiertos y vidriosos, sentado en un taburete, con su único brazo sosteniéndole el mentón sin afeitar. Parecía un gran lagarto adormilado; Joannes se le quedó mirando fascinado. El Manco movió el brazo con una lentitud geológica y señaló con el dedo un rincón. Miró a la gran tinaja de agua potable, vacía y sin uso desde muchos años atrás. Se acercó a ella y metió la mano por la ancha boca. Dentro palpó un hatillo de tela. Lo sacó con precaución; tintineaba y parecía repleto. Había ropa limpia, munición para el revólver, hierba y un fajo de billetes, la cantidad que habían acordado entre todos que se daría a los que tuviesen que dejar el servicio y salir por patas. Joannes no se permitió ni un solo momento de vacilación; tenía una nueva condición de paria, de perseguido. Ardía por dentro con el mismo fuego azul de sus iris que sobresaltó al Manco, le hizo levantarse y marcharse de la pequeña cocina.

Se cambió allí mismo, las ropas bastas y sucias por las suyas, una capa, suave y resistente a la vez, una camisa limpia, calzones de montar, botas altas, cinturón y faltriquera de cuero suave, desgastado por el uso, colero de búfalo para las cuchilladas y su viejo sombrero. Amanecía cuando salió a la calle, que estaba bastante vacía. Era viernes, si su memoria no le fallaba. Había transcurrido una semana desde que todo aquello había empezado. Sacudió la cabeza para despejarse y poder pensar. No consiguió eliminar la sensación de que habían pasado años, no días.

Le ardían las manos, el cansancio le quemaba las venas de las piernas, pero se obligó a caminar cuesta abajo, buscando las callejas. En cuanto llegó a la Costanilla de San Vicente, esperó agazapado en una esquina a que pasase un autocoche lo suficientemente lleno como para que a ninguna patrulla se le ocurriese pararlo. Lo abordó en marcha, saltando al pescante e impulsándose al interior repleto a pura fuerza de brazos. Se bajó de igual manera en la Puerta de Toledo, sin esperar a la parada. Cruzó por la Ronda de Toledo fingiendo interés en alguna de la mercancía que se vendían en puestos callejeros, perennes en aquella zona, y torció en dirección al río en cuanto divisó a una pareja de alguaciles. Todo parecía tan normal, tan cotidiano; sin embargo, Joannes vio las huellas de los recientes conflictos en las calles: árboles quemados, restos de barricadas aún no retiradas que se acumulaban contra las esquinas… Salió de aquella zona tan cercana a la ribera buscando el río, que cruzó por el Puente de la Vergüenza. Se detuvo a medio camino; necesitaba

descansar. Se apoyó en el pretil. Aguas abajo vio el puente que había cruzado en su huida tan sólo un día atrás. El sol pegaba fuerte y hacía reverberar el agua del Manzanares. Había patos nadando y algún pescador buscando fortuna en las riberas llenas de juncos y suciedad. Al río daban muchas casas inclinadas sobre el agua, de fachadas grisáceas llenas de ventanas irregulares como picotazos. Por un instante se preguntó qué hacía en aquella ciudad de piedras grises y multitudes vociferantes, capaces de matarte por dos perras chicas y también de enriquecerte por un capricho pasajero. Sacudió la cabeza, miró con precaución en derredor y siguió adelante sin vacilar.

Joannes ya conocía aquello, pero no dejaba de sorprenderlo. Al otro lado del río, ya en la judería nueva, la ciudad cambiaba de carácter. Comenzaban los paseos arbolados, los altos muros tras los que se erguían espléndidas mansiones, las estrellas de David en los adornos de las verjas, las *mezuzahs* relucientes en los pórticos y los coches brillantes como enormes zapatos de charol que circulaban lentamente arriba y abajo.

Casi podía ver el camino trazado por líneas de fuego en el suelo. A pesar de la prisa que sentía, se movió con precaución y eso le salvó de caer, al doblar una esquina, en manos de una patrulla de alguaciles que fumaban a la sombra de un castaño de indias. Dio un rodeo y alcanzó a llegar a la mansión de los Ferruziel sin más encuentros. Saltó el muro por la parte de atrás, una calle desierta donde se acumulaban los cubos de basura sin recoger y se abría un portón para Los camiones de reparto. Tras el salto rodó por el suelo y se refugió detrás de un arbusto. Todo parecía desierto, no había ningún autocoche en el porche, ni ningún sirviente trajinando en el jardín. Esperó pacientemente a cualquier signo que indicase presencia humana. No podía haberse ido; la necesitaba. Se forzó a esperar un largo cuarto de hora. Antes de moverse, sacó del bolsillo el reloj del banquero. Se había olvidado de darle cuerda y sin embargo seguía funcionando; alguna maravilla mecánica lo mantenía con vida. Eran las doce y media.

Caminó hasta la puerta que daba a la cocina, por donde había salido corriendo la última vez que visitó la casa. Estaba cerrada, atrancada con un candado. Aplicó presión contra la jamba de la puerta hasta que la madera cedió con un crujido y se partió. Entró lentamente, dejando que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra. La cocina parecía un campo de batalla, había cacharros sin fregar, comida abandonada sobre la mesa, una escoba apoyada contra la pared. Tomó un trozo de pan de encima de mesa y lo mordió con saña. Al volverse vio algo más: el cadáver del judío loco, del sirviente que sólo decía incoherencias, sentado en el suelo contra la pared, la piel seca y lívida y los ojos muy abiertos. Estaba frío, muy frío, quizá llevara un par de días allí. No olía mucho aún, pero las primeras manchas moradas y rojizas de la putrefacción le crecían en el cuello y en las manos. Se levantó con el revólver en una

mano y el mendrugo de pan en la otra. Se fijó entonces en los destrozos, golpes que habían desconchado algunos azulejos, losas partidas en el suelo. La puerta de salida de la cocina colgaba de sus goznes, destrozada.

Entró en la casa, todo lucía igual, piezas de ropa tiradas en el suelo, un baúl a medio llenar en medio del recibidor, y por todas partes signos de lucha, adornos rotos, impactos por doquier, señales de una batalla que no sabía aún quién había ganado. Se detuvo en medio del recibidor y aguzó el oído. Una chicharra cantaba con furia más allá de la puerta, pero en el interior de la casa sólo se oía algún crujido ocasional de la madera al dilatarse. Tenía que estar allí. Era un tiro a ciegas. Le habían cargado el muerto, la casa había sido desvalijada, los criados espantados, uno de ellos hasta la muerte, quizás ahora estaba lejos, acompañando a su madre en un hotel de León, camino de San Sebastián, de Toledo o de Barcelona. Recordó entonces la habitación del hermano, en el altillo de la parte trasera. Si no estaba ella, quizá podría encontrar alguna pista.

Mientras se dirigía a la parte de atrás de la casa, espiando tras cada esquina antes de avanzar, sintió la rabia bullendo dentro. El fraile, Rebeca, el judicatario real y el propio teniente de alguaciles, ¿qué les importaba a todos ellos un simple cabo? Nada, para ellos había sido un mozo de cuerda, un conductor, un guardaespaldas, y cuando las cosas se pusieron feas, una cómoda excusa, un imbécil al que echarle el muerto, los muertos.

Llegó al final de un pasillo donde se erguía la escalera de hierro fundido que subía hasta el cuarto del hermano de Rebeca. Calibró la estructura; si subía, haría ruido. Se detuvo cerca de la escalera y atisbo por el hueco. Oyó los pasos sólo porque se mantenía muy quieto, conteniendo la respiración. Eran leves, apenas perceptibles, pasos de gata al acecho.

Vio el pie acercarse al primer escalón y se retrajo hacia el rincón en sombras, de modo que al llegar al suelo, quien fuera que estuviese bajando le diese la espalda. Y así sucedió: alguien bajó rápido, con movimientos tan precisos y gráciles como los de una bailarina. Vestía el mismo traje de montar negro, con pantalones y botas del día anterior, pero tenía el pelo suelto, cayendo en largas guedejas de brillo suave. La piel del cuello y la cara parecía ligeramente cobriza, como afectada por el sol. Bajo el brazo portaba una gran cantidad de papeles, diagramas, notas y algún pequeño instrumento de metal.

—Hola, Rebeca.

Rebeca se volvió lentamente. Joannes vio sorpresa en su expresión, pero duró muy poco, la sustituyó una sonrisa fugaz y luego alivio.

—Joannes…, qué alegría verle a salvo.

—No se acerque, deje todo eso en el suelo y subamos arriba, quiero verte la cara a la luz del sol.

El Villegas de Joannes seguía los movimientos de la mujer con una precisión inconsciente. Ella miró fugazmente el arma.

—No pensará que… Yo estaba tan sorprendida como usted.

—Suba.

Rebeca comenzó a subir los escalones. Joannes recordaba la geometría de aquel cuerpo, unas formas que se le iban grabando en el pecho a cada segundo que pasaba con ella.

Arriba todo estaba tan desordenado como en el resto de la casa.

—Siéntese. Sí, en esa silla.

Joannes se recostó contra una pared sin quitarle ojo, sentada en el centro de la habitación. Torcía el largo cuello de un modo curioso, como mirándole de refilón. De no ser por la expresión de desconcierto, Joannes hubiera jurado que se burlaba de él.

—Y ahora cuénteme lo que ha pasado.

—Una emboscada, el fraile debió de jugárnosla.

—No está muy preocupada por su padre, por lo que veo.

—¿Mi padre? Está muerto, lo encontraron en un barranco, con el cuerpo acribillado. Por eso le buscan. Yo creo que no lo hizo usted. Tuvieron que ser balas perdidas de los soldados.

Joannes cambió de postura sin dejar de apuntarla ni por un momento.

—No parece que eso le dé mucha pena.

Rebeca bajó la vista.

—No, y me siento culpable por ello, pero no siempre un padre es un padre, no sé si me explico. Mi madre y yo no contábamos, sólo mi hermano y el banco, los negocios. Nunca he tenido un verdadero padre.

Joannes entornó los ojillos azules, otra vez el destello de sorna en su mirada, quizás en un gesto, el modo de quitarse los cabellos de la cara. No, supuso, estoy imaginando cosas.

—Ahora nos ocupan asuntos más urgentes. Todo está al rojo vivo. Le buscan también por los otros asesinatos, han metido a todos los muertos en un mismo paquete.

Joannes no dijo nada. Se acercó con dos zancadas cautelosas. De cerca sus ojos eran aún más hermosos. No logró detectar ningún perfume, ningún aroma natural, salvo el de la flor que llevaba prendida en la chaqueta, una rosa roja silvestre, pequeña y de un olor discreto y agreste. Le cruzó la cara con un bofetón de fuerza muy medida. Aun así ella trastabilló y casi se cayó de la silla. Joannes retrocedió sin dejar de mirarla ni de apuntarle. Volvió a ver esa mirada, que Joannes creía jocosa, brillar entre el desorden de su pelo. Rebeca se irguió lentamente, atusándose el cabello, que recogió en una coleta. Las lisas superficies de sus pómulos y mejillas lucieron despejadas, esbeltas y hermosas como la proa de una goleta. Joannes

observó la mejilla, no parecía colorada, ni le había partido el labio como había temido.

Con movimientos deliciosamente suaves, ella se levantó, despreciando la amenaza del pistolón, tomó la rosa y la puso en el bolsillo superior de la sobreveste de Joannes.

—¿De veras quiere saber lo que está pasando?

En ese momento el mundo entero sufrió una convulsión, el suelo se movió, crujieron las vigas de acero, la madera saltó y se astilló, reventaron los cristales en sus marcos deformados. Joannes se sujetó a la mesa para no caer.

—Abajo está parte de la respuesta.

Joannes, con la boca abierta, sin dejar de apuntarle, oyó que algo muy pesado, un vehículo, una apisonadora quizá, se removía abajo destrozándolo todo. Ese algo golpeaba las columnas que sostenían aquel altillo y no tardaría mucho en hacerlas ceder y precipitarlos contra el suelo del jardín.

13
Preguntas y respuestas

Los impactos resonaban como un tambor enorme, monstruoso, Joannes contempló cómo el suelo se combaba hacia un extremo, rota una de las vigas que soportaba toda la estructura. Saltaban las tablas y gemía el metal de las vigas retorcidas. Rebeca se mantenía en pie equilibrándose con los brazos abiertos. Al momento los golpes se detuvieron. Gruesas gotas de sudor le corrían por la frente y el cuello. El silencio era aún más terrible y atronador que el estruendo de la demolición. El sol entraba por los ventanales rotos iluminando nubes de polvo. Joannes cambió el peso de pierna y el crujido de la tarima resonó como el grito de un torturado. Rebeca lo miraba, relajada. El alguacil se encontró con sus ojos, brillantes, vivos y malévolos. Justo entonces un ariete descomunal impactó contra el entramado de planchas de madera y vigas de metal que constituía la estructura del suelo, perforándolo desde abajo, muy cerca de donde Joannes se mantenía de pie a duras penas. Una larga astilla de madera, despedida por el impacto, se le clavó en la pierna. La tomó con la mano y se la arrancó sin miramientos, haciendo salpicar la sangre. Casi sin que le diera tiempo a respirar, otro impacto hizo estallar el suelo un poco más lejos, levantando una pesada mesa de hierro hasta incrustarla en el techo. Joannes descargó el revólver contra el suelo, las potentes detonaciones le hicieron pitar los oídos y le anegaron las narices del acre olor de la pólvora. De inmediato, la escalera de caracol que llevaba a la estancia comenzó a retorcerse. Tiraban de ella hacia abajo, el metal rechinaba, saltaban los remaches con la velocidad de disparos, Joannes, sin sentir aún el dolor de la herida en la pierna, corrió hacia Rebeca como un toro en estampida, bajó la testuz, recogió con uno de los brazos el esbelto cuerpo de la judía e impactó contra la ya destruida estructura de los ventanales. Había cuatro metros hasta el suelo, pensaba en cada uno de ellos mientras veía acercarse el verde del jardín. Ya no tenía en su brazo a Rebeca, que se retorcía en el aire. Joannes intentó protegerse la cabeza, cruzó los brazos, había que rodar, le habían dicho, sin embargo el impacto fue brutal, sintió forzársele los músculos de los hombros y el cuello, giró en el aire y golpeó con la espalda. No tenía aliento y todo era de un azul intenso moteado de oscuros goterones fosforescentes. En muy poco tiempo su pecho se puso a resoplar como un fuelle, y vinieron cientos de pinchazos, en la pierna, bombazos de presión, en la espalda, en los hombros, brazos y cuello. Si aquello era morirse, no le gustaba nada. Luego el azul vino a ocuparlo una cabeza coronada por una mata de pelo ensortijado; ella había aterrizado perfectamente, sin un solo rasguño. Lo agarró por los hombros y lo incorporó de un tirón nada delicado.

—Vámonos, viene por nosotros.

—¿Quién?

—Eso.

Joannes, luchando contra el dolor, miró al altillo, que sobresalía de la estructura general de la casa. Oscilaba como sacudido por un huracán. Bajo él, en la casa, había algo que se movía con furia, un enorme animal enrabietado, un gorila, se le ocurrió a Joannes, o un caballo, esas bestias míticas que había pintadas en los cuadros antiguos.

—En cuanto le huela fuera, vendrá por usted.

Cojeando, Joannes siguió a Rebeca hasta la parte delantera de la casa. Allí había aparcado un pequeño y discreto autocoche de recreo, una estructura de hierro sin capota ni pescante, con el motorcillo justo delante del conductor, no detrás, y pequeñas ruedas con radios de metal. Rebeca subió al vehículo y comenzó a cebar el volante de inercia.

—Dele a la magneto.

Joannes pulsó el conmutador y abrió la espita del encendido. Rebeca embragó con el pie. El motor tosió, renqueó, por un instante pareció que iba a arrancar y luego enmudeció. Ambos se miraron. Parecía que se oía algo en la casa, el ruido del estruendo se iba acercando. Una de las ventanas laterales del palacete reventó hacia fuera. Rebeca volvió a hacer girar el volante mientras el dedo de Joannes cerró y volvió a abrir el circuito de la magneto.

—Pon la espita a media carga.

Joannes obedeció, pero no la miraba a ella, miraba a la puerta de la mansión, blanca, impoluta bajo un porche sujeto por esbeltas columnas de hierro fundido y flanqueada por amplios ventanales. Podía oír el esfuerzo de Rebeca con la manivela, el zumbido del volante de inercia aumentando. El dedo con el que presionaba el circuito del encendido se le estaba poniendo blanco y la madera del salpicadero crujía peligrosamente. Detrás de la puerta blanca, algo destrozaba la casa. Joannes se imaginó, o vio realmente, que temblarían las paredes, gruesa piedra fijada con argamasa. Dejó de presionar el encendido, sin prisa, con dedos muy seguros, volvió a sacar el Villegas de la faltriquera, donde lo había guardado tras la caída, y procedió a cargarlo con las gruesas balas de reglamento. Colocó el tambor en su sitio con un golpe de muñeca y se bajó del autocoche. Ni siquiera miró atrás cuando el motor volvió a fallar y Rebeca gritó de frustración.

—*¡Manoa arur!*

Joannes dio un par de pasos en dirección a la casa, se detuvo y abrió un poco las piernas. El revólver estaba en su mano, la postura de tiro rápido, la muñeca relajada, el pulso firme. Ahora sí eran perceptibles las vibraciones en el propio suelo, golpes que se comunicaban al jardín y hacían tintinear los cristales. El motor arrancó con un petardeo penetrante justo en el momento en que la puerta era destruida desde dentro por una fuerza terrible, deshecha en astillas que volaron como expelidas por una explosión. Joannes apenas parpadeó, contemplaba el hueco oscuro con la mirada

reconcentrada. No había nada, sólo una negrura impenetrable, sombras densas que parecían moverse como serpientes.

—¡Vámonos!

Joannes salió del trance, se volvió y subió al auto-coche. Cuando ya traspasaban la verja, miró de nuevo atras. Había algo saliendo de la puerta. Fue un instante, no hubiera podido jurar que lo que vio fuera real: una mano grisácea, dedos gruesos apoyándose en el quicio de la puerta.

—¿Qué es eso?

—No lo sé, pero una cosa está clara: es lo que mató a mi hermano y a todos los que sabían algo de este asunto.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Antes no lo sabía.

El pequeño autocoche zumbaba con su alegre motor revolucionado más allá de lo que podría haberlo estado uno más grande. La judía conducía como si los persiguiese el diablo. Aceleraba continuamente y sólo frenaba momentos antes de entrar en las curvas, para engranar una marcha más corta y salir zumbando de ellas, muchas veces haciendo derrapar la trasera del vehículo. El viento soplaba contra los rostros de los dos, haciéndoles entrecerrar los ojos. Joannes esperaba que Rebeca siguiera hablando, pero no lo hizo.

Cruzaron varias calles, salieron del barrio y se adentraron en las calles sin asfaltar, rodeadas de muros bajos, huertas y alquerías repletas de gallinas y patos. Joannes intentaba mantener la vista fija en la carretera. Rebeca le miró a la cara, de un tono amarillento.

—Hay una venta un poco más allá.

—Me vendrá bien parar a comer algo.

Un par de kilómetros más adelante Rebeca detuvo el autocoche en un remolino de polvo y hollín mal quemado al lado de una pequeña casa de adobe. Lindaba con una huerta, que parecía muy saludable. Un par de chiquillos medio desnudos jugaban al sol y un abuelo entornaba los ojos bajo una enorme encina que daba sombra a la casa y al soportal. A la sombra del árbol descansaba un camión cargado de tuberías de agua, un vehículo feo y pesado, al lado del cual el autocoche parecía un frágil juguete de alambre.

Rebeca se bajó del autocoche y se dirigió al motor. Joannes se apartó unos metros en dirección a una zanja. Encorvado, vomitó bilis. Un pinchazo agudo en la pantorrilla le hizo gemir. Se acordó entonces de la herida en la pierna.

Cojeando, se acercó a donde la mujer trasteaba con el motor. El fuelle de admisión era pequeño, apenas del tamaño de un acordeón. Quitó la cubierta y al instante una nube de polvo de hulla surgió de él, Rebeca se apartó abanicándose y tosiendo.

—No se debe abrir el depósito nada más apagar el motor.

Rebeca lo miró y luego probó con el nivel.

—Apenas queda.

—Seguro que en la casa nos venden un poco.

Joannes y Rebeca avanzaron hacia la casa, que languidecía al sol, solitaria entre extensiones de huertas y maizales verdes. Aquí y allá se elevaban pequeños molinos de aspas metálicas encaramados a estructuras de ladrillo, pozos de extracción de agua.

Por dentro, la venta era un espacio amplio y oscuro, fresco y oloroso.

—¿Qué desean los señores?

—Una mesa y comida.

En seguida ambos estuvieron sentados en un rincón. Eran los únicos clientes, descontando una mesa donde varios hombres en trajes de faena trajinaban con una bota de vino y las cazuelas de barro de un cocido que parecía amplío y apetitoso. Hicieron el pedido y Joannes aprovechó para tantearse la herida de la pierna. La tela estaba rígida por la sangre seca pegada a la piel. Le dolía, pero no era momento para buscar cura. De un tirón se arrancó la tela y su costra de sangre y suciedad. La herida comenzó a sangrar. Joannes, procurando que no lo vieran, se lavó la herida con vino y se colocó sobre ella un pañuelo que le dio Rebeca. Intentó olvidar el dolor y concentrarse en la comida. Al poco Joannes tomaba un caldo espeso de fideos y grasa, donde ensopó grandes curruscos de pan. Rebeca lo miraba comer pero se negó a tomar nada, ni siquiera pidió agua o vino.

Joannes, entre cucharada y cucharada, no dejaba de mirarla. La chiquilla mantenía una expresión indescifrable. Sólo a los postres, tras el morcillo, el albondigón y los garbanzos, cuando Joannes repetía ración de natillas, Rebeca pareció salir de su mutismo.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

—Deberíamos irnos, si alguien te reconoce, estás listo. Tu retrato está en todas las casas de alguaciles y en los diarios.

A Joannes se le ensombreció el ánimo. La tensión en la boca del estómago volvió a aparecer. Era un fugitivo, no podía olvidar ese hecho ni por un momento. La rabia, que había desaparecido tras el ataque en la casa de los Ferruziel, pareció encontrar energías en la comida recién ingerida y le ardió, lenta y constante, en la sangre.

Rebeca hizo ademán de levantarse, pero Joannes le capturó la mano y se la sujetó a la mesa con una fuerza inconsciente. Rebeca no se inmutó, continuó mirándolo fijamente.

—¿Me vas a golpear otra vez?

—¿Debería hacerlo?

—Como parece que te gustan esos jueguecitos…

—Mira, niña, estoy con el agua al cuello. Aún no he comprendido qué papel desempeñas en todo esto. Si no me has denunciado es evidente que quieres algo de mí. Te propongo una solución fácil, aunque no tan satisfactoria como pegarte un tiro y salir corriendo de aquí. Dime qué sucede y qué quieres, y procuraré ayudarte.

Joannes retiró la mano. Rebeca, sin dejar de mirarlo, se masajeó la suya para hacer que volviese a circular la sangre por ella. Cuando habló ya no tenía el tono burlón y resabiado de niña educada en un colegio de niñas bien; entrecerraba los dientes y las palabras lograban salir escupidas de su boca sólo gracias a la presión con que eran forjadas.

—Eres un imbécil. Cualquier otro no se habría metido en esto, y si lo hubiera hecho estaría ya en la frontera con Francia o esperando a embarcar para Sudamérica, no empeñado en saber más. Pero ya que eso quieres, te lo diré. Te han tomado el pelo, y a mí de paso. El fraile te ha utilizado, primero de matasietes armado (ellos, los señores inquisidores, no pueden llevar armas de fuego) y luego de víctima propiciatoria para resolver una situación que ya no interesaba remover. Y yo quiero que se remueva, que salga a la luz el resto de la mierda que se oculta en este pozo.

—Pues podrías empezar por tu propia gente. ¿Por qué están todos tan asustados, por qué mueren judíos y funcionarios?

—No creas que es fácil para una mujer saber algo de la política de la Alhama. Ni siquiera podemos estar con los hombres en la nave principal de la sinagoga. Mi hermano sí sabía cosas y eso le costó la vida. Quería averiguar cuáles mirando en sus papeles, pero no me dio tiempo; tú me estropeaste la jugada.

Ambos se callaron. Los obreros reían y se despedían del ventero, un hombre pequeño y obsequioso que no paraba de moverse en el paisaje de mesas rústicas y paredes encaladas de la venta. Ambos procuraron esconderse de las miradas de todos; no obstante, un par de comensales desviaron la vista en dirección a Rebeca, pero no se atrevieron a decir nada, estaba acompañada. Al poco salieron de la venta riendo y dando voces.

—Estamos a oscuras.

—No, el fraile sabe algo, algo importante; si no, no hubieran montado todo este lío.

—¡Ventero!

Joannes dejó unas monedas encima de la mesa, más que suficiente para pagar la comida, y fue cojeando hacia la puerta. Le dolía la herida y eso no contribuía a mejorar su humor. Salió al exterior y el calor le hizo vacilar, dando tiempo a que Rebeca lo alcanzase. Se detuvo muy cerca de él, en el soportal de la venta. Los niños y el camión habían desaparecido. El sol brillaba hasta hacer daño a los ojos.

La mano de Rebeca se posó en el brazo de Joannes, haciéndole volverse.

—Hay… una leyenda, el criado loco de mis padres la repetía siempre.

—¿Qué leyenda?

—Nada, en realidad no son más que consejas para asustar a los niños.

De repente dejó de sentir rabia. Rebeca no era tan alta como él y sí mucho menos fornida. En ese momento miraba hacia abajo, pero no retiraba la mano del antebrazo. Ya no era una criatura insidiosa y llena de secretos, había regresado la chiquilla judía vestida de negro por el luto. Joannes, sin intervención de su voluntad, notó cómo se acercaba a ella, cómo le tomaba el rostro con una mano y le obligaba a mirarlo desde abajo. El rato que duró el beso no hubo más tiempo, ni urgencia; no más persecución ni traición, sólo aquella sensación de fuego capaz de arrasar cualquier voluntad, cualquier resistencia. Luego volvió dando zarpazos de desesperación a las paredes del pozo oscuro en el que caía sin cuerda ni pretil al que agarrarse. Se sintió ridículo y para ocultarlo se puso en movimiento.

—Vayamos a por el fraile.

Joannes fue hacía el autocoche, y no quiso volverse a mirar el rostro de Rebeca, temía lo que había podido leer en él. Una vez más había prisa, acción que ponía en marcha sus músculos, que daba salida a la rabia. Recordó que no tenían mucha hulla en el fuelle.

—Voy a preguntar al ventero si tiene hulla, me ha parecido ver un saco en un rincón.

Regresó de prisa a la casa. Cuando iba llegando oyó las voces.

—Sí, creo que es él, está fuera, con una mujer.

—Quédese aquí y no se mueva.

Joannes se apostó tras la puerta. Vio asomar la punta de un fusil, un arma vieja y roñosa. Agarró el cañón y tiró bruscamente de él. Hizo salir afuera, trastabillando, a un cuadrillero de la Santa Hermandad, delgado y casi harapiento, que cayó de bruces en el polvo. Joannes le encañonó con el fusil.

—¡No dispare!

El hombre levantaba las manos y tenía sangre en las palmas y en una mejilla, lacerada por las piedras del suelo. Siempre van en pareja, recordó Joannes cuando oyó el tiro salir desde dentro de la venta.

—¡No tires, Juan, que estoy aquí!

Juan no pareció oírle, descargó otra bala que salió zumbando y cruzó el aire perdiéndose en el cielo, Joannes, casi en el mismo movimiento, arrojó lejos el fusil y desenfundó su revólver. Respiró hondo y se propulsó, en un solo movimiento vigoroso, al interior de la venta. Rebeca le vio entrar, oyó varios disparos y luego nada, sólo el sonido del viento removiendo las hojas del maíz. Joannes salió de la venta arrastrando un saco de hulla. El guardia se levantó nerviosamente, le fallaron las piernas, volvió a caer, pero consiguió la verticalidad y emprendió la huida.

Sin decir una palabra, vertió el saco en el depósito hasta que rebosó. Luego tiró el resto, cerró la tapa de un capirotazo y comenzó a dar manivela al volante de inercia mientras Rebeca manipulaba la magneto. El motor arrancó a la primera. Rebeca le hizo sitio, el alguacil se acomodó al volante, pisó el embrague, engranó primera y el pequeño autocoche saltó hacia delante haciendo surcos con sus ruedas estrechas en el polvo del camino.

Condujo de prisa, forzando las ballestas y el motor del pequeño deportivo, por caminos llenos de baches, accesos a tierras de cultivo y huertas. Esquivaron labranzas, una concentración de fábricas y almacenes cerca de una vía de transporte y el campanario de un pueblo al que no se acercaron. Dejando el sol atrás, avanzaron al norte y al este. Los ojos de Joannes eran dos cabezas de alfiler azul fijos en la carretera. Ni una sola vez miró hacía Rebeca, quien, protegida del polvo por un par de gafas de pilotar, parecía un delgado insecto negro aferrado a la bamboleante estructura del vehículo. Cruzaron un par de carreteras principales. En una ocasión vieron a lo lejos un autocoche de la Santa Hermandad.

Atardecía cuando Joannes redujo la marcha y detuvo el autocoche tras una acequia semirruinosa, oculto de las miradas de los que pudieran circular por la carretera que acababan de abandonar.

—¿Qué sucede?

—Nada.

Rebeca se bajó del autocoche y tiró en el asiento las gafas. Tenía la ropa cubierta de un polvo ceniciento y la cara tiznada de hollín. Joannes también abandonó el vehículo. De pie, sacó el revólver de la faltriquera, lo miró un instante y luego lo arrojó contra el suelo con todas sus fuerzas. Le dio una patada al autocoche y caminó unos metros, dándole la espalda a la mujer, hacia poniente, de modo que sólo veía de él su silueta recortada contra el sol que corría a ocultarse tras el horizonte.

Joannes se volvió, todavía furioso.

—Ellos son mi gente; tú y al padre, y al fraile y la madre que os parió a todos no lo sois.

Rebeca no contestó.

—Estamos cerca del monasterio del inquisidor.

Joannes recuperó el revólver del suelo, lo limpió con un pañuelo y repuso las balas gastadas. Luego extrajo el reloj del Ferruziel padre de su bolsillo: marcaba las siete de la tarde. Rebeca lo miró.

—Es el reloj de mi padre.

—Sí, el fraile encontró uno muy parecido en el cadáver de tu hermano.

—Nunca me los dejaron ver de cerca. No sé para qué sirven tantos diales. Creo que el de mi padre incluía una pequeña máquina de Cábala financiera. Lo usaba mucho en la Bolsa.

Joannes no escuchó sus palabras. Miraba al sol bajando sobre el horizonte y pensaba en ella, en cómo estaba atrapado en una espiral de sucesos que no podía controlar, sin posibilidad de escape. Nació de nuevo la voluntad de saber, de conocer los mecanismos de aquella prisión intangible. Miró a Rebeca, de pie a su lado, dorada a la luz del último sol del día.

—Sólo necesitamos que se haga de noche.

Y no tardó en suceder; las sombras de los marojos se alargaron, el poco viento que había se amainó en una calma chicha que congeló los detalles de un atardecer lento y luminoso. Las piedras crujieron al enfriarse, comenzaron a cantar los grillos, algunos campesinos pasaron por el camino cargados de azadones para regar sus huertas. Pronto se levantó una nueva brisa, esta vez nocturna, fresca y empapada de los olores de la tierra recién regada.

Joannes esperó a que las estrellas se definiesen y comenzasen a parpadear.

—El monasterio está detrás de aquella loma, dejaremos aquí el autocoche.

Caminaron en la dirección que Joannes había indicado. No se veía mucho; la luna era apenas un recorte blanco en el cielo. Cruzaron un olivar de terrones resecos y duros. Desde la cima de la colina divisaron el monasterio, un edificio cuadrado, de piedra, argamasa y adobe, de largos tejados muy planos, torres en las esquinas y un campanario que crecía sobre el paisaje como un abeto en un bosque de chaparros.

Comenzaron a descender, Joannes tenía problemas para no tropezar; sin embargo, Rebeca parecía ver en la oscuridad con la misma facilidad que durante d día.

A cien metros del edificio, comenzaba un muro bajo que delimitaba la propiedad. Se parapetaron tras él.

—Tenemos que cruzar esa zona de perales, y luego la huerta. Entraremos por las cocinas. El cuarto del fraile está en aquella torre, creo. Veo la luz encendida. Eso complica las cosas, estará despierto aún.

—Yo veo otra cosa: aquella silueta.

Joannes forzó la vista. En la esquina del edificio había un bulto, una sombra indefinida. Esperó un rato y la vio moverse. Algo, una hebilla, una pieza pulida de un fusil, lanzó un destello a la luz de la luna.

—Un guardia.

—Y hay más.

Era cierto, había otros dos recorriendo el perímetro del edificio.

—¡Mierda!

—Lo están vigilando. Serán guardias reales.

—Necesitamos más oscuridad. Mira, dentro de poco aquellas nubes vendrán aquí, el viento sopla hacia nosotros.

Esperaron. Joannes se palpó la herida. Notó cómo palpitaba a través del pantalón. Necesitaba que se la mirase un médico, pero no tenía tiempo para ello. Las nubes

parecieron jugar con su paciencia, se acercaban, en última instancia cambiaban de dirección y se dirigían al sur. Consultó el reloj, habían pasado dos horas, el fraile no había apagado la luz de su celda. Por fin, el cielo pareció favorecerles y una espesa capa de nubes avanzó sobre ellos. Pronto la oscuridad fue casi total. Joannes había intentado memorizar la posición de los obstáculos, y corrió junto a Rebeca, dudando, tropezando con raíces y piedras, hasta que consintió en que ella le dirigiese. Avanzaron rápido y en silencio hasta muy cerca de la casa.

Joannes se detuvo. Apenas se distinguía el perfil del edificio. Se oyeron unos pasos muy suaves, algo se movió muy cerca. Rebeca saltó de su lado como impulsada con un resorte. Se oyó un sonido agónico muy leve y un cuerpo cayendo en la grava. Joannes se adelantó. El hombre tenía el cuello roto, torcido en una postura extraña.

—¿Lo has matado?

—¿Qué querías? ¿Que lo besara?

Joannes le quitó el fusil de asalto y un par de cargadores de tambor. Luego tiró del cuerpo hasta ocultarlo detrás de unas lonas que protegían una bomba de agua. ¿Dónde había aprendido una niña bien de raza judía a matar en silencio?

Avanzaron con la mano pegada al muro del edificio. La noche era fresca. El campo, lejos de parecer silencioso, estaba poblado por el grito del chotacabras y el ulular de alguna lechuza.

Encontraron abiertas las puertas traseras de la cocina. Joannes no recordaba bien la distribución del edificio. Avanzaron en dirección a la esquina suroeste por pasillos desiertos y silenciosos, temiendo encontrarse más guardias a cada esquina. Con relativa facilidad, tras extraviarse en un par de ocasiones, dieron con una escalera de caracol ascendente. Subieron por ella. A Joannes no le gustó aquella vía, les dejaba pocas posibilidades de huida. Se veía luz arriba. En el piso superior, la puerta de la celda estaba abierta. Dentro se oía trajinar a alguien. Joannes entró el primero, lentamente, apuntando con el fusil al fraile, que estaba trabajando con un microscopio sobre una gran mesa repleta de retortas, alambiques y libros abiertos. Fray Faustino se volvió y al verle una sonrisa le iluminó la cara.

—Joannes.

La sonrisa desapareció al ver entrar tras él a Rebeca. Rápido como una centella, de la mano del fraile salió despedido un estilete. Joannes no tuvo tiempo ni de moverse. El proyectil no iba destinado a él. Rebeca, a su derecha, esquivó el arma con una contorsión y, sin solución de continuidad, giró e inició una pirueta lateral que la llevó muy rápidamente junto a fray Faustino, quien bloqueó la patada que iba a recibir con los brazos en cruz.

Joannes se acercó blandiendo la culata del arma, pero cuando llegó Rebeca ya había golpeado al fraile en la cara derribándolo sobre la mesa. El fraile se levantó, tenía sangre en el labio. Lentamente, sin parecer afectado en lo más mínimo, se sentó

de nuevo en su butaca.

—Veo que la perra también le ha engañado, Joannes.

14
Noche de sangre

—Explíquese.

Joannes le apuntaba con el arma y Rebeca lo vigilaba a un par de pasos de distancia. El fraile se apoyó en el respaldo de madera: parecía a punto de impartir una lección; había recuperado su compostura y volvía a tener una apariencia ausente, tranquila, traicionada sólo por los ojos, rápidos, brillantes y profundamente inquisitivos.

—¿Qué te ha contado?

—Lo que es evidente, que usted nos traicionó.

—No aspiro a que lo comprendas, tampoco a que me perdones. Fue necesario, simplemente eso, necesario. Eras el eslabón más débil de la cadena. Lo siento.

—Me he convertido en un fugitivo, un delincuente al que matarán como a un perro en cualquier camino. ¿Lo siente y eso es todo?

—¿Qué sabes tú de lo necesario, de lo útil y de los fines últimos?

—No, no sé nada y quizá vaya siendo hora de que comience a enterarme.

Joannes, mientras hablaba, dio dos pasos en dirección al fraile. Cuando se dio cuenta de lo que iba a hacer, ya estaba levantando la culata del arma para golpearle en la cara. Se dominó con esfuerzo. El fraile lo miró fijamente, con una intensidad que Joannes contrarrestó con torrentes de ira que le nacían en lo más profundo del pecho. Esta vez no bastaba con obedecer y agachar la cabeza.

—Joannes, aún estás a tiempo. Huye, desaparece.

—Es la segunda vez que me dicen algo así, y eso me quita aún más las ganas de irme sin ajustar cuentas.

El fraile se recostó en la silla y dejó de mirarle directamente para volverse en dirección a la judía, muy quieta, relajada, pero perfectamente alerta.

—Usted también querrá saber, señorita Rebeca, la mayor incógnita de esta historia.

El fraile, al hablar, se apoyó en el escritorio. La mesa estaba cubierta de libros que parecían muy antiguos, legajos amarillentos, escritos con tipos de imprenta de difícil lectura y algunos gráficos que no reconoció: complicadas estrellas de David y letras hebreas, planetarios y salmodios. También abundaban gruesos romos que exhibían complejas maquinarias, engranajes, levas, ejes y trinquetes dibujados en sección, en despieces y diagramas.

—Como sabrás, Joannes, al principio sólo teníamos preguntas, muchas preguntas. Ni siquiera me habían dado todos los elementos de este problema. Aún hoy no lo sé todo, se me escapan algunos datos.

Fray Faustino se levantó y deambuló por el cuarto con las manos a la espalda. El

hábito blanco y negro, de dominico reformado, susurraba al rozar el suelo. Ningún otro ruido daba fondo a la voz tranquila, casi didáctica, del fraile.

—Comencemos por el principio, la búsqueda de un asesino, un caso criminal corriente, en apariencia. A cada paso que daba, se levantaba más y más polvareda, y no sólo en la calle: en palacio, en los pasillos del Consejo, en los círculos financieros y de poder. Preguntando aquí y allá, escuchando más las lagunas de las conversaciones que las palabras, descubrí miedo, mucho miedo: en el secretario de Seguridad, en el Alguacil Mayor y en la judicatura, en todas partes. El asesino mata para coaccionar a los que tienen poder y se oponen a sus deseos, y para protegerse. El secretario del Interior confirmó mis peores temores: ese alguien, desconocido aún, chantajea al propio imperio. Sólo puede aspirar a tal atrevimiento una persona con capacidad de hacer mucho daño. Es un juego peligroso, el imperio es como un oso herido, furioso, que da zarpazos a diestro y siniestro. Nuestro enemigo ha aprendido a esquivarlos y a protegerse de ellos, de eso no hay duda.

El fraile detuvo su deambular y se volvió a mirar a Rebeca detenidamente, sin cambiar el gesto neutro, inaccesible. Después continuó andando lentamente arriba y abajo del cuarto.

—Ha debido ser un plan largamente meditado y perfeccionado. Aún no conozco todos los detalles, pero se van aclarando algunos importantes, sobre todo desde nuestra conversación con el secretario. ¿Recuerdas, Joannes?

»El asesino es un hombre influyente de la comunidad judía, y fue a ellos a quienes primero tuvo que convencer para que lo siguieran en sus demandas. El consejo de la Alhama fue un hervidero estos meses pasados, ¿no es cierto, señorita Rebeca? No conteste si no quiere, no hace falta. La búsqueda se iba acotando, cercándose el problema. Sólo necesitaba un poco más de información. Por eso el secuestro de su padre, señorita, era una de las claves. Él conocía la identidad del chantajista y la naturaleza del chantaje en virtud de su puesto en el Consejo de Ancianos. Era la prueba que necesitaba para confirmar el nombre que mi intuición sitúa en el centro de toda esta trama.

El fraile se detuvo y se apoyó en la mesa de roble, mientras volvía la cabeza hacia Rebeca. Durante un segundo nadie se movió ni dijo nada. Todo pareció gravitar —la luz de la bujía encendida, la negrura de la noche tras los cristales, la madera de las estanterías, el estuco de la pared y los baldosines esmaltados— en el eje formado entre la silueta delgada y silenciosa de Rebeca *y el* fraile, pequeño, cubierto por los pliegues del hábito del que surgía la cabeza redonda, calva y morena.

—Nos acercamos mucho. Demasiado. El Ferruziel hubiera hablado, dolido por la muerte de su hijo, por eso el chantajista apretó un poco más las tuercas y mis jefes decidieron que no se debía investigar más, el riesgo era demasiado grande.

—¿Y por eso ahora soy un perseguido?

—Ciertamente, a alguien debían achacársele las muertes. Hay todo un legajo con tus supuestas andanzas, extorsiones y asesinatos por Madrid estos días. Lo conozco muy bien porque lo escribí yo mismo.

Joannes volvió a sentir la rabia arrebatarle, tensar el dedo que tenía sujeto en el gatillo del fusil.

—¡Fraile del diablo! ¿No conoce acaso la piedad, la conciencia? Se pudrirá en el infierno.

—Ciertamente, Joannes, ciertamente.

Rebeca salió de su mutismo.

—Está hecho a ello, Joannes, es un conjurado.

Joannes miró de nuevo a aquel hombre que había causado su ruina y supo que era cierto, un conjurado, un demonio anónimo que juraba servir al imperio antes incluso que a Dios. Era cierto, conocía la piedad, el remordimiento, pero todo ello había sido relegado muchos años atrás. Para un conjurado todo eso eran lastres que le impedían cumplir con su lealtad. ¿Cuántos hombres como él mismo habían sido inmolados en función de los intereses superiores del imperio?

—Señor conjurado, supongo que cuando yo muera, tendrá que tallarse una cicatriz más en la cara.

El fraile, por respuesta, se llevó la mano a la mejilla y restregó bajo el pómulo derecho. Un barrillo de color carne se le quedó pegado a la palma. Bajo el afeite había al menos seis cicatrices de color oscuro.

Había sido un truco, Joannes lo supo unos instantes antes de que pudiera hacer nada. Fray Faustino, mucho más rápido de lo que hubiera supuesto, interpuso en la línea de fuego del fusil el recio butacón donde había estado sentado. A la vez, tomó del escritorio un pequeño revólver de tres tiros, que había estado oculto bajo los papeles. Lo disparó contra Rebeca, que recibió los tres impactos, uno detrás de otro, en el pecho. Saltó hacia atrás impulsada por las balas y chocó contra la pared.

Joannes apretó los dientes y se abalanzó sobre la silla, buscando un ángulo adecuado para disparar. Cuando casi lo tenía, el fraile saltó sobre la mesa y se ocultó tras ella. El movimiento hizo caer la bujía. Al instante la bencina prendió en los papeles y largas lenguas amarillas crecieron como un campo de mieses flamígeras en lo alto del escritorio. Joannes derribó la silla de un empellón y volvió a buscar el ángulo adecuado. El fraile se incorporaba y corría con grandes zancadas la salida. Joannes disparó, pero algo, una sombra rapidísima y negra, chocó contra el fraile y lo apartó de la trayectoria del disparo. Rebeca, rodando por el suelo, lo sujetaba y resistía sus esfuerzos por soltarse. Joannes intentaba encontrar la forma de disparar sin herir a la mujer mientras sentía crecer el calor intolerable de las llamas. Se quedó con el dedo en el gatillo, paralizado. Rebeca, a horcajadas sobre fraile, lo golpeó con un puño rapidísimo, un ariete de carne y hueso que rompió el pecho del fraile y

salpicó de sangre el aire, fray Faustino exhaló un último aliento acompañado por una boqueada sanguinolenta y murió con los ojos dilatados por el espanto.

La mujer se puso en pie de un salto, aparentemente indemne, el pelo desmadejado y suelto sobre su rostro adorable, tan imperturbable como siempre. Se volvió en su dirección y Joannes vio el resplandor de las llamas brillar en su piel y multiplicarse en las pupilas. Rebeca le sonrió levemente y desnudó unos dientes blanquísimos que a Joannes le parecieron peligrosos, dientes de un depredador nocturno. Luego, en otro borrón de movimiento, Rebeca saltó y se estrelló contra la ventana. Cayó al exterior y desapareció. Con su huida el cuarto entero pareció aliviarse de una presión intolerable. Joannes dejó caer el fusil al suelo. Sólo quedaba allí un incendio que crecía por momentos y un cadáver que le miraba con los ojos vidriosos y aún intensos, contaminados por la pena. Aquel hombre maldito parecía más humano que cuando vivía.

Pronto oyó voces que subían las escaleras, gritos de «fuego». La madera de la mesa y del suelo había prendido ya. Sólo quedaba una salida. Se levantó; la herida de la pierna le hacía cojear. Corrió al pasillo, las escaleras seguían subiendo. Ascendió por ellas al tejado de la torre, una pequeña terraza almenada. Abajo corrían hombres armados, monjes que, medio desnudos, acarreaban baldes de agua del pozo. Joannes calibró la distancia hasta el tejado del monasterio, había más de cuatro metros. No había opción, el humo envolvía la torre entera haciéndole toser. Tomó impulso y saltó desde lo alto de una almena. El impacto de la caída le produjo un dolor agudo en la pierna herida. Sintió romperse las tejas bajo sus pies. Caía sin asidero posible, resbalaba sin remedio. Saltaban las tejas y le herían y acompañaban en la caída. Alzó las manos, convertidas en garras, e intentó aferrarse a un saliente en el tejado. Notó que algunas uñas saltaban, arrancadas de cuajo, pero no sintió dolor alguno, sólo cómo su presa faltaba y él seguía acercándose al borde del tejado. Su salvación fue una pequeña chimenea que se puso al alcance de la mano. Chocó con ella, se abrazó a los ladrillos con la desesperación de un amante abandonado y logró detener la caída. Durante unos instantes, su universo sólo fue el soplar asmático de su pecho y las motas brillantes que le nublaban la visión.

Lentamente comenzó a recuperar el resuello. Se miró las manos. Estaban ensangrentadas, llenas de cortes. Los dedos, destrozados de aferrarse a los tejos, comenzaron a dolerle con intensidad. Se negó al dolor; aún no estaba a salvo, quedaban un par de metros para el borde del tejado. El fuego en la torre parecía incontrolable, crecía y amenazaba con devorar todo el edificio. Intentó atisbar por el borde del tejado; el suelo no parecía estar muy lejos, pero eso podría resultar engañoso. Buscó con la vista algún asidero, una forma de descolgarse con seguridad. No parecía haber nada. Al fin se quitó el cinturón y enganchó la hebilla en el enrejado que protegía la boca de la chimenea. Descolgándose con cuidado, sintiendo forzarse

el cuero del cinturón, logró alcanzar el borde. Era un solo piso de altura. Abajo corrían monjes y soldados. Esperó a que no pasase ninguno y soltó el cuero del cinturón, que ya le desollaba la palma.

Resbaló un poco y luego cayó al suelo. Intentó prepararse para el impacto pero golpeó contra la tierra polvorienta como un saco de trigo. Tenía que levantarse; podía pasar alguien en cualquier momento. Se levantó, intentó medio correr, medio arrastrarse, y logró llegar a la huerta.

Caído de bruces entre lechugas y tomates, sobre la tierra blanda y húmeda de rocío, hubiera querido quedarse allí, descansar tirado en aquella huerta que le llenaba la cara de su olor penetrante, pero no podía. Se levantó y, cojeando, comenzó a moverse en dirección a la puerta de la finca. Esperaba que et incendio hubiera hecho acudir a los guardias. La puerta estaba abierta, y no parecía haber nadie cerca. Salió al campo e intentó orientarse de vuelta al autocoche. No llegó muy lejos; entre unos matojos, tras escalar un pequeño monte próximo a la entrada del monasterio, notó que se le iban las fuerzas. Se acurrucó junto a una piedra y, sujetándose las manos destrozadas en los sobacos, permaneció muy quieto, sintiendo cada bocanada de aire, cada palpitar del corazón, cada latido de dolor en la punta de los dedos como una agonía interminable.

Entró en una duermevela llena de tiritonas, dolores musculares, ansiedad por si lo encontraban, que duró hasta el amanecer. Cuando el sol comenzaba a ralear por la campiña, sintió que tenía toda la ropa empapada por el rocío y el frío muy dentro de los huesos. Tenía la cabeza embotada, no podía pensar con claridad y a cada roce en las manos un dolor súbito y agudo le hacía rechinar los dientes. Lo que más le preocupaba era la herida de la pierna, a pesar de que había dejado de dolerle. La descubrió y vio el color lívido de la infección extenderse por la carne. Había visto demasiadas heridas de guerra como para que se pudiese confundir acerca de lo que sucedía: si no hacía algo pronto, llegaría la gangrena.

Joannes volvió a ver todo lo sucedido la noche anterior. Le habían engañado los sentidos, Rebeca no podía haber recibido esos tiros, luego levantarse y matar a fray Faustino de esa manera. Una coraza, debía de tener una coraza escondida en el pecho. No podía ser ella y, sin embargo, no podía ser otra, lo hubiera notado, se dijo. Luego el dolor le hizo olvidar toda consideración. El día amanecía despejado y luminoso. No muy lejos, humeaba aún el incendio. Pronto se pondrían a buscarlo, o quizá no. Quizá creyesen que los disparos habían sido por causa del incendio, todo un accidente. Pero ¿cómo explicar entonces el cadáver del guardia?

El calor del sol pareció infundirle algunas fuerzas. Miró con precaución a su alrededor, no parecía haber patrullas. Respiró hondo. Tenía la garganta seca, pastosa de tierra y flema. Se puso en pie apoyándose en una rama que encontró. Descubrió con pesar que cada paso era una agonía, tenía el tobillo derecho hinchado y sin

movilidad. No llegaría muy lejos así. Recordaba dónde habían dejado el diminuto autocoche de Rebeca, y le costó más de dos horas llegar hasta allí, a campo través, ocultándose entre las pocas frondas que encontraba. El vehículo ya no estaba. Se maldijo en voz alta: hubiera debido suponerlo. Seguían manipulándole, unos y otros, y él como un pelele de trapo, arrojado de aquí para allá. Ella había encontrado y matado al fraile gradas a él, ése era su auténtico interés, y probablemente lo que le había contado era todo mentira. También lo que había dicho el fraile, mentira tras mentira. No, no podía ser la Rebeca que él había conocido, quizás alguien que se parecía mucho a ella, un súcubo con su cuerpo, un demonio, cosas de magia y de cabalistas, mientras la auténtica se pudría en alguna celda remota, sí, no podía ser otra cosa. No sabía qué hacer. Echó a andar por una trocha estrecha abierta entre rastrojos, con prisa por poner distancia al monasterio. Si se encontraba con algún campesino no sabría qué decirle. Anduvo un tiempo que no supo medir, tropezando, cayendo cada decena de pasos, tirando de todo su cuerpo con saña y dolor, todo el tiempo rechinando los dientes unos con otros.

Vio la construcción al subirse a una colina. Era una casa de barro y techo de paja, miserable y pequeña, pero tenía un pozo y parecía aislada. Mientras se acercaba a la choza, cruzó pequeñas parcelas a la sombra de encinas y robles en las que habían plantado hierbas que conocía: malvavisco, belladona, acónito, yerbas de brujería cuyo cultivo estaba prohibido. También había grandes plantas de cáñamo sujetas a enramados de caña, toda una plantación ilegal.

El dolor de la pierna aumentó y se le nubló la vista. Sólo veía claramente el pozo de rocalla blanca, su objetivo. Llegó a él apenas sosteniéndose sobre la vara que le servía de apoyo. Casi dejó caer el cubo en su precipitación. Lo mandó al fondo y lo recuperó lleno. Bebió hasta hartarse y se vertió por encima el resto del agua. Resbaló en el pretil hasta el suelo polvoriento.

No veía bien, pero de pronto notó que alguien se acercaba, una anciana envuelta en telas negras, pequeña y seca, moviéndose ágil sobre unas piernas torcidas.

—¿Quién anda ahí?

—Yo, un hombre herido.

—¡Por Dios bendito! Ven, apóyate en mi hombro.

Joannes agradeció el umbrío interior de la casa. Sólo había una habitación. El suelo era de tierra. Los únicos muebles eran un jergón de paja en un rincón y en el otro un hogar renegrido al que se calentaban algunos pucheros. De las vigas del techo pendían multitud de hatillos de hierbas puestas a secar. La mujer no era tan vieja vista de cerca, aunque tenía el rostro curtido y lleno de arrugas muy profundas, y le faltaban algunos dientes.

—¿Eres una bruj… una sanadora?

—Sí, hijo, sí, estás en buenas manos.

Una bruja. Joannes recordó a la cantidad de mujeres que habían detenido y mandado a la cárcel por vender hierbas en los mercados; las muchas sanadoras a las que se les había prohibido ejercer en la ciudad. Y antes había sido peor, antes se las torturaba y tiraba a agujeros profundos para que murieran sin ver la luz del sol. Una bruja iba a tratarle, no había nada mejor, y la mujer parecía saber lo que tenía que hacer.

Le lavó las heridas de las manos con vinagre en el que había macerado muchas hierbas. Luego descubrió la pernera del pantalón tiesa por la sangre seca. Se la cortó con un cuchillo grande y viejo, sin que Joannes dijera nada.

—Muy mal, está muy mal. Si quieres que te cure vas a tener que aguantar el dolor; tengo que limpiar la carne mala.

Joannes miró a los ojos de aquella mujer. Trabajaba rápido y seguro, era su oficio, llevaba haciéndolo gran parte de su vida. Ahora seguramente sólo curaba a alguna cabra, algún descalabro, en todos los pueblos había ya médico. En Madrid conocía ciertas traseras de boticas donde podían haberlo cuidado, pero no llegaría a la ciudad en esas condiciones. Asintió con la cabeza, recordando, en ese mismo momento, cómo una de aquellas mujeres le había curado un corte en un brazo cuando era niño, allá en la sierra.

La mujer pasó el cuchillo por el fuego un buen rato y luego se acercó a él, tendido en el suelo, sobre una estera de paja. Le dio una rama para que la mordiera.

—Voy a hacerlo ahora.

Y lo hizo: Joannes sintió la carne abrirse, el cuchillo candente cortar y horadar en el agujero que la astilla le había dejado en el muslo. Aguantó un rato, sintió cómo todos los músculos se le tensaban y la humedad de la sangre nueva le corría por la pierna. Aguantó hasta que le llegó la inconsciencia como una manta de pesada oscuridad tapándole súbitamente la cara. Justo antes de desvanecerse miró a la mujer, los dientes apretados, el reflejo del fuego sobre la cara.

—¡Rebeca!

—No, hijo, no soy Rebeca, aguanta un poco más.

Sonreía, los dientes afilados, dientes de carnívoro. Cuando todo era ya sólo dolor y oscuridad, la sonrisa se amplió, se volvió carcajada, una risa sardónica dirigida exclusivamente a él. Luego se sumergió en la nada.

15
La dama blanca

Joannes despertó y, sin abrir los ojos, percibió una espesa mezcla de aromas notando en el aire. Había romero, espliego, hierbabuena, y decenas de perfumes mezclados y comprimidos hasta crear una atmósfera abrumadora. Respiró hondo y no se sintió acosado por la tos; todo lo contrario, los pulmones se le llenaron de aire vivificante. Abrió los ojos despacio y vio un techo de vigas de madera sin desbastar y paja colocada en haces. A su izquierda, en un rincón, sobre un fuego de sarmientos hervían varios potes de hierro. Intentó incorporarse; le dolía todo el cuerpo. Se notó desnudo, envuelto en una manta raída. Algo le molestaba en las manos, tenía emplastos de barro seco y tela alrededor de varios dedos. La pierna no le dolía. Se la descubrió, tenía la herida cubierta por hojas de parra, tierra empapada y hierbas. Levantó ligeramente el emplasto, no percibió el aroma de la putrefacción y el feo agujero parecía más cerrado; sin embargo, se llenó de espanto: la herida supuraba de larvas, blancas y gordas, cientos de gusanos afanados en un festín que era él mismo. Las manos fueron solas a limpiárselas, pero las retuvo. Se tendió apretando los dientes. Gusanos, igual que en la guerra, las larvas de mosca se comían la carne muerta y limpiaban la herida de gangrena. Hizo un gran esfuerzo por olvidar los insectos, y casi lo consiguió.

La sanadora entró en la casucha llevando un balde de agua.

—Ah, ya estás despierto. Mala herida, pero la ría Antonia te la ha curado. Dicen que ya estoy vieja, que no sé lo que hago. ¡Qué sabrán ellos! Si uno está por salvarse, se salva seguro como que la Virgen y san Antonio existen.

—Tengo algo de dinero para pagarle.

—Ta, ta, ta, no necesito dinero. ¿En qué lo iba a gastar viviendo aquí? Y no me voy a mudar a mi edad. Lo que sí me haría falta es un yesquero, ¿no tendrás uno? El que tenía se me perdió, ay, y mira que he rezado a san Cucufato y a las potencias de la Tierra, y nada.

Joannes se incorporó cuando la mujer se acercó hacia él con el contenido de uno de los potes. Eran judías. Joannes, que no había comido en dos días, casi se marea con el aroma. Las devoró con ansia y cuando terminó la cálida pesadez en el estómago le hizo sonreír.

—¿Cómo es que vive usted aquí sola?

—En este valle siempre ha habido una mujer sabia, siempre, incluso cuando los moros, y antes también. El valle necesita una mujer, y al revés. Aquí no hace calor, la nieve no se queda mucho tiempo, en verano llueve y refresca, siempre hay flores y agua en el pozo. Ven afuera, ven.

Joannes, apoyándose en la anciana, salió afuera. Era media tarde. Había dormido

casi todo el día, o varios días, no podía precisarlo. Sentado sobre una piedra, a la puerta de la choza, se sorprendió de aquel pequeño valle entre colinas. El terreno no parecía labrado ni vallado. No había caminos y la fronda parecía espesa, sin desbrozar. No suponía que aún existiesen lugares así. Había algo más, una sensación en la boca del estómago que sólo había sentido otra vez, en una fuente que encontró escondida entre peñas, cerca de un collado. No había palabras que la definiesen, no se podía asir, pero estaba ahí, constante y sutil.

—No sabía que hubiera lugares así.

—Si el lugar no quiere que se sepa, no se sabe. Los inquisidores pueden pasar cien veces delante del camino que lleva aquí, y cien veces no lo verán.

—Señora, ¿qué sabe de…?

—¿Sí?

—No, da igual.

La mujer se acercó al pozo, baldeó unos cuantos cubos que usó para regar unas matas de hierba de incensó color verde.

—Sé cosas, soldado, ladrón, o lo que seas. Veo cosas, en ti, en la cierra, cosas que huyen de las palabras, que sólo se entienden en sueños. Crees que has llegado aquí por casualidad. No, no existen las casualidades; viniste a la tía Antonia porque tenias que venir, igual que re marcharás porque tienes que hacerlo. No hay más.

Pasó la carde y la noche llegó fresca pero no fría, derramando estrellas sobre los árboles y arbustos.

—Deberías ir a dormir, a soñar para entender, Joannes.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Yo entiendo sin palabras, no me hacen falta.

—Señora Antonia, necesito consejo.

La anciana, que no dejaba nunca las manos quietas, estaba reparando una cesta de enea.

—He visto cosas que no entiendo.

—La vista, los ojos, son engañosos. Hay que oír lo que no se oye y ver lo que no se ve.

—Cosas, gentes malvadas.

—La Virgen y san Antonio no lo son, sólo ellos; los demás somos malos a veces y buenos otras. No te apures, tienes tu camino. Antes no querías verlo, te negabas a recorrerlo, pero ya no puedes más, el camino se te ha echado encima, te ha traído a la tía Antonia.

La mujer, un montón de harapos oscuros e invisibles en medio de la noche, estuvo callada un largo rato. Joannes sintió que le invadía el sopor. Cuando ya creía dormirse, le espabiló la voz de la anciana.

—Sin embargo… sí hay cosas con poder, oscuras, ciegas; cosas que los hombres

han olvidado soñar, sí, y que ya no entienden y, como no entienden, las ignoran y no hay nada peor que la ignorancia, nada peor, Joannes.

No entendía nada, ni ahora ni desde un tiempo atrás, pero estaba demasiado cansado para esforzarse más. Regresó al jergón, se tumbó y al instante ya no sintió las punzadas en la herida de la pierna ni en los dedos. Tampoco los moratones que tenía repartidos por todo el cuerpo. Se durmió plácidamente y soñó con aquel valle, y cómo de él crecían más que árboles, más que matojos, algo parecido a palabras pero que nunca lo serían, nubes de gasa luminosa, hilos tensos o flojos que iban y venían, oscuros, claros, luminosos, ardientes, que cruzaban el cielo de parte a parte y enredaban en ellos a los hombres. Había hilos afilados, que segaban carne, hilos que protegían, había nubes de aceros que destrozaban ejércitos, y colchones de verde fronda que bebían agua y sol, y se hinchaban con ellos y crecían hasta ocupar toda la tierra. Soñó todo eso y más cosas, y luego nada hasta que volvió a abrir los ojos, molestos por un rayo de sol que incidía sobre ellos.

Notó el cambio inmediatamente; el techo de la cabaña estaba lleno de agujeros por los que se colaba la luz. La vivienda parecía desierta, no había fuego en el hogar, ni potes, ni hierbas colgando de las vigas. Joannes advirtió que estaba vestido. Se palpó la herida, no le dolía. La descubrió; estaba cicatrizada. Carne nueva, de un color más claro, había crecido y cerrado el agujero que había abierto la astilla de madera. Le faltaban las uñas de algunos dedos y sentía alguna molestia en las costillas. Por lo demás, se sentía fuerte, recuperado. Fuera todo seguía igual, los mismos fresnedales, las mismas peñas, pero el pozo parecía cegado y no había rastro de ningún cultivo.

Joannes se puso en marcha en seguida. Antes de partir, dejó sobre una piedra plana, la misma sobre la que había estado sentado la noche anterior, su yesquero de hierro, pedernal y mecha.

Orientándose por el sol, arrumbó a la ciudad. Avanzó con energía por aquellos campos que no habían conocido arado, y al poco había dejado atrás el valle. No volvió la vista atrás.

Al poco llegó a un camino de tierra bastante frecuentado. A pesar de su miedo a ser reconocido, le hizo señas a un camión lleno de alcachofas, que lo recogió. Por suerte para él, iba solo en la caja de la carga, y no tuvo que dar conversación a los dos campesinos que conducían en el pescante camino del mercado del sábado. Agradeció el trago de vino de la bota que le pasaron. Necesitaba pensar en cuáles iban a ser sus siguientes pasos. Nadie, no podía confiar en nadie. Quizá no era tan mala idea huir, desaparecer; pero no, había algo recomiéndole las tripas: se habían burlado de él. Si huía estaría toda la vida acordándose de aquello. Además, tenía que averiguar qué había pasado con Rebeca. La mujer dulce y sumisa a la que había visto llorando a su hermano no podía ser la misma bestia salvaje que mataba con las manos desnudas.

Joannes, dejándose llevar por la ensoñación, se imaginó rescatándola de alguna remota mazmorra, abrazándola y secándole las lágrimas con sus besos. Se deshizo de la escena con una sacudida de cabeza. Tenía que pensar qué hacer, no perderse en fantasías. La bruja, sólo ella no le había dicho que huyera; en realidad no le había dicho nada a pesar de que sabía mucho sobre él. Involuntariamente puso la mano sobre la herida, ya curada. No le había molestado en toda la mañana, y las uñas habían comenzado ya a crecer. Sacó el reloj y lo consultó. No le había dado cuerda en dos días o más, y seguía funcionando. Cada vez le parecía más asombroso aquel aparato. Era media mañana. Madrid estaba ya cerca; se olía en el aire, se veía en las cada vez más frecuentes alquerías.

Súbitamente, las cosas comenzaron a fraguar. Los judíos eran la constante que había estado continuamente presente: Rebeca, su hermano, su padre, la Alhama. Comenzó a vislumbrar qué hacer: iría a la judería vieja, a la ribera del Manzanares y a Lavapiés. Los judíos eran gente reservada, acostumbrada a solucionar sus problemas sin acudir a alguaciles ni inquisidores; no obstante, siempre se podía encontrar a alguno de ellos que contase cosas, normalmente por dinero. Joannes conocía a varios, había sido una de sus misiones pulsar el ambiente en los barrios judíos de Madrid, investigar posibles revueltas, contactos con anarcolistas o similares. No obstante, Madrid era un sitio poco seguro para él. Se palpó el revólver, todavía en su sobaco. Lo extrajo con cuidado para que no le vieran desde el pescante. Estaba hecho una pena, sucio y sin engrasar. Lo desmontó cuidadosamente y comenzó a limpiarlo de arena y polvo. Tenía aún treinta balas en la faltriquera. ¿Serían suficientes?

Para cuando llegó a Madrid había terminado su labor. Se bajó del camión en la Puerta de Toledo, abarrotada a aquella hora de puestecillos de fruta, carne y verdura recién traída del campo. Sonrió: las viejas fronteras seguían allí, líneas sutiles y casi invisibles que separaban los puestos de especias de los catanitas y filipinos, los de verduras y frutas de los castellanos viejos, y los chamarileros, orfebres, alfareros y ebanistas árabes. Sólo faltaban los judíos.

Compró un cucurucho de altramuces y mientras los comía descendió por la Ronda de Toledo, se internó por la calle del Casino. A esas horas salían de sus instalaciones los últimos noctámbulos, hartos de pérdidas los más, corriendo y mirando a sus espaldas los que habían ganado algo. Se reconocía a aquellos que fumaban el jugo de la amapola blanca porque deambulaban erráticos, intoxicados por las visiones de un Madrid que no era el mismo que el suyo. La ciudad tenía una cara para cada habitante, noble, granata, chamarilero, filipino, puta, ladrón o alguacil caído en desgracia. Quizá tuviese que buscarse su propio rostro, el que le fuera más propicio en aquellos momentos.

A medida que penetraba en la judería vieja, comenzó a ver los pequeños nichos

tallados en los quicios de las puertas donde se alojaban las *mezuzabs*, receptáculos sellados que contenían un fragmento de la Tora. En unos pasos toda la actividad de la ciudad desapareció. Era sábado, las puertas estaban cerradas, las persianas echadas. Se sintió expuesto, vulnerable sin la protección de la multitud.

Pronto se hizo la hora de comer. Caminó hasta la calle Argumosa buscando un figón judío, oscuro y económico, que conocía de otras veces. No le disgustaba la comida que allí servían, sospechaba que se tomaban algunas licencias con la comida *kosher*. Lo encontró cerrado. Aporreó la puerta sin resultado. Había sido muy optimista. Antes, algunos locales abrían el sábado. Era posible que la Alhama, que hacía la vista gorda para muchas cosas, hubiese endurecido sus leyes.

Cuando ya se marchaba, un anciano le abrió la puerta.

—*Mi mequish al dalti beshabat?*

—Perdone, creía que abrían hoy.

—No, el Talmud lo prohíbe; sin embargo, obliga a la hospitalidad. Entre y coma conmigo.

Sin saber qué hacer, se quedó mirando a aquel hombre. Era muy viejo y casi ciego. Dudó y luego le siguió adentro. En el momento que entraba en el local, amplio y limpio, le vinieron a la memorial; palabras del mal bicho del Chinche: «No quiero saber de ésos, con guita quiero saber de arrunfaos aparecidos ni de anarcolistas ni funqueros». Los arrunfaos, para el Chinche y toda la calaña hijo: mil madres que poblaban las calles de la ciudad, eran los fantasmas de los judíos. El anciano se dirigió con seguridad a una mesa que, al contrario que el resto, que tenían taburetes encima, estaba vestido con manteles de hilo, platos, copas y cubiertos.

—Acompáñeme en la comida, por favor.

Joannes se sentó a la mesa. Criados silenciosos y casi tan viejos como su anfitrión sirvieron lentejas con carne de vaca. Las lentejas le supieron a gloria bendita y consumió tres platos largos con su correspondiente acompañamiento, hasta quedar harto. En la calle, brillaba el sol alto y fuerte, ya la primavera de Madrid tocaba a su fin y a Joannes comenzaba a estorbarle la sobreveste de lanilla. Se relajó. En aquel barrio estaba relativamente seguro, no habría patrullas hasta la noche.

Hierba, necesitaba un poco de hierba para fumar, había perdido el saquito en alguna de sus múltiples caídas. El hombre mayor lo adivinó y le ofreció un poco. Los judíos fumaban la hierba en pequeñas pipas de hueso. Joannes estaba más acostumbrado al papel; sin embargo, tomó la pipa de cortesía que le ofrecía el posadero. Si hubiera estado en alguno de los locales del barrio morisco habría sido una pipa de agua, y papel para fumar en las tabernas del centro, pero todos fumaban la misma hoja del cáñamo.

—Siéntese conmigo y compartamos.

Le dio las gracias a su benefactor y encendió la pipa con movimientos lentos y

deliberados, mientras el anciano mojaba dos dedos en la copa de vino oloroso recién servido y se pasaba los dedos húmedos por la nuca y los párpados.

—*¡Guelt!*

Joannes hizo lo mismo y repitió la invocación a la buena fortuna. El hombre le sonrió; tenía toda una constelación de arrugas dibujadas en el rostro. Se fijó entonces en que vestía a la antigua: negro riguroso, sombrero y guedejas largas. También el negro parecía una constante en Madrid; todos lo usaban con prodigalidad, excepto los catanitas y suderos, que gustaban de los colores vivos.

—¿Señor?

—Sí, hijo.

—¿Podría hacerle una pregunta?

—Dime.

—Hace poco… he visto cosas que nunca habría imaginado. Sucesos extraños, fuera de lo normal. Su pueblo es antiguo y sabio.

—Bien dices, hijo, antiguo, pero quizá no tan sabio.

La voz suave y cadenciosa del anciano, poco acostumbrada a hablar castellano, salió de su boca apenas distinguible del humo de su pipa.

—Hubo una vez en Toledo, cuando el pueblo judío ya era antiguo, un brujo, un cabalista poderoso. Ese hombre, capaz de resucitar a los muertos y de matar a los vivos, fue preguntado en la Alhama sobre su poder, que era en su esencia peligroso. Se buscaba prenderlo, había en la puerta de la sinagoga diez criados armados, listos para asirle las manos y taparle la boca para que no profiriera hechizos, y después ahogarlo en el río, pues el agua es enemiga de la magia. El hombre fue requerido por los patriarcas, conminado a someter sus investigaciones. El brujo sonrió y dijo: «No hay nada bajo el sol que escape al conocimiento de Yahvé».

El anciano volvió a su mutismo. Fumó lentamente de la pipa.

—No entiendo, señor.

—El brujo podría haber apagado la vida de los patriarcas con una frase. Podría haber vencido con facilidad a todos los levitas armados de la ciudad; sin embargo, prefirió negar su poder y someterse a la ley de los hombres, que desde ese momento no pudieron prenderlo, pues no había certeza de su culpa. E hizo bien, pues todo lo que hacemos ha sido ya imaginado en la mente de Dios, y está escrito que el que hace tiene después que deshacer. Aquel hombre hubiera vencido a los hombres, pero los hombres le hubieran vencido a él más tarde o más temprano. Nunca más se supo de sus sabidurías, vivió el resto de su vida en paz con la comunidad y murió anciano y colmado de nietos y bendiciones.

Joannes reflexionó durante un largo minuto. El poder era para usarlo, el conocimiento para luchar por la vida, y sin embargo la fuerza parecía, a veces, ser un problema. El hombre que manejaba los hilos opinaba como él, usaba su poder.

¿Estaban ambos equivocados y aquel anciano tendría razón?

Agradeció profusamente la comida, y se levantó despidiéndose con un saludo del sombrero. Fuera apretaba el calor del mediodía, pero sabía adonde ir. Aun de día, quien buscaba podía encontrar juego o busconas, o ambas cosas. Conocía de sobra el camino; era una casa ilegal, pero frecuentada por muchos alguaciles y funcionarios tanto en misión oficial como por diversión. A Joannes le gustaba el sitio no tanto por el juego, del que no disfrutaba demasiado, como por el buen vino y las rameras, pues también ejercía de casa llana. El edificio, al borde ya del barrio, cayéndose casi hacia el río por la cuesta debajo de la calle Curtidores, era una casona vieja y sucia, cuya fachada había conocido tiempos mejores. La puerta delantera no se había usado nunca, que Joannes supiese. Había malas hierbas creciendo en el jardincillo de la entrada y las ventanas estaban tapiadas. La parte trasera daba a un callejón sucio y pequeño. A pesar de la hora, había un par de autocoches aparcados, y deambulaban por él la carne de la misma carda que él mismo conocía de otras veces. Se caló el sombrero y avanzó resuelto hacia la puerta.

—Eh, compadre, ¿adonde va?

—Adentro.

El matón lo miró de reojo, esforzándose por leer los rasgos ocultos por la sombra. A Joannes se le fue la mano al sobaco, a sentir el frío tranquilizador del metal.

—Adelante.

Le abrió la puerta a un pasillo oscuro y decorado con profusión de tapices y maderas. Aquella tafurería estaba vestida a la manera antigua, solera de baldosa, ladrillo, madera vieja en las vigas y tapices de diseño recargado y oscuro. Algunos candiles iluminaban lo suficiente como para no tropezar. En la parte central de la casa se abría un amplio espacio libre, y en él crecían, como setas multitudinarias, tablas de juego rodeadas de espaldas ansiosas. Enganchadores y pedagogos libaban sobre los mejor vestidos y de bolsas más pesadas. Una ligera niebla de humo velaba la oscuridad y orlaba los candiles y bujías, colocados en pebeteros forjados sobre trípodes o colgados de las paredes encaladas, largas columnas de madera sostenían un techo que cubría lo que había sido antes un patio abierto. Al patio se abrían ventanas y un balcón, Joannes maldijo en silencio: había algunas capas bermellones y pardas, de la guardia y del tercio de caballería de Colmenar. Sólo faltaba que también hubiese algún alguacil de paisano ojo avizor. Se dirigió, sin quitarse aún el sombrero, a un rincón desde donde atisbar en busca del Orinales, el personaje al que había ido a buscar. Pronto lo vio salir de una de las puertas, de servir a alguna ramera. Era un hombre aún joven, pero tan avejentado por la viruela y las cicatrices que hubiera pasado por tres lustros mayor. Se movía con la espalda encorvada como una hoz, resiguiendo las líneas de las baldosas con la vista, la mano derecha presta a tenderse por un real de baratillo, y el orinal en la siniestra listo para servir a los que no querían

moverse de la mesa de juego ni para aliviarse.

Era un hombre miserable, derrotado, pero Joannes nunca le había podido despreciar como hacían otros. Sentía grandeza en su derrota y su actitud de vencido. Había una historia detrás de su caída, pero ni Joannes ni ningún otro habían podido nunca saberla.

La pesada mano del alguacil le atrapó el hombro como un cepo de cazar osos. El otro se volvió y los ojos se le iluminaron.

—Joannes, ¿qué haces en esta leonera? ¿No deberías estar ya camino del Brasil?

—No me cantes levas, Orinales, que no estoy de humor. Tómate algo conmigo.

Lo arrastró consigo a una mesa en un rincón, llena de jarras de vino vacías y vasos sucios.

—¿Sabes que hay cien doblones para el que te dé canutazo? Te has vuelto caro, Joannes.

—Poco podrás cobrarlos con una bala en el entrecejo, Orinales.

Se oyó cantar «¡quince!» con furia. Ambos miraron en esa dirección por motivos diferentes. Luego volvieron a su conversación.

—Estoy un poco apurado, ya lo sabes, y quiero saber de los tuyos, qué se cuece en las juderías, la nueva y la vieja.

—No deberías haber venido, te buscan todos. Creo que conozco a muchos, pero lo mismo hay algún agente aquí mismo, buscándote. A las chicas les han prometido una fortuna si te denuncian.

Joannes se encogió aún más en las sombras. Sí, estaba en peligro, metiéndose él solo en la boca del peor lobo que había conocido nunca, Pero no podía elegir su camino, como le había dicho la vieja, parecía trazado ya.

—Orinales, hay alguien haciendo mucho ruido, un judío poderoso que mata en la sombra.

El hombrecillo pareció enverdecer aún más.

—No sé mucho. Se dice que el consejo de la Alhama se reúne más de dos veces por semana desde hace meses. En las calles se habla de un protector, de tiempos mejores que están por venir.

—¿Quién es el protector?

—No lo sé, es una figura mítica, una leyenda.

—¿Qué dicen las consejas, los niños, los viejos? Quiero saberlo todo.

—Hablan de un viaje, nombran las viejas tradiciones, el Templo de Salomón, el Muro de las Lamentaciones, la Tierra Prometida. Hablan de un cambio, un gran cambio, y, también, algunos reniegan, dicen que ése no es el camino, hablan de… guerra.

—¿Guerra?

—Sí, muchos dicen si no será la hora de que se nos oiga y no se nos utilice, de

que el rey y el Consejo de los Cuatrocientos atiendan las peticiones ancestrales.

—¿Cuáles?

—Los ritos, las tierras sagradas.

—No entiendo mucho de eso.

—Ya, yo tampoco… Son leyendas, cosas de viejos, pero tras cada fachada, tras cada gesto siempre hay una verdad. Oye… tengo que ir a trabajar.

—No, sólo un momento. ¿Qué sabes de un enorme animal, con la fuerza de cien hombres y la malicia de un mono, capaz de aplastar gente y de derribar casas?

El Orinales se sobresaltó y casi se cayó del taburete al recular. Joannes nunca había visto tanto miedo reflejado en la cara de alguien. Le sujetó del brazo para sostenerle.

—¿Qué sucede?

—Nada, no puedo decirte nada de él, porque no existe, no puede existir.

—Al menos dime cuándo y dónde se reúne la Alhama.

—Eso es fácil: a las diez, en la sinagoga vieja, los domingos y los miércoles.

Joannes soltó el brazo que sujetaba. El Orinales se levantó bruscamente coincidiendo con la entrada de un grupo de gente en la sala, tres desollacaras de mal talante y alguien muy bien vestido —puños de Holanda y terciopelo de Alcántara— acompañándolos. Joannes le reconoció aun sin oler el perfume: el duque de Mier.

Dejó ir al Orinales y al instante giró la cara, ocultándola bajo el ala del sombrero. ¿Le habían visto? No esperó a comprobarlo. Se levantó aparentando no tener ninguna prisa y se dirigió a una de las puertas que llevaban al interior. Se volvió al oír el taconeo de muchas botas: los recién llegados corrían hacia él.

16
Preguntas sin respuesta

El interior estaba aún peor iluminado que el salón. Joannes conocía un poco el edificio, pero vacilaba en elegir los pasillos y las puertas. Detrás de él se oía el revuelo de hombres corriendo y voces de alto. Respiraba trabajosamente y el sudor se le acumulaba en la frente y le caía sobre los ojos mientras buscaba un pequeño patio que había visto una vez desde una habitación. Al doblar una esquina tropezó con una mujer vestida con el manto ligero que usaban las cortesanas antes de desnudarse del todo para los clientes. La chica, una filipina pequeña y delgada, gritó de sorpresa, soltó el cierre de la prenda y quedó desnuda frente a él. Joannes no tuvo tiempo de admirar sus encantos, la derribó de un empellón y siguió corriendo. Terminarían por cogerle. Tenían razón, debería haber aceptado los consejos y poner espacio entre él y Madrid, aquella ciudad a la que estaba aprendiendo a odiar. Reconoció la puerta, allí estaba el cuarto que buscaba. La abrió y, ya dentro, descubrió que no estaba vacío. Una pareja yacía en un diván, envueltos en cojines y humo de hierba. Joannes los miró un instante, lo suficiente para que el hombre se incorporase de entre los pechos de la mujer. Era grande y peludo. Los bigotes revueltos y el pelo suelto le impidieron reconocerlo en seguida.

—¡Voto a bríos!, ¡si es el asesino!

Joannes comprendió de quién se trataba mientras su puño viajaba hacia los bigotes a la velocidad de una bala de cañón. Sintió crujir el hueso y la sangre le salpicó los nudillos. El judicatario mayor De Grandes rodó por el suelo. Joannes no perdió tiempo y con todo el peso del cuerpo le dio una patada a la puertecilla que daba al exterior. La madera crujió y se rompió. Salió al patio donde, como recordaba, había una barda fácil de saltar. Lo que le sorprendió fue la pareja de hombres delante del muro. La mano se le fue al revólver, pero antes de que llegase uno de ellos le golpeó en el estómago con una porra corta. Joannes echó todo el aire y se dobló sobre sí mismo. El siguiente golpe, en el antebrazo, le hizo soltar el arma. Por el sonido del gatillo al ser amartillado, reconoció un letal revólver llamado El Solete, un arma pequeña, fácil de ocultar, de sólo cinco tiros, un arma de señoritas.

—Quieto.

Como un pelele, Joannes se dejó caer al suelo de rodillas. Tenía ganas de vomitar. Incapaz de pensar con claridad, le invadía un abrumador sentimiento de fracaso: sus correrías habían terminado en aquel patio estrecho. De rodillas, doblado por el dolor, apoyó la frente contra las piedras del suelo. No se irguió, continuó en la misma postura, apretando los dientes, mientras el patio se llenaba de botas que frenaban su carrera.

Le levantaron entre dos hombres y pudo ver al duque delante de él, la sonrisa a

medio cuajar en el rostro siempre socarrón y la pistolita apuntándole.

—Vaya, sí que corre un hombre tan grande, sí.

—Más que la puta de tu madre, que tuvo muchos hombres tras los que correr.

El duque hizo un gesto y uno de los esbirros le dio un revés a Joannes en pleno rostro. Tenía costumbre, el matasietes, y los nudillos duros, pensó mientras saboreaba la sangre del labio partido. Tanteó un poco la fuerza de los que le sostenían; no eran niños. Alguien, detrás de él, le ató las manos. El duque volvió a hacer un gesto y lo llevaron de vuelta adentro, por corredores, puertas y escaleras, hasta un sótano oscuro y húmedo. No lo iban a entregar, al menos no de inmediato. No sabía si eso era bueno o malo.

Lo hicieron sentarse en una silla y dos hombres lo vigilaban desde la puerta, fumando en silencio, los ojos de Joannes recorrieron la estancia. Había recuperado ya el vigor y calibraba con furia sus posibilidades. Sus captores parecían soldados o matones profesionales; anchas espaldas, ademanes tranquilos y mucha familiaridad con armas de fuego, que lucían en amplias faltriqueras.

Pasó mucho tiempo, el suficiente como para que dejasen de dolerle las ligaduras, las manos completamente entumecidas, y para que su vejiga hinchada amenazase con romperse.

—¡Eh!, necesito mear.

—Háztelo encima.

Joannes lo sopesó brevemente. No era un truco, quizás hubiera podido aprovechar la oportunidad, pero era gente acostumbrada a aquello, no le dejaban un solo resquicio, y lo amordazaron.

Durante un tiempo indeterminado se resignó a esperar entre duermevelas incómodos, dolores y cambios de guardias. Pidió agua, insultó, maldijo, buscó una postura más cómoda sobre aquella silla del demonio. No le sirvió de nada. Lo único que hicieron por él fue aflojarle de vez en cuando las ligaduras de las manos.

La espera terminó cuando alguien bajó las escaleras dirigiéndose a él con una voz afectada e indolente.

—No se puede hacer una idea, Salamanca, de lo que me ha costado convencer al judicatario De Grandes de que se ha escapado.

El duque se quitó la casaca de brocados, la colgó de un gancho, y se quedó en camisa. Era el mismo hombre al que había protegido en el teatrón, el mismo noble al que consideraba remilgado y vano, un imbécil de la alta sociedad. Esa visión no era ya correcta, alguien así no contrata matones.

—Qué mal huele aquí. Ah, ya entiendo. Bueno, Salamanca, tengo algunas preguntas que hacerle, preguntas que es mejor que me responda. De eso dependerá que salga de aquí relativamente indemne o con los píes por delante. A estas alturas no se sorprenderá por ello, ¿no?

El golpe vino rápido, muy rápido, apenas lo vio llegar y pudo prepararse para él. Lo recibió en la cara; el hueso de la nariz hizo un ruido raro pero no se partió, le hubiera dolido mucho más. Con las manos atadas a la espalda, no pudo recuperar el equilibrio tras la patada y cayó de lado al suelo. Los rufianes le devolvieron a la verticalidad.

—Quitadle la mordaza. —Eso aún no era una invitación a hablar, sólo una pequeña venganza personal por lo de fray Faustino.

Joannes comenzó a sentir el entumecimiento en el seno nasal, un dolor sordo que crecía rápido. Se le nubló la vista y tuvo que respirar por la nariz, con el paladar y la garganta anegados de sangre.

—Yo no lo hice, no lo maté.

—Y ¿quién lo hizo?

—Rebeca.

—¿La judía?

Tenía al duque, con sus rizos dorados y sus dientes sin picar, hablándole con calma desde muy cerca. Súbitamente sintió un puño hundírsele en el hígado.

—Ya, una chiquilla matando a fray Faustino. Claro.

—Lo juro por Dios, joder.

—Tendrás tiempo para convencerme de ello. Vosotros, salid afuera. Si os necesito, ya os llamaré.

—Él me cargó el muerto, todos los muertos.

—Lo sé, y te consideraba un imbécil inocente, pero mis ideas han cambiado después de lo que ha pasado. Te libras de un cerco, deambulas a tu antojo por la ciudad y el campo y matas a un compañero conjurado. Debajo de esa grasa de buey debe de haber mucho nervio. Fray Faustino no era fácil de matar.

—Yo no lo hice. Puede creerme o no, pero es así.

Esta vez el golpe fue en la sien, con el canto de la mano. Pareció apenas rozarle, pero la cabeza comenzó a darle vueltas y un dolor intenso le sacudió desde las cervicales hasta el cuero cabelludo. Le siguió un puñetazo directo a la boca. Joannes lo vio llegar y giró la cabeza hasta encajarlo con la mandíbula. Aun así también fue demoledor, estrellas de muchas puntas comenzaron a pincharle desde los ojos.

—Es fácil pegar a un hombre atado, duque, supongo que será la costumbre entre los nobles.

—No crea, son más estúpidos, prefieren las reglas de los duelos a espada, con arma de fuego o con los puños desnudos. Esto es puro pragmatismo, aunque he de confesar que también hay algo de disfrute, sin duda.

El duque sacó una pequeña petaca de plata de una bota. Bebió un trago.

—Recapitulemos. Alguien extorsiona al imperio. Eso solo ya suena increíble, pero parece ser cierto. La amenaza está dentro del corazón mismo de la maquinaria

imperial. Mueren funcionarios de alto rango y gentuzas varias, pero no se saca nada en claro de todo ello porque hay pistas que desaparecen aun antes de que nadie pueda servirse de ellas. Fray Faustino tenía una idea en la cabeza, y conociéndole estaría muy cerca a la verdad, acerca de quién mueve los hilos en este asunto, pero de acuerdo a su costumbre, no formuló ninguna hipótesis hasta estar completamente seguro, y eso nos deja en mal lugar ya que no podemos aprovechar sus cavilaciones. ¿En qué podría estar pensando el fraile, Joannes?

—¿En joder a tu madre, quizá?

El duque sonrió de medio lado y Joannes se preparó para otro golpe. Sudaba y tenía todos los músculos en tensión; sin embargo, el golpe no llegó, fue algo mucho peor. La mano del duque se movió con violencia, le agarró de la entrepierna y comenzó a apretar. El dolor pronto se hizo insoportable. Joannes se negó a gritar. Le rechinaron los dientes y los músculos de los hombros y las piernas amenazaron con romper los tendones que los sujetaban a los huesos. Toda la silla crujió por la tensión.

—Podría reventarte uno, total, tienes dos. Te dolería más, mucho más, y duraría horas, incluso días. Pero ¿merece la pena?

El duque soltó la presa y le dio un palmetazo en la frente, el mismo golpe que se le da a una máquina que no funciona o a un buey tozudo que no quiere entrar en el corral. En ese instante Joannes se juró matarle. Un conjurado también es un hombre y también muere de una cuchillada, recordó mientras se exploraba la dentadura buscando algún diente flojo.

—Eres más bruto de lo que creía. En compañía de una de las mejores mentes del imperio y nada ha permeado esa testuz gruesa como un muro. No mereces ni que me manche las manos contigo.

Joannes recordó, involuntariamente, los libros encima de la mesa, en la celda de la torre: libros de magia, de cabalistas, y aquellos otros con máquinas y engranajes. Engranajes ¿pero de qué máquina? Relojes, ésa debía ser la clave que estaba buscando el duque. Entornó los ojos mientras veía al noble hurgar en la chaqueta. El duque tenía algo en la mano. Joannes volvió a ponerse en tensión. Sería un cuchillo o una manopla de hierro, comenzaba el juego de verdad. El duque rodeó la silla. Joannes pensó en volcar la silla para aplastarlo, pero de qué le serviría, seguiría atado. No le dio tiempo a pensar en nada más, un brazo de hierro le atenazó desde la espalda y le hizo mirar hacia el techo. El cuello le crujía y veía, muy de cerca y borrosa, la cara de su torturador. No supo qué hacía hasta que notó el sabor agrio en la boca… Quiso escupir, pero le llegó un golpe súbito en la nuca que le hizo tragar.

—¿Qué era eso?

—Nada, una pequeña pócima. Es cara; has de saber que muchos pagan cuantiosas bolsas por probar una pequeña dosis de lo que te he dado.

Algo raro sucedía: el dolor desapareció, los músculos se le relajaron. No le

parecía estar atado y sentado a una silla; un sillón más bien, algo muy blando y cómodo. La humedad de su saliva le manchó la barbilla. Tenía problemas para enfocar; el duque pasó a ser un borrón de camisa negra y pantalones verde oscuro. Una droga, qué divertido, una droga ahora.

—Me siento bien.

El duque sacó algo del bolsillo. Joannes vio que brillaba con el destello del oro, pero no le parecía metal, sino que tenía la forma y el color de un melocotón. ¿Por qué miraba un melocotón atado con una cuerdecilla de cáñamo? Y quien lo miraba, ¿era un niño, rubio, un niño muy guapo y amable que jugaba con la fruta atada a los cordones de los zapatos?

Oleadas de frío y calor comenzaron a recorrerle desde la punta de los pies a la de las manos. Los pies… intentó mirarlos, pero estaban muy, muy lejos. Medía muchos kilómetros de altura, el cuarto era una cueva inmensa, una catedral. Intentó mover la cabeza, y sintió la inercia de un castillo enorme de carne y hueso comenzar a girar lentamente. Tardaría un año entero en reubicar aquella cabeza descomunal. No la movería más, para qué. Estaba bien así.

—Joannes, ¿me oyes?

—Le oigo, ¿quién es usted?

¿Quién era? Lo había sabido un año, un siglo antes, pero ahora… recordaba los golpes como remotos, las preguntas y las humillaciones lejanas, olvidadas. Aquella voz era amable. A él le gustaba ser amable con las personas amables y matar a los que no lo eran, matarlos lentamente, aplastándolos con un puño y riendo. Tenía que matar aquella voz. ¿Por qué? No lo recordaba, pero parecía una necesidad muy inmediata.

—Soy un amigo, Joannes, tu mejor amigo, y quiero que me cuentes cosas que pasaron antes, hace tiempo.

¿Un amigo? Él no tenía amigos. Recordaba a uno, un fraile, que le traicionó. Recordaba también unos labios carnosos, suaves, deliciosos, y un ralle delgado entre sus manos. No había otros amigos. La voz era muy amable, estaba a gusto escuchándola.

Por la pared desfilaban pequeños escarabajos tornasolados, era toda una procesión con palios, escoltas, trompeteros.

—Son bonitos los escarabajos.

—No te distraigas, demonios.

Un amigo no da órdenes, tampoco habla con esa voz dulzona. Un amigo bebe contigo en la taberna y te sostiene la cabeza mientras vomitas en una esquina. Un amigo se parte el pecho ayudándote. No recordaba tener un amigo, pero aquel hombre decía serlo.

—¿Qué pasó en la torre, en el monasterio?

Joannes frunció el entrecejo. Aquello había pasado en un tiempo remoto, casi inimaginable.

—Rebeca y yo queríamos preguntarle al fraile. El fraile era amigo mío, me regaló un reloj muy bueno. Pero luego me traicionó. Le preguntamos y él nos contó que sabía cosas, pero no tenía aún la certeza. Investigaba, había muchos libros abiertos encima de la mesa.

—¿Qué libros?

En ese momento Joannes abrió mucho los ojos. Veía los libros delante mismo de sus ojos, iluminados por la luz amarillenta de las velas; bailaban las letras hebreas, griegas y latinas, se emborronaban los dibujos de complejas maquinarias, un extenso laberinto de tinta y papel.

—Veo libros con dibujos.

Los engranajes y maquinarias ya no eran tomos abiertos desordenadamente sobre una mesa, eran enormes llanuras talladas con formidables edificios en forma de dientes, de levas, de resortes gigantescos que retumbaban al moverse tal como deben de retumbar las montañas que caminan. Joannes, diminuto en medio de aquella llanura, cayó en una sima construida de piezas móviles.

—¡Ah!… ¡Me caigo!

—¡Dios…! Me he pasado de dosis, ¡está en plena cabalgada!

¿Para qué servía todo aquello? Rebotó en una de aquellas piezas que giraban continuamente. Mientras caía, comenzó a oír algo, un latido remoto y poderoso. ¿Un corazón? No, sonaba metálico. Joannes flotaba, esquivaba los ejes y se perdía en espacios vacíos entre grandes ruedas que giraban unas sobre otras. Había luz abajo, y el ruido aumentaba. Plonc, plonc. Grandes martillos de forja impactaban no muy lejos, cada golpe desplazaba sonido y aire. Ya lo veía: había un volante inmenso, cuyos ejes estaban engastados en diamantes grandes como barriles. Giraba a derecha e izquierda, obligado por un muelle en espiral que se distendía y comprimía. El volante estaba dentado y una enorme «T» de metal, armada de rubíes en las alas, engranaba en los dientes de la rueda. Plonc, ahora uno, plonc, luego el opuesto. Los oídos iban a estallarle. ¿Dónde había visto algo así? Lo recordaba vagamente.

—Eh, bajad, nos lo vamos a llevar de aquí.

—Un reloj.

La escena retrocedió a toda velocidad, Joannes miraba un reloj abierto en su palma, pequeñas piezas se movían en su interior, oscilaban periódicamente y hacían moverse los engranajes, avanzar las ruedas que luego arrastraban las manecillas. El reloj abierto cambió, se hizo monocolor, volvía a mirar los libros, a ver los engranajes, esta vez quietos, detenidos en dibujos de líneas finas y precisas.

—Es un reloj.

—Sí, hombre, un reloj.

No pudo hablar más. Le pusieron una mordaza en la boca y lo zarandearon. Sólo que ahora no le importaba demasiado. Las manos de los que le aferraban eran extrañas, parecidas a las piernas dentadas de los saltamontes. Miró arriba y vio sus rostros observarle con ojos grandes y abultados, de insecto.

—Se le pasará en una hora o así.

Le arrastraron sin muchos miramientos escaleras arriba. Joannes sentía que lo transportaban en una suave nube dos insectos gigantes de libreas multicolores y gestos rápidos. Había un gran cielo azul y soplaba el viento en su cara. No tenía brazos, pero eso no parecía importarle. De repente, el cielo se oscureció. Quieto, en el suelo, se erguía un dragón grande cubierto de escamas metálicas que respiraba pesadamente un humo muy negro. De alguna manera aquellos hombres insecto querían meterle bajo su ala extendida.

—Ahora es inofensivo, cortadle las ataduras, que se le van a gangrenar las manos.

Bruscamente sintió que tenía otra vez brazos, pinchazos horribles le recorrían los músculos. Dolían, pero Joannes no se sentía inclinado a sufrir por ese hecho trivial. Algo le empujó dentro de un vaso de metal, en compañía de más insectos y de una mariposa de brillantes escamas diamantinas. El vaso comenzó a moverse.

—¿Ahora lo van a llenar de vino?

—¡Qué imbécil! Babea y huele fatal.

Uno de los insectos le pisó la cara. Su garra no le hizo daño, sólo le acariciaron los miles de pelillos que tenía en ella. Y se echó a reír.

—¿No sería mejor pegarle un tiro?

—Todo a su tiempo, primero tengo que hacerle más preguntas. En un rato pasarán las alucinaciones, dará canutazo como un niño cogido en falta. A la mansión, rápido.

Pasó un tiempo que no supo medir. Los insectos no se movían, pero en las paredes del vaso, como en un teatrón, se desarrollaban escenas fantásticas que lo tenían embelesado. Había procesiones de enormes bestias dentadas, charcos donde navegaban grandes cruceros. Dejaron atrás un mercado de reyes y reinas desnudos, puestos en venta sobre mostradores sucios. Un emperador y su consorte por dos ducados.

Joannes se sumió en un sueño confuso. Todo se mezclaba y tomaba formas barrocas y brillantes. No había ya nombres para nombrarlas y desaparecían tan rápido como llegaban. Perdió interés y, lentamente, cayó en una pesadilla oscura, sin forma ni sustancia.

Cuando despertó aún se sentía confuso. La primera sensación que le asaltó fue el acre olor a sudor y orines que desprendía y el sabor del paladar, anegado de sangre seca. Veía con un solo ojo, el otro estaba semicerrado. Se lo palpó con cuidado, tenía una ceja hinchada, pero el ojo estaba bien. Alguien gritaba. Miró a su alrededor.

Estaba en el interior de un autocoche grande y lujoso extrañamente deformado. Tardó un par de segundos en comprender que el vehículo estaba volcado sobre un lateral. A su lado había un hombre con el cuello roto. De fuera llegaba un estruendo de mil demonios, disparos, gritos y un sonido que le puso la carne de gallina, un gruñido bajo y profundo. Echó mano a su revólver, pero no lo tenía. Se arrastró hacia una ventana y salió del vehículo. Hacía fresco y era de noche. El autocoche volcado bloqueaba completamente la calle. La lucha parecía desarrollarse al otro lado, brillaban los resplandores de los fusiles al ser disparados.

—¡Dios! Dispárale.

Volvió a oírse el rugido bestial, tan profundo como para hacerle retumbar el pecho, y un hombre voló, literalmente, por encima del vehículo y fue a estrellarse contra una pared. Joannes lo vio resbalar por ella y caer, roto, desmadejado, al suelo. Se acercó a él, tenía una faltriquera con un Villegas reluciente, un modelo más nuevo que el suyo. Lo tomó y comprobó que estaba cargado. Rodeó el autocoche con precaución, pero ni todo el cuidado del mundo le hubiera preparado para lo que vio. La calle estaba a oscuras, dos hombres disparaban, casi a quemarropa, hacia una silueta enorme que tapaba la salida de la calle. Tenía más de tres metros de altura, hombros anchísimos, macizos, y una cabeza chata como la bala de un cañón. Las piernas eran corras columnas que se flexionaban y le hacían avanzar con pasos que destrozaban el adoquinado y hacían temblar el suelo. Retrocedió inconscientemente, sin acordarse del revólver. Uno de los rufianes se movía en las sombras, intentando rodear al monstruo y escapar por su espalda. El ser movió una mano de grandes dedos con gran velocidad y lo atrapó. Joannes vio cómo los dedos brutales rodeaban todo el torso del hombre. Se oyeron crujir horriblemente los huesos, la sangre corrió hasta el suelo. El monstruo soltó al muerto, que cayo deformado, aplastado, convertido en una masa de carne y huesos molidos. El rufián que quedaba dejó de disparar. En pie, se pegaba contra la chapa del autocoche volcado, incapaz de huir, dominado por el terror.

Algo saltó desde la oscuridad, hizo una pirueta apoyándose en una pared y cayó sobre la espalda del monstruo. Joannes reconoció las ropas del duque. Entornó los ojos y los puños se le crisparon al mismo tiempo que le sobrevenía una necesidad imperiosa de hablarle, de contestarle a las preguntas que le había hecho.

—Duque, los libros… —dijo mientras avanzaba.

El duque, subido a la cabeza del monstruo, disparó a bocajarro su arma, con nulo efecto. El esbirro, medio recuperada su movilidad, y viendo que el monstruo parecía distraído, optó por huir, pero chocó contra el pecho de Joannes, que le cerraba el paso.

—Quita, imbécil. —Desesperado, el rufián intentó derribarle.

Joannes recordaba esa voz: «¿no sería mejor pegarle un tiro?». La mano del

revólver se movió como una serpiente y golpeó en plena cara al rufián, que saltó hacia atrás aún sin comprender por que le pasaban aquellas cosas a él. Luego le disparó un tiro con el Villegas, que le entró por el ojo derecho y le levantó la tapa de los sesos al salir.

El ser intentaba quitarse de encima al mosquito que le pateaba la cara, una vez descargado el tambor de su arma, pero le era difícil, se movía muy rápido y esquivaba sus manotadas, Joannes volvió a apuntar a la vez que la boca se le movía sola y hablaba en voz baja.

—Duque, son relojes, tripas de relojes.

Joannes tenía buena puntería, acertó a pesar del movimiento frenético del noble. El tiro le alcanzó al duque en una pierna. El hueso, astillado, reventó hacia fuera salpicando de sangre y esquirlas óseas el aire nocturno. El duque cayó hacía atrás.

Ya no quedaban hombres disparando, ni se oían los gritos del duque. El cañón del Villegas humeaba. Joannes, de pie, miraba al ser al que no podía ver la cara.

Lento y terrible, con la inexorabilidad de la muerte, el monstruo dio un paso hacia él. Joannes sonrió.

17
Sin máscaras

La mole dio otro paso en dirección a Joannes. El cielo se oscureció definitivamente cuando una mano del tamaño de un barril se abrió sobre él. No intentó huir, ¿para qué? Sintió que algo le aprisionaba las costillas con la fuerza de una prensa hidráulica. Todo el aire que tenía en los pulmones salió de inmediato, sin dejar sitio para ni una brizna. Sus pies dejaron de tocar el suelo, estaba a la altura de la fenomenal cabeza. Ahora podía observar sus rasgos, bastos, apenas dibujados: una frente ancha, dos ojillos perdidos dentro de oscuros huecos, la gran mandíbula cuadrada, el cuello colosal que se unía a unos hombros anchísimos. La presión comenzó a aumentar: Joannes oyó crujir sus costillas. El tacto de la piel que lo aprisionaba era como de roca. Joannes, en plena agonía, comenzó a percibir todo lo que lo rodeaba con una intensidad dolorosa. Había insertos metálicos en el cuerpo de aquel ser, gruesas vigas y abrazaderas, bisagras oxidadas en la cabeza y las articulaciones de los hombros. En mitad de la frente tenía una portilla y sobre ella un texto grabado en letras hebreas.

El mundo desapareció. Todo era dolor rojo y profundo. La visión se desvaneció en una melaza sanguinolenta. Iba a morir, de eso no tenía ninguna duda. El pecho le ardía con furia, necesitaba respirar, comenzó a luchar. La rabia creció como una marea. Esforzó sus músculos contra la presa, pero era como estar aprisionado bajo una montaña.

—*Shajrer oto,* Golem.

Al instante la presión cedió. La mano lo depositó en el suelo. Joannes, sin fuerzas para sostenerse, cayó desmadejado sobre el empedrado. Intentó respirar y comenzó a toser como si los pulmones fueran a salírsele por la boca. A duras penas, apoyándose en el suelo, levantó la cabeza. Sí, aquella figura esbelta y ágil, vestida de terciopelo negro, era Rebeca, que escalaba por el brazo del monstruo. Se encaramó hasta la cabeza y abrió la placa de la frente donde habían sido grabadas las letras.

Dentro brillaba una luz dorada que a Joannes le recordó el resplandor de mil cirios en la oscuridad de una iglesia en la noche de Pascua. La judía manipuló algo en el interior del monstruo y luego descendió al suelo de un salto que apenas hizo ruido. A continuación le habló al gigante muy despacio, vocalizando.

—*Jazor lanahar vejaque sham.*

El gigante avanzó en línea recta, con grandes zancadas. Como el autocoche derribado le estorbaba el paso, lo apartó de un empellón que hizo rechinar y saltar chispas al rozar el metal contra el empedrado. Los pasos, lentos, monótonos, quebraban el suelo. El ser desapareció rápidamente como si nunca hubiera existido. Rebeca se acercó a él.

—Hola, Joannes.

—¡Perra!

—Ésa no es forma de saludar a quien te ha salvado de una muerte segura.

Joannes no podía controlar la necesidad de hablar. Los efectos de la pócima que le habían hecho tomar perduraban. Se tapó la boca a la vez que se levantaba. Le sacaba una cabeza a la mujer, y sin embargo se sentía desvalido frente a ella. De repente, la rabia volvió a crisparle los músculos. Se dio cuenta de que había perdido el revólver, pero le dio igual, avanzó hacia la mujer con las manos agarrotadas, buscando su cuello.

—Voy a matarte.

Los dedos de Joannes abarcaron completamente el cuello de Rebeca, descubierto al llevar el pelo recogido en una cola de caballo larga y sedosa. La mujer ni se movió, sólo miraba a Joannes con sus o oscuros y brillantes.

Joannes comenzó a apretar, los pulgares presionando en busca de la tráquea. Pronto comprobó que su fuerza de toro no parecía tener efecto, la piel cedía un poco, pero detrás sólo encontró una resistencia imbatible. Sudaba y gruñía, sin cejar ni un momento la presión. Rebeca aferró con una mano la nuca del alguacil. Lenta pero inexorablemente, comenzó a doblar la resistencia que le oponía, a hacerle agachar la cabeza y acercársela. La había imaginado de tan cerca, la piel exquisitamente suave, las facciones sutiles y la frente despejada. Sin embargo, no debía dejarse engañar, no era ella, sólo un demonio con su forma. La voz le salió a duras penas entre los dientes apretados, sus ojos a escasos centímetros de los suyos.

—Voy a matarte, demonio, ¿dónde está Rebeca?

Aquella mirada quemaba, había dentro un fuego interior mayor al de mil hornos. Los músculos de los brazos, tensos como maromas de atraque, amenazaban con colapsarse; sin embargo, el cuello de la judía seguía resistiéndose y no podía vencer la fuerza que los acercaba milímetro a milímetro. Las caras se juntaron hasta tocarse y el rictus de dientes apretados de Joannes chocó contra unos labios grandes y carnosos. Algo se rompió dentro de él, la furia cambió de signo. Dejó el cuello de la mujer y sus brazos abrazaron el talle esbelto mientras se dejaba llevar en un beso como no había probado en toda su vida.

No sabría decir cuánto duró aquello. Joannes hubiera seguido besando aquella piel suave convirtiendo a sus labios en exploradores que descubrieran regiones ignotas entre pliegues de terciopelo, pero Rebeca lo separó de ella. Dio un paso atrás. Con horror creciente, Joannes le habló.

—¿Qué haces aquí?

Rebeca inició un paso adelante, vacilando. Su rostro pasó del miedo a la confusión y muy rápidamente al deseo en estado puro, brutal, latiendo en cada uno de sus parpadeos, en los cortos jadeos de la boca entreabierta.

—¿Qué eres? ¿Dónde está la Rebeca autentica?

Otro paso. Alargó la mano. Joannes tendió la suya. Los grandes dedos, que parecían torpes para las caricias, tomaron los de la judía con delicadeza. El miedo volvió, la judía retiró la mano con la velocidad de un resorte y dio un paso hacia arras.

Se volvió y corrió como nunca Joannes había visto hacer a nadie. En menos de un segundo había desaparecido.

Joannes miró a su alrededor, a los cadáveres, los adoquines aplastados, el autocoche volcado, las ruedas colgando muertas de los ejes rotos. Desaparecida Rebeca, o lo que había tomado su nombre, la calle, el mundo, eran un erial de muerte y desolación. Volvió a notar sus dolores al primer paso, pero se esforzó por correr a esconderse, a poner distancia entre él y aquella masacre. No sabía si le podrían cargar el mochuelo también de aquello. Seguramente, pero ya no le importaba lo más mínimo. El mundo parecía disolverse delante de sus ojos y sólo le quedaba un asidero: la rabia que le ardía en el centro del pecho, rabia y algo más que en su estado de sinceridad obligada no podía ocultarse a sí mismo. Se paró en una esquina, el estómago quería salírsele por la boca. Vomitó sobre los adoquines, e incorporándose aún dolorido por los espasmos, desapareció en el laberinto de callejas de la judería vieja.

Recordó vagamente cuál había sido su intención al llegar al garito: queda localizar al que estaba moviendo los hilos, al chantajista que había puesto en movimiento todo. Sólo así podría librarse. Suspiró, aún apoyado en la esquina. Ya no le quedaba mucho convencimiento de que hubiera una salida; le habían localizado y capturado una vez, y podían volver a hacerlo.

Algunos judíos habían salido a la calle atraídos por el mido. Aún no era tan tarde como para que hubiesen cerrado las puertas de los patios. Echó a andar y se coló en una corrala en la calle de Santiago el Verde. El patio era grande y estaba desierto. Tenía un pozo y una bomba en el centro. Accionó la palanca un par de veces y se lavó la cara con el agua fresca y dulce de Madrid. Las heridas tumefactas de la cara se lo agradecieron. La ceja, hinchada, comenzó a sangrar de nuevo. Se lavó la herida hasta que dejó de supurar. Luego levantó la vista, la piel helada por el contacto con el agua Iría, para mirar dónde se enamoraba.

Allá donde había un farol la luz mostraba que el edificio necesitaba ser remozado a fondo. El enfoscado de las paredes estaba levantado revelando sucesivas capas de pintura, todas ellas de diferente color. Grandes grietas corrían por los muros de ladrillo y un entramado de vigas apuntalaba la estructura. Quizás el edificio estuviera abandonado y por eso no había vecinos; una cuerda con ropa tendida era el único signo de vida. Con un poco de suerte la casa estaría vacía. Subió por la escalera exterior: la puerta estaba abierta. Entró en la vivienda. Había un candil colgado de

una alcayata, lo encendió. La llama le reveló condiciones aún peores que las de fuera, aquello era una ratonera inmunda. Sin embargo, se veían signos de vida: cacharros en el fogón, el suelo barrido. Se sobresaltó: había una niña de corta edad mirándole desde la puerta de la cocina. Sujetaba una muñeca de trapo en la mano y vestía con ropas a un zurcido de convertirse en harapos. Lo que más le llamó la atención fueron sus grandes ojos oscuros, curiosos, algo tristes.

—*Ata ha Golem?*

—No te entiendo, niña. ¿No está tu mamá?

—No, ha ido a la sinagoga, con mi papá. Volverán luego.

Joannes se dejó caer sobre la silla, que crujió amenazándole con tirarle al suelo. La niña pareció perder la timidez y se acercó.

—¿Eres el Golem?

—El Golem, ¿qué es eso?

—Un judío muy grande y fuerte, de piedra. Mis padres me han dicho que no salga de noche cuando el Golem está por ahí.

—¿Qué más te han dicho tus padres?

—Que juegue con mi muñeca y deje esos asuntos a los mayores, pero yo quiero ver al Golem, como lo vio Abraham.

—¿Quién es Abraham?

—El vecino de enfrente. Llegó la otra noche gritando, diciendo que había visto al monstruo caminar por la calle.

La niña se sentó en el suelo y con una naturalidad apabullante comenzó a peinar los pelos lanosos de su muñeca de trapo. Joannes sentía en los huesos todo el cansancio del mundo. A pesar de ello, se levantó y abrió una pequeña alacena. Dentro había pan de centeno, una botella de vino y queso. Llevó todo eso a la mesa y comenzó a comerlo a grandes bocados.

—Mi padre dice que ahora ya no podemos ir al barrio de los gentiles. Es peligroso. A Jacob le pegaron unos filipinos. Mí padre dice que es por el Golem, que también les asusta a ellos. Y a la tienda de los Peres le rompieron los cristales. A mi padre eso le pareció bien, porque ya no nos fían, pero mi madre le regañó porque son judíos como nosotros, y si no nos apoyamos entre nosotros quién lo va a hacer.

—¿Cómo te llamas?

—Rebeca.

Joannes sonrió. Luego hizo pasar un bocado de queso con un trago de vino.

—Rebeca… ¿Tu padre es alto?

—Sí, como tú, pero más delgado.

Joannes se llevó la mano al cinturón. Se le caían los pantalones, había adelgazado mucho en sólo una semana de malcomer. No imaginaba cómo sería el padre de la niña.

Joannes tomó el candil y recorrió la casa con la niña pegada a sus pantalones. En un armarlo encontró una chaqueta negra, un pañuelo y un sombrero judíos. Se los probó en un espejo de azogue desprendido: parecía uno de ellos, sólo le traicionaban los ojos claros.

—¿Por qué robas la ropa de los sábados de papá?

—No la robo, voy a pagar por ella.

—Ah. A mí, mi madre me regaña si le quito algo a una de las niñas del barrio y me hace devolvérselo.

—Mira, te voy a dar algo para que se lo des a tus padres. Les dices que ha sido por una buena causa. Si tengo suerte y no me matan, les devolveré el favor.

Joannes rebuscó en la bolsa del dinero. Aún quedaba bastante, lo suficiente como para pagarse un futuro nuevo en ultramar. Tomó cinco ducados de oro y se los dio a la niña.

—Toma y no juegues con este dinero, a tus padres les vendrá muy bien, ya verás.

Joannes le revolvió el pelo a la niña y sonrió. Tenía que marcharse; sin embargo, parecía que le faltaba hacer algo. Rebuscó en los bolsillos de su ropa vieja. Encontró el reloj, algunos cuartillos de cobre y el silbato de reglamento, de plata bruñida por el uso. Se lo dio a la niña.

—¿Qué es?

—Un regalo, pero no lo uses ahora, es para jugar sólo de día.

Joannes se despidió con la mano y salió a la calle calándose el sombrero judío, de ala más corta que el suyo, pero suficiente para ocultarle los rasgos en las sombras de la noche. Cuando apenas había recorrido veinte pasos desde la casa, oyó el silbato a lo lejos.

Conocía el barrio y se movió evitando las calles más grandes, del rabí Maimónides y la que llamaban del Comercio. La sinagoga estaba en un alto, pasada la plaza de Lavapiés, que los judíos llamaban de Gamala.

Subiendo una cuesta corta y empinada, arrinconada por casas que habían crecido más que ella, la sinagoga vieja parecía un montón de ladrillos sucios, ocultos, olvidados. Sin embargo, en su cercanía la ciudad parecía cambiar de carácter, se volvía más silenciosa, más vieja. Parecía que miles de pasos y cuchicheos habían calado en la piedra, empapándola de memoria. Joannes, reteniendo los escalofríos, rodeó la construcción buscando una puerta trasera. Miró el reloj: las once. Se ocultó a la sombra de un alero cuando el edificio comenzó a vomitar judíos cabizbajos y susurrantes, parejas sin niños, ancianos, jóvenes.

Volvió a preguntarse por qué no salía corriendo. Supo que no podía huir, porque si lo hacía, no podría parar, el miedo lo tomaría con sus garras de acero y no habría rincón en el mundo donde esconderse. No, no podía hacerlo. Además, estaba Rebeca. No tenía claro qué sucedía, por qué ese ser que no era humano había tomado su

forma, tenía que averiguar qué había sido de aquella chiquilla rebelde y hermosa. Quizá, como la criatura le había dicho, corría hacia una muerte segura. No era momento de pensar. Lió un cigarrillo de hierba con la última carga de su bolsita. Encendió el cigarro con una caja de cerillas que había tomado de la casa de los judíos.

El consejo de la Alhama estaría reunido en esos momentos. Había esperado grandes coches con chóferes, pero no había nada. Cuando los judíos terminaron de salir del edificio, la calle quedó desierta. Quizá la reunión había terminado ya.

Conocía la sinagoga. Era un edificio sencillo, una nave larga donde los hombres escuchaban los oficios y una galería alta desde donde lo hacían las mujeres, algunos cuartos anejos y poco más. Ni figuras, ni adornos, tan sólo ladrillo desnudo y un armario de caoba para guardar los libros sagrados. La reunión tendría que ser en la nave principal. No tenía un plan definido, pero nunca había tenido planes, las mejores decisiones de su vida las había tomado por impulso, y el impulso, esta vez, se le acumulaba en el pecho alimentado por un poderoso motor que bullía de actividad.

Dio la vuelta a la sinagoga buscando una entrada trasera. Había una puerta pequeña en la pared oeste del templo, pero no iba a poder forzarla fácilmente, parecía madera muy sólida. Se aseguró de que nadie lo viera, extrajo el revólver de su funda, pegó el cañón a la cerradura y luego lo envolvió todo con la tela de su capa dejando la mano dentro. No contaba en que aquel apaño amortiguase el ruido, pero no tenía otra opción. Disparó y el sonido fue notable, aunque no escandaloso. Se retiró mirando cautamente, por si alguna ventana se abría o se percibía algún tipo de actividad. Nada. Se acercó a la cerradura, que humeaba tras el impacto, al igual que la capa. La puerta se había abierto. Guardó el revólver y entreabrió la puerta lentamente. No había luz en el interior, entró silenciosamente y cerró tras él. Mientras dejaba que los ojos se le acostumbrasen a la penumbra, el corazón le latía fuerte en el pecho, tanto que casi podía sentir sus golpes contra las costillas. Había ruido, alguien hablaba en la lejanía sin luz. Al poco, Joannes comenzó a distinguir bultos, una mesa, un arcón, enormes candelabros de bronce y velones de cera apilados en los rincones. Se movió con cautela. Tras la puerta corría un corto pasillo y luego unas escaleras de madera llevaban al piso superior. Subió por ellas apoyando los pies con precaución para evitar crujidos. La escalera terminaba en un espacio encolumnado. Más allá de las arcadas había luz. Era la nave principal de la sinagoga. Habían corrido los bancos y, sobre una enorme estrella de David teselada en el suelo de baldosín talaverano, habían dispuestos siete tronos de madera labrada. En el centro del círculo que formaban ardía un gran *menorah* de siete brazos. La luz le resultó familiar a Joannes, las velas brillaban con fuerza inusitada iluminando los rostros de siete ancianos vestidos con ropas oscuras y tocados cada uno de ellos con el *Taliith* ceremonial.

Uno de ellos, el *Ab* del templo, permanecía de píe al lado del gran candelabro. La

voz potente y clara sorprendió a Joannes, que corrió a ocultarse tras una columna.

—Yojanan Ben Pinjas, hamemune al hajotamot; Ajia, al hanesajim; Matitiahu Ben Shmuel, al ha´agrala; Fatja al hayonin; Ben Ajia, al ha´majalot; Najunia, jofer hagevin ve´Gavini, magen al ha´emuna ve´ha´am, pa´am nosefet belev ha´hajal…

Comprendió al instante que estar allí no le iba a servir de nada. En vez de hablar el ladino común, del que casi podía entender todo, los patriarcas se expresarían en la más pura lengua hebrea. Pero se equivocaba: tras la invocación, el anciano de pie continuó hablando.

—¿Qué nuevas tenemos, Gevini?

—No muchas. El ultimátum sigue en pie, en el Consejo de los Cuatrocientos aún no se sabe nada. Sólo están enterados el gobierno, la Corona y, claro está, los altos funcionarios de Segundad y todas las conchabías.

—No parece que se hayan tomado medidas por lo que pueda pasar.

—Al contrario. ¿Recordáis todos los tumultos entre los obreros anarcolistas, los días de toque de queda y la represión? La excusa perfecta. Todos los cuarteles de la capital están en estado de alerta. Y aún más: se han visto avanzar hacia Madrid grandes columnas de blindados y tropas venidas de Valladolid, de Segovia, de Toledo, de Cáceres y La Mancha.

—No son buenas noticias. Ese loco ha despertado fuerzas que no va a poder controlar. Tus levitas saben algo. ¿Sabemos dónde se esconde?

—Siento decir que no. Los que hubieran podido darnos pistas yacen muertos y enterrados, y los levitas que mandé a investigar han desaparecido.

—¿Se ha vuelto a ver al monstruo?

—Esta misma tarde atacó a un vehículo y masacró a sus ocupantes. Aún no sabemos qué relación pueden tener con el caso. Estoy desolado.

—Son tiempos aciagos los que Dios nos ha enviado, Gevini.

El anciano regresó a su silla, en una de las puntas de la estrella.

—Quizá todo esto sea deseo del Altísimo y tenga buen fin. Creíamos que el Golem era una invención, un cuento de terror para los niños, y es real. Quizá nos ha sido dado ver la Tierra Prometida y no somos capaces de reconocerla. Debemos mantener la neutralidad, cualquiera de los dos resultados nos conviene más que delatar nuestras fuerzas.

Uno de los hombres más ancianos, que Joannes le resultaba familiar, levantó la mano lentamente, sin dejar de mirar a la luz. Su voz era suave, pero se la oía volar por los espacios vacíos de la sinagoga y llegar a todos sus rincones.

—De una acción malvada jamás ha venido un bien. De negar la Tora nunca ningún judío obtuvo beneficio. De pretenderlo todo por la violencia y el chantaje puede que no obtengamos más que sufrimiento.

Joannes casó la voz con su recuerdo, era el amable anciano ciego de la casa de

comidas. Los demás hombres callaron y miraron al suelo.

—Todos sabéis que, aun llevando más de diez siglos en esta tierra, no somos llamados españoles. Los que admiten el aluvión de gentes de países remotos miran con desconfianza la estrella de David; los que se sirven de nuestras habilidades en el gobierno del imperio se alían en conchabías secretas que nos espían y temen. ¿Qué necesitan los más furibundos, la Iglesia Reformada, los nobles y burgueses, para juzgarnos una amenaza? Vosotros y quien ha creado todo esto juzgáis a los hombres por sus pasadas bondades y, sobre todo, maldades; sin embargo, ninguno, ni vosotros mismos, el corazón del pueblo judío, podéis imaginar cuáles pueden ser los abismos más oscuros del odio. Yo los he visto, los veo noche tras noche nada más cerrar los ojos. Hay criaturas de alas rígidas que lanzan huevos de fuego sobre las ciudades, hay carretas cargadas de hombres, mujeres y niños que los transportan al holocausto, hay cercas de alambre que retienen a seres famélicos hasta que mueren.

»Recordad que el odio es producto del miedo y la injusticia; si nos hacemos poderosos y crueles, engendraremos miedo y el miedo creará el odio. Ya está pasando, aparece un monstruo y la gente atemorizada nos culpa, tira piedras contra nuestras casas y golpea a nuestros niños.

El anciano, terminado su discurso, bajó la cabeza y permaneció muy quieto, mirando al suelo. Joannes, al igual que los hombres que formaban la Alhama, casi había podido ver los hechos fantásticos que había descrito el anciano desarrollarse en la luz difusa y potente del candelabro. Sacudió la cabeza. No debía de haberlo entendido bien, su dominio de la lengua y las inflexiones estaba muy lejos de ser perfecto. De cualquier modo, había descubierto que aquella gente no sabía mucho más que él. En algunos aspectos, sabían incluso menos.

Una tabla crujió cerca de él, sin embargo, no se había movido. Había alguien más en las sombras. Cambió sutilmente de posición, contó uno, dos, tres hombres tras las columnas, tan en silencio como él. Eran levitas, hombres de armas de los judíos al servicio de la sinagoga. Era un milagro que aún no lo hubieran detectado. Comenzó a retroceder lentamente. Al más mínimo indicio de una baldosa suelta o cualquier irregularidad se detenía, conteniendo la respiración. Estaba ya aferrando la baranda de madera, en la escalera que antes le había conducido hasta allí, cuando vio una luz y alguien que subía. El corazón le dio un vuelco. Retrocedió, ya sin precaución, intentando ocultarse al lado de la puerta; quizá si miraba al frente al pasar no reparase en él, pero la suerte se le terminó en ese preciso momento. Tropezó con algo, un hatillo de largas varas, un palio. Joannes cayó hada atrás, enredado en las reías y las maderas que le caían encima.

—¿Quién anda ahí?

De repente hubo más luz. Las linternas que los levitas habían mantenido ciegas volcaban su brillo sobre él. Joannes se deshizo de las telas justo para sentir cómo la

punta de un largo cuchillo curvo le pinchaba la garganta.

18
Fuerzas de flaqueza

A la vez que le cacheaban y le quitaban el revólver, le levantaron del suelo sin dejar de amenazarle con el cuchillo. Le obligaron a caminar hacia la luz mientras todos los rostros, excepto el del anciano, se volvían hacia él.

—¿Quién eres?

El patriarca aún no se había sentado. Le miraba con ojos desconfiados y tan duros como la roca. A pesar de sus años, tenía la espalda muy recta y la mano que le conminaba a hablar se mantenía firme, casi como si fuese un demonio y le estuviese exorcizando.

—Joannes Salamanca, hasta hace poco alguacil, ahora un fugitivo acusado de crímenes que no cometí.

Gevini se levantó del asiento y se acercó a él. Era calvo, de gruesas cejas y dotado con la barba más negra de rodos los presentes. A Joannes le intimidó la anchura de sus hombros y el porte combativo.

—Sí, creo que es él, aunque es difícil reconocerlo con la cara así.

Joannes se pasó la mano por el mentón. No tenía mucha barba, pero en el tiempo que había pasado de fugitivo le había crecido una masa de pelillos cortos y recios. Le dolía la ceja herida, aunque ya podía ver por el ojo hinchado. Supuso, sin equivocarse, que su aspecto sería terrible.

—¿Cómo se atreve a profanar un lugar sagrado?

—¿Lo entregamos a las autoridades?

Joannes oyó cómo hablaban entre ellos. Tenía la boca seca. Tragó saliva y habló en voz alta.

—¡Un momento! Creo que sería un error, puedo servirles de algo.

—¿Cómo?

—Me interesa más que a nadie descubrir quién está detrás de todo esto. Si encuentro al monstruo y a su dueño quizá sea rehabilitado.

—Poco conoces al imperio.

Tras decirle esto, Gevini volvió a su silla. Miró al hombre que parecía dirigir la reunión y continuó su discurso, esta vez en hebreo.

—Bejol-ofen, matzaivenu noash, ten lo lebaderish hajotamot.

El anciano pareció meditar durante unos segundos antes de volver a hablar.

—Tiempos extraños estos en que los gentiles irrumpen en el consejo secreto y nos hablan de igual a igual. Habla, Salamanca, ¿qué tienes que decirnos?

—Les puedo ayudar a encontrar al chantajista, a combatirlo. He estado en la investigación desde el principio.

—Ya sabemos quién es él.

—¿Cómo?

—Es uno de los nuestros, alguien de gran poder y habilidad, un cabalista muy poderoso e inteligente, al que Yahvé ha castigado con la locura por su arrogancia.

—Entonces ¿por qué no lo detienen? ¿Por qué no van a buscarlo y le obligan a parar esta matanza?

Los ancianos parecieron turbarse.

—No tenemos por qué darte explicaciones; sin embargo, te diré que saber el nombre de alguien no lo es todo. Ha desaparecido sin dejar rastro. Y aunque supiésemos dónde se esconde, aunque tú mismo nos dieses su dirección, ¿qué podríamos hacer? Sólo bajo el techo sagrado de la sinagoga nuestro poder es mayor que el suyo. El Golem no puede alcanzarnos aquí, pero el resto de la ciudad está a sus pies.

Joannes giró la cabeza anonadado mirando uno a uno a aquellos nobles hombres silenciosos. Los que creía poderosos eran en realidad impotentes. Comenzó a entenderlo al ver las cabezas gachas, aquellos nobles patriarcas del pueblo judío se sentían avergonzados.

—Tampoco quieren intervenir. Por un lado, habrán ofrecido colaboración a las autoridades, por otro les ocultan el nombre del traidor. Puede que la oferta sea loca, pero ¿y si el asunto resulta?, ¿y si obtienen ese premio?

Gevini se levantó visiblemente enfurecido. Las dos gruesas cejas formaban una gran uve sobre sus ojos centelleantes.

—¿Qué sabréis tú y tu pueblo sobre vivir siempre bajo el gobierno de otros, expuestos a los cambios de humor de los gobernantes, sufriendo sus caprichos? El pueblo judío tiene derecho a una tierra que llamar suya, la Tierra Sagrada, Jerusalén, que está bajo el dominio de los perros turcos. Levitas, ¡entregadlo a las autoridades!

Los hombres, que habían permanecido muy cerca de Joannes, volvieron a sujetarle. Joannes se desasió con rudeza y uno de ellos cayó al suelo.

—Dais asco.

Uno de los levitas golpeó a Joannes con una porra. El alguacil trastabilló, se le doblaron las piernas, pero aún conservaba fuerza y se debatió en manos de sus captores.

—¡Alto!

Una vez más el candelabro brilló de forma extraña. Joannes parpadeó aturdido. ¿Quién había gritado? Reconoció al anciano de la casa de comidas. Se había levantado y tenía un gesto adusto, mucho más temible, a pesar de la fragilidad de sus rasgos, que cien Gevinis iracundos. Habló con el bastón en alto y la voz resonó en los recovecos de la estancia como si en la garganta del anciano actuase un coro de cien voces.

—Nunca un judío ha derramado sangre en la sinagoga y maldito cien veces será

el primero que lo haga.

Joannes se tocó la cabeza, le dolía pero no había sangre. Por poco. El anciano, con el rostro tenso de ira, los ojos blancos y ciegos mirando a la luz del candelabro sin pestañear, se levantó y continuó hablando.

—Las palabras de Dios son complejas. La Tora habla alto y claro pero nosotros somos sólo humanos y no comprendemos su voz. No somos capaces de actuar; el consejo de la Alhama ha preferido la inacción y confiar en que el curso de los hechos nos sea favorable. Si eso es así, este hombre debe quedar libre. Si opináis lo contrario, yo seré el primero en tomar mi vara y hacer ver al poderoso que es débil. Pero solo no soy nada, la Alhama debe permanecer unida. Acataré su veredicto, más sólo si es completo y no parcial. El cristiano debe quedar libre para que Yahvé obre por él como mejor le convenga.

Hubo murmullos, Gevini parecía muy contrariado, pero las palabras del anciano eran incontrovertibles.

—Salamanca, quedas libre. Como miembros de la Alhama de Madrid, cabeza de las del imperio, no alteraremos tu senda. Sin embargo, tampoco vamos a prestarte apoyo alguno y si uno de los nuestros te reconoce y denuncia, estará actuando no como judío, sino como súbdito imperial.

—Yo a eso lo llamo cobardía, permítanme la palabra.

—Hay muchos nombres para una misma cosa, pero sólo uno auténtico en la lengua de Yahvé.

Uno de los levitas le hizo una seña y echó a andar. Joannes le siguió, no sin antes hacer un saludo con el sombrero. El edificio no era grande y en muy poco tiempo estuvieron fuera. El levita, mirándole con desprecio, le entregó el revólver y luego dejó caer un puñado de balas al suelo. Quizá se sorprendió de que Joannes no se inclinara a recogerlas y no pudo patearlo como hubiera deseado. Joannes conocía el truco, y se quedó mirando al judío, un tanto intranquilo ante la pasividad del alguacil. Súbitamente, Joannes disparó su puño impulsado con toda la rabia y la frustración que había acumulado en el parlamento con la Alhama. Impacto contra los morros asombrados del levita, que cayó hacia atrás, a las sombras densas y misteriosas de la sinagoga. Joannes cerró la puerta, haciendo retemblar los postigos, y sólo después recogió las balas y desapareció en la noche.

19
Solo en la noche

Tras recorrer un par de calles sintió que las rodillas se le doblaban y se apoyó en una esquina. De repente, en un acceso de furia, se puso a golpear los ladrillos. Estaba harto de servir de pelele a unos y a otros. Harto de Madrid, de la Alhama y del imperio mismo. Detuvo su loco golpear cuando las fuerzas volvieron a abandonarle. El imperio. Recordó una frase de las dichas en la sinagoga. Se le había incrustado en el cogote, le molestaba y crecía. «Poco conoces al imperio». Era cierto, no conocía ese imperio de confabulaciones y conjurados, no conocía al imperio al que había servido tantos años y que ahora lo usaba para tapar un agujero en su credibilidad. Rehabilitarse, encontrar al conspirador y desenmascararlo… era absurdo suponer que sus solas fuerzas bastasen. Volvió con fuerza la idea de salir corriendo y parar más allá del mar, donde a nadie le preguntaban de dónde venía y adonde iba, pero, una vez más, sintió bullir una rabia profunda, toda una veta mineral de frustración que había ido creciendo a lo largo de su vida. No huiría, no otra vez, no sin saber qué sucedía, sin volver a ver a la Rebeca que añoraba y saber qué cosa la había sustituido.

Necesitaba descansar, dormir unas horas. Intentó orientarse y sólo entonces comenzó a pensar con claridad: no podía ir a una hospedería, estarían todas infectadas de soplones. Tampoco podía ir a una casa llana, por el mismo motivo, ni a ningún garito de juego. Podía arriesgarse, buscar la compañía de alguna trotona y que le diera cobijo esa noche, pero debería fiarse de ella y no podía hacerlo, todas eran muy pobres y el dinero que darían por su captura demasiado tentador.

Durmió bajo un puente, arropado por harapos, rendido entre barriles malolientes, resignado a su nueva condición.

Despertó a la madrugada, la capa cubierta de rocío. Una niebla rala serpenteaba en las orillas del río. El sol aún no lucía en el cielo. Le dolía todo el cuerpo, sentía un cansando profundo que le mordía los huesos. Algunos vagabundos intentaban pescar el desayuno en la ribera. Pasó a su lado embozado con la capa. Subiendo por una de las calles que abandonaban la ribera se topó con un puesto de limonada. Compró un bollo relleno de chorizo y un vaso de limonada caliente, aderezada con miel y orujo, que le supo a gloria bendita. Mientras terminaba de comerse el bollo, extrañamente feliz, extrajo del fondo de sus bolsillos el reloj del Ferruziel, que seguía funcionando a pesar de que no le había dado cuerda desde que lo tomó. Le habían hablado de esos relojes que se cargaban con el movimiento, pero nunca había tenido uno en sus manos, los suponía exclusivos de condes y duques, y quizás era así. Lo volvió a guardar en el bolsillo. Sólo le quedaba esa pista, los relojes. Si el fraile la había considerado importante, es que debía serlo.

Sabía que en la calle Trafalgar, cerca de la glorieta de Quevedo, el ilustre físico,

estaba la sede de la relojería Ruiz Revuelto, famosa en la capital y aun en todo el imperio. Era sabido que el emperador llevaba sujeto a los faldones de su levita un Ruiz Revuelto de oro y brillantes que marcaba la hora de todos los rincones a donde llegaba la flota de su majestad, que no eran pocos.

Camuflado en la marea humana que se movía a esas horas camino de sus trabajos, tomó dos tranvías, haciendo trasbordo en Sol, y se bajó un par de paradas antes de la plaza de Quevedo. Localizó la relojería en seguida. Ocupaba un edificio de tres plantas, arriba los talleres, abajo grandes escaparates de cristales perfectamente transparentes. Como si fuese a otro sitio, pasó por delante de la puerta, protegida por un lacayo con librea. Atisbo el interior desde los escaparates, repletos de pequeños corazones mecánicos acunados entre madera noble y terciopelo rojo. Dentro abundaban gruesas alfombras, grandes mesas rodeadas de sillas y muchos dependientes vestidos a lo cortesano: cortes sobrios y ropas elegantes, gorgueras pequeñas, barbas afiladas y dedos largos y finos. Allí, si se tenía mucho dinero y se vestía adecuadamente, podían hallarse lisonjas, reverencias y algún reloj al doble de su precio real. No era lo que necesitaba.

Buscó en la trasera del edificio; encontró allí un muelle de carga, un par de pequeños furgones de transporte con el escudo de la relojería estarcido en el lateral y varias puertas. Se metió por una de el sin pensarlo demasiado y topó en seguida con un guardia. No llevaba librea, sólo una sobreveste de cuero, un sucio gorro de lana en la cabeza, y un trabuco de boca ancha que le apuntó al estómago sin vacilación.

—¿Adonde vas, pollo?

—Me mandan a ver los caños del agua, que se han atrancado.

—No me han dicho nada. Párate aquí, que voy a preguntar.

En cuanto se dio la vuelta, le golpeó en la cabeza con la culata del Villegas. El guardia se derrumbó sobre el suelo del pasillo. Tenía que actuar rápido. Entreabrió una puerta, había gente detrás, ocupada apilando cajas de madera. Avanzó por el pasillo y abrió con cuidado más puertas; unas llevaban a la planta baja, otras eran pequeños despachos. Arrastró el cuerpo al interior de lo que parecía un almacenillo y cerró la puerta con cerrojo.

Tenía que llegar al taller y hablar con algún relojero antes de que descubriesen al desmayado, o de que despertase. El camino más obvio era hacia arriba. Se caló la gorra de lana que le había quitado al guardia y, ocultas bajo ella las sucias greñas rubias, se encaminó a las escaleras al final del pasillo. En la primera planta parecía haber sólo mesas de contaduría, legajos amontonados y chupatintas. En la tercera, sin embargo, supo que había encontrado el taller nada más pisar las tablas del piso. Las paredes estaban enyesadas y estucadas en un blanco deslumbrante. Toda la planta era diáfana, con grandes ventanales por los que penetraba la luz del día. Había multitud de mesas y, sobre ellas, muchas máquinas con aspecto complejo: tornos, fresadoras

de dientes, lupas de grandes aumentos. Los relojeros, vestidos con batas blancas, la mayoría de ellos encanecidos, se encorvaban sobre pequeñas piezas mecánicas, moviendo pinzas diminutas con una concentración tal que ninguno reparó en su presencia. Joannes avanzó lentamente, esquivando mesas y columnas. Por doquier había herramientas de función desconocida, maquinarias a medio montar sujetas a las mesas por mordazas de madera, grandes cantidades de cajitas con tapa de cristal que guardaban en su interior diminutos ejes y engranaos, y todo un universo de muelles, palancas, cajas y botones.

Eligió uno de aquellos relojeros, un hombre pequeño, muy delgado, de brazos largos y manos afiladas. Medio calvo, largas greñas grises, recogidas en coletas descuidadas, le colgaban de la nuca y los parietales. Llevaba unas grandes gafas con cristal grueso y sobre ellas, sujetas con un alambre, unas lupas negras que le ocultaban por completo los ojos.

Joannes permaneció a su lado un largo minuto sin que el hombre le percatase de su presencia. Trabajaba en una esfera diminuta, una intrincada mezcla de agujas y diales de plata y oro. Con un volteo sorprendentemente preciso y delicado, le dio la vuelta a la pieza y ajustó pequeños engranajes en la parte trasera. El resto del reloj descansaba sobre la mesa, en unas mordazas de madera. Todo el tiempo emitía pequeños gruñidos de esfuerzo, palabras susurradas a sí misino, quejidos, insultos y arengas, toda una verborrea inconsciente que ni siquiera percibía.

—¿Desea algo?

El relojero había terminado de ajustar un diminuto engranaje en el eje de una aguja, levantó la vista y miró a Joannes por encima de las lupas, una mirada de grandes ojos enrojecidos, tan acuosos e indolentes como los de un gran pez y sin embargo amables, incluso divertidos.

—Eh… he venido a arreglar los caños, pero ya que estoy aquí… Tengo un reloj de mi padre, que lo encontró, o lo heredó, no sé muy bien, y quisiera que alguien que sepa lo mirase un poco, por ver si vale algo.

A la mención de la palabra «reloj», las escasas reticencias del relojero se evaporaron y las manos, tan largas y prensiles como las pinzas que sostenían, se alargaron hacia Joannes, a la vez que una pequeña sonrisa ansiosa le brillaba en la cara. Joannes le pasó el reloj del Ferruziel.

—A ver, a ver qué tenemos aquí…

El relojero volvió a inclinarse sobre su mesa. Apartó con delicadeza el reloj en el que estaba trabajando y colocó sobre la superficie de mármol blanco el reloj del Ferruziel. Con la lupa puesta le dio un par de vueltas, moviendo las manos como una hábil ardilla.

—Parece vulgar, una caja de acero sin mucho trabajo, como los relojes industriales, pero… esto es curioso, muy curioso.

En seguida localizó la palanca que abría la tapa delantera. Los mohines y ruiditos desaparecieron. Reaparecieron al poco, palabras ininteligibles, no dirigidas a Joannes.

—Nunca había visto nada igual, es un «gran complicación». Sí, en Suiza, quizá sea de allí, dicen que hacen maravillas en esos pueblos encerrados por el hielo. Veamos, sí, reloj, horas, minutos, segundos, y esta aguja es, sí, la fecha; y esta otra marca, la reserva de carga, mientras que esta otra es, sin duda, una ecuación del tiempo, y ésta marca la Pascua, pero no la cristiana, no. ¿Qué pascua? No sé. Y luego están los diales con números, parece… no puede ser… una máquina de Cábala numérica; sí, esos diales suman, éstos sacan porcentajes, manipulando los botones. Tengo que abrirlo, ver el fabricante, sí. —Levantó la vista y elevó la voz—. Un momento, joven, un momento, que esto es sumamente interesante.

Joannes miró a su alrededor; la excitación del relojero no parecía ser contagiosa. Tampoco se oía alboroto proveniente de abajo, aún tenía algo de tiempo. Al relojero le costó medio minuto encontrar la forma de desplazar la tapa trasera del reloj. Joannes se inclinó sobre su rostro para mirar la maquinaria. Le sorprendió: dentro era muy parecido a cualquier otro reloj, sólo que todo parecía mucho más pequeño y más atestado. Decenas de piezas diferentes, ejes, piñones, levas y palancas, parecían moverse con la coordinación de un ballet. Al poco de mirar, Joannes desistió; mareaba. El relojero continuó mirando con las lupas muy cerca de aquel galimatías.

—Sí, veo aquí el rotor de alimentación y el tren de arrastre, pero no encuentro el volante ni el áncora, ¿dónde estarán? Marcas, ¿dónde puede haber marcas? No me atrevo a desmontarlo, no sin antes estudiarlo bien. ¿Quién puede haber diseñado una cosa así? No se me ocurre, en el gremio no hay nadie capacitado. Quizás el viejo Abraham; pero no, no puede ser, este reloj parece nuevo y bien mantenido y él murió hace mucho, muchísimo.

—¿Me puede decir algo?

—¿Eh? Sí, pieza suprema, sí, maestría absoluta, muy complicado, muy difícil, una pieza única, su valor es grande. Tendremos que estudiarlo, desmontarlo, afinarlo, hacer planos, sí, hay que estudiarlo.

—Me temo que no podrá ser, tengo que devolvérselo a mi padre.

—Sí, hágalo, y También pregúntele, quizá podamos comprarlo, sería muy interesante poder trabajar con él y estudiarlo.

—Prometo considerarlo. Por curiosidad, ¿quién es ese Abraham al que ha mencionado?

—El viejo maestro Abraham Luis Breguete, un judío emigrante, creo, que estuvo trabajando en Madrid hace muchos años, cuando yo era joven. Hoy nadie lo recuerda, pero en tiempos fue famoso fabricando máquinas que jugaban al ajedrez, relojes astronómicos, piezas maestras llenas de innovaciones. Inventó el muelle doble retroalimentado, el escape coaxial y muchas cosas de las que hoy usamos en los

mejores cronómetros. ¿De verdad no quiere dejármelo? Lo estudiaré; en un par de meses se lo devuelvo íntegro. Quiero estudiar cómo se ha resuelto el problema de miniaturizar las ruedas dentadas de la máquina de Cábala. Aun siendo una simple como ésa, es muy difícil hacerla tan pequeña para que quepa en un reloj, los modelos normales tienen el tamaño de una mesa pequeña.

Joannes miró al anciano durante un segundo. Tenía los ojos muy abiertos. Todo él, salvo las manos, temblaba de excitación.

—A este reloj mi padre le tiene mucho aprecio, me matará si se entera de que lo he dejado a alguien. Sin embargo, tenemos mucho interés en saber si queda algún hijo del judío ese vivo, si su taller está abierto aún. Podemos hacer una cosa: usted se entera de qué pasó con Breguete y yo le dejo el reloj un par de meses para que lo estudie.

—Bien, de acuerdo. Si me da unas horas, puedo hablar con algún compañero, mirar en los libros. Venga por aquí a la hora de cerrar.

Joannes como el reloj de encima de la mesa. Cerró la tapa trasera y la delantera.

—¿Se lleva el reloj?

—Sí, así tendrá más tiempo para buscar la información. Otra cosa, me gustaría que todo esto quedase entre nosotros. Estoy seguro de que a sus jefes no les gustaría este acuerdo nuestro.

—¿Qué jefes? La relojería es mía. Pero si quiere que nuestro acuerdo quede entre nosotros, por mí no hay problema, no será la primera máquina que pasa por aquí de modo anónimo.

Joannes abrió mucho los ojos. Sí, aquél debía de ser el famoso relojero Ruiz Revuelto, poco pendiente de lujos, levitas, libreas y copetes de charol, un artesano interesado sólo en los relojes. Salió por la puerta y bajó a toda prisa las escaleras. Se detuvo en el primer piso; abajo se oían voces.

—Sí, me dio un golpe, un mozo, un fontanero, señor alguacil. Dijo que venía a revisar los caños.

—¿Han robado algo?

—No se sabe, la relojería es muy grande. Hay que registrar la tienda y subir al taller.

Joannes dejó la escalera y se internó por un largo pasillo. Entró en despachos y pequeños almacenes saludando con un toque en la gorra y saliendo de ellos lo suficientemente rápido para que nadie hiciese preguntas.

Encontró más escaleras en el otro extremo del edificio. Eran de mármol y llevaban directamente a la tienda, Joannes descendió sin pensarlo mucho. Un dependiente, delgado y con cara de palo, atendía a una mujer y un hombre vestidos con lujo y sentados a una mesa sobre la que se exhibían muchos relojes. Los tres volvieron la cabeza, asombrados, Joannes saludó y se encaminó con grandes

zancadas a la puerta.

Ya en la calle miró hacia atrás, el dependiente hablaba con un alguacil que señalaba la puerta. Joannes desapareció todo lo rápido que pudo.

Cuando consideró que había puesto suficiente distancia, se detuvo a liarse un cigarro de hierba. ¿Podría confiar en el viejo? No tenía más remedio, era la única pista que había encontrado, y parecía buena, un relojero judío. Joannes notó el hambre. En la zona no habría ningún figón donde comer por poco dinero y pasar desapercibido. Caminó hacia el centro, a una zona más popular. En una calle pequeña encontró una taberna sencilla y estrecha, de paredes encaladas y matanza colgando del techo. Buscó un rincón en un largo banco corrido y se acomodó sin llamar la atención. Como era normal en esos sitios, había plato único: cocido madrileño. Joannes se sirvió del pote puesto en el centro de la mesa, tomó pan de las hogazas y bebió de las jarras de barro, estorbándose con otros muchos que, como él, comían con más hambre que cuidado. Algunos reían, otros comentaban los resultados de las carreras en el antropódromo, los más comían en silencio. Joannes tomó dos generosos platos de sopa con fideos, medio cantero de pan, una jarra de vino, y después atacó los garbanzos.

—¡Las noticias de hoy, las noticias de hoy! ¡El asesino escapa, el gobierno cierra la ciudad! ¡Madrid a un paso de nuevos disturbios, los portavoces de los obreros dicen que es una provocación!

—Niño, cuéntanos las noticias.

—Sí, señor.

Joannes miró al niño que acababa de entrar en la taberna e iba de mesa en mesa. No lo reconoció, pero le alegró saber que el Ciego y su escuela de relatores seguían en marcha. El niño, un mozalbete pequeño y de mirada astuta, se colocó cerca de su cliente con la mano abierta y cuando el cuartillo cayó en su mano, se aclaró la garganta y se puso a declamar con voz nítida.

—El infame asesino de más de quince personas, entre anónimos transeúntes y funcionarios, se cree que aún sigue en la ciudad y libre, oculto bajo algún disfraz. Para su captura el secretario del Interior ha movilizado varios batallones, el de regulares de Cuenca, el de blindados de Valladolid y varios cuerpos de guardias reales y un refuerzo de alguaciles venidos de otras ciudades.

«Según el secretario, en una ciudad como Madrid, a pesar de que se dispone de la descripción del asesino, es muy difícil localizarle. Fuentes del Partido Comunero, en la oposición, citan que a pesar de las radicales medidas tomadas por el gobierno, la noche anterior el asesino se las apañó para atacar y herir gravemente la comitiva de un noble. El gobierno alude a las posibles conexiones del loco asesino con grupos de anarcolistas radicales, que le ayudan en sus fechorías sangrientas.

»Las gentes de Madrid parecen vivir con mucho interés la situación. Los hay que

han formado brigadas de caza y recorren los barrios armados con palos y buscando al delincuente con los retratos que la policía ha hecho circular. Un grupo de estos incontrolados fue ayer desactivado por los alguaciles tras propinar una paliza que puso al borde de la muerte a un mozo de cuerda con cierto parecido físico al del Alguacil Loco, como le han venido en llamar muchos. Otros madrileños, sin embargo, simpatizan con el asesino e incluso celebran las muertes.

»En resumen, desconcierto en las fuerzas del orden público, división entre la población.

Joannes, al oír la noticia, se arrebujó más en su rincón procurando que ni una sola guedeja de pelo rubio le sobresaliese por debajo de la gorra de lana, pero nadie pareció fijarse en él.

—Déjate de asesinos locos y demás y canta los resultados de las carreras, que tengo apostados dos ducados a Ferrárez.

Varias voces secundaron la petición, alguien le colocó otra moneda en la palma al niño y éste se puso a relatar la larga lista de primeros, segundos y colocados en las carreras del antropódromo. Joannes aprovechó para pagar discretamente y salir de la taberna. Fuera, el mediodía había vaciado las calles. Necesitaba un lugar donde pasar el rato hasta que fueran las ocho, la hora de cierre de los comercios. No se le ocurrió nada mejor que colarse hasta un tejado, buscar un rincón en sombra y dormir allí, al sol de primavera, una larga siesta entre el soplar del viento y el arrullo de las palomas. Nadie le molestó en las alturas y despertó cuando ya atardecía. El sol lanzaba largos rayos planos desde el oeste, iluminando desde abajo las nubes y perfilando los tejados de la ciudad. Joannes se desperezó mirando aquella urbe repleta de edificios ennegrecidos, miles de tejados que se extendían en todas direcciones; penachos de humo industrial hacia el sur; casas cada vez más bajas y residenciales al norte, en dirección a la sierra; parcelas de huertas al sureste, y la gran masa boscosa del Monte de El Pardo al este.

No perdió tiempo, se caló su gorra de lana, sudada y pegajosa, y bajó a la calle de nuevo. Se apostó en las cercanías de la relojería. Cerraron los escaparates, los empleados fueron saliendo y a eso de las nueve sólo quedaba una luz encendida en el tercer piso. Joannes se acercó y, como esperaba, encontró la puerta abierta. Subió despacio, con los oídos atentos, pero todo parecía silencioso y vacío. Asió el picaporte, abrió la puerta lentamente y encontró al anciano esperándolo mientras trabajaba en un reloj.

—Ah, aquí está, tengo la información que necesitaba. Mandé recado a Julio Ramírez, un relojero que tiene abierto taller cerca de Canillejas, viejo amigo y con mejor memoria. Me mandó, de vuelta, una nota. —El viejo tenía un papel delante—. En cuanto la leí me acordé. El anciano Breguete tenía un familiar que siguió con la profesión; Abraham también, pero con otros intereses. Cerró la relojería y abrió una

pequeña industria cerca de Barajas, Breguete hijo, máquinas de Cábala, una fábrica pequeña que construía mecanismos de Cábala, que tienen mucho de relojería. Sin duda, siguió haciendo otras cosas mixtas, como ese reloj. ¿Puedo volver a verlo?

Joannes lo extrajo de su bolsillo y lo dejó encima de la mesa. El anciano, en cuanto lo tuvo al alcance de sus pinzas, comenzó a manipularlo mientras continuaba hablando.

—Pero cerró hace mucho, la fábrica no era rentable o algo así. Julio no sabe qué fue del Breguete. Cree que se hizo funcionario, o salió del país, o murió. También me ha dado la dirección de la fábrica, está aquí, en este papel. Seguramente sean sólo ruinas.

»Pero su reloj no es el único extraordinario que he recibido estos días, no, señor. Vino también el duque de Mier a traerme otro ejemplar extraordinario, aunque un poco deteriorado por el calor. Me pidió que le diese recado si alguien me traía un reloj con factura parecida y, por supuesto, siendo un buen cliente, le avisé. Espero que no le moleste.

Joannes había estado vigilando por la ventana. Abajo la calle aparecía tan desolada como al llegar, ni peatones, ni coches, ni siquiera un perro callejero o un portero diligente, algo muy extraño una noche como aquélla. Cuando oyó mencionar al de Mier se dio la vuelta bruscamente.

—También me dijo que el que trajese el reloj sería un hombre peligroso.

Joannes apretó los dientes, el de Mier había sobrevivido. Y no sólo eso, también había tomado buena nota de la confesión inducida por el bebedizo. Miró al pequeño relojero. No parecía asustado, sólo lo miraba entornando ligeramente los ojos.

—Supongo que habrá apostado a alguien para vigilar la tienda, y no tardará en llegar.

20
En busca de un fantasma

El alguacil fue hasta el ventanal, lo abrió y buscó con la mirada. Nada, ni hombres de armas ni peatones.

—¿No teme colaborar con un asesino?

—¡A la mierda! He de confesarle que no me hace ninguna gracia la nobleza, y menos aún cuando es prepotente y amenaza con cerrarle a uno el negocio.

El relojero volvió a tomar el reloj y a observarlo con la lupa. Joannes abandonó la ventana.

—El duque… ¿estaba herido?

—Muy desagradable ese duque, la verdad, espero que las cuitas que mantenga con usted no sean graves. Sí, estaba herido, arrastraba la pierna de muy mala manera y debía de dolerle horrores; no entiendo cómo permanecía en pie, la verdad.

El relojero miró a Joannes por encima de sus lentes y lupas, con ojos gastados por el tiempo y el continuo trabajo, pero aun así vivaces, revoltosos. Abrió un pequeño armario a sus pies, del que sacó vasos y una botella con un líquido transparente que sirvió. El anciano bebió uno de un trago. Joannes, sin dejar de mirarlo, le imitó. Algo salvaje, lleno de uñas y dientes, bajó por su garganta y aterrizó, aún encolerizado, en el estómago.

Joannes miró otra vez por la ventana, en la calle se movían decenas de hombres vestidos de pardo y armados hasta los dientes. De nuevo estaba acorralado.

—Es tarde, me temo.

—Es importante ser puntual. ¿Tiene alguna arma?

Joannes le mostró el Villegas con un gesto y luego se volvió hacia la escalera.

—Por aquí.

El viejo, moviéndose con las piernas muy abiertas y un anadear complicado y seguramente doloroso, le precedió hasta una estantería al otro extremo del taller, repleta de cajas, libros, instrumentos y relojes a medio hacer. Retiró una caja y descubrió una pequeña puerta de madera lacada del mismo color que la estantería. La abrió y al instante una corriente de aire helado y húmedo surgió del hueco.

—Aquí había un pequeño montacargas que llevaba directamente al sótano. Como no lo usábamos, lo quitamos, pero dejamos el hueco por si alguna vez hacía falta. Tome esta linterna. Una vez en el sótano, busque una puerta de roble tras unas cajas de madera vacías. Cierre una vez haya pasado.

Alguien subía de prisa las escaleras. Joannes miró al interior del agujero. Había una escalerilla de acero en la pared que le serviría para bajar. El ancho del hueco parecía escaso pero suficiente. Se volvió al viejo. Vio que sonreía. Se balanceaba a derecha e izquierda sobre sus rodillas deformes, un niño anciano en plena diversión.

—¿Y usted?

—¡Oh! Ya me inventaré algo. ¡Venga, venga!, que ya suben.

Joannes se enrolló la capa alrededor de la cintura para que no lo estorbase y se metió dificultosamente en el hueco. Era más estrecho de lo que había sospechado, pero los escalones parecían recios. Antes de descender se dirigió al anciano.

—Ah, puede quedarse con el reloj. A mí ya no me hará falta.

—Ya contaba con ello. De todos modos, si encuentra a su fabricante o al heredero y tiene ocasión, no dude en ponerme en contacto con él. Podríamos hacer grandes negocios.

El anciano, sin dejar de reír nerviosamente, cerró la pequeña puerta y colocó la caja delante. Joannes comenzó a descender con esfuerzo, pero algo le hizo cambiar de opinión. La holgura entre la jamba y la puerta dejaba pasar luz. Mirando por ella podía ver una estrecha franja del taller. Entraron varios hombres armados y a la carrera que se pusieron a buscar frenéticamente.

—¿Dónde esta?

—Ha corrido al tejado, por ahí.

Un par de ellos tomaron el camino indicado, otros dos se acercaron al anciano y le empujaron, de modo que cayó sentado en uno de los altos taburetes de trabajo. Llevaban pistolas de cargador largo, modelos de Villegas que Joannes no había visto más que en catálogos. Los hombres se envararon. Alguien que respiraba trabajosamente había llegado al taller. Reconoció el sonido de unas muletas repicando sobre el sucio.

—Muy bien mi querido amigo, o sea que el perro sarnoso ha estado aquí, y veo que han tomado una copilla y todo. Esas no eran las instrucciones que le había dado, ¿recuerda?

—No me dio opción. Me apuntó con un revólver.

El anciano no parecía asustado, y el golpe le llegó de modo imprevisto. Joannes vio una mano enjoyada cruzarle la cara de un modo brusco y rapidísimo. El agresor entró en su estrecho campo de visión: era el duque. Tenía una pierna enyesada y se apoyaba en dos muletas de madera. Sus ropas parecían ajadas y sucias. El duque miró a su alrededor. Joannes se encogió ante el impacto de su mirada. Tenía el rostro demacrado, sudoroso. Grandes bolsas oscuras le colgaban bajo los ojos, que brillaban enrojecidos y febriles. La boca estaba torcida en un permanente rictus de dolor.

—Supongo que es verdad. Rece por que no descubramos que ha salido por otro lado, o que ha recibido ayuda en cualquier forma.

El anciano no dijo nada, sólo lo miró. La mano con que se enjugaba la sangre del labio partido temblaba perceptiblemente. Joannes reconoció la rabia casi incontenible. Como si hubiera sido algo contagioso, la mano se le fue sola al Villegas. Se sintió tentado de abrir la puerta y rociar de balas toda la habitación.

—Hay muchos perros rabiosos como usted en la caza, ¿no?

—No, como yo no. Los hay como estos zopencos, perros fuertes y con una puntería envidiable, pero con la rabia que acumulo yo, le puedo asegurar que no hay ninguno.

Joannes dejó de ver la cara del duque. Observó que tomaba con una mano enguantada uno de los vasos vacíos. Lo olisqueó y luego hizo una seña con la mano. Uno de los secuaces comenzó a destrozar el taller lenta y metódicamente, con una habilidad que indicaba que no era la primera vez que hacía algo así. Destruía delicados tornos golpeándolos contra los mármoles de las mesas, tiraba al suelo relojes a medio construir y los pisaba con el tacón de la bota, esparcía nubes de pequeñas agujas y engranajes a grandes manotazos.

—Esto es por esta pequeña copa de amistad que le ofreció al fugitivo.

Joannes apartó la mirada. Tenía una mano agarrotada sobre la escalerilla de metal y la otra en la empuñadura del revólver y necesitó recurrir a toda su voluntad para moverlas, desviarlas de su deseo de disparar, golpear y destrozar e iniciar el descenso. Prefirió no pensar, sólo moverse, y rápido. Abajo estaba muy oscuro. Tropezó con bultos informes. Olía a humedad malsana. Sin pensar, con el cerebro aún lleno del sonido de los relojes al romperse bajo el tacón del sicario, pulsó el mecanismo de encendido del fanal. La piedra chispeó contra el hierro limado y la luz, débil y amarillenta, peto suficiente, le reveló bóvedas de adobe negras de moho, tierra amontonada en el suelo y montañas de cajas semipodridas. Le costaba moverse, sentía casi la necesidad de que le descubriesen, de acabar lo que había dejado a medias la noche en que se habían enfrentado al monstruo, pero al fin encontró la puerta que había dicho el anciano, una pequeña esclusa de un metro de altura cerrada por un roble tan antiguo como las paredes del sótano. Al pestillo le costó ceder y a los goznes girar para dejarle paso. Tuvo que aplicar toda su fuerza para lograrlo. Tras el umbral, unos escalones de ladrillo descendían. Cerró la puerta tras de sí y el eco del portazo se multiplicó en una enorme lejanía saturada de gorgoteos líquidos. La escalera descendió durante un largo tramo hasta las alcantarillas. El olor a humedad se fue debilitando, vencido por un intenso tufo a podrido que terminó por hacerse omnipresente.

Caminó en la oscuridad, completamente desorientado. Aquél era un mundo de pasillos sin fin, de ecos lastimosos, reverberaciones, chorreos y susurros. Joannes no tenía miedo a las ratas, pateó algunas en su camino; sin embargo, no podía respirar. Deseaba hinchar el pecho con aire fresco, aunque dada la situación en el exterior, no estaba tan mal allá abajo.

Se sentó a descansar sobre una enorme tubería metálica que vibraba al paso del agua. Tenía una pista, algo a lo que aferrarse, pero poco más. Recordó, una a una, las palabras del relojero. Las piezas encajaban, aunque aún no sabía qué construían. El

ultimátum estaba pronto a terminar, tenía que parar aquello y quizá le permitiesen retomar su antigua vida. De repente se sintió muy cansado. Se recostó contra la pared. Habría sido más sencillo y más seguro huir. Sin que hubiese llamado a su recuerdo, acudió la imagen de Rebeca. Volvió a verla, a sentir sus labios pegados a los suyos, labios calientes, secos, llenos de fuerza indomable. La imaginó a la puerca de su mansión, la mirada baja, los hombros caídos, la silueta deliciosa esperándole. Era la Rebeca humana, no el engendro asesino capaz de arrancar corazones de cuajo que la había sustituido. Tenía que saber qué había sido de ella, liberarla o vengarla. Luego las fuerzas se le fueron corriente abajo, mezcladas con el líquido marrón oscuro y salpicado de inmundicias.

No tuvo mucho tiempo para reflexionar. A lo lejos, deformado por muchos ecos, reconoció ladridos. Perros. Chapoteando se irguió y aguzó el oído. Los ladridos se repitieron, pero era imposible saber si se acercaban o se alejaban. A pesar de las piernas, que le ardían de ganas de salir corriendo, se obligó a inmovilizarse. Escuchaba el latir del corazón y el eco de los ladridos. No se acercaban, se mantenían a distancia. Tarde, se acordó de apagar la linterna. La oscuridad se hizo absoluta, una masa de negrura pateada por miles de hormigas difusas. Poco a poco los ojos se le acostumbraron a la falta de luz. A su derecha, muy tenue aún, se intuía una leve luminosidad grisácea. Joannes encendió de nuevo la linterna y tomó el túnel hacia la izquierda. Sólo necesitaba encontrar una salida, no podían tenerlas todas vigiladas, Madrid era demasiado grande.

Avivó el paso, largas zancadas que chapoteaban en el fango hediondo. Cada cierto tiempo se detenía, apagaba la luz y aguzaba el oído. Sus perseguidores parecían estar cada vez más cerca, los ladridos eran más potentes y la luz más fuerce. Ya no caminaba, corría. Tropezó un par de veces, lo que no contribuyó a mejorar su olor.

Oyó las balas silbar y rebotar contra la piedra una fracción de segundo antes de que el eco brutal de las detonaciones inundase el túnel. Joannes reculó y se refugió tras una esquina mientras desenfundaba el revólver.

—¡Está ahí! ¡Está ahí!

Se había metido de bruces en una trampa. Seguramente le habían estado azuzando, dirigiéndole a una barricada. Arriesgó un vistazo y casi se quedó sin cara por culpa de la descarga cerrada de un par de fusiles de asalto.

—¡Mierda! ¡Puta mierda!

Se encontraba en un túnel corto en el que casi rozaba el techo. Por el otro extremo se oía acercarse a los perros. Volvió sobre sus pasos. Prefería los ladridos a unos Villegas largos. Al contrario que un momento antes, fue buscando el ruido, cautamente, con la linterna ciega apuntando tan sólo al suelo, y arriesgando miradas Tras las esquinas antes de pasar.

Al cruzar un túnel que se abría a otro mayor los vio. Eran cuatro hombres y dos

perros y se le acercaban por la derecha. También atisbo fugazmente lo que necesitaba: una escalera de hierro que subía hacía la superficie. Los perros se acercaban tirando de sus traíllas y ladrando desesperadamente. Miró al suelo. La corriente de agua sucia de su túnel se unía a una mayor en el otro y corría hacia la izquierda. Rápido como un rayo, arrancó la rejilla de protección de la linterna y subió la mecha al máximo. Luego depositó la linterna sobre el agua y se aseguró de que flotase. La soltó y se pegó todo lo que pudo a un nicho en la pared. La linterna osciló, amenazó con volcarse y luego empezó a moverse flotando corriente abajo, dobló la esquina y siguió su camino.

—Ahí hay luz. Corre.

Le sobrepasaron a la carrera, luchando contra los perros, que no habían caído en el engaño y querían doblar hacia él.

—Malditos chuchos, ¡por ahí no! ¿Qué coño habéis olido? ¡Vamos!

Joannes no perdió el tiempo; no tardarían en alcanzar la linterna. Corrió sintiéndose estallar los pulmones, saltó a la escalera y subió lo más rápido que pudo. Golpeó la tapa de la alcantarilla con el hombro. Fuera era de noche. Estaba en una calle, no sabía cuál. Un hombre se había parado frente a él y lo miraba extrañado. Joannes salió con el corazón bombeándole a toda velocidad. Un poco más allá la sirena de un autocoche de bomberos ululaba. El aire olía a quemado. La tienda. Sobre los tejados al norte había un resplandor difuso. Joannes apretó los dientes, repentinamente paralizado en medio de la calle. La gente pasaba y torcía el gesto al mirar sus ropas y olerle.

Se quitó de en medio a grandes trancos. Tomó un autocarro por el procedimiento ilegal y usado por todos de saltar al pescante en el momento en que disminuía la velocidad en un cruce. Era hora punta, el regreso al hogar después del trabajo, y el transporte iba lleno a rebosar. Los pasajeros, que se apelotonaban en la entrada, apartaban la cara asqueados por el olor pero no se atrevieron a decir nada. Joannes, sin saber adonde se dirigía, se dedicó a contemplar las calles. Había patrullas militares parapetadas en los cruces principales y blindados estratégicamente colocados para bloquear las avenidas y evitar las concentraciones. Dudaba que todo aquello fuese por su causa; el gobierno se temía lo peor: el caos y las revueltas. Volvió a pensar en las palabras del relojero. Breguete hijo, máquinas de Cábala. ¿Cómo podía localizar la fabrica?

De repente se le ocurrió: no le hacía falta localizarla, el duque lo haría por él. Saltó del autocarro en marcha, trastabillando, a punto de caer. El viejo le habría dicho lo mismo que a él. Cerca de Barajas, terrenos baldíos, almacenes, un centro de distribución de mercancías y la carretera de Barcelona. Tenía que llegar allí antes de que cerrasen la ciudad. El plazo expiraba al día siguiente. Necesitaba un vehículo, algo discreto que le permitiese circular rápido. Avivó el paso, observando los

autocoches detenidos en las aceras. Lo vio apareado en un callejón, cerca de un almacén, un pequeño camión de mudanzas de caja cuadrada y una sola rueda delantera de dirección. Se acercó vigilando los alrededores. El callejón estaba desierto. Era un vehículo artesanal, montado por algún taller pequeño que había construido el bastidor y sobre él había acoplado un Urella monocilíndrico. Dudó un instante si funcionaría o estaría abandonado a su suerte, pero un vistazo al interior le aclaró que no era así. Dentro había dos cuerpos semidesnudos, cubiertos por capas de tela arremolinada, un chico vestido con pantalón y chaquetilla de dril y una chica robusta con faldas a la campesina y corpiño manchego que apenas podía contener la exuberancia de su pecho. Joannes sacó el revólver y lo amartilló haciendo que el ruido del percutor sonase como la llamada del destino. Ambos abandonaron sus plácidos intercambios y enfocaron dos pares de ojos muy abiertos, blancos como bolas de billar en medio de la oscuridad de la cabina.

—Fuera.

Los novios, él, conductor del motocarro de mudanzas, y ella, criada con la tarde libre, se levantaron azorados, recomponiéndose la ropa. Contemplaron, asustados, la cara hinchada y deformada de Joannes. Ella temblaba perceptiblemente.

—No hacíamos nada malo… ¿Es policía?

—Quítate la chaqueta.

—No es ilegal, no lo es, no puede obligarnos a…

—Calla.

Joannes se quitó la mugrienta sobreveste y se puso la chaquetilla del operario. Le iba muy estrecha. Luego acudió de nuevo a la bolsa, extrajo dos ducados y los tiró al suelo.

—Con eso podéis pagaros una habitación hasta la medianoche. Buscad la pensión de la Paca, en la calle Arrieros. No está lejos de aquí. A partir de esa hora ya puedes decir que te he robado el carro.

Joannes miró el motocarro sin mucho entusiasmo.

—¿Tiene hulla?

—Sí.

El chico temblaba perceptiblemente y aún no se había atrevido a recoger las monedas.

—Sí me denuncias antes de esa hora… os mataré a los dos.

—Sí, señor.

Joannes subió al motocarro, abrió las magnetos y giró la palanca para que el volante de inercia tomase revoluciones. Luego la soltó y apretó el acelerador. El motor petardeó un par de veces y empezó a bramar. El callejón se llenó de humo acre que hizo toser a la criada.

—¡Que lo disfrutéis!

Joannes salió del callejón. El tráfico no era denso a aquella hora. Condujo con cuidado, la mente extrañamente tranquila y fría. La calle de la relojería estaba cerrada por un autocoche de los alguaciles. Más allá brillaba el incendio. Joannes detuvo el camión. Todo el edificio ardía convertido en una tea magnífica y los brillantes cuerpos de las llamas asomaban, como mujeres enloquecidas, de todas las ventanas. Había mucha gente en la calle contemplando el incendio. Los bomberos se afanaban en mojar los tejados de los edificios colindantes; habían renunciado a salvar el que ardía. Lo dejarían consumirse hasta no ser más que un montón de cenizas y relojes fundidos.

Arrancó bruscamente, y casi aplastó a los miembros de una familia al completo que, cargados con grandes cestas llenas de bocadillos y limonada, corrían a hacer negocio del espectáculo. Apenas se dieron cuenta; tenían los ojos llenos del horror amarillo del fuego.

Condujo hacia el norte por las amplias calles, más atestadas de un tráfico que se iba reduciendo poco a poco. En una hora no quedarían apenas vehículos circulando y su presencia lo delataría.

Tomó la Gran Vía de Hortaleza cuando ya se veía a los soldados nerviosos trabajar detrás de las barricadas, moviendo sacos y largos palos de madera. Dentro de muy poco iban a cerrar la ciudad.

Pasada la plaza del Colombiano, la ciudad cambiaba radicalmente. Una gran calle pavimentada corría hacia el noroeste flanqueada, a derecha e izquierda, por innumerables viviendas encaladas, casas de adobe muy antiguas con patio interior, frescas en verano y cálidas en invierno, la mayoría de ellas pequeños talleres de curtido, de cerámica o de orfebrería.

Aquella zona había sido ocupada durante siglos por los moriscos, ampliada por sucesivas generaciones. Joannes adivinó por un destello de luz dónde estaba la mezquita. Los días de mucho sol parecía un enorme barco multicolor en medio de un mar de tejados y paredes deslumbrantes. Aun de noche era un edificio notable; los minaretes, teselados de brillante cerámica, captaban los brillos de algunas linternas de carburo y de los faros de los coches y los devolvían en rápidos destellos.

Cruzó como una exhalación por Magerit cuando la última oración del día era recitada por el almuecín. Aquélla era una zona más segura. Las calles estarían aún más desiertas que en el centro, pero con una diferencia fundamental: los alguaciles no se atrevían a patrullar por allí, la guardia de la mezquita era suficiente.

Dejó atrás Magerit y se internó en la zona más industrial, al norte de la ciudad. A los lados de la carretera se erguían multitud de almacenes construidos en ladrillo, largas construcciones de altos pabellones ornados por dibujos geométricos. Allí se recibían y almacenaban las mercancías que llegaban a la capital desde el norte y desde Europa. Luego, flotillas de pequeños autocoches de reparto las trasladaban a

los diferentes comercios de la ciudad.

Joannes, cuando se supo en plena zona industrial, detuvo el camión en un callejón oscuro, a la vista de la carretera del norte, la vía de acceso principal. Sólo tenía que esperar. Súbitamente consciente de lo cansado que estaba, se estiró como mejor pudo en el asiento. El respaldo de madera cedió con un crujido, Joannes no se inmutó, apoyó las manos tras la cabeza y la colocó de modo que con sólo abrir los ojos veía la superficie apelmazada y llena de baches de la carretera.

El duque necesitaría consultar los archivos. Imaginó al pobre funcionario al que habrían sacado de su casa. Seguramente sería un chupatintas del ayuntamiento, con dos niños gordos y ruidosos, una mujer y tal vez también una suegra a su cargo. ¡Que se joda! Eso es un trabajo, y no lo nuestro.

Sólo que él ya no tenía ese trabajo; en realidad, no tenía ninguno, sólo el autoimpuesto y mal remunerado de perseguir a un fantasma, Joannes volvió a acariciar la idea de encender el motor y partir al norte, en busca de algún puerto de Cantabria donde no hiciesen muchas preguntas, embarcar para los fríos de los países nórdicos; o quizá partir a Sevilla. Allí nunca decían que no a una espalda que pudiera deslomarse manejando fardos en el puerto, o bregando con las máquinas, que, una vez más, tenían que dragar el Guadalquivir. Allí, en Madrid, su destino estaba trazado y rubricado.

No pudo pensar mucho más, el duque se había dado prisa. Una columna de varios vehículos militares y uno civil se movía despacio por la carretera con los faros ciegos apuntando al suelo. Había un par de pelotones de hombres armados en el interior de esas máquinas, calculó Joannes. Se movían tan despacio que decidió seguirlos a pie.

De esquina en esquina, de sombra en sombra, procuró no perderlos la pista. Se detuvieron delante de una nave con aspecto muy antiguo. Joannes, desde su escondrijo, no oyó ladrar órdenes; sin embargo, los soldados corrieron por todas partes cubriendo huecos, tomando posiciones y formando un perímetro alrededor de la construcción.

Cuando terminaron, todo volvió a estar en silencio. Era tarde ya, y un viento frío, del norte, quizás un cierzo enviado desde Aragón, levantó polvo de la calle nocturna, Joannes había adivinado que el duque saldría del pequeño autocoche civil, lo que no había esperado era su vitalidad enfermiza, nerviosa, cojeando hacia la entrada del local. Abandonadas las sedas y encajes por una capa de paño fino, pantalones lisos y medias blancas, sin gorguera, sin diademas ni pendientes, venía dispuesto a conseguir su objetivo o a morir en el empeño.

Se sintió raro. No odiaba a aquel hombre a pesar de lo que le había hecho, en realidad sólo sentía lástima por él. Sin embargo, supo que no le temblaría el pulso al dispararle una bala al corazón. Sería igual que matar a un animal para que dejara de sufrir.

Se deslizó en la oscuridad con la razonable confianza en que no repararían en un ataque por la espalda. Caminando muy despacio por un callejón, con el revólver en la mano, intentó detectar a algún soldado. Lo vio encaramado a una cornisa del edificio vecino. Al instante se paralizó. El hombre vigilaba una salida lateral. La larga sombra, un fusil de precisión, un Montero o un Hernani seguramente, se dibujaba contra el fondo más claro del cielo.

Joannes permaneció muy quieto y observó por espacio de diez minutos. Bruscamente, una nube cubrió la luna. Aprovechó la oscuridad para colarse debajo mismo de sus narices, protegido de su vista por un pequeño saliente del edificio. Siguió el muro en dirección contraria a la puerta principal. El edificio era muy viejo; grandes grietas desmenuzaban los lienzos de ladrillo. Churreras de viejos líquenes corrían por las paredes, cubiertas de pintadas y suciedad. En lo alto había una larga fila de ventanas sin cristal. Encontró lo que buscaba, un boquete en el viejo muro lo suficientemente grande como para caber por él. El interior del edificio no era mucho mejor; aquel lugar llevaba mucho tiempo abandonado. El espacio era vasto, oscuro y silencioso. Joannes tanteó con el pie, el suelo estaba lleno de cascotes y suciedad. Ambos, el duque y él, habían llegado muy tarde, su hombre no estaba allí.

En cuanto vio las luces y oyó voces se acurrucó detrás de lo que parecía un muelle de carga.

—Aquí no hay nada, ¡maldita sea!

—Sólo mierda de mendigos. ¡Más luz! Meted aquí un blindado.

—Señor… no cabe por la puerta.

—¡Tiradla abajo, joder!

Joannes oyó retumbar un potente motor. La puerta doble que cerraba el local cedió lentamente ante el morro del vehículo. Cayó al suelo con estruendo, acompañada de medio muro delantero. La lluvia de ladrillos repiqueteó sobre la chapa blindada y levantó una densa, polvareda. El conductor les quitó la protección a los grandes faros de carburo y el interior de la fábrica apareció entre las tinieblas de la noche. Joannes volvió a agacharse.

—Eso de ahí es una oficina, ¿verdad? Mirad a ver qué encontráis.

Joannes oyó pasos apresurados, remover de cascotes y muebles arruinados. Había reconocido la voz. Ya no tenía los tintes alambicados del teatrón, ni los cordiales de su primer encuentro en la mansión. Tampoco era amenazante, como en la casa llana; las palabras eran destilados de rabia pura, asesina. Joannes pulsó el expulsor y el tambor de su revólver salió fuera delicadamente. Siete balas de calibre 32. Encajó el mecanismo en su sitio y lo hizo girar lentamente. Cada clic era una oportunidad.

—No queda casi nada, señor, no hay libros de contabilidad, sólo un escritorio arruinado y un archivador vacío.

—¡Y esas cajas!

Joannes, estirando el cuello, intentó asomarse no por encima de su parapeto, sino por el lateral, buscando un mejor ángulo para atisbar hacia la oficina. La bota se le resbaló en un cascote suelto. No tuvo tiempo de esconderse. Uno de los hombres armados se asomó desde el otro extremo del parapeto. Joannes vio su cara, los ojos abrirse como platos, el grito a punto de salir de su garganta tensa y las manos elevando el fusil para disparar. Joannes fue más rápido. La detonación del Villegas retumbó como si un enorme grito de pólvora y metal hubiera sido proferido tan fuerte que quedase enganchado en los oídos, pitando y mordiendo los tímpanos.

21
Una pequeña piedra

Joannes había abandonado el parapeto para disparar. El duque y sus hombres lo miraron con asombro y algunos se movieron para amartillar sus armas, aún no dispuestas, Joannes disparó en secuencia, uno, dos, tres, cuatro secos estampidos del Villegas. Vio caer un cuerpo, luego uno de los fusiles cortos comenzó a bramar obligándole a tirarse al suelo tras el parapeto. Las balas de sus oponentes comenzaron a repiquetear contra los ladrillos, pulverizándolos, Joannes recogió el fusil del suelo y, trabajosamente, desenredó la correa del cadáver. Era un modelo muy moderno, con un cargador cilíndrico para treinta balas y un mecanismo de retroceso con el que no hacía falta recargar el cerrojo en cada tiro.

—Ojalá hubiéramos tenido de éstos en las Landas.

Susurrando entre dientes, se arrastró sobre los codos. El fuego arreciaba. No eran tontos, lo mantenían con la cabeza baja mientras tomaban posiciones. Pronto tendrían ángulo para dispararle directamente. Desde su posición veía una rueda del blindado y la ventanilla del conductor, apenas una ranura en el metal.

Pensaba con furia. Estaba perdido, le superaban abrumadoramente. Tendido en el suelo, elevó la vista y lo que vio le hizo apretar los dientes. El golpe del blindado contra la puerta se había llevado también una columna de apoyo, y la estructura metálica del tejado, ya castigada por el tiempo, pendía precariamente de unos cuantos ladrillos mal colocados. Estudió su posición; podía aguantar poco tiempo. Sin considerar nada más elevó el cañón de su arma y disparó contra la zapata mal asentada. Con cada disparo la culata le castigaba el hombro, pero continuó apretando el gatillo, rezando para que el arma no se encasquillase y medio ciego por los resplandores de la bocacha escupiendo fuego. Las treinta balas llovieron, en rápida sucesión, sobre el maltrecho apoyo. Comenzaron a caer ladrillos, y como una larga fila de fichas de dominó, toda la estructura del tejado empezó a crujir y a desplomarse.

Pronto ya no hubo disparos, sólo el estruendo de las vigas chillando al doblarse y las masas de ladrillos y tejas lloviendo. Joannes se acurrucó contra la pequeña pared del muelle de carga donde se ocultaba, las manos sobre la nuca y los dientes muy apretados. Los cascotes estallaban al caer como granadas de artillería lanzando metralla de cemento y adobe por doquier. Muy cerca sintió desplomarse una viga que hizo temblar el suelo. Cascotes innumerables le golpearon el cuerpo. Era como ser lapidado. El aire sabía a yeso, cada bocanada le llenaba los pulmones de polvo blanquecino. Todo el proceso duró apenas unos segundos; cuando terminó un silencio pegajoso y polvoriento se adueñó del aire. A Joannes le pareció que había pasado una eternidad. No le dolía nada, pero se sentía entumecido. Arriba ya no había tejado y se

veían brillar las estrellas. Se movió con precaución; no tenía ningún miembro atrapado. Una viga había caído sobre el parapeto dejando un pequeño hueco justo debajo que le había servido de protección. Había perdido el fusil. Recargó el revólver con manos seguras, hartas de realizar esa operación miles de veces. Lentamente, reptó fuera de su refugio. El edificio se había convertido en un solar. Escombros, paredes derruidas y restos de la estructura del tejado cubrían el suelo. La densa nube de polvo iluminado por la luna se asentaba lentamente sobre todas las superficies. Nada se movía, ni un ruido alteraba la quietud mortal.

Caminó con cuidado de no tropezar. A la entrada, todo el morro del blindado estaba sepultado bajo una montaña de escombros. No tenía mucho tiempo, los hombres del exterior no tardarían en llegar y tenía que buscar esas cajas. Avanzó en la dirección en que el duque y sus hombres habían estado cuando cayó el tejado. Tuvo que esquivar una cercha de metal, puesta en su camino como una gigantesca verja, y escalar numerosos e inestables montones de cascotes. Se desorientó en seguida, era casi imposible calcular distancias y reconocer una posición anterior en aquella escombrera.

Unas cajas, unas míseras cajas. ¿Dónde?

Oyó muy cerca y ciara una tos quejumbrosa, muy débil. Se detuvo aguzando el oído. El sonido se repitió, había algo a su derecha, bajo una masa de grandes conglomerados de ladrillos todavía unidos por cemento e imbricados de acero. Se acercó despacio, hasta distinguir la forma abultada de un torso humano y una cabeza.

—Una china, una pequeña piedra…

Reconoció la voz en seguida a pesar de que estaba despojada de rabia, de autoridad y sarcasmo; era la voz desnuda de un moribundo. Se agachó y, a un par de pasos, encontró el perfil del noble: la piel cubierta de polvo, los ojos muy brillantes. También olió la sangre y vio los charcos oscuros, los regueros que le cruzaban la cara y empapaban el pecho. Amartilló el Villegas.

—…puede detener el mecanismo más perfecto.

—No se mueva, le estoy apuntando.

—Moverme, más quisiera, estoy atrapado.

Joannes se fijó. Un pegote informe, grande como un peñasco, le había aplastado. De los ladrillos y el cemento sobresalían delgados refuerzos de acero. Al caer, como largos colmillos corroídos, el hierro había mordido el torso del duque clavándolo al suelo. Bajó el arma y se apoyó en una pared semiderruida.

—Una máquina tan grande, tanta gente volcada en su mayor gloria, y todo se viene abajo por un alguacil reacio a morir.

—Hasta el caracol se revuelve contra el pie que lo pisa.

Un nuevo acceso de tos impidió la contestación. Algo negro y espeso manchó la perilla, perfectamente recortada, del noble.

—He pisado muchos caracoles, pero ninguno tan duro.

Joannes no contestó. Había visto morir a hombres entre el barro de Centroeuropa y sobre los adoquines de Madrid. Todos sus muertos vinieron a hacerle compañía mientras veía agonizar a su enemigo, participaron de su mirada y le obligaron a no quitar la vista del pecho, que subía y bajaba a duras penas.

—Mañana acaba el ultimátum, hay que pararles los pies. Malditos judíos, deberían haberlos echado de España hace mucho tiempo, en tiempos de los Reyes Católicos; sólo así, sin judíos ni moriscos, sólo con la raza pura, el imperio no estaría en peligro.

»¿Tú también quieres encontrarle? Me sigue sorprendiendo que no hayas huido; era la reacción previsible, habíamos contado con ella.

Devino un silencio prolongado. Joannes no quitaba ojo del duque, pero vigilaba con el oído cualquier sonido de pies removiendo cascotes.

—Las cajas… acércate, las cajas…

Joannes reptó hacia el duque. Se salvó gracias a la luna. Al cambiar de ángulo vio relucir algo en la oscuridad. Instintivamente se retiró hacia atrás. El brazo del duque trazó un relámpago de acero brillante que pasó muy cerca de su garganta. Durante unos instantes sólo se oyó el silbido lastimero de la respiración del moribundo.

—El escorpión pica aún estando agonizante.

—Las cajas… las cajas son de la compañía de efectos de teatro cuasivivos. No encontramos en los archivos más empresas al nombre de Breguete que la de los relojes. Debieron de cambiar de actividad, mudar los nombres en los registros mercantiles. El teatrón, tantas veces que hemos ido por allí, ¿eh, Joannes?

El duque volvió a toser, está vez casi sin fuerzas. Joannes tuvo que esforzarse para oír su voz, cada vez más débil.

—Me muero… tienes que ir allí y eliminarlos, es la única salvación que le queda al imperio.

—A mí el imperio me importa una higa, yo sólo quiero sobrevivir.

—Si fuera así habrías huido. El imperio es lo que nos mantiene a todos, sin él habríamos caído hace mucho en la barbarie y la anarquía.

El duque volvió a interrumpirse por un acceso de tos. Podía ser mentira, pero algo le decía que la lealtad de aquel hombre, un conjurado, iba más allá de lo humano. Joannes era realmente la última esperanza de encontrar la cabeza de la conspiración antes de que terminase el plazo.

Atisbó el brillo de una linterna ciega y oyó pasos entre los escombros. Tenía que marcharse. Levantó el revólver y apuntó a la cabeza. El dedo vaciló. Retrocedió, sin dejar de apuntar al duque, y al fin desamartilló el percutor. Ya no se movía; podría estar aún vivo, pero decidió dejarle solo en su cuesta abajo hacia el infierno.

El imperio, aún resonaba esa palabra en su cabeza cuando esquivaba cascotes

alejándose de la luz. Él casi había muerto en un par de ocasiones por defenderlo. ¿Qué significaba para él? Un sueldo, un catre, unos amigos; no sonaba tan importante. Entonces ¿por qué insistía en buscar al hombre que lo tenía en jaque? ¿Rebeca? Sí, la mujer era importante, no obstante, muy en el fondo de todo, aún existía un orgullo, un rescoldo de honor mancillado por unos y otros al que se empeñaba en aferrarse. La vida es honor o no es nada, musitó en voz baja. Las palabras no sabían a mucho una vez pronunciadas.

No le fue difícil escurrir el bulto entre los escombros, esquivando a los hombres del duque. Habían abandonado toda prudencia, y se movían como hormigas a las que una bota ha aplastado el hormiguero. A no mucho tardar, aquello se iba a convertir en un hervidero de alguaciles y militares.

Se escurrió entre las sombras buscando el motocarro que lo espetaba en el mismo lugar en que lo había aparcado, lo bastante resguardado para que no repararan en él. Subió y asió la palanca del arranque, le dolía el brazo y la vista se le nublaba. Estaba exhausto, completamente agotado y dolorido; en ese estado no podía hacer nada más que intentar dormir algo hasta el amanecer y luego volver a Madrid, al teatrón. No le quedaba otra. Se acomodó en el asiento, duro e incómodo. Tenía tanto sueño que no le costó quedarse dormido, arropado con una lona embreada.

Soñó brevemente con un mundo oscuro donde siempre era de noche y grandes hombres de piedra paseaban por calles mal iluminadas haciendo retumbar los edificios a su paso. Él corría, como un ratón asustado, entre las moles que apenas veía, esquivando sus pisadas atronadoras. Cuando consiguió un rincón donde detenerse, atisbo los rostros inmóviles. En cada frente brillaba una estrella. Eran caras talladas en la roca, rasgos bastos pero reconocibles; pasó delante suyo un Golem con la cara del fraile, otro con la del relojero, luego el duque, el Alguacil Mayor. Con la inevitable irracionalidad del sueño, esperaba otra cara, suave, de piel blanca y hermosos ojos negros, creyó verla acercarse desde el fondo de la calle, pero mientras se acercaba comprendió que aquel monstruo, más grande que los demás, no era Rebeca. Avanzaba a grandes zancadas, justo en su dirección. No pudo moverse, tenía el cuerpo aprisionado por la esquina donde se había refugiado. El gigante se detuvo justo delante, una montaña de piedra y metal creciendo al lado de sus pies. Se agachó. Joannes temía ver la cara que se acercaba. Permanecía en sombras, con rasgos irreconocibles.

En ese momento despertó. Algo sacudía el motocarro, un gran transporte que casi llenaba la calleja en la que había aparcado hacía vibrar el suelo con su peso descomunal. El sol estaba naciendo, el día era gris, impregnado de lluvia futura. Se desperezó estirándose hasta que le dolieron los huesos. Luego arrancó trabajosamente. La carretera bullía de actividad. Tardó más de una hora de tráfico muy lento en llegar al barrio de las Mercedes. Allí abandonó el motocarro y desayunó

un bocadillo de torreznos y una caña de vino en un puesto callejero. Cuando terminó, sentado sobre una piedra, al lado de una casa recién derribada y aún por reconstruirse, se descubrió sin fuerzas para ir al teatrón. Ahora sabía adonde tenía que ir, qué hacer; sin embargo le apetecía mezclarse con las masas anónimas de obreros cargados con sus herramientas y cascos que se dirigían a las fábricas, trabajar con ellos hasta las siete de la tarde y perderse por las calles de la ciudad, en busca de una casa con mujer y niños que le recibieran a gritos, fumar hasta la hora de la cena y luego irse temprano a la cama, molido por el cansancio pero con la mente libre de intrigas.

Una patrulla de alguaciles le sacó de sus cavilaciones. Les vio llegar por la calle donde reposaba. Se levantó y echó a andar como si tuviese un destino claro, sin mirar atrás ni una sola vez.

Una vez en marcha ya no hizo falta pensar en nada, los pasos le llevaron a una parada en el momento en que un autocoche se detenía para recoger viajeros. De vuelta al centro, iba casi vacío. Algunos funcionarios se subieron a lo largo del trayecto. Al fin, tras hacer trasbordo en Canillejas, llegó a la cabecera de línea en el apeadero de la Puerta del Sol. Allí saludó con la mirada a la Mariblanca, se caló la gorra de lana y tomó Carrera de San Jerónimo abajo, al teatrón.

El edificio, de día, era menos impresionante que por la noche, con la profusión de luces, las procesiones de coches relucientes y las damas enjoyadas. Los grandes paramentos de ladrillo estaban sucios de hollín, como todas las fachadas en Madrid. Los ornamentos de bronce y yeso, que iluminados por la noche parecían nuevos y brillantes, eran antiguallas deslucidas, medio corroídas por la lluvia.

Esquivó la puerta principal y rodeó el enorme edificio por callejas estrechas y atiborradas de basura. En una de ellas encontró lo que buscaba, un patio enrejado y un gran portalón. Aparcado en la puerta había un autocoche de transporte con una lona encima y otros vehículos más pequeños, todos con el escudo de la compañía estarcido en las chapas abolladas y raspadas por mil impactos. Nada parecía moverse.

El cielo, que no se había abierto en toda la mañana, decidió descargar en ese momento. Cayó una lluvia intensa y fría, muy parecida a la que les había acompañado cuando examinaron, el fraile y él, al primer muerto. Encontró una puerta protegida por un candado pequeño. Lo abrió manipulando el cerrojo oxidado hasta que cedió y casi lo catapultó al interior.

El teatrón olía a madera y a encierro, también a pólvora quemada y a barniz viejo. El pasillo a que daba paso la puerta era de ladrillo desnudo y se abría en la penumbra hasta un almacén lleno de máquinas, cuerdas, bidones con agua y piezas de escenario a medio desmontar, todo arrumbado en grandes pilas.

Oyó voces lejanas y música de una autoarpa. Se acercó despacio, esquivando el material que, por todas partes, se interponía en su camino. El proscenio se abría a una platea en sombras, enorme y ocupada por múltiples ecos y astillas de luz dorada,

reflejada en los muchos adornos de madera pintada, cobre pulido, purpurina y pasta policromada. El autoarpa difundía sonidos melancólicos, punteados por los goterones de la lluvia que arreciaba en el exterior. Al compás, varios actores vestidos con mallas de teatro se movían por el escenario. Despojados de los artificios, los cuerpos parecían perdidos, debatiéndose en una telaraña de oscuridad y música. Se estremeció. Avanzó sin saber muy bien adonde ir, sintiéndose a cada paso menos seguro. Oyó su voz muy cerca, suave y peligrosa como el aliento de una serpiente.

—Hola, Joannes. Veo que no seguiste mi consejo.

Se volvió, justo a su lado, casi tocándole, estaba Rebeca.

—Hueles bien.

Joannes no supo qué decir. Ella olía a flores ajadas, al fuerte olor de un ramo olvidado en un jarrón. Se fijó en la rosa que tenía en la solapa, prendida con un alfiler de plata al largo vestido estampado de flores rojas, ceñido en el pecho, falda de tiras y pantalones debajo. El cuello, largo y delgado, surgía como el tallo de un álamo blanco de una gorguera minúscula y la cabeza culminaba en una espesa mata de pelo negro, brillante, recogido en un moño. Su aspecto era medio oriental, medio castellano; fascinante en el resultado. Pero Joannes no se dejó engañar. La mirada no estaba vestida, no tenía adornos, los ojos eran parte brillante de la telaraña, y su rostro, el de una muerte suave y dulce. Desenfundó el Villegas todo lo rápido que pudo; pero no lo fue bastante, Rebeca se lo arrebató de las manos con un manotazo rápido como la picadura de un escorpión. Intentó derribarla de un empujón y ella, de un golpe con las manos abiertas, lo mandó rodando sobre un montón de tablas. Algo se rompió, se soltaron algunas poleas, mecanismos de chapa y madera se activaron en algún lugar y un telón bajó sobre el escenario cubriéndolo todo.

22
Danzando con las tinieblas

Se oyeron gritos airados, movimiento de pasos veloces. Joannes apenas veía nada, entorpecido por las tablas y aturdido por el guipe. Se restregó la casa con la manga. El sabor salado de la sangre le inundaba la boca, la herida del labio se le había vuelto a abrir. Escupió y se levantó todo lo rápido que pudo. Rebeca, en la misma posición que tenía cuando le golpeó, le miraba con una expresión indescifrable, Joannes mantuvo la mirada intentando adivinar cuál sería su próximo movimiento. De reojo vio el revólver, tirado en un rincón debajo de lo que parecía un carro de atrezo hecho de tablas y cartones pintados. Amagó un paso hacia delante y luego se lanzó en plancha hacia el arma. Algo le golpeó a mitad del vuelo y se aferró a él. Al caer, juntos los dos, rompieron el suelo de tarima. De las tablas partidas saltó una nube de polvo y astillas que flotó en el aire mientras Joannes intentaba liberarse. Rebeca lo había inmovilizado sentándose a horcajadas encima de él y sujetándole ambas manos. La mujer pesaba mucho más y era mucho más fuerte de lo que nunca hubiera supuesto. Joannes jadeaba por el esfuerzo intentando recuperar el resuello mientras que ella, sin alterarse lo más mínimo, continuaba mirándole.

—¿Qué eres?

Rebeca aferró el cuello del alguacil con las manos pequeñas, suaves y blancas. Aumentó la presión hasta que Joannes no pudo respirar y las cervicales le crujieron audiblemente. Atrapó las finas muñecas de la mujer y puso toda la fuerza de su desesperación en soltar la presa. Era inútil, aquellos brazos, en apariencia frágiles, parecían tallados en bronce. Motitas rojas comenzaron a rodar en su campo visual. La cara de Rebeca encima de él permanecía serena, sin expresión. Aquel engendro con forma de mujer bellísima había atravesado el pecho del fraile con la mano desnuda; sabía que no tenía ninguna posibilidad de vencerla, pero su cuerpo no entendía de lógica, luchaba con una desesperación cada vez más ciega. Los músculos del cuello y la espalda se tensaron hasta adquirir la consistencia de cables y los brazos se convirtieron en palancas; bíceps y cuádriceps amenazaron con romperse, tensos más allá de sus posibilidades físicas. La presión no cedió ni un ápice, los dedos, como bocas de herramientas implacables, se hundían en los músculos del cuello de Joannes, dejando enormes marcas rojizas. Perdía fuerzas, dejó de ver a su asesina, todo su campo visual se volvió granate oscuro. Abandonó la idea de soltar la presa y comenzó a golpear a la mujer en la cara, puñetazos desesperados que chocaban contra un rostro de acero. De repente el aire volvió a pasar por su tráquea, un torrente vivificador que le hinchó el pecho y le hizo toser violentamente. Ya nada lo sujetaba, lo había soltado. Calambres y tirones recorrían su cuerpo, latigazos de dolor que le contraían tos músculos y hacían rechinar los huesos unidos a ellos. Rebeca se puso en

pie y se retiró andando hacia atrás, sumiéndose en la oscuridad. Al final sólo el rostro muy blanco se distinguía del fondo oscuro. La expresión de su cara era de desconcierto, de horror.

—¡Rebeca!

Joannes le tendió una mano abierta mientras se levantaba trabajosamente. La mujer desapareció en las sombras.

—¡Maldita sea! ¡Suban ese telón! Por los clavos de Cristo, ¿quién es el responsable de este desbarajuste?

—Siempre igual. No hay quien trabaje en este sitio. ¿Dónde está el encargado? Que un actor como yo tenga que verse en estos embrollos…

Joannes ignoró los gritos. Trastabillando, recuperó su revólver y avanzó en la dirección que había seguido Rebeca, hacia la parte trasera del proscenio. Sentía arderle el cuello y cada respiración era una explosión de llamas en los pulmones, pero se obligó a moverse contra todos sus dolores y cansancios.

Si el espacio de los pasillos y habitaciones por los que había pasado le había parecido embrollado, aquella zona era mucho peor, una selva tupida de plataformas móviles, cables, poleas, motores de hulla, bombas de agua, contrapesos y escenarios desmontados que se extendían hasta un techo lejanísimo donde estructuras metálicas sostenían el telón y gran variedad de mecanismos. Empuñando su arma cruzó toda aquella maraña hasta el otro extremo del edificio. Allí se abría una zona de carga comunicada con el exterior por un gran portón metálico. En el suelo había huellas de ruedas. Las siguió hasta una rampa en curva, tan amplia como para permitir el paso de dos autocoches uno al lado del otro. Inició el descenso con el revólver amartillado. Al poco la rampa se convirtió en un amplio túnel descendente y poco iluminado. Algunos faroles de bencina alumbraban muros de piedra, vigas de madera, metal y grandes arcos de ladrillo. Arrumbados contra las paredes volvían a mezclarse los escenarios de mil obras diferentes: cabezas de monstruos marinos de cartón piedra, piezas de tela pintada con paisajes o interiores de casas, quemados proyectores de magnesio, multitud de siluetas de delicado cristal coloreado y mil cosas más cubiertas de polvo y óxido. Todo aquello era ya innecesario con las nuevas técnicas de proyección que había presenciado en el teatrón.

Continuó descendiendo sin darle mucha importancia a los desechos almacenados, hasta que se encontró con dos largas filas de toscos gigantes pétreos arrimados a las paredes del túnel. Eran esculturas bastas, de formas macizas, anchísimos hombros, piernas como columnas y breves cabezas de bala que casi tocaban el techo abovedado. Al menos había veinte de aquellas figuras a derecha e izquierda, guardando un gran portalón cerrado en el que terminaba el pasadizo. Aventuró un paso cauteloso, luego otro. La luz de los quinqués adosados a las paredes iluminaba los rasgos sin terminar: ojos profundos, cejas prominentes, cuellos inexistentes. Las

esculturas parecían hechas de barro cocido, piedra o quizá cerámica ocre. Entreverados en la masa que daba forma a aquellos cuerpos deformes había vigas de metal, tubos acodados de bronce, refuerzos de acero roblonado, juntas y articulaciones engrasadas. Las figuras eran todas distintas, algunas parecían más toscas, a otras les faltaban miembros o parecían apoyadas contra el muro para no caerse. En todas las frentes de las estatuas vio placas de metal con letras hebreas. Un par de ellas estaban abiertas. La altura no le permitió ver qué había dentro, pero le tranquilizó no contemplar el destello de una luz intensa salir de ellas.

Se detuvo. No sabía si alguno de aquellos monstruos era el que se había encontrado anteriormente; temía que, al avanzar, todos ellos comenzasen a moverse y le aplastasen en una ordalía de pisotones salvajes.

Respiró hondo, comprobó que el tambor del revólver contuviese las siete balas del 32, y continuó andando hacia el portalón. Al Instante, la luz de uno de los faroles tembló junto con todo el túnel. Uno de los monstruos, el más cercano a la puerta, se había movido. Con una lentitud engañosa, el Golem salió de su reposo y encaró al intruso. Durante un instante eterno Joannes contempló fascinado los huecos oscuros dentro de los cuales se suponía que estaban los ojos de aquel ser. Tuvo la seguridad de que le miraba desde aquellos mismos huecos cavernosos, usando dos ojos como grandes perlas negras y malévolas. El tiempo se paró. Joannes fue dolorosamente consciente de cada aspecto del ser: las piernas un poco abiertas, el torso corto y ancho, los brazos y hombros brutales, las vigas y tubos que despedían un vaho frío, y la cabeza, como una bala de cañón incrustada en la cima de aquella construcción. En la frente, la placa de metal con letras hebreas grabadas. Su atención se volcó en aquel rectángulo de metal pavonado. Recordaba vagamente una leyenda relacionada con hombres de barro.

Todo el castillo de percepciones detenidas se vino bruscamente abajo cuando el monstruo dio un paso en dirección a él. Elevó el revólver y apuntó. El monstruo abrió los brazos y avanzó otra enorme zancada. Los arcos de ladrillo temblaron y llovió arenilla desprendida de las vigas en el techo. Joannes disparó a la placa de metal. La primera bala le dio al monstruo en la mejilla y rebotó con un aullido. Joannes retrocedió mientras volvía a apuntar. Una nueva zancada redujo la distancia. Disparó, y esta vez la bala impactó directamente contra la placa, que resonó y se abolló, cosa que no pareció afectar lo más mínimo al monstruo. Volvió a disparar logrando tres, cuatro blancos más antes de que el gigante estuviese sobre y él y un puño del tamaño de un escritorio bajase a toda velocidad para aplastarle. Se apartó en el último momento, el puño golpeó con la fuerza de una bomba y cavó un cráter en el suelo. Los ladrillos rotos saltaron por doquier y se levantó un polvo sucio de argamasa y ladrillo pulverizado. El suelo tembló y grandes grietas rajaron los muros. Joannes corrió en dirección a la puerta. El gigante empleó cierto tiempo en dar la vuelta. Las

balas no servían de nada, su única esperanza era que el portalón estuviese abierto. No miró hacia atrás, pero sintió las zancadas del Golem perseguirle mientras corría. Chocó violentamente contra el metal de la puerta. Las manos, frenéticas, se le fueron al manillón. Lo giró sintiendo los pasos del monstruo acercarse. No se abrió. La puerta estaba cerrada con llave. Se volvió con los ojos dilatados por el espanto. El monstruo corría hacia él con la cabeza gacha, inclinado para compensar las enormes zancadas. No había tiempo para nada más. Se lanzó hacia él, en plancha, al hueco entre sus dos piernas enormes. El monstruo se inclinó aún más para intentar atraparlo, perdió el equilibrio y cayó de bruces resbalando sobre el suelo hasta que la cabeza de bala chocó contra la puerta.

El túnel tembló de nuevo, casi todas las luces se apagaron, el arco sobre la puerta cedió y llovieron vigas y ladrillos. Joannes, tirado en el suelo, no veía nada. El aire era una niebla mineral irrespirable. Tosiendo, luchó por incorporarse. Su ropa, antes oscura, estaba teñida de blanco. Cerca de donde yacía tendido, rodeado de escombros, un gigantesco pie se movía lentamente buscando apoyo. Joannes se puso en pie, había varias barras de metal tiradas en el suelo, restos de alguna estructura. Tomó una de ellas y se lanzó a caminar sobre la inestable espalda del monstruo. Apartando escombros a patadas y luchando para no perder el equilibrio, llegó a los hombros. Desde allí comenzó a golpear con la barra la cabeza del Golem. La piel del gigante estaba recubierta de grandes placas pétreas, lisas, durísimas, que resonaba como campanas al ser golpeadas.

El monstruo se movía lentamente, intentando coordinar los miembros para levantarse de nuevo, lo que le costaba trabajo. Joannes vio que la cabeza del Golem rotaba sobre los hombros por medio de algún eje interno y que una ranura separaba cuerpo y cabeza. Sin dudarlo encajó el extremo de la barra en la ranura y comenzó a hacer palanca con todas sus fuerzas. El monstruo se debatía por recuperar el equilibrio, era como un niño gigante al que le costaba ordenar los movimientos correctos a su cuerpo de miembros demasiado grandes y pesados. Joannes comprendió que no tendría otra oportunidad y apretando los dientes aplicó a la tarea todo su peso y la fuerza de sus lomos, antaño acostumbrados a trasegar piedras para construir las medianeras de los prados. La barra era maciza, y aun así se combó por el esfuerzo. La cabeza, movida por algún mecanismo interno, intentaba girar, pero la barra se lo impedía. Chirriaba el metal y Joannes creyó oler a quemado. Una de las manos intentó vanamente llegar hasta él, sin conseguir más que desequilibrarse de nuevo. Pronto un traqueteo mecánico, como de un mecanismo forzado, surgió del Golem. Joannes comenzó a gritar tirando con todas sus fuerzas al tiempo que el traqueteo se convirtió en un chirrido horrible, un aullido de muerte mecánica, de metal doblándose y engranajes patinando. La barra saltó, Joannes perdió pie y cayó de bruces contra el monstruo. La cabeza, fuera del eje sobre el que había pivotado,

colgaba de varios cubos flexibles y un par de rótulas fuera de sus soportes. Había chispas cegadoras que provenían del agujero donde había encajado el cuello de la criatura. El cuerpo del gigante se movía en estertores incontrolados. Joannes, resoplando, esquivó las manotadas ciegas, se irguió y le dio un par de patadas al guiñapo humeante en que se había convertido la cabeza hasta que sonó a cristal roto, la luz se apagó y el cuerpo se derrumbó sobre el suelo, súbitamente sin fuerzas.

Rodeó al monstruo, ahora tan quieto como sus compañeros del pasillo, sin dejar de vigilarlo. Era un cadáver tan formidable que su mente se resistía a darlo por acabado. Le costó un esfuerzo apartar los ojos y mirar hacia el fondo del pasillo. El gigante, al caer, había sacado la puerta de sus goznes. El hueco, repleto de cascotes, daba a un corto pasillo a oscuras, al fondo del cual brillaba una potente luz azulada.

Escaló los escombros y se internó por el pasillo con precaución mientras recargaba el Villegas. Era su última munición. Las paredes de ladrillo dieron paso a un teselado de baldosines blancos, como de hospital. Al salir del túnel, la luz le hizo daño en los ojos. El pasillo abocaba a una gran sala alargada, llena de maquinaria reluciente, grúas enormes, tornos y herramientas. En el techo ardían luminarias potentísimas. Electricidad, pensó al instante, o magia. La sala tenía al menos cien metros de largo y cincuenta de ancho. El techo, a más de diez metros de altura, se sostenía por amplias bóvedas reforzada, por acero que cruzaban de lado a lado. La sala debía ocupar todo el espacio debajo del teatrón. Había muchas puertas, como la que había superado, abriéndose a derecha e izquierda. Al fondo brillaban varios hornos y una maraña de tuberías traspasaba el techo.

La guarida de la alimaña; así es como terminaban todos los cuentos: el héroe acude a la cueva del oso, del monstruo, a matarlo. Joannes recordaba las historias que le habían contado de niño, las obras de teatro que había visto, las novelas baratas que había leído. Sólo que aquello no era inventado, era una guarida real, y aquí la victoria no estaba garantizada de antemano.

Avanzó entre máquinas de aspecto reluciente que zumbaban como grandes panales de abejas metálicas, muy diferentes de los estruendosos motores de hulla a los que estaba acostumbrado. Sobre una bancada yacía un Golem desollado. Sin el recubrimiento cerámico parecía una gran tortuga hecha de escamas metálicas a medio soldar. Cada una de ellas tenía letras hebreas grabadas. Del cuerpo surgían mil y una tuberías y complejos engranajes abarrotaban el interior, visible por portillas abisagradas en el pecho y los costados. La cabeza abierta era una joya de cristales luminosos, vasos llenos de líquidos de aspecto metálico y multitud de engranajes.

Siguió adelante. Tras superar estructuras colosales y sin una función clara, llegó al fondo de la sala. En las paredes de la derecha había al menos cuatro bocas de grandes hornos. El calor se percibía aun de lejos. Un poco más adelante abundaban las mesas y las altas estanterías atestadas por grandes libros en pergamino, gruesos

volúmenes de legajos y papeles. También encontró multitud de rollos de cobre perforado, del que usaban las máquinas de Cábala. Miró alrededor. Fue incapaz de descubrir si algunas de las cosas que había dejado atrás serían eso, enormes máquinas de Cábala.

La luz del techo era aquí menos intensa, y para reforzarla, alumbraban las mesas focos de arco voltaico apantallados, de modo que lo que se exhibía sobre ella se veía muy claramente y el resto del espacio quedaba en una semipenumbra.

—El reloj.

Joannes oyó la voz, o más bien sus ecos. Se volvió escudriñándolo todo. Le era imposible determinar de dónde venía. Siguió girando, forzando la vista, buscando un blanco con el revólver en la mano, intentando identificar una silueta humana en aquel universo de sombras y formas irreconocibles.

—Sabía que el reloj al final sería un problema. Rebeca, por favor.

No la vio venir, tan sólo intuyó un borrón saltando desde algún soporte elevado a su izquierda. Se agachó instintivamente y algo le quitó la gorra mientras pasaba por donde décimas de segundo antes estaba su cabeza. Se refugió contra un estante. Nada, no había nada a su vista, sólo sombras, luces iluminando las mesas, pasillos construidos por altos estantes, máquinas arrumbadas contra las paredes, cientos de poleas y tuberías colgando de un entramado metálico en el techo.

—Lo que me sorprende es que haya sido usted, Salamanca. Uno tiende a pensar que las conchabías entrenan bien a sus hombres, los conjurados y demás, pero está visto que el simple empeño a veces triunfa donde otros más cualificados fracasan.

No había nada a su derecha y, súbitamente, un viento veloz le lanzó un golpe a la mano. El revólver salió despedido y los huesos de la muñeca crujieron. Un dolor sordo e intenso le creció por el antebrazo y le llegó hasta el hombro. Joannes sabía reconocer cuándo un hueso se había roto. Sujetándose el brazo herido con la otra mano, empujó con el hombro la estantería en la que se apoyaba. Cayó con estruendo, derribando tarros de cristal, libros, delicadas máquinas mecánicas que estallaban en surtidores de tornillos y ruedas al tocar el suelo. Joannes corrió aprovechando la distracción.

Vio al hombre de pie, al lado de una esfera armilar que le doblaba el tamaño. La máquina emitía un ligero zumbido y giraba lentamente. Joannes tomó una barra de cobre tirada en el suelo y dio un paso hacia delante. Una luz potente le cegaba. Parpadeó e intentó hacer sombra con la mano. Su enemigo parecía alguien grueso, viejo quizá, con una melena leonina que la luz inflamaba. El golpe vino esta vez desde detrás, justo en los riñones. Joannes se dobló y cayó de rodillas incapaz de sostenerse de pie. La barra rebotó en el suelo. Los ecos metálicos retumbaron en las bóvedas y terminaron por morir.

—Lo que no entiendo, Rebeca, es por qué no lo has matado antes. Termina con él

y sigamos con lo que estábamos. No deberíamos hacer esperar al Primer Secretario y al rey.

Joannes había oído esa voz antes, la conocía. Se irguió un poco esperando el golpe final. Rebeca… no la había visto, pero era ella, había olido la rosa ajada que le adornaba el pecho. Consiguió terminar de erguirse trabajosamente, respirando como un toro herido. El golpe seguía sin llegar. Dio un par de pasos vacilantes. El hombre enfrente de él se movió de lado, arrastrando una pierna sobre el suelo de baldosas.

—¡Rebeca! ¿Qué sucede?

Joannes se volvió. La mujer miraba a Joannes y temblaba, las manos iniciaban un movimiento, las piernas otro y ambos resultaban abortados. En consecuencia, toda ella parecía presa de convulsiones. Los rasgos de la cara permanecían tensos y, por primera vez desde que la conocía, vacilantes.

—¡Dios mío! Un conflicto interno. Pensé que había previsto todas las rutas de desvío lógico para evitar algo así. Quizá me falló la tercera *sephirotb*. ¡Qué interesante! Cada vez pareces más humana, Rebeca. Ahora no quieres matar a ese hombre, cuando tus manos están hechas para eso, hija mía.

Joannes reconoció al hombre cuando cambió de posición y la luz no le dio en la cara directamente. Vestía chaquetilla judía, kipá torcida y mal sujeta. De la melena le colgaban laicos tirabuzones de pelo encanecido. Le precedía una nariz enorme y ganchuda y dos ojillos de ratón albino, pequeños y enrojecidos tras las lentes de aumento que le colgaban de la nariz. No dejaban de moverse escudriñándolo todo.

—Usted es el cabalista mayor Shlomo. Lo conocimos en la Cábala Real. Pero… su apellido no es Breguete, sino Benguiat.

—Sí lo es, es mi segundo apellido. Soy primo del Breguete original, toda la familia somos relojeros. Relojeros, cabalistas, ingenieros, y también conspiradores, como supondrá.

Mientras hablaba, se acercó a Rebeca y pronunció unas palabras hebreas en voz muy baja. Rebeca, al oírlas, dejó de temblar y cerró los ojos.

—Qué fastidio, quería mandarla al Primer Secretario por lo de las condiciones.

El anciano manipuló la cabeza de la mujer. Un resorte saltó y se abrió una pequeña portezuela en la frente, justo bajo la línea del pelo. Dentro brillaba una luz intensísima. Joannes, medio recuperado de los golpes, buscó con la vista el revólver. Lo vio bajo una estantería. Todo lo rápido que pudo se tiró al suelo y estiró el brazo para cogerlo. El cabalista realizó unos extraños pases con las manos y recitó varias salmodias; ajustó algo con la mano, el brillo cambió de intensidad y tono, se hizo más cálido. Joannes ya había alcanzado el arma. La tomó con la izquierda, apuntó y disparó justo en el momento en que ella se convertía en un borrón de movimiento y desaparecía.

La buscó en derredor. Sólo encontró sombras y el rumor de máquinas remotas

funcionando interrumpidamente.

—Parece que le tiene tanto aprecio que no puede matarlo. Tiene gracia, creo que la he hecho demasiado bien. Debería haberme limitado a los Golems grandes, a la larga son más rentables. Claro que ella es preciosa, una obra de arte.

Como salida de la nada, Rebeca apareció a su lado. Intentó girar el revólver, apuntarlo hacia ella, pero la mano de la mujer atrapó el arma y se la arrebató de un tirón que le hizo vacilar y comenzar a caer. Brazos sólidos como vigas de metal lo sujetaron e impidieron que cayera. Joannes intentó derribarla de una patada a la pierna, pero sólo logró hacerse daño en el pie. La mujer lo retuvo con una sola mano, como a un niño travieso al que se le inmoviliza durante una rabieta.

—No insista, señor Salamanca, es más fuerte que veinte de nosotros. Y más rápida también.

Rebeca sostenía a Joannes muy cerca de ella. La mirada no había perdido ni un ápice de intensidad.

—Debe ser el alma sephirótica que le di. Debería haberla hecho totalmente mecánica, ya decía yo que mezclar la magia antigua con la moderna al final no iba a traer buenas consecuencias.

El Golem transportó casi en volandas a Joannes. Se dejó llevar esperando una ocasión de liberarse que no llegó. El cabalista, orondo, se había sentado en un sillón a un atiborrado escritorio sobre el que brillaba un quinqué. No había más luz en ese rincón de la gran sala. Todo estaba arreglado como en un pequeño despacho: había una alfombra desgastada, una estufa pequeña, un sofá de cuero y madera labrada, varias estanterías y un perchero; sólo faltaban las paredes. Más allá de la luz se extendía la penumbra y, desdibujada en la distancia, las sombras de las luces y grandes máquinas de la sala.

Rebeca le hizo volverse y lo miró desde muy cerca. Luego le dejó caer suavemente sobre un sillón, Joannes tardó en conseguir liberarse de los ojos oscuros de la mujer, profundamente engañado por el parecido de esa máquina con la persona que había conocido. Cuando lo consiguió, volvió la vista hacia la enorme nariz y los ojillos diminutos del cabalista.

—Bien, señor alguacil, una vez llegados aquí, ¿qué hemos de hacer?

—Entregarse a la justicia del rey.

Joannes oyó el taconeo de la mujer, pero no la vio aparecer de nuevo hasta que se detuvo al lado del escritorio, iluminada por la luz del quinqué. A pesar de la presencia formidable del cabalista, los ojos de Joannes se desviaron a Rebeca, erguida y magnífica. Una máquina, un Golem. Lo había sospechado desde hacía mucho, una impostora que sustituyó a la verdadera Rebeca, frágil criatura de carne quizás encerrada en una celda, sola y olvidada. Sintió algo removérsele en el pecho. Se obligó a tranquilizarse, ahora cada paso debía ser lento y cuidadoso, tan preciso como

el mecanismo de un reloj. El cabalista continuó hablando.

—¿Ahora? ¿Cuando acabo de conseguir la victoria?

—No entiendo.

El cabalista se caló las gafas, tomó un pliego de la mesa y se lo lanzó a Joannes. Lo tomó y leyó el encabezamiento: emblemas de la casa real y la casa de la gobernación, águilas negras impresas en relieve, papel grueso y tinta esmeralda… "Acuerdo de cesión de los territorios de Jerusalén para visita, disfrute y asentamiento de los hombres de raza hebrea, ciudadanos del mundo, suscrito con las cláusulas de obligación entre el gran Imperio otomano y la Comunidad de los Reinos de las Columbias todas». Joannes levantó la cabeza, asombrado.

—¿Han cedido?

—Sí, como estaba previsto.

Rebeca volvió al sofá. Se sentó a su lado con un gesto tremendamente elegante. Joannes se envaró y ella se mantuvo muy quieta, al margen, mirándolo con ojos profundos y expresivos.

—¿Qué pasa con la amenaza de paralizar las haciendas reales?

—Un farol, a usted puedo decírselo.

—¿Cómo?

—Entiéndame, tenemos capacidad para realizar esa amenaza y otras mucho peores, pero no nos interesa llegar tan lejos. Los judíos hubiéramos sufrido más que los demás. Se hubieran derrumbado los mercados financieros, el imperio no hubiera sobrevivido y en los malos tiempos es muy satisfactorio buscar víctimas fáciles a las que culpar de todo. El imperio tiene cosas malas, pero al menos da estabilidad.

—Entonces ¿por qué lo de Jerusalén?

El anciano suspiró y se recostó en la silla. Joannes intuyó que había explicado aquello muchas veces.

—Son ya muchos siglos, mucho tiempo de vivir en los países de otros, en las culturas de otros. Hoy el imperio español nos protege, nos alienta, nos usa como funcionarios de élite. Podría no haber sido así. Durante el reinado de Isabel y Fernando estuvieron a punto de expulsarnos del país, junto con nuestros primos los moriscos. Al final se impuso el puro cálculo económico y político de Fernando, que prefirió crear un Estado basado en la economía y el mutuo beneficio más que en la unidad de raza y religión. Pero mañana, ¿quién sabe? Se oyen cosas por ahí, planes locos, un destierro imposible, Madagascar o algo peor. Sólo hace falta alguna crisis, una guerra entre imperios, para que los más débiles, o sea nosotros, seamos sacrificados. No, ya es hora de poder contar con un refugio, un país, unas fronteras, quizás un ejército.

—De Golems.

—Son útiles pero muy tontos, hubiera preferido una división motorizada. Si todos

fueran como Rebeca… pero ella, por muchos motivos, es una excepción, una rareza. Es una máquina perfecta en su papel de espía, de agente y de hija de Ferruziel.

El corazón de Joannes volvió a saltar. Se irguió ligeramente.

—¿Qué quiere decir con su papel de hija de Ferruziel? ¿Dónde está la verdadera, a cuya imagen han creado este engendro?

El cabalista le miró entornando los ojos.

—No le entiendo, Joannes. ¿Verdadera? No hay ninguna hija de los Ferruziel.

Los ojillos rojos del cabalista se detuvieron en su girar interminable, y miraron a Joannes como si hubieran tropezado con algo digno de analizar. Unos instantes después se deshizo la tensión, y una sonrisa pequeña y torcida Iluminó el rostro del anciano.

—Ya veo.

Joannes también veía. Había fracasado; el mal estaba hecho; al final todo seguía su curso y su acción no servía para nada. No había nadie a quien rescatar, no había amenaza, nunca había habido una dulce Rebeca que no fuera una máquina asesina. Quizás el duque lo hubiera hecho mejor. Él habría hecho desaparecer aquel lugar consumiéndolo en fuego purificador. De inmediato vio los ojos enloquecidos por la rabia del de Mier, y supo que no se hubiera detenido en aquella sala subterránea. La deportación, quizá las prisiones, una persecución como las que había vivido su familia a manos de los católicos neerlandeses, sólo que mucho peor, a gran escala, con el apoyo de un gran Estado, organizado y moderno.

Miró a su alrededor, intentando sobreponerse. Rebeca era metal y carne artificial. El aire pareció oscurecerse, el brazo roto pesaba como plomo. Se sintió derrotado, infinitamente cansado, como una marioneta a la que han cortado las cuerdas, tendido en aquel sofá de cuero desgastado, compartiéndolo con una pesadilla hecha realidad.

—¿Por qué murieron los funcionarios y los Ferruziel?

—Como comprenderá, que no tuviéramos intención de paralizar las haciendas imperiales no quiere decir que no tuviéramos que demostrar que éramos capaces de hacerlo. Eso sin contar nuestra necesidad de protección. Todo fue planificado como si se fuese a verificar realmente. Los nuestros están infiltrados en las estructuras de gobierno imperiales, en eso no nos diferenciamos de los demás. No se sorprenda, no somos los únicos, hay muchas sociedades secretas: los montistas, los conjurados, los anarcolistas, diversas órdenes religiosas, que extienden sus tentáculos por las estructuras de poder. Eso nos vino bien, en seguida se supo que había alguien actuando, que la amenaza era real. Ahí comenzó la batalla. Contábamos con ella. Algunos de los que murieron eran de los nuestros, otros, enemigos.

—¿Y los judíos aplastados?

—En la Alhama y la comunidad no todos piensan como nosotros. Los levitas de mi buen amigo Gevini son gente eficaz. Hubo que protegerse también de ellos.

Reconozco que las armas usadas para defender nuestros argumentos, los Golems, no son muy elegantes, pero sí efectivas. Esos armatostes estúpidos son en gran parte un medio de provocar miedo.

La vista del judío reposó un momento en Rebeca.

—La familia Ferruziel, ésos sí fueron peligrosos. Un chico brillante y ambicioso y un padre menos brillante pero doblemente codicioso. Quisieron hacernos chantaje, entregarnos al imperio. Tras la muerte del hijo, el padre pareció colaborar un tiempo bajo la atenta mirada de Rebeca, a la que infiltramos como hija de los Ferruziel, pero terminó por ir a buscar ayuda a la Alhama. Una pena.

»Fue entonces, hace cinco días, cuando usted y el fraile comenzaron a aproximarse demasiado. Un hombre realmente inteligente, ese curilla. Rebeca intentó desviar su atención desde las sombras con un atentado fingido en la taberna, dando pistas falsas y desbaratando las buenas. Fue muy sabio hacerla pasar por hija de los Ferruziel en busca de venganza para un crimen que había perpetrado ella misma. Pero aun así el fraile llevaba camino de descubrirlo todo.

—¿Por qué cargué yo con las culpas?

—Ya he dicho que se estaban acercando demasiado. Teníamos que presionar un poco, demostrar que íbamos en serio. Hicimos que los listados de cómputo de una provincia entera fueran completamente erróneos. Créame, me dolió más a mí que a nadie. Por supuesto avisamos de dónde, cómo, y en qué segundo se produciría el desaguisado. Amenazamos con llevar a cabo la paralización total si no nos quitaban a los sabuesos de encima. Tenían que eliminar los más evidentes y dejar trabajar en la sombra a los conjurados. El eslabón más débil de la cadena era usted, Salamanca.

—¿Y por qué matar al Ferruziel padre?

—No fuimos nosotros, eso se lo debemos al duque y sus hombres, excesivamente alegres en apretar el gatillo. De todos modos, su muerte estaba prevista; como le dije, nos había traicionado acudiendo a la Alhama.

El judío reposó los gruesos antebrazos sobre el escritorio. Joannes lo oyó crujir.

—Lo demás lo conoce: los alguaciles y la canallesca tenían un chivo expiatorio, nosotros habíamos sido obedecidos. Como propina inesperada, usted se empeñó en descubrir la verdad en vez de huir, cosa que aún no entiendo. Rebeca sólo tuvo que pegarse a sus talones para ir desbaratando el resto de los esfuerzos por descubrirnos. Como ve, le debemos mucho.

Joannes, a medida que aquel hombre hablaba, se sintió minúsculo, una marioneta usada por unos y otros. La rabia creció lentamente, incendiándole por dentro, una llamarada de odio que le consumía como primer objetivo pero sabía que terminaría por salir y volverse negra, asesina.

—¿Por qué me cuenta todo esto? Máteme usted mismo, ya que su creación parece incapaz de darme el golpe de gracia, y acabemos de una vez.

El cabalista miró a Joannes con sus ojillos rojizos, casi ocultos bajo las sombras proyectadas por las pobladas cejas, mientras las manos no cesaban de manipular todos los objetos diseminados por la superficie de la mesa.

—Volvemos a lo que nos ocupa, ¿qué hacer con usted? ¿Matarle? No, ha llegado tan lejos que no me queda más remedio que ofrecerle trabajo. Un hombre tan excepcional siempre es útil para una causa como la nuestra, aunque no sea judío, aunque esté un poco loco. Nosotros también tenemos nuestras conchabías. A nuestro modo, más antiguo y retorcido que el de los gentiles, mantenemos un pequeño grupo de amigos cuya tradición viene desde los días de Salomón.

El anciano levantó la tapa de una caja de madera sobre el escritorio. Del interior extrajo un reloj de bolsillo. Se lo enseñó a Joannes. Era una pieza soberbia. Había al menos doce agujas con diferentes funciones. Se parecía a los relojes de los Ferruziel, sólo que era, como cada una de aquellas piezas, único en su clase.

—Su reloj. Será su salvoconducto.

Joannes tomó aquella muestra de maestría relojera. Latía perceptiblemente en la palma de su mano, y las agujas trazaban sus círculos de regularidad mecánica indicando la hora, los minutos, la fecha, las Pascuas, los equinoccios y una decena más de funciones. Aprisionó el reloj en la palma. Le parecía estar reteniendo un pequeño corazón vivo y delicado. Miró a Rebeca. Era difícil creer que no fuera una mujer de carne y hueso. Los labios brillaban y los ojos, posados sobre él, eran dos joyas de negro vacío, dos tormentas gemelas de noche y deseo. Joannes volvió a mirar al hombre sentado al escritorio. Inclinándose, depositó el reloj, con cuidado de no golpearlo, en la mesa. El brazo se enfriaba y comenzaba a dolerle de veras. Gotas de sudor se perlaban en la frente. La voz con la que habló estaba tintada de esfuerzo por controlar el dolor.

—Vine aquí dispuesto a matarlo, dispuesto a encontrar a… Bueno, las cosas son como son. No tengo una salida fácil. Si lograse salir de aquí, descubrir el pastel, dudo que el imperio me devolviese a mi cargo. Sí, me agradecerían lo hecho, pero luego me pegarían un tiro en la nuca y me enterrarían a medianoche.

—Sí, es muy probable.

—Por otra parte, no puedo esperar un trato mejor por su parte. Nadie confía en un traidor. ¿O acaso cree que me he tragado el anzuelo que me ha preparado para que me porte bien y no arme mucho escándalo mientras soluciona el problema de Rebeca?

El judío se calló.

—Por eso voy a imponer mis condiciones.

—No creo que esté en posición de imponer nada.

—Nadie puede forzar al que no tiene miedo de morir, ya sea aquí o frente a un pelotón de fusilamiento. Ella no ha podido matarme. —Joannes entornó los ojillos azules y miró con una intensidad fanática al cabalista—. Le juro por lo más sagrado

que lograría arrastrarle a usted conmigo hasta los fusiles de la Guardia Real.

La voz de Joannes se alzó de tono. No era la de un hombre derrotado, sino la de alguien henchido de rabia y energía suicida.

—Nada le debo al imperio, ellos han roto el acuerdo de lealtad que teníamos. Pero tampoco les debo nada a ustedes. Unos juramentos se rompen, otros nacen. Soy libre de rechazar lo que me ofrecen. Invirtamos los términos, ahora soy yo quien le ofrece mis servicios.

—¿Qué gana con esta bravata?

—¿Dignidad?

El judío se mesó las barbas con tironcillos nerviosos. Los ojillos rojos, excitados, miraban y remiraban a Joannes.

—Tiene razón, la dignidad es una razón poderosa para luchar. Pero sí acepto, ¿quién le dice que no lo hago por salir del paso y después acabar con usted? ¿Se fía de mí?

—Quizá de usted no, pero sí de ella.

Ambos miraron a Rebeca.

—Si no mantiene su palabra, supongo que muchos otros acuerdos de lealtad perderán validez. ¿Me equivoco, Rebeca?

Rebeca asintió vacilando, inclinando la cabeza ligeramente. El judío abrió todo lo que pudo sus ojillos enrojecidos y lo miró por encima de las gafas.

—Creo que voy a tomar la decisión muy rápidamente, Joannes. Usa mis propias armas para apuntarme con ellas. Me asombra.

Joannes también estaba asombrado de aguantar tanto. El brazo le dolía terriblemente y le ardían los riñones. En los momentos de silencio apretaba los dientes y luchaba por no desmayarse. Sólo un poco más y quizá podría salir con vida de codo aquello.

—No sirve de nada hablarlo durante horas. Reitero mi oferta, esta vez sin intenciones ocultas.

—Y yo acepto, pero sólo en el caso de que se respeten mis condiciones.

—¿Cuáles son?

—Que no hurgue más en la mente de Rebeca. Es mi seguro de vida.

—¿Y cómo comprobará que no lo hago?

—Ella no le dejará, no a partir de ahora. Forma parte del contrato de lealtad. No puede fiarse más de usted y de sus intenciones.

El judío dejó de jugar con las manos y las depositó sobre la mesa. Miró al hombre sentado al sofá, macilento, magullado y sudoroso. Luego a Rebeca. Los labios se abrieron y cerraron un par de veces antes de que se decidiese a hablar. Joannes casi sentía sus pensamientos dando tumbos, sopesando, evaluando las posibilidades, el valor de su oferta.

—De acuerdo. Acepto.

—Espere, ¿no quiere oír la otra condición?

—¿Cuál es?

Joannes se levantó y señaló con la mano, rígida de dolor, a Rebeca.

—No quiero volver a verla, nunca.

Joannes se recostó contra el respaldo de cuero del diván. La conciencia le abandonaba por momentos. El mundo se escurría en un coladero de negrura donde se mezclaban luces, sensaciones y voces lejanas.

—Se ha desmayado. Seguramente tenga alguna hemorragia interna. Un poco más y no hubiera tenido que aceptar nada. Hubiera sido una pena, la verdad. Llévalo a la enfermería de Isaac.

Sintió que lo transportaban en volandas.

—Antes de que te marches, Rebeca, quiero preguntarte algo, tengo una duda… Da igual, veo la respuesta en tus ojos. La tercera *sephiroth*, ha sido eso. Márchate ya.

Todo se desvaneció.

Epílogo

Joannes dio una larga calada al cigarro de hierba. Fumaba apoyado en el alféizar de la ventana por escapar un poco a la claustrofobia del cuarto que ocupaba.

Hacía un par de días que había despertado en una cama blanda, con el costado vendado, en una habitación amplia y luminosa, de suelo entarimado y vigas vistas en el techo. Útiles de medicina reposaban en un aparador, así como una jofaina y una jarra. No había nadie cerca. Intentó incorporarse pero se detuvo, presa del mareo. Se sentía débil; sabía que debía ponerse en marcha, hacer algo, pero no tenía energías para moverse. Las fuerzas le abandonaron, el cuello dejó hundirse la cabeza en la blandura de la almohada mientras pronunciaba su nombre.

—Rebeca.

La palabra le había sabido amarga, muy amarga. Olía a rosas ajadas, a tiempo muerto. Había vuelto la cabeza con esfuerzo hasta encontrar un pequeño capullo de rosa silvestre que alguien había sujeto con una cinta al cabecero de hierro de la cama. Joannes lo hizo oscilar, rozándolo con el dedo.

Los días que siguieron fueron extraños. La ciudad se recuperaba lentamente de un paroxismo que nadie había percibido claramente, pero que había dejado sus estragos en forma de una gran masa de soldados que tenía que ser devuelta a los cuarteles, mucha agitación política, un manso comportamiento en la prensa y una sensación de asfixia indeterminada añadida a la habitual contaminación del aire. Joannes comprendía todo lo que pasaba, quizás era de los pocos en Madrid que podía, mientras se recuperaba lentamente en casa del judío Isaac, médico de fama en la capital, un hombre delgado, callado y eficiente que le veía todas las mañanas y le dejaba al cuidado de una matrona judía el resto del día.

Leía la prensa con avidez. Había muchas notas sobre la situación conflictiva en el Caribe, las fronteras del norte de Europa, en los Urales, las habituales maledicencias contra los romanos, austríacos, altoalemanes, polacos, neerlandeses e ingleses, católicos todos ellos. Sin embargo, ni una palabra sobre negociaciones con los otomanos, sólo una nota breve acerca de la partida de la delegación otomana de vuelta a Estambul.

La noticia que leyó con más interés fue una que sí apareció en primera página: la captura del Alguacil Loco, culpable de diez o más asesinatos sangrientos. Al parecer, el asesino había sido localizado en una finca de la calle Olivar, donde se había hecho fuerte. En el posterior tiroteo había resultado muerto por los alguaciles.

Muerto, había muerto. Casi se sentía así, ahogado de tierna y húmeda tierra del cementerio, sin nombre ni cuerpo, vagando entre el cielo y el empedrado sucio de Madrid.

Joannes tiró la colilla de hierba cuando ya le quemaba las puntas de los dedos. Dudó brevemente de sí el judío había cumplido su trato: había muerto, al fin y al cabo. Sonrió.

No había vuelto a ver a su actual jefe. Le había hecho llegar ropas de su talla, el Villegas y una taleguilla con algo de dinero, pero dudaba de sí no le habría curado para dejarle luego morir de aburrimiento. Había cambiado de amo, se dijo en voz baja, sólo eso, era el mismo pastor, pero de otro rebaño: primero vacas, luego hombres, ahora… ¿Golems?

La noticia más falsa del periódico, su muerte, le pareció la más verídica. No era ya el Joannes de antes, tampoco sabía muy bien quién era ahora, pocas cosas permanecían a las que agarrarse, quizá rabia, y una profunda desazón aromatizada de rosas viejas. ¿Y era tan distinto de antes, en realidad? Tras un breve espejismo de acción, un lapso en el que había creído saber por qué moverse, había entrado en un nuevo redil. Él, que se creía pastor, era en realidad un perro que cambiaba de amo.

Miró a la oscuridad. Hacia el sur la ciudad descendía en una gran marea de tejados nocturnos. La luna, aún baja en el horizonte, subía amarillenta, manchada de las inmundicias de una ciudad grande, sucia y abarrotada como Madrid.

Se resistía a la idea de tener que ir a dormir, sentía como si le faltase algo que hacer. Así, día tras día, noche tras día. Tomó la rosa del bolsillo en la sobreveste. Olía como ella, era ella. Sus sentidos le decían que era real, una mujer que anhelaba a su lado, pero su mente la negaba, la reducía a engranajes, luces, metal y poco más; todo un artificio del teatrón, sin sustancia, un engaño.

La rabia volvió y con ella el deseo, irracional, casi imposible de domeñar. Nunca había existido, y nunca existiría ya.

Miró a la extensión de sombras en que se había convertido la ciudad. Ella, la máquina, el Golem, o lo que fuera, estaría allí, quizá muy cerca, quizá muy lejos, su silueta sutil, los ojos profundos y los cabellos espesos y negros, más lejos de él que la propia distancia de la muerte y el olvido.